

MILETH PINEDA



SIEMPRE
EN MI VIDA

Siempre en mi Vida

MILETH PINEDA

Siempre en mi vida
© Mileth Pineda, 2017

Diseño de portada: Mileth Pineda
Diagramación: Mileth Pineda
krnpineda@gmail.com

Primera edición
La Lima, Honduras 2016

Edición especial para Amazon.com

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático sin la autorización previa y por escrito de la propietaria de los derechos de autor. De igual forma no se permitirá la distribución de ejemplares no autorizados previamente. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

[Mileth Pineda Booknet](#)

A cada uno de los que me ayudaron con tiempo para escribir y palabras de apoyo para no desfallecer. De otra manera, estas alas jamás hubiesen alzado vuelo.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Dedicatoria</u>
<u>Sinopsis</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Capítulo 34</u>
<u>Capítulo 35</u>
<u>Capítulo 36</u>

[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Epílogo](#)

Sinopsis

Kassidy es una exitosa analista de inversiones. Una mujer que luchó desde muy pequeña por lo que quería después de perder a sus padres y quedar en manos de una tía lejana. Por accidente o por culpa del destino, llegó a la casa de los abuelos de Kilian Fox, el que creyó el amor de su vida, pero que jamás tuvo el valor de confesar. Después de muchos malentendidos, decidió alejarse de Kilian, y eligió una relación con Roger. De este último, descubrió un secreto que nunca imaginó y por ello, ahora corre peligro.

Kilian lleva el negocio que le heredó su difunto abuelo y ha logrado expandirse de forma vertiginosa. Su vida profesional se mantiene en auge y a la vista de todos por la constante compañía femenina de la cual goza. En apariencia siguió su camino, pero los más cercanos saben que jamás la olvidó.

Un accidente y una sorpresa inesperada provocan su reencuentro, empujando a ambos a admitir lo evidente. Sin embargo, las elecciones que han hecho en todos estos años tendrán sus consecuencias.

Estar siempre en la vida del otro fue una promesa, ¿los dejarán mantenerla?

Capítulo 1

Kassidy Evans se dejó caer sobre el asiento con la mirada perdida. Esperaba la salida de su vuelo a Londres en el aeropuerto internacional *McDonald—Cartier de Ottawa*. No podía dejar de pensar en la imagen que hace un par de horas se convirtió en una de sus más grandes decepciones.

¡Qué había hecho! ¿Por qué no lo abofeteó? Y sobre todo, se preguntó por qué después de semejante acontecimiento no lloraba hasta desfallecer.

Con frecuencia imaginaba lo qué sucedería si ella se llegara a encontrar en una situación similar, y no reaccionó como dijo tantas veces que lo haría, en absoluto. Solo se quedó allí, de pie, observando por un instante cómo un hombre desnudo le devoraba la boca y mantenía sus manos ocupadas en la entrepierna de su novio, Roger Cole. Ni siquiera estaba dolida. ¿Sorprendida? sí, claro, pero nada más. Lo único que salió de su boca fue lo menos esperado:

—Roger, acepté la propuesta de Sinergy. Salgo esta noche..., buena vida.

Con una sonrisa y, ante los ojos desorbitados de su novio y su acompañante, dejó sus llaves sobre la mesa del pasillo antes de cerrar la puerta del lugar que compartieron por tres años.

«¡Buena Vida?! Qué frase tan absurda para terminar una relación que pasó por tantas etapas y decidir tu futuro en un instante, tras una infidelidad», pensó, mientras repasaba el momento exacto en que todo se aclaró para ella y supo lo que debía hacer.

Estaba acostumbrada a tomar decisiones importantes en segundos. De eso dependía el éxito en su empleo, ¿por qué en su vida sería distinto? Simplemente hizo lo de siempre: evaluó el escenario y eligió su mejor opción.

Hacía meses le llegó la propuesta de ser el enlace de una gran empresa experta en adquisiciones en Suecia y la dejó de lado debido al exceso de trabajo.

Kassidy era consciente de su apariencia delgada, su voz suave e incluso un tanto infantil que hacía que las personas creyeran que, a pesar de tener veinticinco años, era una pequeña princesita delicada, frágil y, cualquiera podía pasar sobre ella. El concepto la hacía reír, pues todo aquel que la llegaba a conocer, sino aprendía a lidiar con su carácter y su obsesivo sentido de urgencia, reemplazaba aquella imagen de inmediato, y para algunos era simplemente avasalladora. Su aspecto aparente era una gran arma a la hora de las negociaciones y eso le hizo ver el dueño de esta empresa, que continuamente intentaba convencerla para unirse a su equipo.

En el trayecto al aeropuerto hizo las llamadas pertinentes coordinando el viaje. Debía hacer escala en Londres y de allí partiría a Suecia, tenía un par de semanas para instalarse y desde allí cerraría un par de acuerdos pendientes. Le envió un escueto mensaje a su asistente y amigo, Josh Cage, prometiéndole comunicarse lo más pronto posible y organizar su nueva agenda. Tendrían tiempo de hablar con calma sobre el cambio y sus detalles, solo esperaba que aceptara quedarse a su lado.

Llamó a su única amiga, Candace Freeman y aunque no le brindó detalle alguno sobre lo sucedido con Roger, se atrevió a pedirle que le enviara sus pertenencias ante la premura de su viaje. Después de recibir un par de reclamos por su inesperada partida, le deseó buena suerte y la

tranquilizó, prometiendo hacer lo que le pedía. Cassidy sabía que podía contar con ella y ya lo habían hecho en ocasiones anteriores, así que tendría unos días para procesarlo antes de hablar con ella al respecto. Al culminar la llamada, pensó en cuánto quería a esa mujer. Se conocían desde los catorce años, y a pesar del tiempo o la distancia, lograban encontrar la forma de estar pendiente la una de la otra.

Realizó los trámites en el aeropuerto como en piloto automático. No sabía cuánto tiempo había pasado exactamente. Regresó de sus cavilaciones al sentir una mano sacudiendo suavemente su hombro, una mujer mayor la veía con curiosidad y le sonrió antes de decir:

—Cariño, tu móvil no ha dejado de sonar desde hace rato. Puede ser importante. —Señaló con su dedo hacia el bolso que Cassidy sostenía en sus piernas. La observó con una mirada vacilante, a ella y al libro que mantenía en sus rugosas manos, decidiendo al final continuar con su lectura.

—Lo siento —respondió apenada. Ni siquiera se percató del fuerte sonido. Miró el identificador, perpleja al leer el nombre.

—¡Kassy! —gimió la gruesa voz al otro lado—, te necesito.

—¡Kilian! ¿Qué pasa? —gritó desesperada al no escuchar nada más. No había sentido tal desconcierto y desesperación en su vida. Al escuchar esa voz quebrantada, su mundo se paralizó por completo—. ¿Estás bien?

—¿Señorita Evans? —preguntó una mujer, perturbándola aún más por el cambio repentino—. El señor Kilian Fox está muy nervioso y me ha pedido hablar con usted. Soy una enfermera que trabaja en el Montfort Hospital y le llamo desde la sala de urgencias.

—¿Sala de urgencias? Voy para allá. —Fuera de sí, colgó con manos temblorosas y a la vez se maldijo por haberlo hecho sin obtener más información. Marcó de nuevo, pero ahora parecía ocupado.

—¿Todo bien, querida? —indagó la señora a su lado, justo cuando Cassidy se puso de pie, visiblemente afectada.

—No lo sé, señora, no lo sé. Pero debo irme. —Con un gesto se despidió de ella y salió corriendo en busca de un taxi para llegar al hospital. Al subir, llamó a Mary, el ama de llaves de Kilian y no contestaba. Solo podía esperar. Fueron veinticinco minutos llenos de ansiedad.

Al llegar a su destino, bajó corriendo y preguntó en recepción por él con un nudo enorme en su garganta. No fue necesaria una respuesta. Al voltearse, lo vio caminar hacia ella con los ojos inflamados y sus mejillas llenas de lágrimas. Creyó que el corazón se le saldría del pecho y lo que le dijo a continuación la desconcertó hasta el punto de marearse:

—¡Mi hijo, Kassy!, mi hijo puede morir —sollozó Kilian, abrazándola fuertemente al instante. Como si el tiempo no hubiese transcurrido desde la última vez que hablaron, hace tres años.

—¿Tu hijo? Kilian, dime qué ha pasado. —Escuchó su propia voz temblando. Intentó separarse de ese abrazo, pero él no la soltó.

No sabía que su amigo, su confidente desde la adolescencia se hubiese casado o mucho menos tenido un hijo. Mary hablaba continuamente con ella y nunca le dijo nada, se sentía en otra dimensión.

A pesar de lo que le estaba revelando, sintió su cuerpo revolucionado al tenerlo tan cerca, abarcándola casi por completo. Antes de que él hablara, notó a un médico acercándose a ellos.

—Fox, necesitamos hablar —dijo él con una expresión taciturna e impersonal, llamando la atención de su amigo.

—¡North, di lo que tengas que decir! ¿Cómo está mi hijo? Solo... dime la verdad, por favor —suplicó, soltando a Cassidy y volteando hacia el médico.

—Prefiero hacerlo en privado, Kilian. Esto es muy delicado. —Desvió su mirada hacia ella.

La incomodó tanto, que tuvo que dar un paso atrás. Kilian al notar lo, le tomó fuerte la mano impidiéndolo. La reacción del médico la irritó, pero el contacto de su mano en la suya provocó que su piel se erizara.

—¡Habla! —ordenó Kilian un tanto áspero.

—Como quieras —dijo el médico, frío y distante—. Anna resultó con más daño del esperado. Tiene un trauma craneal severo debido al impacto. Hemos hecho lo posible, pero...

—No, no, no. —La soltó para frotarse el rostro con sus manos—. Dime dónde llevarla, qué hacer. Max, esto no puede estar pasando. ¡Qué pesadilla! —protestó fuera de sí, respirando con dificultad y a punto de llorar nuevamente.

—¡Cálmate! He hecho lo establecido en estos casos —exigió el médico, enfadado—. Moverla de hospital no cambiará el diagnóstico. —Trató de relajar su semblante, pero por más que lo intentaba, no lo logró.

»El bebé está bien, afortunadamente no sufrió ningún daño. Esto puede tomar un par de semanas cuando mucho, unos días en el mejor de los escenarios. Solo podemos esperar, amigo —continuó aclarándose la garganta, un tanto nervioso al mirarla.

Kassidy miró hacia otro lado al darse cuenta que tenía los ojos fijos sobre él.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó una mujer mayor a espaldas del médico. Los tres voltearon hacia ella que lloraba afligida ante la noticia.

—Tranquila, Mary, todo estará bien. —Miró a Kilian que se acercó de manera dulce para reconfortarla, secando sus lágrimas y las propias.

—Bien, Anna será trasladada a... —interrumpió el doctor.

—La señorita Petrova. —Mary lo miró desafiante.

—Sí, claro. La señorita Anna Petrova —corrigió el médico, elevando la comisura de los labios en una mordaz sonrisa—. Será trasladada al área de Cuidados Intensivos. Una enfermera te avisará cuándo podrás verla y sobre cualquier situación con el bebé. —Le extendió la mano a Kilian despidiéndose y asintió en dirección a Kassidy, ignorando magistralmente a Mary quien frunció el ceño. Escena que no pasó desapercibida para ella. Lo vio tomar un pasillo a su derecha y desapareció tras una puerta de cristal esmerilado.

—¡Mi niña, estás aquí! —titubeó la mujer en dirección a Kassidy, quien le sonrió a pesar de comprender muy poco aquella situación.

Las dos mujeres se abrazaron fuertemente con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Mary! —exclamó Kassidy, quien a pesar de las circunstancias, se sentía feliz al estar cerca de esos dos seres que durante mucho tiempo la hicieron sonreír en momentos muy dolorosos en su vida, dándole todo su apoyo.

Durante ese largo abrazo no pudo evitar pensar en todo lo sucedido. Anna Petrova, era la famosa modelo ucraniana que salió con Kilian un tiempo. Bueno, una de las tantas, pero, ¿de eso a tener un hijo con ella? Había mucha diferencia. No entendía nada y, la actitud de ese médico decía demasiado. Su instinto muy pocas veces fallaba, pero decidió evitar especulaciones. Hablaría con sus amigos y así sabría realmente lo que sucedía. Siguió abrazando a su querida Mary, disfrutando de su cariño.

—Lo siento —musitó Kilian, consternado e interrumpiendo la muestra de afecto de las mujeres—. No sabía a quién llamar y solo pensé en ti. De verdad, lo lamento. Ni siquiera noté la hora, no estaba seguro si te encontrabas fuera del país. Sé que hace mucho no hablamos. —Se notaba nervioso y evitaba su mirada, enfocándose en el movimiento de las manecillas del reloj en su puño, como si fuese lo más interesante en ese momento.

—Todo está bien —dijo Kassidy con una pequeña sonrisa acercándose un poco a él para

tranquilizarlo. Quería abrazarlo de nuevo, pero no estaba segura de cómo actuaría ahora, así que se contuvo.

—¿Cómo llegaste tan pronto? ¿Dónde estabas? ¿Interrumpí algo? —preguntó con celeridad y eso la hizo sonreír. Solía suceder cuando lo veía de aquella forma; como diseccionando cada pequeño detalle que había en él y haciéndolo parecer un bobo. Pero en su defensa, no podía evitarlo.

—Estaba en el aeropuerto. —Los guio hacia los asientos en la sala de espera. No dejaba de observarlo. Disfrutaba ponerlo nervioso desde que se conocieron y lo escrutaba de aquella forma por el simple placer de mirar cómo reaccionaba.

No obstante, después de pensarlo un poco mejor, se percató de que no era ni el momento ni el lugar para ese tipo de juegos, así que desvió la mirada al pasillo y concluyó:

»Salía del país, pero aún tengo un par de semanas más para cumplir con mi compromiso. Si me necesitan, aquí me tienen. Cuentan conmigo. —Los mencionó a ambos con toda intención; aligerando el ambiente y que él no se pusiera incómodo. Si le hablaba directamente, rechazaría su ofrecimiento y la sacaría de allí con cualquier pretexto, lo conocía demasiado bien.

Estaba segura de que con el espectáculo montado por él hace años, se sentía lo suficientemente avergonzado con ella y preferiría no volver a tenerla en su vida, antes de aceptar una mano de su parte.

—Gracias, mi niña, agradeceremos tu compañía. —Mary los miró revelando que no aceptaría una negativa de su parte—. Kilian, mi cielo, ve por unos cafés. Es tarde y hace frío —pidió dulcemente, dándole palmaditas en la mano.

—Claro Mary, vuelvo en un rato. —Se puso de pie evitando mirarla y se marchó a la cafetería.

Cuando Kilian se fue, Mary examinó cuidadosamente a Cassidy. La conocía como si fuese su propia hija y, a pesar de nunca haber tenido la fortuna de ser madre de manera natural, lo fue de tres chicos maravillosos que llegaron a su vida por diferentes circunstancias. Con el tiempo, se convirtió en algo más para ellos.

Mary trabajaba en casa de sus abuelos cuando ocurrió la tragedia en un escenario similar al vivido esa noche, aunque con un final lamentable. Kilian era un niño de cinco años en ese entonces que acababa de perder a su madre y por ello se mudó con los ancianos, bajo su cuidado. Candace era la vecinita entrometida y sus padres nunca estaban debido a sus continuos viajes, así que sus visitas eran permanentes. Después, Cassidy llegó completando el grupo; era sobrina de una amiga que también laboraba como ama de llaves. Los padres de la jovencita habían fallecido unos meses antes y su tía, por su empleo no podía hacerse cargo del todo. Mary gozaba de un trato especial en la casa de los abuelos de Kilian y después de conocerla, se ofreció a llevarla seguido con ella. Era una chica retraída, muy tranquila, que se ganó su afecto en poco tiempo. De esa forma, la cercanía de esos tres chicos y esa madre de vida, fue inevitable.

—Dime qué te pasa nena y no me mientas, sabes que no me gustan los rodeos. ¿Cómo es que te ibas de viaje sin despedirte de mí, ni de Candace? Hablé con ella esta tarde y no me dijo nada. Habla ya, pequeña —le reclamó con un gesto de indignación digno de un premio a la actuación.

—Mary, tranquila... solo es trabajo, te llamé y no contestaste. Sí hablé con Candy y no sabía que viajaba hasta hace poco —refutó calmada, con el objetivo de evitar un interrogatorio como los que acostumbraba. Esa mujer era implacable.

—Sí, imagino que con esa respuesta quieres poner a prueba mi nivel de senilidad. Entonces, diré que te creo y con ello lograrás que te deje en paz —respondió suspirando y agitando su mano antes de acomodar su cabello blanco y prolijo, como restándole importancia. Un segundo después

y sin que ella lo esperara, tomó sus manos con firmeza y agregó sin dejar de mirarla—: Pues lo siento por ti. ¡No voltees los ojos como si fueses una chiquilla! Dime porqué ni siquiera traes equipaje. Habla, Cassidy Evans. No lo repetiré de nuevo —dijo de manera autoritaria. Esta vez, dejándola sin salida.

Capítulo 2

Mary era la única persona a la que Cassidy no lograba eludir por más que quisiera. Con ella se mostraba como era. Tenía la habilidad de despojarla de su armadura, su arrogancia, su fuerza y hasta su mordaz ingenio que usaba para defenderse. No podía contra esa mujer, quien con el tiempo se convirtió en su resguardo, su calma, su dirección. Gracias a sus consejos, no desfalleció al trazarse objetivos ambiciosos y los había logrado. Estaba agradecida porque la hubiese incluido en su vida sin tener ninguna obligación. Así que suspiró vencida y dijo:

—Bien, te lo diré, pero antes, dime lo que pasa aquí. Lo mío no tiene importancia en este momento, hablaremos luego sobre el tema, ¿te parece? —interrogó esperando su aprobación.

—Me parece justo, mi niña. —Entonces se dispuso a describir el prelude de esa fatal noche extrayendo antes un pequeño pañuelo de su bolso—: Esta tarde, Kilian recibió una llamada anónima. Le dijeron que Anna Petrova lo engañaba con otros hombres y le dieron una dirección. Ignoró el mensaje y me aseguró que no le importaba tal acusación porque en realidad ellos no tenían nada entre sí. Decidió seguir trabajando en casa, pero lo noté intranquilo. Un par de horas después, recibió otra llamada, esta vez del hospital. Él figuraba como contacto de emergencia de una paciente que tuvo un accidente automovilístico y aquí estamos.

—Mary, por favor, hablamos continuamente y tú no me dijiste que Kilian esperaba un hijo con nadie.

—Nena, nos enteramos esta noche. Como debes saber, él no tiene nada serio con nadie y esa chica entraba y salía de su vida constantemente, como muchas otras —dijo apenada, pero con un leve brillo de picardía que Cassidy decidió ignorar.

—No puedo creerlo, ¡un hijo! —soltó incrédula.

—Tiene unos meses de embarazo. Además, no sé, no estoy tan segura de que mi Kilian sea el padre. Hay tantas cosas.

—Sí..., tantas cosas —repitió contrariada. Al notar como la veía Mary intentó cambiar su expresión, pero ya era muy tarde.

—Chiquilla, nunca cambiarás. ¿Dónde te está llevando esa cabeza tuya? —indagó tratando de descifrar su mirada con una sonrisa enigmática.

—¡Oh, Mary! ¡Por Dios!, ¿me dirás que no notaste a ese doctor? Le faltó poco para darle de golpes a Kilian cuando hablaban de esa mujer —recalcó airada.

—No se te escapa una, ¿cierto? —dijo muy seria—. Él es una de las tantas razones por las cuales esa relación nunca funcionaría. Ese muchacho tiene sentimientos más fuertes por esa chica que Kilian. También está ese otro con quien tuvo el accidente, él falleció ¿sabes? Era modelo, como ella, pobre chico.

—¡Vaya! En esta tragedia no sé quién realmente será el verdadero afectado aparte del bebé. —La conmoción la llevó a cubrirse el rostro con ambas manos.

—Así es nena, pobre criatura inocente —dijo Mary apesadumbrada y Cassidy sabía que no fingía—. Pero tiene a personas que le queremos desde ya. Tendrá mucho amor en su vida.

—Hay algo que no comprendo. —Con un gesto de confusión colocó uno de sus codos sobre sus piernas cruzadas y con la palma de su mano sostuvo su quijada—. ¿Qué pasa con Kilian?, parece demasiado afectado y, ¿por qué me llamó precisamente a mí, en lugar de a Candace? Conmigo no habla hace mucho.

—¿Te parece poco enterarse de todo este lío en una misma noche? Sí llamó a Candy, solo que no estaba disponible. Además, no tiene nada de malo que haya acudido a ti. No te diré que no me sorprendió, pero..., es una buena forma de hacer las paces de una vez, ¿no crees?

—Sí, debo admitir que lo ha sido.

En ese momento las dos mujeres dirigieron su mirada al pasillo. Kilian y Candace venían juntos, hablando apaciblemente con un vaso de café cada uno. Al acercarse, ambos extendieron el café que llevaban hacia Cassidy y Mary resopló:

—¡Claro!, y la anciana puede morir de hipotermia, ¿cierto?

Los tres la vieron sorprendidos, pero Candace fue más rápida y desvió el vaso que llevaba a sus manos para luego darle un beso en la mejilla. Todos sonrieron viéndose unos a otros, no era la primera vez que compartían escenas como esas entre ellos.

—Me enteré que no viajaste, mi pequeña arpía —le dijo Candace a su amiga con una sonrisa de oreja a oreja y mirando de soslayo a Kilian con una ceja arqueada.

—¡Vaya! Pensé que este holograma era suficiente para evitar tus comentarios, dulce Candy —contestó aburrida y sin ánimos de seguir sus juegos cuando estaban los tres juntos.

Habían ocurrido demasiadas cosas entre ellos como para retomar su amistad sin más y eso la hizo sentir incómoda y apesadumbrada. Eran sus amigos de siempre, pero ya nada era como antes.

No agregaron nada más y pasaron un par de horas en las que solamente se miraban de vez en cuando, sin intención de iniciar ninguna conversación, cada uno en su asiento en la fría sala de espera del hospital de la región.

Justo a la medianoche, se acercó una enfermera hasta el grupo, informándoles que la paciente había sido trasladada a la unidad de cuidados intensivos y que habían autorizado que solo una persona la viera por unos minutos.

Kilian se puso de pie de inmediato, se volteó hacia Cassidy, tomándole suavemente la mano derecha y apenas sin verla a los ojos, le dijo:

—Gracias por haber venido y acompañarnos, pero no es necesario que se queden, yo les avisaré sobre cualquier cambio. Es mejor que vayan a descansar.

La soltó de inmediato con un leve temblor en su mano y lo vieron perderse por el pasillo. Candace y Cassidy se miraron sorprendidas, pero fue Mary la que rompió el silencio:

—Chicas, yo las mantendré informadas. Kilian tiene razón, no hay nada que podamos hacer aquí. No sabemos por cuánto tiempo estaremos en este lugar en los próximos días.

Las dos jóvenes sabían que no se discutiría más y se ofrecieron a acompañarla hasta el regreso de Kilian. Sin embargo, ella las rechazó y las sacó de allí, no sin antes advertirles tener cuidado a la salida con los reporteros. El personal del hospital les informó que estaban apostados en el estacionamiento, esperando declaraciones de personas allegadas a los famosos modelos.

Candace le ofreció a Cassidy irse juntas a su apartamento. Al vivir en *Besserer Street* estaban más cerca del hospital. Aprovechando que era viernes y para no dar explicaciones, aceptó su oferta. Su otra opción hubiese sido quedarse en un hotel y eso despertaría demasiadas preguntas a las que se negaba a responder por el momento.

Un guardia les ayudó a salir y pasar desapercibidas. Al subir al auto, Cassidy abrió su bolso, encontrando su teléfono lleno de notificaciones.

—Oye, enana, ¿te has hecho famosa y yo no me enteré? —bromeó con ella, sin obtener la

respuesta que esperaba, excepto una especie de gruñido.

—Es trabajo, nada más, Candy —explicó fríamente y desvió su mirada un momento hacia la ventanilla, ignorándola antes de volver a ponerle atención a la pantalla. No tenía el menor interés de hablar del tema hasta no tener más opción. No quería pensar en ello, por lo menos por el resto de la noche. Había tomado la decisión de marcharse, pero con lo de Kilian...

Entonces, recordó que necesitaba hacer una llamada y a su vez, borró todos los mensajes que recibió en esas horas de parte de Roger sin leerlos.

—Para servir a su majestad —contestó una voz medio adormilada.

—Josh, necesito que te comuniques con Clara, la asistente de Kilian Fox y se pongan de acuerdo sobre el comunicado de prensa y su postura por el accidente. Aprovecha para llamar a tus amigos cibernéticos y filtrar información que no afecte la imagen de los involucrados, ¿entendido?

—No hizo ni una pausa, hasta que volteó hacia Candace y esta la veía con una expresión de asombro abriendo la boca en exceso, alternando su mirada entre la calle y ella.

—Me ha quedado claro. De hecho, hace treinta minutos he colgado con ella. Perdona mi atrevimiento, pero he visto en los noticieros lo del accidente e hice mis averiguaciones. Así que moví mis hilos mágicos y a primera hora se hará un comunicado de prensa, usando como portavoz al agente de la señorita Petrova. Él también manejaba la carrera de Damien Pietri, el modelo fallecido. Está todo cubierto.

—Gracias, Josh, no esperaba menos de ti. Siento haberte despertado y arruinar tu sueño reparador de belleza —admitió relajada y aprovechando para halarle un mechón de cabello a su amiga que seguía burlándose de ella—. Buenas noches.

—Para eso vivo, *mademoiselle*, para servirte. Debes revisar las acciones de Fox, no dejan de subir. Buenas noches —respondió riendo y finalizó la llamada.

Solo les tomaba diez minutos llegar al edificio donde vivía Candace. Así que cuando colgó la llamada, ya entraban al estacionamiento subterráneo. Bajaron del auto en silencio y una vez llegando al ascensor, ambas suspiraron. Se mantenían con la vista al frente hasta que se abrieron las puertas en el treceavo piso del edificio.

Candace llegó hasta la puerta de su departamento y después de abrir, dejó pasar a su amiga antes. Luego de dar unos cuantos pasos, no pudo más y preguntó:

—¿Estás muy cansada para hablar ahora?

—Lo estoy. —Asintió Cassidy bostezando.

—Está bien. Si quieres, comemos algo ligero y luego vamos a dormir —ofreció dirigiéndose hacia la cocina.

—Perfecto, Candy. No tengo mucho apetito.

—Me lo imagino. —Candace se lavó las manos y preparó unos emparedados, mientras Cassidy la miraba moverse por la cocina de última generación.

Se dirigieron hacia el mueble frente al televisor, dejándolo en cualquier canal. Terminaron de comer en silencio. Candace se puso de pie y tomó su plato para llevarlo, al detenerse frente a ella, le dijo:

»Me dijiste no querer hablar en este momento y lo respeto, pero mañana a primera hora me dirás todo lo sucedido con Roger. No me ha dejado en paz en toda la noche, llorando como un desquiciado y yo no he sabido qué decir. Llamaré a Mary y luego me voy a dormir. Si pasa algo, te aviso. Buenas noches. —Se giró y se fue a su habitación.

Kassidy se quedó como una estatua. Fue ingenua al no pensar en que ella sería la primera persona a quien acudiría Roger. Reaccionó después de un rato y decidió irse a la habitación restante. Se sentía agotada por todo lo ocurrido y, la resignación por hablar de lo que no deseaba

cayó sobre ella. Suspiró antes de posar su cabeza en la almohada. Estaba cansada por todo lo ocurrido, así que en poco tiempo, se durmió profundamente.

Capítulo 3

Kilian Fox a sus veintisiete años era uno de los hombres más exitosos en el mundo de la tecnología automotriz; seguro de sí mismo, agradable, elegante, seductor y muy bien conservado, sin llegar a ser un muñeco de revista, eran las cualidades que también lo convertían en uno de los más apetecibles y difíciles de atrapar. Sin embargo, en ese momento de su vida, todo ello no le servía para nada. Hubiese ofrecido su fortuna entera por evitarse la incertidumbre y el dolor por los que atravesaba esa noche.

Sentado al lado de la cama de hospital, observaba a Anna Petrova totalmente entubada. Esa hermosa mujer que hasta hace unas horas contaba con una existencia plena, ahora pendía de un hilo..., un milagro. Lo más lamentable, era esa frágil vida inocente unida a la suya.

Se le hacía muy difícil asimilar lo acontecido esa noche. Deseaba poder borrarla o por lo menos, haber actuado de manera diferente. Si hubiese puesto atención a la llamada anónima... En ella, incluso le dieron la dirección donde se encontraba Anna en ese momento. Seguramente habrían discutido como solían hacer, por su testarudez, pero quizá habría evitado ese fatídico accidente y aunque ya no había nada por hacer, no podía dejar de pensar y recriminarse por ello. La frustración lo estaba acabando.

Anna se encontraba en buenas manos. Su amigo, Maximilian North era uno de los mejores neurocirujanos del país, confiaba en él como profesional, aunque como hombre y aliado, un poco menos que en el pasado. Sabía perfectamente lo ocurrido entre ellos, y no fue por Max. La misma chica se lo confesó con la intención de despertar celos en él después de una noche de fiesta, donde ella insistía en quedarse en su casa, pese a las reglas que ya habían acordado sobre lo que tenían.

Por alguna razón coincidían en muchos sitios y eso no le molestaba. Era una mujer atractiva, segura, a la que no detenía una simple negativa. Eso lo llevaba a retomar aquellas salidas intermitentes con la única condición de disfrutar.

Pero esa última vez, tuvieron la peor de las discusiones cuando ella llegó a su casa con maletas en mano, exigiéndole ciertos derechos para desagrado de Mary y de él mismo. Le aseguró que esperaba un hijo suyo, concebido quién sabe dónde o cuándo.

Él le dijo que se haría cargo, pero que al nacer realizarían las pruebas correspondientes para comprobar su paternidad y ella explotó furiosa. Salió de la casa de la misma forma en que llegó, mostrándose ofendida.

Luego su subconsciente se burló de él, haciéndole ver que si esa fatalidad no hubiera ocurrido, tampoco habría visto a su amiga de toda la vida, Cassidy Evans. Tenía mucho tiempo extrañándola, ansiando su compañía, su ácido sentido del humor, su aguda forma de percibir las cosas.

—¿Aún por aquí Fox?, solamente tenías autorizado unos minutos —le reclamó el doctor North al entrar a la habitación y alejándolo de sus pensamientos.

—Lo sé, ya me iba. Solo la veía y se me pasó el tiempo sin darme cuenta —explicó con genuino pesar.

—No te preocupes, comprendo tu estado. La situación es muy difícil de asimilar, pero puedes

estar tranquilo. Está en buenas manos.

—¡Están... en buenas manos! —corrigió Kilian con un deje de molestia.

—¡Oh, sí!, con respecto a eso...

—Con respecto al bebé. —Kilian no lo dejó terminar antes de agregar—: Yo tomaré las decisiones por ser la última pareja pública de Anna. Enviaré por su madre a Europa y, con ella decidiremos lo mejor para ambos.

Su seriedad no le dejaba opciones al doctor Maximilian North, quien apretó los dientes y su mandíbula crujió. No podía rebatir aquello. La semana anterior los medios mostraron el reencuentro de la pareja muy a su pesar, y ahora, ese bebé cambiaba todo el panorama. Anna no se lo había dicho, pero él también podría ser el padre, aunque no era capaz de hacerlo público o ella no se lo perdonaría jamás. Si lo hacía, la perdería definitivamente.

—Comprendo —se forzó a contestar—. Bien, pero ya debes irte. Estarás informado sobre cualquier cambio.

Ninguno de los dos salía de la habitación, retándose con la mirada. Al final, fue Kilian quien se puso de pie, acercándose a Anna. Se despidió de ella con un beso en la frente y al voltearse, le divirtió ver la expresión de su amigo totalmente convulsionado, pero no le dijo nada, había dejado las cosas claras. Le tendió la mano y se dieron un abrazo despidiéndose.

Kilian salió de la habitación con la esperanza de que Anna despertara pronto, esta situación lo superaba, todo estaba bajo control como a él le gustaba, hasta esa noche. No sabía por qué hizo toda esa demostración de macho alfa allá dentro. Entonces, recordó a esa pequeña criatura gestándose en el cuerpo de esa mujer y dejó de sentirse mal. Si bien era cierto que sus sentimientos por ella no superaban el simple afecto, los buenos momentos compartidos bastaban para protegerlos, a ambos.

Se dirigió a la sala de espera y se sintió culpable al advertir a su nana dormitando en una incómoda silla. Se acercó suavemente para darle un beso en la cabeza y ella despertó.

—Es hora de irnos Mary, te llevo a casa. En un par de horas debo regresar —dijo ayudándole a ponerse de pie y llamando la atención de una de las enfermeras, quien se ofreció a sacarlos de allí con discreción. Al salir del hospital no quiso reconocer su desilusión al no encontrar a sus amigas, pero no mencionó nada o Mary lo molestaría por todo el camino.

Él vivía en *Steeple Hill Crescent*, en la casa que perteneció a sus abuelos y que heredó cuando fallecieron. No tardarían más de media hora en llegar. El camino se tornó en uno muy silencioso, hasta que se rompió por una llamada telefónica.

—Kilian Fox —respondió de manera ausente.

—Señor, habla Clara. Lamento llamarlo en plena madrugada, pero he de confirmarle que ya me ha contactado el asistente de la señorita Evans, para la redacción del comunicado de prensa. El señor Kovac se hará cargo de ser el portavoz del mismo, mañana a primera hora. Mis disculpas por no haberlo hecho antes.

—¿La señorita Evans? —interrogó confundido.

—Eh..., ¿sí? —contestó Clara con un deje de duda en su voz—. Su asistente me dijo que se puso en contacto conmigo a petición suya, ¿es correcto? —dijo contrariada y muy nerviosa.

—¡Por supuesto, Clara!, te lo agradezco. Buenas noches, querida —zanjó sonriendo como bobo. Gesto que Mary no dejó pasar al cubrirse la boca con la mano, en un intento vano por acallar las carcajadas y después le dio un par de palmaditas en el hombro como parte de su puesta en escena para enfadarlo.

Kilian prefirió cerrar la boca. Conocía los alcances de Mary para burlarse de él hasta dejarlo

furioso, así que lo más sensato sería ignorarla. Después de unos minutos por fin entraron a casa y cada quien buscó su habitación, deseándose una buena noche o lo que quedaba de ella y descansar un rato.

Al entrar a su habitación, detuvo de manera brusca la acción involuntaria y totalmente inconsciente de marcar el número de Kassidy «¡Oh, por Dios! Estás loco o eres idiota», se dijo, alejando el teléfono de su mano y lanzándolo a la cama cual granada a punto de explotar.

Decidió darse un baño. «Seguro es el cansancio. Te orilla a actuar de esa forma», se dijo, estudiando su reflejo demacrado en el espejo. Bajo la ducha, recordó las circunstancias en las cuales Kassidy llegó al hospital y se avergonzó. Debió haberlo considerado un hombre patético, pero no lo pensó así al marcar su número. Estaba conmocionado y al verla, parte de su dolor se desvaneció solo con su mirada, con tener sus brazos alrededor de su pequeño cuerpo. Cuánta calma sintió con su cercanía. Ese era uno de los tantos efectos que tenía sobre él y que tanto añoraba.

Salió del baño, se vistió nada más con un pantalón de pijama y se tumbó en la cama. En ese momento se dio cuenta de que ya no sentía el hueco en el pecho que lo acompañaba desde hacía un tiempo. Con esa extraña y nueva sensación de sosiego, recordó tener nada más que un par de horas para cerrar los ojos. Debía regresar al hospital y hacerle frente a su nueva y caótica realidad. Solo le pidió al cielo entre susurros que acabara pronto.

Capítulo 4

Pequeños rayos del sol se filtraban entre las cortinas cuando Kassidy abrió los ojos y decidió levantarse. Después de su rutina de higiene buscó ropa en el armario. La mantenía allí, por si decidía quedarse un fin de semana con su amiga. Candace hacía lo mismo en la que hasta la noche anterior era su casa.

Justo en el momento de salir de su habitación y caminar por el pasillo, una de las puertas dobles de la entrada se abrió y se encontró a Candace vestida con ropa deportiva y una toalla sobre el cuello. El edificio donde vivía contaba con un gimnasio bien equipado, así como otras áreas recreativas. Era un buen lugar para vivir y de no vivir con Roger, habría elegido mudarse allí.

—Me baño y vuelvo, así preparas nuestro desayuno, pequeña víbora —dijo Candace socarrona, golpeándole el hombro con el suyo al pasar a su lado—. Y no te olvides de nuestra conversación pendiente, ¿escuchaste? —gritó antes de entrar a su habitación.

Kassidy no contestó, ¿para qué? Sabía que no tenía opción y quizás ella le daría otra perspectiva de la situación. Fue a la cocina para preparar el desayuno; una ensalada de frutas con gotas de leche condensada no parecía una mala idea en ese momento.

Justo acomodaba el cuchillo en el lavavajillas cuando su amiga llegó a la cocina y le hizo un gesto para que la siguiera al comedor. «¡Vaya!, nunca usamos el comedor», recordó con recelo. Se sentaron una frente a la otra y Candace elevó ambas manos indicando que esperaba escuchar lo que tenía que decir.

—He dejado a Roger —comenzó Kassidy tomando aire.

—¿Y él lo sabe?, porque ayer se volvió loco e insistió tanto al teléfono después que hablé contigo, que debe haber tomado un vuelo directo a Londres para encontrarte— respondió divertida mientras masticaba un pedazo de pera.

—Debe imaginarlo al menos. Lo llamaré. Aunque no creo que se atreva a estar frente a mí en los próximos días. —Tomó un trozo de piña y lo introdujo en su boca.

—No preguntaré ¿qué pasó? Me ha quedado claro que no me lo dirás, porque me cuentas el efecto y no la causa. Pero, sí te haré la siguiente pregunta: ¿estás segura? —Cambiando su expresión risueña a una muy seria.

—¡Claro que estoy segura!

—No de dejarlo boba, eso no me importa. Sabes de sobra que él nunca me gustó para ti. Me refiero a irte del país y abandonarnos. Comprendo que es trabajo, Kassidy. Pero el que estés cambiando tu vida de una forma radical de un momento a otro se me hace extraño. Y no me queda claro si es por él o es por ti.

Se quedó pensando un tanto contrariada en las palabras de Candace. Estaba de acuerdo con lo que decía. Fue muy impulsiva al decidirlo, y en definitiva, se dio cuenta que para ella solo fue una salida, una buena opción y la tomó sin más.

—Bien, Kass, no debes decidir de inmediato. Lo de Suecia era una posibilidad y tienes tiempo para pensarlo, ¿no? Además, ahora que Kill ha vuelto a tu vida... —canturreó sin terminar la frase.

—No tengo idea de qué quieres decir realmente con esa frase, pero no se te ocurra insinuar que entre él y yo hay algo más que una amistad, ¿te quedó claro? —Kassidy frunció el ceño como si en vez de una uva hubiese probado un limón. Se puso de pie molesta y Candace abrió los ojos como si fueran a salir de sus cuencas. Eso la hizo cerrar los ojos al percatarse de la munición que le había entregado en bandeja de plata.

—¡Qué rayos pasa contigo!, pareces bipolar. —Salió detrás de ella hasta la sala, saltando como niña y le gritó cada vez más fuerte—: ¡Oh, cariño!, a mí no me engañas. Estás tan tentada por ese duro trasero que al igual que yo, darías todo por probarlo tan solo una vez —suspiró y puso una mano sobre su frente fingiendo desmayarse y luego se arrodilló sobre el sofá simulando azotar uno de los cojines como si tuviera a alguien a su merced.

—Estás loca, Candy. Eres un pequeño demonio en el cuerpo de una rubia hueca —gruñó, evitando el más mínimo contacto visual con su amiga. Luchando por mantener el control después del espectáculo dado en el comedor.

—¿Y tú crees ofenderme con ese comentario? Pobre, pobre mortal. *Hey*, pero no cambies de tema. Ustedes dos tienen un par de secretos y tarde o temprano voy a descubrirlos, aunque ese no es el punto justo ahora. Ordenemos tus prioridades, cariño. Vuelves a tu soltería, ¿te das cuenta? Necesitas donde vivir y este demonio te ofrece su humilde morada. —Hizo una reverencia—. Tengo el espacio, la ubicación geográfica ideal y, además, unos vecinos que se caen de buenos y están disponibles. ¿Qué dices?, por fin viviríamos juntas, como siempre lo planeamos. No me hagas rogarte.

Kassidy no hizo más que reír ante tal representación. A veces su preocupación por la salud mental de su amiga era real, justo como en ese momento.

—Me gusta tu propuesta, Candy, aunque antes debo corroborar el tema de tus vecinos. Si mal no recuerdo, tuviste una etapa donde te gustaban los de la tercera edad —respondió, provocando que la otra se pusiera roja como un tomate.

Con fingida indignación, Candace alzó su mentón y salió airada de la estancia para gritarle desde el pasillo:

—¡Prepárate!, vamos por tus cosas en una hora. Llamaré a Mary en un momento para saber cómo va todo en el hospital.

Kassidy entró a la habitación de nuevo, feliz por haber obtenido esa pequeña victoria frente a su mejor amiga. Abrió el armario y vio una de las creaciones de Candace que estaba casi segura no haber notado antes; un vestido palabra de honor, largo, azul turquesa y adornado con pedrería. Lo usó tres años antes, justo la noche en la que todo se estropeó entre ella y Kilian. No quería recordar aquella noche, pero la textura de la tela la llevó allí sin poderlo evitar.

Ella estaba nerviosa, era la fiesta de compromiso de su amiga, Candace, y lo esperaba. Quería presentarles a Roger, su «conquista seria», como llamaban ellos a la pareja que durara más de un mes en sus vidas. El trio disfrutaba más de las salidas que de la estabilidad afectiva que alguien pudiese proveerles. Jamás imaginó que a partir de entonces se separarían sus vidas en un antes y un después.

Kilian llegó en tal estado de embriaguez, que era incapaz de mantenerse erguido sin ayuda. Se portó grosero con todos sus conocidos e inició una pelea al peor estilo callejero en contra de Roger; afirmó que este había tocado descaradamente a su cita bajo la mesa, dejándole la nariz rota como resultado. Kilian la haló con fuerza desmedida, exigiéndole que se fuera con él, pero todo se complicó más cuando otros hombres intervinieron en la reyerta. Fue espantoso y, para cerrar con broche de oro, en el momento en que creyó finalizado el escándalo, Candace corrió en su dirección bañada en lágrimas. Cuando al fin pudo hablar, le suplicó sacarla del

lugar. Había encontrado a su prometido teniendo relaciones con su asistente en el baño de damas. Salieron de allí haciendo parada en el hospital para que revisaran a su novio, y ese terrible acontecimiento los dejó llenos de resentimiento, culpa y vergüenza respectivamente.

Transcurrieron años y, con el tiempo, el resentimiento se fue disipando hasta desaparecer por completo. Con la llamada de la noche anterior, admitió que fue una forma de eliminar la distancia que se obligaron a mantener desde entonces. Ella esperó al menos una disculpa de su parte, un acercamiento que le demostrara remordimiento por su proceder, pero nunca llegó. Así que evitaban encontrarse en los mismos lugares, viajaba lejos para no acudir a las fiestas en las que solían reunirse o declinaba ciertas invitaciones. Llegaron al punto en que no pudieron evadirse más y abiertamente aceptaron el deterioro en la relación frente a una Candace confusa y se ignoraron cuando la presencia de ambos era ineludible. Terminaron actuando como simples conocidos, limitándose a saludos cordiales y a salir por la salida opuesta al otro.

Volvió al presente y se obligó a dejar de pensar en aquel asunto. Debía concentrarse en el ahora. Si bien Kilian y ella no volvieran a hablar como los grandes amigos que fueron, él estaba en problemas y lo apoyaría sin duda alguna.

Por el momento, debía ir por sus pertenencias al apartamento que compartía con Roger. Solo esperaba que si él se encontraba allí, se comportara y no quisiera ponerse en el papel de víctima o tergiversar las cosas como cada vez que discutían.

Después de maquillarse, salió de la habitación vestida con un *jean* azul oscuro, una blusa celeste cubierta con un *blazer* blanco y zapatillas deportivas blancas. Se detuvo un momento para mirar un poco de televisión mientras Candace terminaba de arreglarse y escuchó un estridente silbido. Al voltear, vio a su amiga con la boca abierta.

—Vaya, nena. Por fin puedo morir tranquila sabiendo que ahora sabes vestirme sin mi ayuda. Vas preparada para que Roger se muerda a sí mismo viendo lo que perdió... me gusta. No, me encanta. —Se acercó dándole un fuerte abrazo.

—No puedo creer que esperaras verme ir en pijama, con los ojos inflamados y el maquillaje corrido para rogarle volver —dijo haciendo un puchero con los labios.

—Tranquila, sé que dentro de ese pecho hay un hueco vacío lleno de telarañas —contestó resignada—. Ahora vámonos, tengo muchos compromisos este día. —Le dio espacio de salir primero del apartamento, pero la noticia que estaban transmitiendo en la televisión la detuvo.

Hablaban sobre el accidente de los modelos, ambos trabajaron para ella en algunos desfiles. Apareció en pantalla Axel Kovac, el representante de los dos brindando la conferencia de prensa sin ofrecer pormenores de la tragedia. Cassidy se colocó a su lado poniendo atención.

—¿Por eso vas vestida así? —preguntó al observar su atuendo totalmente blanco y unos zapatos con tacones altos del mismo color.

—Sí, cariño, el chico era Damien Pietri. Voy a su funeral. Tenía las amistades equivocadas. Aunque estaba iniciando su carrera, lo hacía como pocos, fue muy talentoso —dijo con genuina consternación. Cassidy la conocía y se daba cuenta del aprecio que le tuvo.

—Era muy joven —suspiró, observando su fotografía en la esquina derecha de la pantalla.

—Demasiado —contestó Candace pensativa—. Anna es como un desastre natural, dañando todo a su paso. No le deseo mal alguno, pero lamento haberla ayudado a cruzarse en la vida de Kilian. Para serte sincera, jamás pensé que duraran tanto.

—No debes culparte, Candy. Él es un adulto que tomó sus propias decisiones y ella es una mujer muy hermosa. Sin duda debe tener algo especial para que Kilian haya mantenido su relación con ella por tanto tiempo.

—Parece que ya no conoces a Kilian, enana. Desde hace un tiempo él es tan sombrío, tan

distante. Como si tuviese un vacío que no pudiera llenar con nada, ni nadie. Creo que ella se convirtió en un escape para él, pero no sé de qué. Sigo sin entenderlo. Deberías hablar con Mary para que te cuente.

—Hablo con ella —dijo extrañada.

—Hablar, no saludar. Hay diferencia en ello, querida. A mí tampoco me has preguntado por él en mucho tiempo. Solo espero que con lo de anoche, se acabe la tontería entre ustedes. Extraño como éramos antes, los tres juntos contra el mundo. —Apagó el televisor y salieron del apartamento en silencio.

Capítulo 5

El día estaba radiante, pero seguía frío debido al invierno. Ambas se colocaron sus gafas oscuras por la claridad antes de subir al auto y acomodarse en los asientos con rapidez para disfrutar de la calefacción.

—¿No me vas a ayudar a empacar? —Kassidy miró a su amiga con un poco de angustia. No es que tuviera miedo de Roger, pero no quería estar a solas con él y mucho menos discutir.

—¿Empacar? Me tomé la atribución de llamar a Josh y le pedí que hiciera las maletas por ti. Claro que vamos a tu antiguo hogar, en función de supervisoras. ¿Sabes?, para ser un genio en los negocios te hace falta aprender a delegar funciones —dijo divertida y poniéndose en camino.

—Sé delegar funciones, ridícula. Esto se trata de un asunto personal, delicado y Josh tiene vida. Es fin de semana —contestó incómoda.

—Como si Josh no muriera por saber qué tipo de lencería usas. Además, tú eres parte de su vida... Aunque debo reconocerlo; a veces compadezco a ese apetecible dios griego —terminó con un lamento.

—Deja en paz a Josh, cretina. Él tiene una pareja estable. Tú no respetas nada —bufó indignada.

—¿Y a ti quién te dijo que lo quería para mi deleite sexual? Eres una enferma, soy una artista y tengo el deber de admirar la belleza en todas sus formas. —Se burló guiñándole el ojo y subiéndole el volumen al radio dando por finalizada la discusión. Ambas cantaron a todo lo que dieran sus voces, como hacían en el pasado.

Kassidy se compró un apartamento en *Riverside Drive*, a solo diez minutos de su amiga, desde que decidió vivir junto a Roger hacía año y medio. También quedaba cerca de su oficina, lo que les permitía visitarse continuamente entre los tres, antes de que todo se dañara.

Al llegar, estacionaron el auto de Candace y cuando pasaban por la recepción Kassidy notó que Ben, el joven encargado de la misma la veía muy nervioso. Se preocupó, sin embargo, se limitó a saludarlo y este asintió alejando la mirada y enfocándose en terminar de quitar los adornos navideños que adornaban la zona. La miró fijo de nuevo hasta que se perdió tras las puertas del ascensor.

Cada vez estaba más inquieta, las puertas se abrieron nuevamente y le extrañó advertir la puerta de su apartamento abierta. Avanzó al interior y se asustó al estar a punto de pararse sobre un par de gotas de sangre en el piso. «¿Qué rayos pasa aquí?», pensó horrorizada. La respuesta llegó al instante. Roger salió a su encuentro con un paño sobre su nariz.

Se veía extraño; con los ojos inyectados en sangre, su cabello rubio desordenado y su ropa arrugada, parecía la misma que vio tirada en el suelo la noche anterior. El hombre se acercó gruñendo—; ¿No te habías marchado? —Le dio una mirada fría y llena de reproche. Dirigiéndose luego a Candace hizo un gesto con la cabeza como único saludo.

—Pospuse mi viaje. —Kassidy intentó mostrarse tranquila—. ¿Qué te pasó? —preguntó a su vez, señalando el paño lleno de sangre.

—Pregúntale a la florecita de tu asistente —respondió girando hacia el comedor. Tomó un

cheque de la mesa y lo lanzó a los pies de Cassidy—. Ponle la cantidad —dijo arrogante, elevando una de sus cejas.

Ella ni se inmutó, lo conocía y sabía que estaba provocándola. Miró el cheque en el suelo y con su metro sesenta de estatura, posó su mirada un momento en ese hombre de metro noventa para luego sonreír. Negó con la cabeza y se dirigió hacia la habitación, ignorándolo. Encontró varias cajas selladas y a su asistente de pie, depositando varios libros dentro de una caja abierta.

—Lamento haberlo hecho. No me quería dejar pasar, me insultó y luego... no supe de mí —dijo Josh muy preocupado acercándose a ella y bajando la mirada como un niño en espera de su castigo.

—¿Él no te hizo nada? —preguntó extrañada observándolo de pies a cabeza.

—¿Cómo si pudiera! No en vano me paso en el gimnasio esculpiendo todo esto —respondió elevando el mentón y señalándose de pies a cabeza. Giró hacia Candace para saludarla con dos besos al aire y esta sonrió ante su egocentrismo.

La rubia no había dicho nada desde que entraron. Cassidy se dijo que si hubiese sido ella, no estaría tan tranquila y ya estarían llamando a la policía.

—Estas son las últimas cajas, *belle dame*. El resto ya están en la camioneta de Simon. Se ofreció a ayudarme, espero no te moleste —informó haciendo un *sexy* puchero con los labios.

—Para nada. De hecho, estoy apenada contigo, no debías haber pasado por esto. —Se disculpó abrazándolo.

—Oh, no te preocupes. La verdad, siempre he tenido curiosidad de saber qué tipo de *lingerie* usas, querida, y me he sorprendido gratamente —soltó de manera despreocupada, provocando que Cassidy se sonrojara como pocas veces. Se puso peor al escuchar las carcajadas de Candace detrás suyo.

Sin responder, decidió pasar de ellos yendo hacia la habitación que había acondicionado como despacho. Se dio cuenta de que Josh estuvo allí, así que solo recogió unos sobres del escritorio y al girar con la intención de salir, chocó con el torso de Roger.

—Debemos hablar —pidió él bajando la voz y tomándola de los brazos con suavidad.

—No. Debimos haberlo hecho antes. —Lo retó Cassidy viéndolo a los ojos y retrocediendo unos pasos para alejarse de él sin perderlo de vista.

Roger se sacudió el cabello rubio cenizo frustrado con una mano y luego la señaló con el dedo índice—. ¡No te atrevas a hacer público lo que viste ayer! No me quieres de enemigo, pequeña. Sin amedrentarse, Cassidy contestó apaciblemente:

—No me interesa humillarnos por tu infidelidad. No debes preocuparte por mí.

—No sabes lo que dices —susurró.

—Debiste decírmelo, Roger, pensé que nos teníamos confianza. Si te gustaba alguien más, yo...

—¡No me gustan los hombres! ¡No soy gay, Cassidy! —rugió descompuesto, interrumpiéndola y poniéndose rojo de la furia. Sus ojos azules se habían oscurecido, pocas veces lo había visto así, aunque jamás con ella.

—No me importa si te gustan o no. Yo hubiese actuado igual de haberte sorprendido con una chica. Me engañaste, Roger..., en nuestra casa. ¿Qué esperabas?, ¿qué te felicitara o qué lo dejara pasar?, ¡Por Dios!, te desconozco —dijo con decepción y tristeza. Sus ojos se humedecían, pero se contuvo y continuó—: Si estabas con alguien más, pudiste haber sido sincero conmigo y contármelo. No merezco ser engañada por ti. Me has lastimado mucho.

—Nena, a veces eres tan mojigata. —Se burló rodando los ojos. Cambiando el tono de su voz completamente a una suave y llena de dolor, agregó—; Muñeca, ni siquiera sé por qué lo hice, simplemente pasó. Me dieron algo en el club y luego, me encontré aquí siendo sorprendido por ti.

No recuerdo los detalles. Podemos superar esto, nena, solo... no te vayas, no me abandones. Sabes que te necesito —rogó, acercándose un poco.

—Lo siento, Roger, para mí, eso no funcionará. Ya no confío en ti. No es fácil decirte esto, pero es mejor que lo dejemos aquí y continuemos con nuestras vidas —replicó.

Un segundo después, Roger se movió tan rápido que la sorprendió al presionar su cuello fuertemente con sus enormes manos. Su mirada era perversa, llena de odio, algo que jamás vio antes en él. La estampó contra la pared, oprimiendo tanto, que sintió que el aire se le acababa. No supo cómo, pero con dificultad hizo un gancho con su mano izquierda sobre la mano derecha de su ex, para quitársela de encima. Giró levemente su cuerpo hacia adentro y arrastró con su hombro derecho la otra mano de él llevándolo consigo a su altura y, apenas liberándose de su agarre. Con toda la fuerza que pudo, lo golpeó con el codo, al principio no supo dónde. Pero al distinguir que se sostenía la nariz desconcertado, se dio cuenta. No perdió la oportunidad y le dio una fuerte patada en la entrepierna, obligándolo a caer al piso, primero arrodillado y luego cayó de lado, gritando y retorciéndose de dolor.

Cuando avanzaba a la salida de la habitación totalmente alterada, temblando y con una de sus manos en el pecho, vio la cara de espanto de sus dos amigos llegando en ese instante a la puerta. La veían de pies a cabeza, sin entender lo que ocurría.

—¡Maldita! —gruñó a medias, aún en el suelo y sosteniendo sus partes mientras se quejaba—. Te voy a acabar, ¿me escuchas? Eres una zorra.

—¡Qué demonios! —exclamó Simon, entrando a la habitación y viendo el cuadro con sorpresa—. Cassidy, puedes y debes hacer una denuncia por agresión en este momento. Nos tienes como testigos —dijo levantando con fuerza a Roger, lo cual no se le hizo nada difícil con sus casi dos metros de altura y su gran musculatura.

—¡Eres un poco hombre! —gritó Candace fuera de sí y abrazando a Cassidy que lloraba sobre su hombro sin poder contenerse.

—Llamaré a la policía —vociferó Josh en ese instante tomando su teléfono.

Kassidy lo detuvo, secó sus lágrimas y antes de voltearse hacia Roger, elevó la barbilla en su dirección y sentenció:

—Suéltalo, Simon. No habrá denuncia, pero si vuelves a acercarte a mí, haré de tu vida un infierno, Roger Cole. No querrás que tus secretos salgan a la luz. Tu padre te desheredaría al enterarse. —Se detuvo un instante y tomó aire, se le dificultaba respirar con normalidad y continuó—: No te cruces en mi camino, porque no sabes de lo que soy capaz. —Sonrió lo mejor que pudo aún presa de los nervios—. Tengo contactos muy influyentes que te hundirían en la miseria en un abrir y cerrar de ojos, solo por el simple placer de hacerlo. Piensa bien lo que harás..., cariño.

»¡Ah! y Roger, no te molestes en pagarme el apartamento. Te lo regalo. Quizá si no mides bien tus pasos de ahora en adelante, lo necesitarás más que yo. —Giró saliendo de la habitación dejando a todos los presentes gélidos.

Luego de unos instantes de desconcierto se vieron entre sí y salieron del despacho dejando solo a Roger, sentado en una silla y visiblemente anonadado. Se reunieron con Cassidy en el salón, esperando que ella diera la orden de salir del apartamento y al hacerlo, la siguieron sin decir nada, llevando las pocas cajas que pudieron. Cuando bajaron del ascensor, Josh rompió el silencio:

—Kassidy, necesitas un médico. ¿Quieres que lo llame o te lleve? —preguntó con el teléfono en mano.

—No te preocupes, estoy bien... Solo necesito descansar un poco —dijo suavemente para

tranquilizarlos, pero ellos la veían sin poder ocultar su preocupación.

—Me quedaré contigo —propuso Candace de inmediato.

—¡Claro que no! Cumple con tus compromisos. Tomaré mi auto, aún sigue aquí —dijo mirando alrededor cuando tomaron la puerta hacia el estacionamiento—. Descansaré un rato y luego acompañaré a Mary en el hospital.

—Nada de eso. —Negó Josh alzando las manos y agitándolas—. Yo te llevaré a mi casa y Simon se hará cargo de tu auto. Si más tarde deseas salir, te acompañaré, mi pequeño ninja. —Eso los hizo reír a todos, mientras colocaba un brazo sobre el hombro de su amiga.

—Llévala a la mía, anoche se quedó allí y si quieres, ese será tu nuevo hogar, amiga —dijo Candace, acercándose y dándole un beso sobre la cabeza.

Kassidy aceptó la propuesta de Candace y al llegar al auto de Josh, la abrazó para despedirse de ella y tomar cada una su camino. Dieron unos pasos más y antes de subir al auto, Josh hizo que su muro de contención emocional se rompiera cuando le ofreció sus brazos. De sus mejillas resbalaron un par de lágrimas que se apresuró a limpiar, pero se volvieron un dique sin contención en pocos segundos.

En horas, su vida como la había edificado dio un giro de ciento ochenta grados, mostrándole facetas desconocidas del hombre que eligió para acompañarla en su día a día. «¡Dios, he sido tan ciega!», reflexionó desilusionada. No pudo evitar que por su cabeza pasaran parte de los buenos momentos que habían compartido desde que lo conoció en la universidad. No podía creer que aquel muchacho vivaz y romántico era el mismo que acababa de agredirla.

Capítulo 6

Kilian salió muy temprano hacia el hospital sin esperar siquiera a Mary para el desayuno. Al llegar, se fue directamente al consultorio de Max, pero según su secretaria, no había llegado aún. Decidió buscar a la última enfermera que le atendió la noche anterior, con la suerte de encontrarla en el pasillo. Al saludar y pedirle información sobre Anna, intentó convencerla para que le permitiera verla. Ella aceptó, no sin antes explicarle que su turno estaba por terminar y que lo acompañaría solo por unos minutos, pues eso podía ocasionarle muchos problemas.

Justo en el momento de girar la manija, la puerta se abrió y tras ella, se encontraron a un Maximilian North somnoliento, con el cabello revuelto, quien al levantar su rostro, se tensó por completo. Con una mirada de reproche hacia la enfermera, le dio un par de instrucciones y esta se despidió de ambos de manera apresurada, dejándolos solos.

—¡Buen día, Max! —saludó Kilian entrando con firmeza y haciéndolo retroceder dentro de la habitación. Sin despegar sus azules ojos de los verdes del médico.

—No sé qué decir...yo solo, no sabría cómo... —Max bajó su mirada al suelo, sin poder ocultar su turbación.

—No es necesario —interrumpió despectivamente, Kilian—. La verdad no me importa si te has quedado aquí toda la noche, pero debo aclarar algunos puntos. —Calló un instante hasta que Max elevó el rostro hacia él, confundido. Decidió continuar con un tono muy bajo, casi susurrando—: Sé que tú y Anna tuvieron...

—Hablemos fuera. Este no es el lugar, sígueme —pidió y lo guio de regreso a su consultorio, ignorando de manera magistral a su secretaria quien lo miró sorprendida por la facha que llevaba.

—Bien, como te decía... —continuó Kilian al tomar asiento frente a él y después de cerrar la puerta con seguro—. Anna me dijo hace un tiempo que tuvieron algo pasajero, pero eso ya no importa.

—¿¡Pasajero!?! —Apretó los dientes y sus manos formaron puños, gesto que Kilian notó con recelo.

—Así es. Como te dije, hablemos claro. Conozco a Anna desde antes que tú y puedo decirte con propiedad que ha jugado con cada hombre con el que ha estado. Si tienes sentimientos por ella no me incumbe, Max. Lo nuestro nunca fue nada serio, pero de alguna forma me siento responsable y espero lo comprendas. Además, me nombró su contacto de emergencia, lo que refuerza mi obligación. Me he comunicado con su madre. Al parecer, sufre una afección coronaria que le impide viajar y me pidió mantenerla informada. La señora cree que soy su prometido y que estábamos a punto de casarnos, imagínate. Y no quise contradecirla debido a las circunstancias.

—Comprendo —contestó seco y tratando de apaciguar la furia que sentía por dentro por sus palabras. Lo enervaba el cómo ella pudo considerar lo vivido a su lado de esa forma y mentirle a su propia madre con respecto a Kilian. En cambio, para él, su relación era especial, única. Esa mujer lo traía loco, él le complacía cada uno de sus caprichos, le daba su espacio, jamás quiso controlarla. Él comprendía las exigencias de su trabajo y nunca le pidió nada más que estar en su vida.

—Necesito que me informes sobre lo que está pasando con ambos y lo que puedo esperar. Por lo pronto, contrataré una enfermera que esté todo el tiempo con ella. Tengo un par de viajes ineludibles en este momento.

—¿De viaje?

—Sí, Max. De viaje. Quiero que me expliques..., por favor. —Cedió con tranquilidad, para apaciguar un poco la tensión entre ambos.

—Bien, te explico. —Max suspiró, tratando de desconectarse de sus sentimientos por un momento—. Cuando la intervenimos, descubrí que la presión intracraneal era tan alta que ponía al bebé en peligro debido al riesgo sanguíneo. Hicimos lo posible y logramos estabilizar el feto. No obstante, Anna entró en un coma grado tres. Esto quiere decir que no reacciona a ningún estímulo sensorial; tacto, ruido. No tiene reflejos y sus funciones; respiración y circulación de la sangre, se mantienen con dificultad. Por ese motivo la mantenemos con el soporte vital que has visto en la habitación.

—¿Qué hay del bebé?

—La ventaja del feto es tener justo dieciséis semanas de gestación, donde el riesgo de aborto es menor. Aún estaba protegido por los huesos de la pelvis y el impacto que ella sufrió no le afectó en lo absoluto. Las pruebas que le hemos realizado a él indican un ritmo cardíaco normal. Como te dije ayer, solo es cuestión de esperar. Hay pacientes que mejoran su condición en unos días y otros toman más tiempo. No sabemos cómo despertará, pero al hacerlo, generalmente se debe seguir un proceso de rehabilitación para volver a caminar, cargar peso y ejercitar su mente. Es una etapa compleja, pero no imposible de sobrellevar.

—Pero, ¿nacerá? —preguntó confundido—. ¿Qué pasa si su recuperación tarda meses, incluso años?

—Dependemos de muchos factores, Kilian. Se han dado partos en estas condiciones, por cesárea, claro. Es algo que se debe considerar. Según el ginecólogo y el neonatólogo, al cumplirse las veinticuatro semanas de gestación podrán determinar cuándo traerlo al mundo.

Tal información lo tomó por sorpresa, así que perdiendo los estribos por un momento, exclamó:

—¡Por qué no me lo dijeron como corresponde! Mira, Max. Si quieres estar cerca de ella, lo aceptaré sin reservas. No me interesa. Solo quiero que me mantengan informado sobre sus avances y los de mi hijo —pidió al final con un poco más de control.

—Puede ser mío también —dijo, sabiendo que eso le haría daño a Kilian. Sentía la necesidad de hacerlo sufrir igual o más que él.

Y lo logró. Kilian se puso de pie como un resorte. No sabía qué decir. En algún momento pensó en esa posibilidad, pero no en una donde incluía precisamente a su amigo siendo el hombre con quien se disputaría la paternidad de esa criatura.

—Vivíamos juntos, Kilian, desde hace un tiempo. Ella no quería hacerlo público, porque esperaba la firma de un comercial y me pidió discreción. —Incitó, tratando de ocultar su sonrisa, sabiendo que había logrado su cometido.

—¿Qué rayos sucede contigo, Max?! —gruñó Kilian perdiendo la compostura y acercándosele amenazante—. Si la he hecho mía tantas veces en estos meses que he perdido la cuenta. Justo ayer llevó sus maletas para instalarse en mi casa, rogándome por más. —Se detuvo unos instantes, negando con la cabeza mientras se alejaba un poco en un vano intento por calmarse—. Ella..., ella es una —repitió sin terminar. Se descuidó un segundo antes de sentir un fuerte impacto en el mentón y uno más, que hizo que cayera al suelo sin equilibrio alguno.

»¡Hijo de puta! —gruñó Kilian reaccionando iracundo, poniéndose de pie en un movimiento y soltándole un puñetazo en pleno rostro al médico—. Es el colmo pelear por semejante zorra. —

Sonrió irónico mientras se limpiaba la sangre del labio con el dedo pulgar—. Te he devuelto el golpe por tu ataque, no por ella, que te quede claro. En un rato envío a la enfermera y más te vale no interferir. Hasta que no se haga una prueba de ADN, yo estoy a cargo —dijo abriendo la puerta y dando un portazo al salir.

—¡Maldito, Kilian! —gritó Max de pie, respirando agitado y sintiendo que la bilis pasaba por su garganta debido a las ganas incontrolables de acabar con él.

Kilian estaba furioso, ese no era él. Hablar mal de una mujer, golpear a su amigo, perder los estribos sin razón y no haber cumplido con lo que debía lo dejaron en un estado lamentable. Si algo se salía de agenda, le provocaba mucha ansiedad, desde niño tuvo ese problema, y hoy había hecho todo para estar peor. «Maldito día», pensó fuera de sí.

Por el momento no podía hacer nada, ya regresaría al hospital cuando estuviese más tranquilo. Subió a su *Maserati Gran Turismo* y salió lo más rápido que pudo de allí, debía descargar tanta tensión. No se decidía sobre cómo proceder para lograrlo. Si ir a beber algo, trabajar, regresar a casa o tomar su medicamento. Recordó que llevaba un recipiente extra en la guantera y masticó una píldora. Sabía que tomaría tiempo, así que hizo sus ejercicios de respiración mientras conducía. De pronto, se le vino a la cabeza la imagen de su amiga, Candace. Era su opuesto en todo, pero tenía el don de saber escuchar. Si no le gustara tanto el mundo de la moda, le hubiese ido muy bien como terapeuta.

Marcó su número telefónico sin obtener respuesta. Lo hacía a menudo, así que no se preocupó. Sabía que la noche anterior se fue en compañía de Kassidy y como fue viernes, seguro se habían quedado juntas. A esa hora ya se habrían despedido. Kassidy jamás permanecía todo el sábado con ella, regresaba temprano con el estúpido de su novio. No era que se la pasara demasiado interesado en su itinerario, era que se enteraba de ello por lo que Candace soltaba de vez en cuando. También era posible que la rubia estuviese con un hombre y lo lamentaba por ellos, pero él la necesitaba en ese momento. No lo pensó más y decidió hacerle una visita. Total, no sería la primera vez que despedía a algún sujeto por atenderlo a él y ese trato era recíproco.

Después de un rato, Kilian entró al apartamento con el juego de llaves que cada uno tenía de la casa de los demás y vio salir de la cocina a un joven con una taza humeante en la mano.

—Buenas tardes. Vengo a ver a Candace, soy... —El hombre no lo dejó terminar, se le acercó con la taza y se la ofreció.

—Kilian Fox, lo sé. Josh Cage. —Se acercó ofreciéndole la mano para saludarlo y el aludido agradeció la taza de té—. ¿Qué te pasó?

No quiso responder a su pregunta. «Candace cada vez los elige más jóvenes», se dijo. Al menos este iba vestido. No pudo continuar con sus cavilaciones, pues al avanzar a la sala, quien menos esperaba encontrarse se hallaba recostada en el sofá. Con la cabeza en el regazo de un hombre igual de joven que el anterior, ambos veían televisión y él le acariciaba el cabello y le susurraba cosas que la hacían sonreír.

Ese no era su novio y sabía que seguía con el idiota de la universidad. Dudó un momento sobre el comportamiento de Kassidy porque no era ese el concepto que tenía sobre ella. De Candace podía esperar algo como eso, pero de ella no, nunca. Sintió lava correr por sus venas, una furia descomunal casi imposible de controlar. Se aclaró la garganta y ambos lo miraron, ella con sorpresa y el otro indiferente, como si no supiera que era una mujer comprometida, no podía creer lo que veía.

Kassidy se puso de pie en un movimiento. Quedó frente a él y sus manos se dirigieron velozmente a su cuello. Sin embargo, era imposible ocultar el enorme hematoma que se le había formado.

—¿Qué sucedió, *ma douce lune*? ¿Quién te hizo eso? —Se apresuró a preguntar esperando que nadie se hubiera dado cuenta del apelativo y del nerviosismo de su voz. Notó la mirada de incredulidad de Cassidy y el ceño fruncido de su acompañante. Se mordió la lengua por ser un bocazas.

—Le hemos dicho que haga la denuncia y no podemos convencerla. —Con una sonrisa mal disimulada el chico llamado Josh se acercó a ellos y se sentó en el lugar que ella dejó libre, abrazándose al torso del otro sujeto.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas que no se derramaron. Sin controlar sus impulsos, Kilian dio una zancada y la acunó entre sus brazos de manera protectora. Con su estatura, se veía como una chiquilla indefensa.

—Cuéntame lo ocurrido, por favor. —Suplicó, separándose un poco de ella para poder detallar su rostro y sintiendo una incontrolable desesperación. Con intenciones de correr y arrancarle la cabeza al maldito culpable, sensación que no podía evitar desde hace tiempo. Desde que supo que había elegido a Roger Cole en vez de a él.

Kassidy sentía un enorme nudo en la garganta que parecía ligado a sus ojos. Si ella abría su boca, no iba a poder reprimir el llanto y no era del tipo de mujeres que se la pasaban llorando pretendiendo solucionar así sus problemas. Tener a Kilian enfrente, la hizo sentir frágil, dependiente, inútil y, esos sentimientos los había encerrado bajo llave hace mucho.

Exhaló, intentando renovar sus fuerzas o las pocas que le quedaban y movió su larga cabellera castaña, como sacudiéndose todo aquello. Elevó su mentón para poder verlo a los ojos, él era tan alto.

—Tuve un altercado con Roger esta mañana —dijo sin entrar en detalles. Pero me defendí, con los movimientos que me enseñaste cuando chicos, ¿recuerdas? —agregó con una sonrisa que apenas llegó a sus ojos.

Cuando Kilian posó sus ojos azules en ella, Cassidy no supo qué hacer. De pronto era esa mirada tan llena de significado que siempre fue incapaz de interpretar. Se puso nerviosa y al notar a los que estaban en el sofá que no disimulaban la curiosidad que les generaba la escena, se alejó de manera un poco brusca del abrazo. Hasta ese momento no había notado que sus fibrosos brazos permanecían firmes alrededor de su pequeña cintura.

Él se dio cuenta de la incomodidad de Cassidy. Lejos de molestarle, le causó gracia el hecho de por fin poder devolverle un poco de su propia medicina. Aunque de inmediato se sintió culpable, no era correcto hacerla sentir mal. Así que optó por ignorar la reacción y buscó asiento al igual que ella, resintiendo el momento donde el aroma de fresas que emanaba se fue disipando. Confirmó para sí mismo el no haberlo olvidado, estaba grabado a fuego en su cerebro.

—Cómo no recordarlo... —dijo Kilian sonriendo abiertamente, aunque luego chasqueó la lengua—, si me dejaste adolorido un buen tiempo. —Esa situación preocupó aún más a Kilian, quien sentía un torbellino en su cabeza, calculando una forma efectiva de hacerle pagar a ese mal nacido la osadía de tocarla—. Dame un motivo para no denunciar, Kassy. Necesitas dejar antecedentes como protección.

Quería aclarar el asunto. Sabía que obligarla era imposible y no sería fácil hacerla entrar en razón.

—Solo tienes que ir a firmar la denuncia, nena. Me tomé la atribución de adelantar los trámites y no te llevará más de un par de minutos —intervino Simon con voz relajada; un castaño claro con una musculatura impresionante, exmilitar y actualmente propietario de una empresa de seguridad.

Kilian observó incómodo al hombre, «*jNena!*, mi princesa odia que le digan nena», dijo

satisfecho al reconocer que ella jamás saldría con un sujeto que la llamara así. Se preguntó de qué iba el grandulón, que la miraba de forma extraña y se dejaba abrazar por el otro. Se preguntó sorprendido si a su Kassy ahora le gustaba experimentar. Se sentía como un orate, imaginando escenarios eróticos entre ellos. No lograba entender la relación que los unía y tampoco es que Kassidy fuese tan sociable según recordaba. Bufó expulsando aire y luego, se dio cuenta de tres rostros mirándolo sorprendidos. «Solo falta que haya hablado en voz alta», se recriminó avergonzado. La suave voz de la castaña lo sacó de sus locos pensamientos y su inevitable bochorno.

—Lo haré..., pero más tarde. Josh, la píldora que me diste para los nervios me está haciendo efecto y necesito descansar.

—¡Me quedo! ¡Nos quedamos! —dijeron al mismo tiempo los tres hombres, causando una leve sonrisa en Kassidy, quien luego se puso de pie para dirigirse a la habitación.

Se detuvo un momento y volteó hacia Kilian para preguntar:

—¿Por qué tienes el labio partido?

—Nada importante, luego hablamos —dijo moviendo la mano en señal de que siguiera su camino.

Al retomar su camino, Candace entró a la sala y dijo sin un ápice de pudor y con una sonrisa enorme:

—¡Vaya!, Kassidy Evans. Eres una egoísta al tener a tres bombones y no avisarme. ¡Qué mala amiga!

Kilian miró a Candace con reproche. Esta adivinó el rumbo de sus pensamientos y lo ignoró. Antes, habló un instante con su amiga quien por fin se fue a su habitación. Saludó a los dos chicos y por último señaló la cocina para que la siguiera, mientras dejaba sus zapatos altos tirados de cualquier manera en el pasillo.

—¿Y ahora en qué andas? —reclamó serio y sin esperar respuesta la siguió. No sin antes acomodarle los zapatos en una repisa que él mismo le instaló en la entrada—: ¿Sabes?, Kassy no es como tú, deja de...

—Ya basta, abuelo —contestó aburrida—. «Kassy» —dijo su nombre haciendo comillas con los dedos, burlándose de él—, es una mujer y, ella decide lo que le viene bien o no.

—¿Cómo se te ocurre! Lo que pasó con el imbécil de Roger es por esto —concluyó. Al observar a Candace haciendo un esfuerzo por no tirarse al suelo a reír, se detuvo confundido y parpadeó varias veces sin atreverse a decir nada más.

—¿Cómo vuela esa enferma cabecita, Kilian! —dijo golpeándole suavemente la frente con el índice—. Lastimosamente yo no tuve participación en el asunto. Si te refieres a esas bellezas de allá dentro...

—¡Candace!

—Kilian, que aburrido eres. En serio, vive y deja vivir.

—¿Y diciendo eso pretendes tranquilizarme? Estás tan mal —murmuró incómodo, intentando a la vez de controlar su temperamento. No había acudido a su casa para discutir.

—Ellos son pareja. Josh es el asistente de nuestra Kassy y Simon es su novio —le explicó en tono condescendiente, como si fuese un chiquillo.

Kilian expulsó el aire y en su rostro se reflejó al instante tal tranquilidad que Candace no pudo más y estalló en una estridente carcajada.

—¡Y ahora te volviste loca! ¿Qué pasa contigo?, ¿de qué te ríes? —le reclamó enfadado.

—De ti y tus reacciones, ¿de quién más? Si hasta pareces celoso. —Con el comentario logró que Kilian se sonrojara, por lo que no pudo controlar su asombro, pero eso ocasionó que se

echara a reír con fuerzas renovadas de manera escandalosa.

En ese momento el teléfono de Kilian zumbó. Así que él eligió ignorar a su amiga para atender la llamada y huir dignamente de sus burlas.

—Debo irme, avísame si necesitan algo, por favor —dijo con premura al enterarse de que la enfermera que contrató ya estaba en el hospital.

—Claro, le diré a Kassy que te llame por si necesita compañía esta noche. —Sonriendo le dio unas palmaditas en el hombro—. No me dijiste a qué debo el placer de tu visita, ni porqué vienes todo magullado. Se supone que fuiste al hospital, amigo —dijo sarcástica.

—Luego hablamos, debo regresar al hospital —dijo evitando la provocación—. Necesito solucionar ciertos detalles. Voy al baño.

—Yo te ayudo a curarte. —Ofreció caminando tras él, quedándose en el baño del pasillo. Candace sacó un botiquín y se dispuso a limpiar las heridas del rostro de su amigo.

Mientras eso ocurría, Kilian le contó lo sucedido con Max. Ella se limitó a escuchar. Al terminar, pasaron por la habitación que usaba su amiga y al verla dormida, se despidió de la rubia y de los dos hombres. Agradeció la ayuda con una sonrisa por lo que hicieron por Kassy y aprovechó para entregarles los datos de un conocido suyo dentro de la policía, pidiendo mantenerlo al tanto de la situación.

Capítulo 7

La noche había caído cuando Candace entró a la habitación que ocupaba su amiga. Se sentó a su lado a la orilla de la cama y acariciando su espalda suavemente, susurró:

—Kass sé que no duermes, abre los ojos, necesitamos hablar. Josh me contó tu débil evasiva farmacológica para escapar de Kilian. —Al notar que no le hacía caso, cambió de táctica subiendo al colchón y se puso a saltar sobre él como una chiquilla—. Él ya se fue y un amigo mío está aquí. Quiere verte.

—No estoy de ánimo para conocer a tus amigos, Candace —dijo Kassidy abriendo los ojos y colocando ambas manos sobre su rostro. Intentó hacerla parar, sujetando una de sus piernas, pero se soltaba y la evadía alrededor de la cama haciéndola reír, parecía que no iba a madurar nunca.

—No sé qué significa eso y no quiero saberlo. Mi amigo es abogado y te ayudará a manejar de la mejor manera lo que decidas hacer.

—¿Aún no sé qué hacer?

—Me lo imaginé y por eso lo llamé. Cuando no estás segura de algo lo mejor es informarte con un experto, ¿no? Vamos, nos espera afuera.

Ambas salieron de la cama para dirigirse a la sala. Se hicieron las presentaciones necesarias y Kassidy se quedó a solas con el abogado Daniel Smith, quien la escuchaba atentamente. Era un señor bastante mayor, su manera de interactuar con ella le dio confianza. Después de unas cuantas preguntas y respuestas le explicó sus opciones:

—Bien, señorita Evans. En primer lugar, la prevención es la mejor opción y luego de escuchar sobre los acontecimientos, le recomendaría solicitar un Bono o Fianza de Paz. De acuerdo con la Ley de Ontario, dicho proceso determina que el agresor debe mantenerse alejado de usted, de su familia y de su propiedad durante un plazo de hasta un año. Le aclaro que este no es un cargo penal, pero desobedecerlo sí es un crimen. Esto generalmente se hace si no desea involucrar a la policía como me lo ha manifestado.

»Para obtenerlo, hablará con un Juez de Paz en una audiencia donde estarán los involucrados. Recuerde, ambas partes se hicieron amenazas y no puede omitir ningún dato, por insignificante que le parezca. Lo ideal es presentar pruebas de la agresión con un parte médico, eso explicará porqué le teme al señor Roger Cole y obviamente, él se defenderá presentando pruebas también, si las tiene. Al final se determinará qué hacer. Si se le concede, debe llevar dicho documento ante el *Centro de Información Policial de Canadá*. —Kassidy asintió escuchando con atención.

—¿Es imprescindible? —Dentro de sí misma estaba convencida, pero el poder de los Cole no era ajeno para ella que lo había visto desde primera fila.

—Lo es, pero no se asuste —continuó el abogado al notar su expresión—, este trámite se hace para que si alguna vez reporta un incidente relacionado con él, y a su vez con el rompimiento del acuerdo, la policía revisará el informe y procederá gracias a ese registro. De lo contrario, todo puede volverse en su contra, sabe a lo que me refiero.

—Señor Smith, agradezco su recomendación y acepto su consejo. Espero me acompañe en esto —dijo Kassidy expulsando un suspiro—. Jamás pensé en él como alguien capaz de algo así.

—Señorita Evans, será un placer. No se angustie, esta es la opción menos confrontativa. Por fortuna, ha sido una única vez y por ello debe protegerse y sentar un precedente. Conozco desde hace mucho a los padres de Candace, le diré algo y espero ayudar un poco: No importa el tiempo compartido junto a otra persona, solo conoceremos de ella únicamente lo que desee revelar.

—Tiene razón —concordó Cassidy—. ¿Quiere tomar algo?, me disculpo por no haberle ofrecido nada antes.

—No se preocupe. Ya fui atendido por sus amigos y estoy aquí desde hace un rato. Candace prefirió dejarla descansar. Bien, es hora de marcharme. —Se puso de pie seguido de Cassidy—. La mantendré al tanto para la fecha de la audiencia, ya su amiga me ha brindado sus datos. Le aconsejo acudir a un médico y tramitar el parte correspondiente. Todo saldrá bien. —Salió despidiéndose de ella con un apretón de manos y un abrazo, lo que le brindó más calma y seguridad por su decisión de lo que hubiese imaginado.

Al cerrar la puerta, sus amigos salieron de la cocina llevando comida con ellos y con un gesto la guiaron al comedor donde se sentaron todos.

—Es hora de irnos —dijo Josh después de un rato—. Debo estar temprano en la oficina y posponer las reuniones de la semana, supongo que te tomarás un par de días.

—No... —El timbre de su teléfono la interrumpió—. Es Roger, está abajo —dijo leyendo el mensaje.

—No lo dejarán entrar. —Candace sujetó su mano sobre la mesa intentando tranquilizarla—. Di la orden de impedirle el ingreso. ¿Quieres recibirlo? —preguntó extrañada.

—¡Por supuesto que no! Solo, no creí que se atreviera a venir después de lo de hoy —explicó Cassidy inquieta.

—No te preocupes, no estás sola —señaló Simon—. Si quieres, puedo bajar y hablar con él o puedes llamar a la policía. Lo que prefieras.

—Ninguna de las dos —dijo Cassidy seria—. No quiero involucrarlos más en esto y haré lo que el abogado me aconsejó. Saben que trabajo con su padre y esta situación se puede salir de proporciones muy fácilmente.

—Oh, cariño. Él lo saco de proporciones al tocarte y pensar que no habría repercusiones —argumentó Candace molesta.

—Esperen un rato para irse, por favor —pidió a los hombres, mientras masajeaba sus sienes con clara frustración.

—Si quieren, pueden quedarse —propuso Candace—. Es tarde, usarán la habitación de Kass y nosotras dormiremos juntas.

—Buena idea, así estaremos más tranquilos —respondió Josh viendo a Simon que asintió en su dirección, complaciente. Él aceptaba cualquier decisión de su novio con una sonrisa.

El teléfono sonó de nuevo. Sin embargo, Cassidy no quiso contestar. Sus amigos observaban cómo perdía la calma con el sonido de cada notificación.

—Cassidy, te recomiendo guardar el registro de toda comunicación que él mantenga contigo. No borres nada, puede serte útil para tu audiencia —aconsejó Simon señalando el aparato.

—Gracias, iba a borrar todo —confesó, colocando el teléfono en la mesa para seguir comiendo. El aparato vibró varias veces en los siguientes veinte minutos entre llamadas y mensajes.

Terminaron de comer y se reunieron de nuevo en la sala para mirar una película. Así estuvieron un par de horas hasta que se escuchó el timbre del apartamento. Cassidy se puso de pie de inmediato, al igual que los dos hombres frente a ella, obstaculizándole el paso como una especie de muralla humana. Candace le hizo señas para que se quedara en su lugar. Escucharon la voz de

Kilian y se relajaron retomando sus asientos, pero la rubia regresó sola y se sentó tranquilamente viendo el televisor. Al advertir la confusión en sus rostros, Candace explicó:

—Solo quería saber cómo estabas y al decirle que teníamos a nuestros guardaespaldas, se marchó. —Sonriendo tomó un sorbo de su refresco, viendo de reojo a Cassidy y haciendo gestos con las cejas igual que cuando eran niñas y hacía una más de sus travesuras.

Continuaron viendo la película, pero después de un rato Josh dio las buenas noches y se dirigió junto a Simon a la habitación que tenían destinada. Cuando Cassidy se ponía de pie para irse también, su amiga le haló la mano y la obligó a sentarse de nuevo.

—No huyas de mí, pequeña. Si no te acorralo aquí, lo haré en la habitación, mejor siéntate conmigo y confiesa. —Candace se acomodó en el sillón y se carcajeó al observar la actitud defensiva de su amiga que se sentó como si fuese una niña a punto de ser reprendida; con los brazos cruzados sobre sí misma, las piernas muy juntas y con la vista al frente evitando verla a los ojos.

—No sé a qué te refieres —masculló Cassidy de mala gana.

—¿Quieres que sea directa? ¡Por el cielo no destinado para mí, claro que lo seré! —dramatizó como acostumbraba—. De inicio, tú y Kilian se han estado evitando hace mucho. Supuse que ahora, con lo que le sucede, esa tontería acabaría. Cassidy, los tres hemos sido amigos desde niños y todo se salió de control al irte a estudiar a Toronto. Sé que algo pasó entre ustedes cuando fue a visitarte y si toco el tema, ambos me evaden de manera olímpica. Ya me cansé de quedarme callada.

—¡Tú jamás te quedas callada, Candace! Además, estás equivocada. La gente solo... cambia y eso fue lo que sucedió con nosotros. Cambiamos, eso fue todo.

—¡Claro!, por eso se lanzaban dagas con los ojos cada vez que estaban en el mismo lugar. Volviste de la universidad y el sarcasmo entre ustedes era peor hasta que explotó en mi compromiso... Bueno, cuando intenté comprometerme.

—No sé qué quieres escuchar. —Cerrando sus ojos Cassidy se acomodó recostándose sobre la alfombra y expulsó aire.

—No estaría nada mal, pero veo que comportarte como una ostra te sale de maravilla. Así que solo me resta formular conjeturas y la única que tengo y que no me ha dejado en paz todo este tiempo es que ustedes hayan tenido sexo, no resultó o no les gustó... no sé. ¿Es malo en la cama o tú eres aburrída?, pensándolo bien ya no quiero saber, no, mejor sí... —Candace continuaba igual que un torrente sin dejar de observar a su amiga.

Kassidy no quería abrir los ojos, si lo hacía, su amiga se daría cuenta de inmediato de lo ocurrido y no podía permitirlo. Eso era pasado, ella lo había olvidado, él también, ¿no? Tenía que desviar la atención como fuera.

—Estás loca, Candy. La única que ha tenido algo con Kilian has sido tú —dijo manteniendo sus ojos cerrados e intentando sonar lo más calmada posible, lográndolo apenas.

—Sabes que no es así, solo fue un beso esa Navidad y no nos gustó. Éramos unos chiquillos. ¡Fue como besar a mi hermano! —se defendió Candace.

—Tú no tienes hermanos.

—Kilian es como mi hermano. Fue asqueroso, raro, incestuoso. —Hizo un gesto de repulsión, pero de inmediato, Candace se percató de las pretensiones de su amiga y agregó—: pero..., yo siempre noté tu cara de idiota pervertida. Le quedabas viendo el paquete fijamente cuando nadábamos en su piscina.

Y allí estaba, Cassidy se sonrojó de manera casi imperceptible. Era algo que Candace admiraba de ella; lo difícil que era notar a su amiga perdiendo el control de sus emociones. Sintió

una leve satisfacción al conseguirlo, pero no era suficiente. Necesitaba una confesión absoluta.

—Cuéntame, no seas egoísta. ¿Es cierto lo que dicen por allí?, de que Kilian es una fiera salvaje en la cama. Aunque si lo dejaste puede que sea publicidad fraudulenta —dijo Candace haciendo un puchero.

—¿Y por qué no le pides una demostración?

Kassidy se lo estaba poniendo difícil y ella no era una mujer que se daba por vencida tan fácilmente, mucho menos en algo involucrando a las personas más importantes de su vida.

—Porque es como mi hermano, ya te lo dije. Pero sé que no lo es y me da curiosidad. —Se echó a reír, por esta noche lo dejaría pasar, pues sabía que contaba con una aliada muy poderosa y estaba segura de convencerla y unirla a su causa en un santiamén.

»Vamos a dormir. Mañana te acompaño al médico para que te revise el cuello, se ve fatal —dijo acercándose un poco a su amiga para revisar las marcas que eran cada vez más notorias.

—Luego voy —dijo Kassidy—. Tengo que revisar algo para mañana.

—Estás molesta conmigo, ¿verdad?

—Solo un poco, Candace. Este día ha sido muy largo y difícil como para estar hablando de asuntos pasados e irrelevantes.

—Lo sé, discúlpame por presionarte. Debo reconocer que me he excedido.

—Cuando me sienta preparada hablaremos. —Candace asintió ante la propuesta de su amiga despidiéndose de ella con la mano y siguió su camino hacia la habitación, pero antes agregó para su deleite—. Pero debo admitir que tiene un enorme paquete.

El comentario provocó que la rubia se fuera carcajeando por todo el pasillo, haciéndola reír a ella también por un instante. La vio desaparecer por el pasillo y Kassidy tomó su teléfono para revisar los mensajes de Roger.

Iniciaba pidiendo dulcemente que lo atendiera abogando al amor que se tenían y recordando los buenos momentos que vivieron. Los siguientes eran propuestas para que le diera una oportunidad de hablar en pos de solucionar su situación, hasta llegar al último; en el que la insultaba llamándole «zorra sin corazón» y que se cuidara, pues no estaría encerrada por siempre.

De cierta forma, le sorprendió leer todo aquello. El hombre con el que convivió, con el que compartió sus planes no era ese. Había desaparecido o quizá nunca existió, era como un espejismo y esa imagen de alguien detallista, simpático, culto, romántico y repleto de virtudes que disfrutó desde que lo conoció, se disolvió ante ella sin poder evitarlo, convirtiéndose en un ser lleno de agresión y odio.

Subió las piernas sujetando sus rodillas con fuerza, se sentía fría, desolada. Aún no podía tragar con facilidad, un estorbo en la garganta se lo impedía. De un momento a otro, las lágrimas cubrieron su rostro. No sabía si lloraba por él, por ella o por la falsa vida llevada hasta ahora.

No supo por cuánto tiempo permaneció en la misma posición, pero como cada vez que experimentaba dificultad, dolor, pérdida o decepción, respiró profundo y recordó la frase del noruego *Fridtjof Nansen* que la ayudó en tantas ocasiones: “*Demolí los puentes detrás de mí... ahí ya no hay otra opción que seguir adelante*”.

Entonces se puso de pie, limpió su rostro y se dirigió a la habitación con su amiga con el firme propósito de no estancarse en su sufrimiento. Candace al verla entrar, se acomodó para dejarle espacio en la cama.

—Te dejé ropa para dormir —dijo señalando el baño.

—Gracias —contestó Kassidy entrando al baño. Después de unos minutos se acomodó en la cama cubriéndose—. Buenas noches, Candy y, gracias por lo de hoy.

—Buenas noches, enana —dijo su amiga apagando la luz de la lámpara—. Todo saldrá bien, ya

lo verás.

—Lo sé —respondió, convencida de que así sería. Seguiría adelante, como siempre lo hacía. En la oscuridad, se sintió afortunada de poder contar con personas que la apreciaran tanto como para apoyarla en una situación como esa. Por primera vez, se cuestionó qué hubiese sido de ella al no haberse cruzado a la familia de Kilian jamás. Su último pensamiento se lo dedicó a ellos: su gente. Gracias a sus abuelos y a Mary había llegado hasta allí.

Capítulo 8

Fue un día cargado de emociones perturbadoras para él, todas ellas generadas por la misma fuente: Cassidy Evans. Hacía mucho no sentía esa tempestad por dentro y la emoción predominante que lo dominaba esa noche era la absoluta y sofocante ira.

Kilian parpadeó un par de veces como saliendo de un trance, llegó frente al *Avant—Gard* casi sin darse cuenta; un bar a unas calles del edificio donde vivía Candace y que visitaban juntos con frecuencia. Era un lugar de paredes decoradas con obras de arte hechas a mano inspiradas en *Kandinski* y con carteles de la época soviética, buena música en vivo y un ambiente agradable.

Pidió un *Manhattan* a la chica de la barra y cuando le dio el primer trago disfrutó de la combinación del vermut junto al *whisky* en su garganta, era su bebida favorita. Pero ni siquiera con eso pudo tranquilizarse. Intentaba disfrutar del violinista que tocaba en ese momento, pero era imposible.

Una mano femenina sosteniendo un Martini cubrió su campo de visión chocando ambas copas con delicadeza.

—¿Mala noche? —preguntó la rubia del Martini, con una mirada traviesa y una linda sonrisa.

—Una de las peores —respondió Kilian sin mucho ánimo. Se percató de las intenciones de la mujer, era guapa y tan evidente en sus movimientos, como si llevase luces de neón encima.

—Puedo mejorarla, si quieres... —dijo la mujer acariciándole la mano de manera sugerente.

—Lo siento, esta noche no soy buena compañía para nadie —explicó, poniéndose de pie y dejando un billete al lado de la copa—. Espero que tú si puedas disfrutarla. Yo invito, preciosa. Buenas noches. —Se despidió tomándole la mano y le dio un suave beso en el dorso.

La mujer agradeció el gesto sonriendo como una colegiala. Kilian apenas devolvió el gesto antes de salir del bar, sintiendo el viento frío en su rostro. Se fue caminando en dirección a su auto estacionado frente al edificio de Candace y se sentó dentro a recapitular sobre el infernal día que tuvo.

Después de dejar a la enfermera instalada en la habitación de Anna con las indicaciones pertinentes y la autorización del hospital, fue en busca de su amigo el doctor. No iba a enemistarse con él por esa mujer, pero se había marchado antes de que él llegara. Entonces, decidió tratar otro inconveniente que le tomó unas horas en su oficina: quería adquirir una fábrica de repuestos automotrices y algo entorpecía las negociaciones en ese país. Debía contratar a alguien más agresivo en el área, no podía permitirse perder esa oportunidad y por ser fin de semana, apenas pudo adelantar una cita para el lunes. Ese tiempo perdido le jugaba en contra y eso solo lograba sacarlo de quicio.

La cereza del pastel para ese día fue cuando se dispuso a jugar al noble y flamante caballero, protector de damiselas desvalidas. Se ofreció a cuidar a un par de ellas que necesitaban de seguridad y apoyo... «¡Un total imbécil!», se dijo, al recordar a Candace burlándose en su cara al agradecerle de forma condescendiente la oferta. Ella le dijo que no era necesario y la frase que lo aniquiló fue: “*Kassy ya tiene quien le vele el sueño, no te preocupes. Josh y Simon se quedan esta noche a cuidarla*”. «¿Por qué no se limitó a llamar? ¡Ah, por ser un idiota colosal!», pensó

con la indignación a flor de piel. Ni siquiera le dio tiempo para preguntar si hicieron la denuncia y tampoco cómo seguía Kassy.

Salió desconcertado del edificio, pero antes actuó como un energúmeno. Se despidió de mala manera de su amiga, que fastidiándolo más, se carcajeó desde la puerta ahondando la herida sobre su maltrecho orgullo.

No quería ir a casa aún, sabía que si llegaba, debía hablar con Mary y no tenía deseos de abrir la boca con nadie. Vio su reloj y ya era la una de la madrugada del domingo. Volteó hacia la izquierda observando el edificio donde vivía su amiga y gruñó enojado. «¡Idiota!», se dijo de nuevo, encendiendo el auto. Quizás contaba con un poco de suerte y su nana ya estuviese durmiendo.

Su vida se estaba convirtiendo en una locura y debía reorganizarla. De camino a casa pensó en la posibilidad latente de ser padre y por un momento se emocionó. Sin embargo, al instante se le vino a la cabeza la imagen de Max y frunció el ceño. Recordó a Anna y lo que pasaría con ella, a Kassy y lo que sufrió junto al cobarde de Roger. Solo le pedía a Dios que lo vivido hubiera sido esa única vez, era algo que lo preocupaba. Él conocía a Kassy y creía imposible que siendo como era, hubiese soportado un trato continuado de esa índole. Por la tarde, contactó a un amigo policía y le pidió que estuviese pendiente de la denuncia, pero aún no le avisaba nada.

Al llegar a casa respiró tranquilo al notar que Mary no estaba a la vista y se preparó para dormir. No quería pensar más, pero como suele suceder en esos casos, el insomnio se apoderó de él. Kassy volvió a invadir sus pensamientos y el recuerdo reprimido por tantos años vino a él, tan nítido como si lo volviese a vivir.

Permanecer tanto tiempo en Marruecos lo tenía exasperado. Interrumpió gustoso una reunión de trabajo al recibir un mensaje de voz de una Kassy eufórica. Había conseguido una pasantía en Toronto con una gran empresa. Kilian sonrió al escucharla así, la llamó para felicitarla y le prometió celebrar en cuanto regresara a Canadá.

Justo después de hablar con ella, reservó un pasaje para el siguiente día a primera hora, pero debía terminar ya con el contrato. En ese momento pensó que esa reacción era una locura. Aunque su vuelo tomaría alrededor de catorce horas, llegando casi a las diez de la noche a Toronto, sonrió al percatarse de que no le importaba pasar por aquello si al final podía verla.

Llegó a Toronto pasadas las nueve de la noche bajo una lluvia fría y torrencial. Apenas pudo dormir en el avión, pues lo único que quería era que el tiempo volase para celebrar junto a su princesa parte de su sueño. La universidad le estaba resultando más fácil de lo pensado y se sentía muy orgulloso de esa pequeña guerrera que no se amedrentaba con nada.

Al estacionar al lado del edificio donde vivía con otras dos chicas, se bajó del auto rentado y el movimiento de algo rojo llamó su atención desde la acera. Cuando reaccionó, la tenía en sus brazos. Se había lanzado sobre él sujetándose con las piernas alrededor de su cintura, aprisionándolo y riendo como una chiquilla. Sin pensarlo, acercó su rostro posando sus labios en los suaves y carnosos de ella. Los encontró tibios, su boca conservaba un sutil y delicioso sabor a café que le causó una especie de descarga eléctrica por todo el cuerpo. Fue tan intenso, que se mareó y lo puso peor el aroma a fresas que desprendía de su delicado cuello.

Kassy abrió sus ojos color miel desmesuradamente. La luz de la calle aunada a las gotas mojándole el rostro, desprendieron un halo casi etéreo sobre ella y eso le pareció la estampa más hermosa e inocente que vio jamás. Por un momento dejó de respirar. Ella se removió un poco y eso lo obligó a percatarse del impulso del que fue esclavo, pero no estaba arrepentido. En lo absoluto.

—Pensé que te vería hasta el fin de semana —dijo ella. Su tono bajó más de lo habitual e

intentó evitar su mirada.

—Te prometí que vendría al terminar —respondió él, acariciando su mejilla con el dedo pulgar de su mano temblorosa, ansioso por lo sucedido—. ¿Ya cenaste?, muero de hambre —preguntó Kilian fingiendo la calma que no sentía y haciendo acopio de todo su autocontrol.

—Aún no, estaba reunida con mis compañeras tomando un café —dijo volteándose un poco antes de notar que las chicas que la acompañaban ya habían desaparecido de su vista.

—Entonces, vamos. Acompáñame al hotel, cenamos y luego te traigo temprano. —La depositó en el suelo y luego la haló hacia el auto para que no huyera, evitando que se fuera de su lado. Estaba consciente de que ese beso la asustaría, la conocía. Ella huía de cualquiera con la intención de acercarse de esa manera y él era su amigo. No quería perderla, haría cualquier cosa por evitarlo, aunque eso implicara olvidar el impacto que provocó en él.

Kassidy accedió, él notaba su perturbación y sin darle tiempo para pensar de más, en cuanto se subió al auto, le habló del negocio y de lo que vio en Marruecos en su primera vez viajando allá. Le preguntó sobre la pasantía y solo así consiguió relajarla. Ella estaba muy emocionada y le contó que su compañero de clase; Roger Cole, le ofreció la oportunidad intercediendo ante su multimillonario padre.

Llegaron en unos minutos al Windsor Arms. Mientras confirmaba su reservación ella esperaba sentada en uno de los muebles, se veía tierna con el cabello mojado enmarcando su rostro. Tenía un carácter endemoniado y quien no la conocía diría que allí en el sofá parecía dulce, pero no lo era del todo y menos cuando se enfadaba. Le entregaron la tarjeta y subieron por el ascensor a la Suite. Al entrar, atravesaron un corto pasillo hasta un pequeño salón, se quitaron los abrigos y él buscó el teléfono pidiendo la comida. Le dijo que se daría un baño, entregándole antes una toalla para que se secara.

Estando en la ducha se le vino a la cabeza el beso y no pudo evitar excitarse, otra vez. Se tardó más de lo debido ante su incapacidad de controlarse, actuando como un chiquillo en plena pubertad y obligándose a darse placer en su nombre.

Al salir al comedor, Kassidy servía la comida en ese momento. Se sentaron a comer y a hablar de la gente que conocían en común y cuando acabaron, se dirigieron al salón para mirar la televisión. Estaba tan nervioso que no sabía cómo, ni dónde sentarse hasta que notó en ella una expresión de desconcierto. Por fin se decidió por el sofá largo donde ella se encontraba. Todo dentro de él se revolucionó en un segundo y no fue capaz de evitar deseársela. No era la primera vez que sentía esa necesidad por ella, pero sí la más intensa. El notar esa fisura entre los dos donde se daba la posibilidad de ser algo más lo había golpeado con fuerza.

Viendo fijamente esos ojos cafés se inclinó hasta ella y la besó suavemente, como siempre anheló y como para querer matarlo de un infarto, su Kassy le correspondió. Se sintió en el paraíso al percibir sus labios seguros en los suyos y sabía tan bien, que se deleitó acariciándola como soñó tantas veces. Desde su cabello castaño, pasando por su cuello, besándolo de a poco y avanzando tanto como se lo permitieran sus nervios. Supo entonces que debía preguntar, por mucho que lo estuviese disfrutando, todo aquello se convertiría en un infierno para ambos si no era recíproco.

—Princesa... —dijo agitado, cual adolescente inexperto—. Te deseo... mucho. Pero, ¿estás segura de quererlo también? Si no lo estás, yo... —Ella lo interrumpió con un beso y se separó asintiendo. Ese gesto fue suficiente para seguir sin detenerse.

La puso de pie y la cargó en sus brazos llevándola hasta la cama. Allí recostada, le quito las prendas con las manos temblorosas; era tan perfecta y se veía tan nerviosa tiritando igual que él que su pecho se oprimió. Por cada botón superado depositó un beso, cubriendo cada espacio

de su delicada piel que se erizaba bajo su tacto. A partir de ese momento, su cuerpo se estaba convirtiendo en su adicción. Absorbió ese aroma a fresas que lo volvía loco y su corazón palpitaba tan rápido como si fuese su primera vez. Entonces, reflexionó en que para Cassidy, quizá sí lo era. Su lado egoísta y posesivo deseaba en secreto que lo fuera, pero debía ser muy cuidadoso con ella. No obstante, era tan difícil controlarse. En todos esos años una mirada suya bastaba para lograr ese efecto de alteración en él que se obligaba a ocultar y eso lo fue obsesionando con los años, aunque nunca se sintió seguro de poder cruzar esa línea entre la amistad y algo más. Hasta ahora.

—Kassy, esta noche... soy el hombre más feliz del planeta —le dijo con la voz entrecortada—. A tu lado todo es increíble. Hace mucho siento cosas fuertes por ti y, deseo que permanezcas siempre en mi vida, permíteme demostrártelo. —Esperó tanto para decirle esas palabras. Tenía miedo; ella podía no tener los mismos sentimientos y después podrían cambiar entre ambos, pero debía arriesgarse.

Ella no respondió. Sin embargo, lo besó con tanta avidez que lo provocó como ninguna mujer lo hizo antes. Se acercó a él, decidida y lo instó a sacarse la camiseta y Kilian no necesitó nada más. Su ropa desaparecía mientras seguía acariciando, besando, lamiendo y mordiendo suavemente su cuerpo. Los suaves gemidos de Cassidy era música en sus oídos, hacía sonidos que lo elevaban cada vez más y cuando al fin sintió su estrechez aprisionándolo, se abandonó al placer que esa noche guardaba para ambos. Le cortó el paso a una lágrima que se escapó de su rostro con los labios. Venerando su entrega, esforzándose por concederle lo mejor de sí mismo y finalizó con una sensación de liberación, de calma y plenitud jamás experimentada.

La luz de un nuevo día llegó y seguía observando el rostro de «su Kassy» durmiendo tranquilamente a su lado. Poco tiempo después, su cuerpo no pudo más y el cansancio lo venció en un profundo sueño. Despertó cerca de las nueve de la mañana, pero ella se había marchado. Imaginó que estaba en clases y se reprochó el no haber puesto una alarma para llevarla él mismo. Al levantarse notó la evidencia de lo ocurrido la noche anterior; la princesa que siempre quiso conquistar era únicamente suya.

Como haber recibido un fuerte golpe en el estómago, regresó al presente casi sin aire. Con un hueco parecido al que sintió horas después de ese día en el que ella desapareció sin avisar. No volvió a contestarle las llamadas, ni los mensajes. La buscó varias veces en su apartamento, en la universidad y cuando por fin la vio al final de la semana, tenía compañía. Quiso aclararlo todo, pero ella le dijo sin un ápice de consideración que no tenían nada de qué hablar.

Sintió cada sensación como aquel día: la frustración, el enojo y la impotencia, pero no iba a ocurrir otra vez. No, Cassidy Evans no huiría de nuevo. En ese momento, decidió con toda la determinación que lo caracterizaba, que lo aclararía todo sin importar el resultado. Ya no podía vivir acumulando aquello en el pecho. Moriría si lo seguía haciendo.

Capítulo 9

Kilian despertó después de solo un par de horas. Se le hizo muy difícil conciliar el sueño. Al bajar a la cocina y notar en Mary su mirada acusadora, supo que debía dar muchas explicaciones al no haberse puesto en contacto en todo el día anterior. Por lo tanto, tenía que anticiparse a sus reclamos.

—Linda y maravillosa, Mary —dijo acercándose meloso, con una dulce sonrisa y depositando un beso en su mejilla—, lamento no haberte llamado ayer. Tuve un día muy intenso y debía...

—Tranquilo. —Detuvo a Kilian con la mano y a su vez se movió con agilidad por la cocina, sirviéndole el desayuno—. Sé que estuviste un momento con Candace, ella sí me llamó para no preocuparme. Imagino que hoy le dedicarás tu día a esa chiquilla en el hospital. Se acerca el inicio de semana y ya no tendrás tiempo disponible. —Y con ello, se acabaron sus planes de abordar a Cassidy esa mañana. Suspiró y asintió dándole la razón.

»Hoy te acompañaré, aunque por la tarde debo ir con Candace. Esas dos me ocultan algo y me tienen preocupada. Necesito verlas —prosiguió Mary, sin notar la sonrisa de satisfacción que tenía Kilian a sus espaldas.

Él quería ver en primera fila cómo ella las reprendía al encontrar a esos hombres en casa, en lugar de confiar en ella y llamarlos a ambos. Seguro ellos seguirían allí esa mañana. Así que en tono de sugerencia desinteresada dijo:

—Si te preocupan mucho, ve ahora y nos encontramos en el hospital luego. Regresaremos juntos a casa.

—¡Oh, no! No te preocupes, quedé en verlas por la tarde. Supe por Candace que saldrían temprano a realizar unas diligencias para Cassidy. Termina tu desayuno y nos vamos.

Kilian bufó decepcionado, nada salía como quería. El frío era intenso esa mañana y no parecía que le esperara un buen día. Al llegar al hospital lo comprobó. Encontraron a la enfermera que contrataron saliendo de la habitación de Anna y vio con aprensión lo que hacían otras dos con ella. Sintió cómo se le contraía el pecho y aún después de la explicación sobre lo imprescindible que era cambiar sondas y extraer secreciones de un paciente en su estado, él no dejaba de desear poder evitarle todo aquello. Era en exceso invasivo.

Después de terminar su trabajo, las enfermeras salieron y una de ellas lo miró con una expresión de lástima. No sabía cómo se veía en ese momento para provocar esa mirada en ella y eso le pareció aún más desolador.

Se quedó todo el día y gran parte de la noche con Anna. En algún lugar escuchó que a los pacientes les hacía bien el hablarles. No obstante, él no tenía mucho qué decirle, pues en realidad no la conocía tanto como hubiese querido. Ellos casi nunca conversaban, muy a su pesar lo único que los unía era el sexo y esa criatura, pero recordó que alguna vez mencionó que le gustaba el timbre de su voz y se dispuso a leerle un rato.

Estaba concentrado en la lectura cuando Max North entró y al verlo, no supo descifrar su mirada, así que optó por esperar tranquilamente a que él hablara primero.

—Mi secretaria dijo que querías hablar conmigo. —Lo observó acercándose a Anna y

acomodando la sábana sobre su cuerpo.

—Pudiste llamar —respondió sonriendo.

—Kilian... —advirtió Max, serio. De los dos, Max no era mucho de bromas y él disfrutaba enfadarlo por cualquier tontería desde que eran estudiantes, ambos pertenecían a la misma fraternidad en su época universitaria.

—Tranquilo, solo quería disculparme por mi comportamiento de ayer... No debí actuar así y siento mucho lo que te dije. Confío en tu ética profesional.

Max se sorprendió al escucharlo, seguía deseando darle una paliza, así que no pudo fingir su desconcierto.

—¡Aún quieres golpearme! —exclamó al observar su reacción. Kilian se echó a reír y acomodándose mejor en el sillón donde estaba prosiguió—: Créeme, si hubiera sabido lo que tenías con Anna, no habría intervenido. Mi interés es el niño, espero que de verdad lo entiendas y lo respetes.

El médico no sabía qué decir, por una parte, lo odiaba por tomar un lugar que según él no le correspondía y, por otro lado, Kilian era su amigo desde que iniciaron la universidad y valoraba mucho su relación. No obstante, en ese momento, su prioridad era Anna. Un hijo de ella era la mejor oportunidad para demostrarle a la mujer que lo que sentía por ella era real.

—Solo hasta la prueba —respondió sin mucho ánimo.

—Confío en que vuelva a nosotros antes de eso —dijo Kilian más para sí mismo—. Siento que sufre —susurró.

—Es probable, hay muchas teorías al respecto. ¿No te vas? —preguntó extrañado viendo su reloj y deseando que la respuesta fuese afirmativa.

—Sí, debo irme, relevo —bromeó, pero no lo dejó allí. Se puso de pie acercándose a Anna para darle un beso tierno en la mejilla y acomodarle un poco el cabello, escuchó el gruñido de su amigo y se sintió satisfecho. Se despidió agitando la mano una vez, al no obtener respuesta, notó los ojos entrecerrados de Max, nuevamente provocando en él una sonrisa victoriosa.

Las dos amigas despertaron muy temprano. Salían de la habitación y un delicioso aroma ya inundaba el lugar. Ambas se miraron y no se supo cuál de las dos caminó más rápido hacia la cocina buscando el origen del mismo. Encontraron a Simon y a Josh sirviendo tortitas, lomo de cerdo ahumado, huevos, papas fritas y un olor a café recién hecho que las embelesó por completo.

—Son un agasajo para la vista y el resto de mis sentidos, chicos. De haber sabido que tenían tantas cualidades se los hubiera robado a Kass hace tiempo —dijo la rubia sonriendo al verlos solo en pantalones y sin camisa, pero de inmediato se quejó del codazo que recibió de su amiga, aunque obteniendo una gran sonrisa de parte de los hombres.

—Desayunemos —invitó Josh con una bandeja llena en sus manos y dirigiéndose al comedor. Colocó platos ya servidos y jarabe de arce en el centro, seguido por Simon que traía el resto de comida y el café.

Compartieron sus impresiones al mostrarles que en el periódico dedicaban una sección entera a la vida de los modelos, sobre todo al enorme listado de relaciones sentimentales de Anna, que se hicieron públicas en los últimos años, predominando entre ellos el nombre de Kilian Fox. La escritora del artículo, Susan Cohen, prometía declaraciones de todos los hombres mencionados para la próxima publicación y un apartado exclusivo al soltero de oro, como le llamaba a Kilian.

Todos opinaban igual; él se pondría furioso con eso. Permitía que la prensa cubriera cada aspecto de su pasión por los autos y la empresa que lo hacía posible, pero solía ser muy hermético sobre su vida personal.

Los chicos se despidieron de ellas unas horas después, solicitando mantenerlos informados de

cualquier situación y prometiendo llamar por la noche para asegurarse.

Ellas salieron luego, en dirección al médico que les recomendó el abogado la noche anterior, con quien tenían que verse en la casa de los padres de Candace y entregarle el parte correspondiente ese mismo día por la tarde.

No fue tan incómodo como Kassidy temía, de hecho, el doctor fue muy comprensivo. Realizó su revisión y le hizo varias preguntas mientras llenaba el formulario. La felicitó por su valentía y le comentó que lastimosamente, muy pocas personas denunciaban estos hechos. Sin embargo, ella no se sentía valiente ni mucho menos, solo sabía que debía hacerlo como una medida de precaución. Él también le recomendó solicitar ayuda profesional con un psicólogo, a lo que no se negaba del todo, era simplemente que no se veía a sí misma compartiendo aquella situación con otro extraño. Al terminar con los trámites correspondientes retomaron el camino a la antigua casa de Candace.

Los padres de Candace la estimaban mucho. Según ellos, gracias a su influencia, su hija mantenía los pies sobre la tierra, palabras que ambas tomaban con diversión, pues para Kassidy era todo lo contrario. Al verla, la saludaron efusivamente y al notar su cuello no pudieron evitar expresar su descontento.

—Kass, puedes contar conmigo en lo que necesites. Conozco al padre de Roger, somos muy buenos amigos. Sabes que solo bastará una llamada para ponerlo en su lugar, cariño —dijo el papá de Candace con aquella voz gruesa que lo caracterizaba cuando le desagradaba algo.

—Prefiero solucionarlo a mi manera, señor. Agradezco su ofrecimiento y lo tomaré en cuenta si no funciona. —Kassidy no podía dejar de sentirse un tanto avergonzada, era una situación en la que nunca pensó verse implicada.

—Será una solución bastante efectiva, señores —intercedió el abogado notando su incomodidad.

—Eso esperamos, querida —intervino la madre de Candace abrazándola de nuevo.

Conversaron sobre todo del último viaje exótico de los mayores al Amazonas mientras degustaban el almuerzo. Un poco después, las chicas anunciaron su partida, informando acerca de la cita con Mary. A ellos no les quedó más remedio que dejarlas ir enviándole saludos a la mujer a quien apreciaban mucho por el cuidado que tuvo con su hija por años. Ellas se despidieron de los tres señores y volvieron a casa.

Nada las habría preparado para lo que les esperaba cuando llegaron. En el muro frente al estacionamiento asignado al apartamento de Candace, con pintura negra en aerosol estaba escrito el mensaje: «Llegaré a ti, zorra». Kassidy sintió de nuevo un nudo en la garganta al reconocer rasgos de la letra de Roger en él.

No se atrevieron a salir del auto y llamaron al abogado. Este les aconsejó tomar una fotografía y no bajar sin que alguien de confianza estuviese allí para acompañarlas a casa. Candace llamó a la recepción del edificio y se alegró al descubrir a quien enviaron. Era uno de los chicos de seguridad más corpulento y eso les brindó serenidad. Él observó sorprendido el mensaje y las acompañó hasta la puerta del apartamento, no sin antes pedirles autorización de revisar el mismo antes de que entraran. Aunque era casi imposible que hubiesen ingresado sin saberlo por las cámaras del pasillo, no podían descartarlo. Revisó minuciosamente cada rincón junto a los cerrojos y por fortuna no encontró nada fuera de lugar.

El hombre les ofreció compañía y les aconsejó llamasen a la policía, pero al recibir la negativa de las mujeres les informó que revisarían los videos para identificar al culpable y les avisaría luego.

Pronto Mary llegó al apartamento. Al advertir el estado de Kassidy que no pudo ocultar los hematomas se contuvo de reprenderlas, lográndolo apenas. Las tres mujeres hablaron de lo

ocurrido el resto de la tarde. Posteriormente, mientras Mary preparaba la cena no dejaba de observarla. En el momento en que Kassidy se acercó a ofrecer su ayuda, la señora aprovechó la oportunidad para conversar a solas. Sabía que Candace no se acercaría hasta que la comida ya estuviese lista.

—Kassy, ¿ha sucedido antes? Ese chico... —No se atrevió a terminar su pregunta.

—¡No! —Se apresuró a contestar—. Jamás Mary, él no es así. —No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas y la expresión de incredulidad que vio en la señora la descolocó—. No te engaño, ni siquiera es usual que discutamos. La verdad no sé qué pasó.

—Te creo, mi niña, pero estas acciones indican lo contrario. Opino que estás siendo muy flexible con él y no te preocupas lo suficiente por ti —dijo consolándola con un abrazo.

—Es que simplemente no lo creo capaz.

—¿Qué! ¿Esperas que haga algo peor? —exclamó horrorizada.

—He tomado medidas, Mary.

—Por todos los cielos, mi niña.

—Debí irme a Suecia —dijo suspirando y sentándose en una silla frente a la isla de la cocina. Separándose un poco de ella para no soltarse a llorar como la niña indefensa que se sentía.

—Claro que no —susurró la señora acercándose a ella—, no debes huir por nada, por nadie.

—No pretendo huir, pero todo lo que ha ocurrido no habría pasado si ya no estuviera aquí.

—Nadie puede asegurarlo, querida.

—Temo por Candace, no quiero que le pase algo por mi culpa.

—¿Piensas que podría dejarte sola en estos momentos? —preguntó Candace que se acercaba molesta. La abrazó por la espalda y le dio un beso en la cabeza para luego curiosear sobre el contenido de las ollas—. Eres tan tonta.

—¿Gracias? —inquirió Kassidy viéndola de mala manera y Candace no hizo más que sonreír.

Comieron juntas en la mesa y luego estuvieron en la sala conversando, hasta que el teléfono de Candace rompió el silencio.

—¡Kilian! —dijo Candace emocionada, mirando a Kassidy de reojo y provocando que ella frunciera el ceño, tratando de ignorarla. Siguiendo el hilo de la conversación, continuó—: Claro, puedes venir por ella. Te esperamos, muñeco.

—Era Kilian —dijo sonriendo.

—No me digas —respondió irónica Mary a lo que Kassidy se burló. En lugar de molestarse, su amiga alzó las cejas y lo dejó pasar.

—Dijo que al llegar a casa no te encontró y que venía para acá —continuó sin verlas.

—Claro —dijo Mary sonriendo—. Por eso te llama a ti y no a mí. Todas sabemos que quiere ver a Kassy, ¿no es cierto? —Usó el sobrenombre que siempre usaba él para referirse a ella y mirando a Candace con complicidad.

—Voy a dormir. Buenas noches, Mary. Gracias por venir —dijo Kassidy poniéndose de pie como un resorte e ignorando las palabras de esas dos. No lograría nada si les respondía.

—¡Oh, no!, nada de eso —amenazó Candace, sosteniendo con una mano a su amiga.

—¡Basta! —gritó Kassidy fuera de sí soltándose del agarre, dejando atónitas a las dos mujeres y después de un instante a ella misma—. No quiero verlo, no ahora —musitó más calmada. Ellas escucharon sin salir de su desconcierto. Las miró sin saber qué agregar, así que volteó hacia el pasillo en dirección a su habitación, sintiendo su cara arder y huyendo como una cobarde.

Kassidy se sintió avergonzada por haber tratado así a las personas más cercanas que tenía, sabía que no lo merecían. No obstante, no dejaban de presionarla y ella nunca se caracterizó por tener un carácter dócil. De hecho, estuvo conteniéndose demasiado con Candy. «Fue una mala

decisión quedarme aquí, debo ordenar el desastre de vida que tengo en estos momentos y pronto», pensó apoyada en la puerta que acababa de cerrar tras de sí.

Ella no quería ver a Kilian, aún no estaba preparada. Lo confirmó la noche anterior cuando la abrazó. Se sintió tan bien que se le aflojaron las rodillas, no podía permitírselo y menos bajo las circunstancias actuales. Roger se había vuelto loco y debía detenerlo, alejarlo de la gente que era valiosa en su vida y así evitar un mal mayor.

Se disponía a salir y pedir disculpas, pero al abrir la puerta escuchó la voz de Kilian y la volvió a cerrar. Era consciente que se estaba comportando como una niña tonta, nerviosa y, no tenía claro qué era exactamente lo que la ponía así. Se preguntaba qué lo movía a él para insistir tanto; si era por preocupación genuina hacia ella o por su costumbre de siempre ayudar a quien lo necesitara. Sin esperarlo sintió un nudo en la garganta al pensar en la segunda. No quería su lástima.

Escuchó que tocaron su puerta y se tensó «¡No, no se atreverían!», pensó molesta, poniéndose de pie de inmediato fue a abrir antes de que llegaran todos y Candace se burlara de ella. No obstante, fue Mary quien la miró con dulzura desde el umbral. Cassidy le permitió entrar y como una muestra de arrepentimiento, se acercó a ella y la abrazó.

—Querida, tarde o temprano tendrán que enfrentarse y ser sinceros. Esta distancia no puede ser eterna, se merecen dejar de sufrir de una vez, no le teman a lo que sienten. —Tomó su rostro con ambas manos viéndola a los ojos y se despidió dándole un beso en la mejilla, dejándola pasmada con sus palabras.

Capítulo 10

Mary salió de la habitación de Cassidy dirigiéndose a la sala donde se encontraban Kilian y Candace conversando. Al momento de cruzar el umbral, el hombre se puso de pie de un salto, mirándola interrogante y abatido.

—Es hora de irnos —dijo la mujer dirigiéndose a ambos—, pero antes, explíquenme por qué no me dijeron lo que le ocurrió a Cassidy, en especial tú —reprendió con un dedo dirigido a Kilian.

—Sí, Kilian. ¿Por qué no le dijiste? —Candace lo vio de reojo con una sonrisa victoriosa.

Kilian le devolvió una mirada de pocos amigos, «Esta mujer a veces necesita un botón de apagado», pensó, recordando que era así desde que tenían siete años. Sin embargo, se limitó a suspirar y bajar la vista sin contestar. Si había algo que no soportaba era encontrar decepción de Mary hacia él, ella no era su nana, la consideraba más que una madre y actuaba en consecuencia o al menos hacía todo lo posible porque se sintiera orgullosa.

—Jovencita, esto también te incluye. Hablamos todo el tiempo y no dijiste nada. ¿Estoy pintada para ustedes? —sollozó con los ojos llenos de lágrimas.

—Mary, discúlpanos. No volverá a ocurrir —aseguró Kilian. Ambos se apresuraron a acercarse y abrazarla

—Sí, no volverá a ocurrir —dijo Candace, apesadumbrada por haberle generado ese disgusto a su querida Mary. Pero se abstuvo porque no quería preocuparla antes de tiempo. Su plan era apoyar a Kassy y luego cuando todo estuviese resuelto, compartirlo con ella como una anécdota más.

—¡Ay, chicos! Ella nos necesita. Esto es muy difícil y es tan testaruda que se querrá alejar de nosotros. —Mary se secó los ojos con el pañuelo que Kilian le extendió.

—No lo permitiremos —aseguró Kilian decidido y las dos mujeres le devolvieron una sonrisa por esas palabras. Sintió una fuerte opresión en el pecho al pensar en esa posibilidad y aquella promesa tomó aún más peso.

—Vámonos, muchacho —dijo Mary dándole unas palmaditas en el hombro.

Kilian no quería irse aún, caminó hasta el pasillo y dio unos pasos hacia la habitación de Cassidy. De pronto, se detuvo, regresó, vio a las dos mujeres, giró retomando su camino y frenó de nuevo.

Ellas no podían ocultar su diversión, muy pocas veces habían visto a Kilian de esa forma; dudando, nervioso y un tanto perdido. Aunque no se atrevieron a decirle nada.

—¡Nos vamos! —exclamó Kilian de pronto, al percatarse que era observado, provocándoles un susto por la reacción. Caminó hacia la puerta principal escuchando a su espalda a Candace desternillándose de risa.

—¡Mary, te espero en el ascensor! —gritó más fuerte de lo que pretendía, pero el enfado por la burla lo superaba.

De camino a casa, cada uno iba inmerso en sus propios pensamientos y en la forma en que creían conveniente sobrellevarlos. Al llegar, se dirigieron a sus respectivas habitaciones después de un beso de despedida en el rellano de la escalera.

Kilian ideó el plan perfecto para acabar con el distanciamiento entre Cassidy y él, solo necesitaba afinar algunos detalles, pero antes debía amanecer.

Después de unas horas de un incipiente descanso estaba listo. Vestido con un traje gris marengo, camisa blanca y una corbata azul cobalto, tomaba una taza de café, de pie en la cocina. Absorto en el discurso que tenía preparado. No debía olvidar nada.

Mary llegó dispuesta a preparar el desayuno cuando se llevó la sorpresa de su vida. Nunca, en los casi veintidós años que tenía de conocerlo, Kilian se había levantado antes que ella y ante su atónita mirada él se giró con una sonrisa radiante al darse cuenta de su presencia. Le dio un beso sonoro y se despidió sin darle tiempo de pronunciar palabra alguna.

Estaba ansioso por iniciar su día, llegó a su oficina e hizo varias llamadas, una de ellas al hospital preguntando por Anna y su bebé. Se reunió con su equipo de trabajo para conocer sobre los detalles de la adquisición de la otra compañía y como pensó, necesitaba ayuda, pero ahora ya sabía exactamente a quién acudir.

Tras horas de más papeleo, salió de su oficina un tanto intranquilo. Le tomó poco acudir al lugar donde se encontraba la pieza clave para llevar a cabo sus planes. Sabía que de ese sujeto dependía su éxito o su fracaso, así que respiró profundo, se frotó las manos y cuando las puertas del ascensor se abrieron, el hombre ya lo esperaba, por lo que ni siquiera necesitó anunciarse ante su secretaria.

—Señor Fox —saludó amablemente tendiéndole la mano y dándole un buen apretón.

—Señor Cole —respondió con serenidad, asintiendo y devolviendo el saludo. Su corazón latía con mucha rapidez. «Señor, échame una mano... o dos», rezó con toda la fe que Mary le había inculcado desde niño.

—Oh, llámeme Roger, por favor. Si todo sale como esperamos, nuestra relación estará más allá de los negocios y nos convertiremos en muy buenos amigos.

—Eso espero, Roger —contestó sonriendo y siguiéndolo hacia la oficina donde lo guiaba.

Tomaron asiento uno frente al otro en un pequeño salón con muebles antiguos de madera, bastante acogedor. Al instante entró una joven sosteniendo una bandeja con cafés y pudo observar lo amable que era el hombre con su personal. «Su hijo no es ni la sombra de su padre. ¿Sabrá la basura que tiene como heredero?», pensó.

La línea de sus pensamientos se vio interrumpida al instante, cuando se percató de que la chica y el anciano hablaban sobre una de las razones que lo llevó hasta allí. Sintió un escalofrío en la espina dorsal por la anticipación.

—Maggie, ¿logró comunicarse con la señorita Evans?

—Su asistente me confirmó que ella estaría aquí por la tarde, señor.

—Perfecto, se lo agradezco. Eso es todo.

Kilian se decepcionó un poco, aunque era preferible no habérsela encontrado tan pronto. Primero debía cerrar el trato con Roger Cole, padre, para que todo funcionara.

—Bien, Kilian, ¿puedo llamarte así, cierto?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Estudiamos tu situación y si aceptas nuestra asesoría, te pediré que respetes la forma en que nos movemos. El mundo de las fusiones y adquisiciones es un tanto sensible, pese a la fama de despiadados que muchos dirían que tenemos. En él no solo hablamos de negocios, tratamos con la vida y la historia de las personas... con su patrimonio y, es algo que nos tomamos muy en serio. Entendemos tu posición de comprador, querrás hacerlo con la mayor rapidez posible. No obstante, para que esto nos beneficie a todos, será en el momento adecuado y después

de seguir cierto protocolo.

—Lo entiendo, pero necesito asegurarme de que los integrantes de este equipo lo lleven hasta su culminación. Así como se me presenta el panorama actualmente, es más probable perder el negocio al depositarlo en las manos incorrectas —intervino el muchacho un tanto inquieto.

—De eso no tienes que preocuparte, Kilian. Quien liderará este equipo es una de nuestras mejores analistas de inversiones corporativas. Manejará hasta el último eslabón de la cadena; contarás con asesoría legal, fiscal y de procesos —dijo con una sonrisa reflejando su orgullo por ella, lo cual le tomó por sorpresa y lo hizo sentir más seguro del paso que estaba dando.

»Ella tiene experiencia y nos favorecerá en la negociación. Es nuestro pequeño as y créeme, nunca ha fallado —continuó el señor convencido.

Kilian sonrió, supo que se refería a Cassidy cuando escuchó «pequeño as», alguna vez Candace se burló de ella al enterarse cómo la llamaba su jefe. Sería la asesora que trabajaría con él y ni siquiera había tenido que forzar las cosas como planeó.

—Eso suena estupendo —dijo como un principiante.

—Ahora bien, ella trabajará directamente con el apoderado legal de la empresa en cuestión y viajará a México para iniciar con el proceso. Nos pondremos en contacto contigo en el momento en que se haga un análisis a profundidad y aseguremos un contrato con ellos. En el transcurso de la semana te mantendremos informado sobre nuestros avances.

—Pero, pero yo... Supuse que iba a acompañarme. Es decir, que me asesorarían en el lugar. Que yo tendría que viajar con ella, digo, con quien asignaran para este negocio —contestó Kilian confuso y un tanto aturdido.

—Nosotros no trabajamos de esa forma. En lugar de eso, acostumbramos establecer una estrategia de acercamiento. Esto nos permite conocer el interés real de la contraparte por vender, sin revelar la identidad del inversor. Es por eso por lo que te aseguramos el éxito de tu acuerdo —explicó sonriente.

—Cuento con un contacto directo en la empresa —rebatió Kilian. Esto no estaba saliendo como lo planeó. Sintió un pequeño mareo.

—Y por eso estás en punto muerto. —Destacó el viejo alzando los hombros, como señalando lo obvio de una forma muy sutil, y continuó—: Te daré un consejo gratuito; si muestras interés directamente, generas expectativas de precio fuera de proporción en el vendedor, la mayoría de veces poco realistas.

»Me recuerdas tanto a tu abuelo. Él estaría muy orgulloso de ti si viera cuánto has avanzado desde donde te dejó. Pero a veces, un poco de paciencia es más conveniente. —Siguió Cole suspirando y su mirada se perdió un momento—. Los admiraba mucho, ¿sabes? Tu abuela era excepcional y como pocos, tuvieron la fortuna de disfrutar del amor que se tenían.

—Se lo agradezco, Roger. Siempre he pensado que la mejor manera de recordarlos es trabajando cada día para enorgulleclos y vivir con los valores que me enseñaron —respondió un tanto emocionado. Kilian no tenía idea de que hubiese conocido a sus abuelos. Se sintieron bien sus palabras al elogiar su esfuerzo.

—Cuánto nos gustaría escuchar eso de la boca de nuestros hijos, Kilian, pero no todos obtenemos lo que deseamos por más que nos hayamos esforzado. —Sus palabras estaban llenas de tristeza, decepción y él no supo qué contestar. Sabía que hablaba por él y eso respondía la pregunta que se hizo a sí mismo minutos antes. Sintió pena por el anciano, parecía un buen hombre para merecer un hijo como el suyo.

»Bien —repuso Roger, volviendo al tema—, te garantizamos que si los resultados de nuestro análisis te favorecen y no se efectúa finalmente la adquisición, los gastos incurridos serán

absorbidos por nosotros.

—¿Tanta confianza le tiene a su equipo?

—Si no la tuviera, te aseguro que no me dedicaría a esto. —Ambos hombres se pusieron de pie y se estrecharon las manos—. Mañana a primera hora tendrás una entrevista con la señorita Evans. Afinarán ciertos detalles y firmarán el contrato, si te satisface nuestra propuesta.

El alma le volvió al cuerpo, pensó que de esa reunión no había obtenido los resultados esperados, pero estaba afortunadamente equivocado.

Regresó a su oficina con una sonrisa radiante, saludando a todo el que encontraba a su paso, provocando que hasta Clara Moore, su asistente, se sorprendiera al observarlo sentarse y trabajar muy concentrado.

Ella sabía todos los problemas que él tenía acumulados en ese momento y por eso no comprendía su actitud. No obstante, se alegraba de que pareciera tan positivo. Recordó cuando su antiguo jefe, el abuelo de Kilian lo llevó a vivir con él y su esposa, aún era un chiquillo de cinco años. Un niño curioso y con una sonrisa que conquistaba corazones a su paso. Cada vez que lo llevaban a la empresa causaba furor. Desde entonces, no pudo más que sentir cariño por él y un fuerte sentido de protección.

Pensó en que Kilian no decepcionó a nadie mientras maduraba. Por el contrario, trabajó mucho hasta convertirse en un gran hombre de negocios; visionario y muy eficaz, transformando la modesta empresa en un pequeño imperio que año con año crecía más. Propuso grandes e intuitivos proyectos y, por si fuera poco, era un muy buen jefe. Mantenía una buena relación con todos los empleados, tal como su abuelo.

Deseaba que fuese feliz, él se lo merecía y sabía que le hacía falta. Nunca fue un mujeriego hasta que esa jovencita se fue a estudiar y al regresar a la ciudad, después de visitarla, Kilian cambió por completo y empeoró. Por una u otra razón, lo único que ocurría entre ellos dos eran desencuentros y malentendidos. Ninguno era mala persona, aunque sí, muy obstinados. Solo esperaba que pronto, sus cansados ojos pudiesen contemplar a ese muchacho sintiéndose completo, satisfecho con su vida. Suspiró viéndolo una vez más antes de volver a su trabajo.

Capítulo 11

Kassidy salió temprano y casi a hurtadillas del apartamento de Candace. Era una mañana fría, pero el viento que azotaba su rostro era vigorizante. Caminó hasta un local llamado *Tutti Frutti* a un par de calles de allí. Le encantaba visitar el lugar junto a su amiga desde que se mudaron a la zona y decidió pedir uno de sus platos favoritos: un jardín de edén consistente en una gran variedad de frutas frescas.

Mientras comía una porción de kiwi se sintió observada y eso le provocó que se le erizara la piel. Volteó nerviosa hacia un punto fuera de la pared de vidrio a su izquierda sin poder distinguir a nadie en especial.

Pensó en que quizá había sido mala idea salir sola y sin avisar a su amiga, considerando cómo estaban las cosas, pero se sentía asfixiada, incómoda. Hacía mucho dejó de dar cuenta de sus actos y aunque sabía que Candace se preocupaba, esos últimos días se percibió a sí misma, insegura, casi incapacitada para tomar decisiones y era algo que no podía soportar. Ella luchó por andar por la vida con paso firme, sin importar que tan mal la estuviese pasando.

Debía retomar sus compromisos y como si se comunicara mentalmente con Josh, su teléfono vibró con una llamada suya. Le informó que la esperaban esa misma tarde a una reunión urgente organizada por su jefe.

Aquel mensaje le dio el pequeño empujón que necesitaba; esa misma tarde regresaría a trabajar. Aunque quisiera no iba a poder tomarse el par de días que pensó. Tampoco era posible seguir escondiéndose y dejar su vida de lado, como si ella hubiese actuado mal. En esa reunión debía enfrentar una gran disyuntiva; su jefe también era su suegro y no sabía con cuál tendría que tratar primero.

Pagó la cuenta al terminar su desayuno y salió del lugar con otro pedido igual en la mano para Candace. Mientras caminaba, no pudo dejar de pensar en la reunión de esa tarde y concluyó en que quizás eso era lo que necesitaba en ese momento; un nuevo cliente y, con ello que la enviaran lo más lejos posible o en un peor escenario, que la despidieran por lo sucedido. Después de todo, le preocupaba su posición en la empresa y aunque ella había trabajado arduamente por su puesto, podía estar en riesgo.

Al llegar al apartamento abrió la puerta y se encontró a Candace de pie con ambos brazos en jarra y golpeando su pie una y otra vez sobre el piso.

—¿¡Se puede saber dónde estabas!?! —La reprendió casi fuera de sí.

Kassidy volteó los ojos y sin contestar elevó la mano mostrándole el desayuno que llevaba.

—Solo porque tengo hambre, te perdono —dijo corriendo hacia ella como una niña y con una sonrisa enorme. Cuando tomó la comida y se encaminaba a la cocina continuó—: Pensé que el psicópata de tu ex te había secuestrado en mitad de la noche.

—Quería caminar un poco y tú sabes que el lugar queda cerca —respondió señalándole el paquete de comida con el logo del local.

—¿Salimos esta tarde? —preguntó Candace con una uva en la mano—. Debo ir a una cita para tomar las medidas de un vestido de novia, tenemos tiempo.

—Lo siento, Josh me llamó hace poco y tengo una reunión que no puedo posponer.

—¿Saldrás del país?

—Aún no lo sé, eso espero —dijo soltando aire con la boca y cerrando un ojo.

Candace conocía ese gesto y sabía que no era nada bueno.

—¿Y ahora qué? —preguntó seria.

—Si viajo, buscaré donde vivir cuando regrese. Candace, mira...

—Te entiendo. Sé que me he portado como una madre sobreprotectora contigo, quizás casi una loca. —Ante la carcajada que soltó Cassidy, ella agregó tosca—: Sin embargo, lo he hecho porque te quiero.

—Lo sé, pero me parece que ya superamos la etapa de querer vernos todo el tiempo, ¿no? —Cassidy le haló suavemente un mechón de cabello—. Además, conmigo aquí no vas a poder traer a los viejos que te gustan.

—Oh, cariño, tu presencia no me cohibe —dijo con una sonrisa y sentándose en una pose sensual sobre la silla de la isla completó—: De hecho, me encanta gritar más cuando tengo compañía.

—Pervertida —contestó con un gesto de reproche en su rostro.

—Es un derecho sagrado el poder expresarse así, querida —Candace le guiñó un ojo, provocando que las dos mujeres se echaran a reír.

Kassidy iba concentrada revisando su teléfono, poniéndose al día con los correos electrónicos. Volteó hacia el escritorio de Josh y no lo vio en su lugar, así que siguió su camino. Entró a su oficina y se sorprendió al encontrar a su jefe de espaldas, observando el panorama a través de la pared acristalada.

Respiró profundamente esperando lo peor. ocupar ese puesto le costó desvelos y mucho esfuerzo para demostrar su valía. Eran muy pocas las mujeres que lograban ascender a una posición relevante en el rubro y, en su caso fue un tanto más complicado, ya que también salía con el hijo de su jefe. Por ello, tenía que esforzarse el doble y probar que no estaba allí por nepotismo.

Luchó hombro a hombro con tres hombres más por la posición; iniciaron todos juntos como pasantes en Ontario. Con el tiempo, ella ganó su respeto y el de los demás obteniendo el puesto y, con él, el sobrenombre de «pequeño as». Su jefe hacía alusión a su estatura y a la habilidad que mostraba al negociar. Fue por ello que se atrevió a solicitar su transferencia a Ottawa para ejercer y volver con los suyos. Con el tiempo, su novio la siguió y le propuso que vivieran juntos. Un año después de eso, su suegro también se mudó para estar cerca de su único hijo.

Se detuvo a examinar su oficina, la decoró ella misma al llegar. Mary le regaló la planta que estaba colocada en un gran macetero atrás de su escritorio, pegada a la pared, dividiendo el espacio entre su mesa de trabajo y un pequeño salón para recibir clientes. Aunque debía admitir que solo gracias a Josh seguía con vida.

Kassidy dio un par de pasos más, ni siquiera se atrevía a colgar su abrigo. No quería pasar por la vergüenza de tener que descolgarlo si la despedía. Entonces, permaneció de pie, esperando que el hombre se percatara de su presencia. Unos segundos después, él giró su cuerpo y la miró seriamente, eso la puso muy nerviosa.

—Quiero ofrecerte mis disculpas, chiquilla —dijo señalándole el pequeño saloncito que tenía en la oficina para tomar asiento y caminando hacia uno de los asientos pidió—; cierra la puerta, querida, por favor.

Ella estaba en tal estado de nervios que le temblaron las manos al cerrarla. A través de la puerta de vidrio, distinguió con desconcierto que Josh ya se encontraba sentado en su sitio. Este le

devolvió una mirada de melancolía, acompañada de una sonrisa indescifrable.

—No comprendo —susurró sentándose en una silla frente a él sin quitarse la bufanda. No quería que él viera su cuello ya que ahora tenía un color azulado terrible. Colocó el abrigo junto a su bolso, sobre la pequeña mesa en el centro.

—Por lo que hizo el inútil de mi hijo. Lo sé todo, Luca me lo ha informado —masculló con tono glacial al mencionar a su jefe de seguridad. Luego habló apesadado—: No puedo creer que no me buscaras. No solo trabajamos juntos tú y yo por años, te aprecio tanto como a la hija que nunca tuve.

Ella no pudo evitar sollozar. Se sentía avergonzada, sobre todo, el pesar la embargaba al pensar que ese buen hombre tuviera un hijo así.

»No llores, pequeña. Tú no tienes la culpa. —Se acercó un poco tomando una de sus manos—. También me enteré que buscaste un abogado. Quiero que sepas que te apoyo. Haz lo que creas conveniente y cuando la audiencia se lleve a cabo, lo enviaré lejos de ti.

—De verdad lo siento, Roger. Jamás pensé que nos pasaría algo tan bochornoso.

—Si te soy honesto, esperaba que mi hijo lo arruinara antes. Tú eras lo único bueno que tenía. Me avergüenza aceptarlo, pero he fallado como padre.

—No diga eso, usted no es el culpable.

—¿Sabes?, gracias a ti gocé de un par de años de tranquilidad. Cuando Roger te conoció, cambió tanto, que tuve la esperanza de que nuestras vidas por fin iban a valer la pena. Incluso me imaginé con un nieto en mi regazo. —Bajó la cabeza y continuó—: Ambos estamos malditos. Yo por haber conocido a su madre y él por heredar su veneno.

Kassidy no supo qué decir. Se puso de pie, soltándose del suave agarre de Roger Cole, padre, a quien desde que conoció le tuvo un cariño especial y llegó a verlo como una figura paterna. Lo admiraba mucho.

—Lamento alejarme de esta forma, Roger. Aprecio lo que ha hecho por mí y quiero que sepa que siempre lo recordaré sin importar dónde esté —dijo colocando una mano sobre el hombro del señor.

—¿Por esa razón te ibas a Suecia?

Ella asintió, tenía un nudo en la garganta que casi no le permitía hablar. Cuánto lo extrañaría, ese hombre le enseñó tanto, la aconsejó, le brindó el cariño que su padre no pudo después de perderlo por un infarto siendo aún una adolescente.

—¡Estás loca si piensas que te dejaré ir con Dominick para hacerme competencia!

—Pero, Roger, pensé que...

—Tú piensas demasiado, mi *pequeño as*. ¿Conoces México? —preguntó sonriendo un poco y sacándose un pañuelo para ofrecérselo a Kassidy, mientras ella negaba con la cabeza a su pregunta. Se puso de pie y la rodeó con un brazo sobre sus hombros, se veía muy pequeña a su lado.

»Para tu colección —dijo ofreciéndole una pequeñísima bandera metálica de México que extrajo de su bolsillo interno del saco. Cada vez que ella viajaba, él le obsequiaba una del país al que iba.

—Pensé que me despediría. —Kassidy no pudo contenerse más y se abrazó a él, llorando como una chiquilla.

—Prefiero enviar lejos al pusilánime de Roger. Tú me haces ganar dinero, lo hago solo por negocios —contestó divertido, aunque su sonrisa no llegó a sus ojos y le devolvió un fuerte abrazo. Ella comprendía el dolor que sentía ese hombre y sus palabras estrujaron su corazón.

»No te alejes, mi niña, eres lo único que me queda. Bueno, chiquilla —continuó aclarándose la

garganta y recobrando su voz de trueno—, es hora de trabajar. Si necesitas un par de días, avísame. Programa una cita con nuestro cliente para esta semana. Admito que cometí el error de ofrecerle una mañana mismo, pero tú decides.

—Revisaré todo de inmediato y confirmaré antes de mañana.

—Algo más —dijo el hombre desde la puerta—, trátalo bien, es nieto de un antiguo amigo. Es un buen chico, mi asistente dice que es muy atractivo, así que tienes luz verde y te puedes aprovechar. ¡Ya eres soltera de nuevo! —gritó al cruzar el umbral, casi en el pasillo. Solo él lograba hacerla sonrojar de esa forma, le encantaba avergonzarla diciendo ese tipo de cosas, por eso ni se atrevió a responderle y se limitó a sonreír.

Por fin pudo acomodarse en su abrigo y cuando se dirigía a su escritorio a revisar la carpeta, Josh entró interrumpiéndola.

—Josh, nos vamos a México —dijo sonriendo y terminando de secarse las lágrimas con el pañuelo.

—Kassidy, tengo que decirte algo —susurró él, nervioso, mordiéndose una uña, luego de tomar asiento frente a su escritorio.

—¡Dime, me estás preocupando!

—Antes de trabajar para ti, yo ya conocía a Roger. Él frecuentaba el mismo bar que Simon y yo. Si no te dije nada, fue porque pensé que tú lo sabías todo. Es decir... —Se puso de pie, caminando de un extremo de la oficina a otro—. Yo supuse que conocías sus planes y los compartías. Discúlpame.

»Si hubiera hablado antes... —dijo un poco alterado y volviéndose a sentar—. Este fin de semana me he vuelto loco en casa de tu amiga. No encontraba el momento oportuno para pedirte perdón y fue por eso que lo golpeé el sábado. Pensé que él era honesto contigo, que tú conocías a Thomas.

—El chico con quien lo encontré, ¿lo conoces?

—Son pareja desde hace mucho —contestó Josh, angustiado—. Él nos mintió, nos contó que ustedes se conocían y que tú aceptabas sus preferencias, que incluso se frecuentaban y que tú le permitías quedarse con él cuando te ibas de viaje en tu casa. Con el tiempo, trabajando a tu lado, comprendí que tú no eras así.

—¿Qué? ¿Liberal? —dijo Kassidy un tanto molesta y ofendida.

—Interesada —respondió Josh—. Roger nos dijo que aceptaste ser su novia para tener contento a su padre, que pensaban casarse y así obtener un porcentaje de las acciones, pero que seguiría conviviendo con Thomas como su pareja estable, ¿comprendes? Pero al conocerte, empecé a dudar de sus palabras y tuve miedo de decírtelo.

Kassidy no lo podía creer, cada vez se decepcionaba más de ese hombre y sentía mucha pena por él. Fue capaz de sacrificarse a sí mismo, su propia felicidad, por sostener una mentira que no beneficiaba a nadie, mucho menos a él.

—Aquí está mi carta de renuncia, Kass. No puedo verte sin sentirme culpable. —Le extendió un sobre encima del escritorio.

—No la aceptaré, Josh. Si no voy contigo a México, no sé a quién me asignarían —respondió sonriendo y tomando la carta para romperla—, y tú... me entiendes como nadie. No podría dejarte ir. Ahora a trabajar. Prepara un nuevo contrato, en un momento te doy los datos —dijo extendiendo sus brazos hacia él.

—Gracias, nena —musitó Josh, devolviéndole el abrazo para luego hacer lo que le pedía su idolatrada jefa.

Kassidy se quedó de pie frente a su escritorio y abrió la carpeta de su nuevo cliente con una

sonrisa. En instantes aquel gesto se desdibujó en su rostro para crisparse luego. Lanzó un grito dejando a Josh petrificado en el umbral de la puerta, quien no había salido aún de la oficina.

—¿¡Qué demonios!?! ¡Kilian Fox, voy a matarte!

Capítulo 12

Kilian salió de su oficina cerca de las cinco, a fin de pasar un par de horas en el hospital, pero antes, quería darse un baño en casa y llamó a Mary para avisarle que estaría ahí pronto.

Llegó a su hogar en poco tiempo y al entrar a la cocina encontró una nota de ella diciendo que llegaría en unos minutos. Tomó el pequeño papel y lo lanzó a la papelera, retomando el camino hacia las gradas que lo llevaban a su habitación. Recordó el trabajo extra que implicó tener todo listo para el siguiente día. Debía prepararse en muchos sentidos, porque sabía que Kassidy acudiría hecha una fiera a la reunión. Clara recibió la llamada de Cole & Asociados confirmando la cita a las ocho de la mañana y eso lo llenó de nerviosismo.

Se metió a la ducha y se tomó más tiempo del necesario debido a que cada vez que en su pensamiento invocaba a Kassidy Evans, su cuerpo se encendía igual que una hoguera y era un martirio acabar con esa sensación. Lo que necesitaba en ese momento, no podía tenerlo..., aún no.

Kassidy trabajó junto a Josh el resto de la tarde, aunque la frustración y la furia no la dejaban concentrarse como debía. No dejaba de repetirse cuánto Kilian sabría de lo que ella era capaz. No comprendía cómo era posible que interfiriera en su trabajo. Conocía a su asesor en esa área; un hombre muy eficiente que trabajaba con ellos desde que su abuelo estaba en vida y no necesitaba otro.

Josh se ofreció a terminar el papeleo que debían llevar al día siguiente y ella lo agradeció mucho. De todas maneras, no era de gran ayuda en ese momento, ya que no dejaba de arremeter en contra de Kilian cada dos minutos y su asistente tenía los nervios de punta.

Ella decidió llamar a Mary, necesitaba hablar con alguien. La señora le dijo que llegar con confianza, puesto que Kilian estaría en el hospital, por eso accedió. No era la primera vez que iba mientras él no estaba y prefería no contarle lo sucedido a Candace, ella solo se burlaría de su desgracia.

Al llegar, tocó el timbre del portón y como no obtuvo respuesta, entró usando una llave extra que Mary solía mantener bajo un macetero pequeño. No escuchó ruido alguno, fue a la cocina y ella tampoco estaba allí, así que pensó que la encontraría arriba. Dejó su abrigo sobre uno de los muebles de la sala y subió, se percató de que una de las puertas entreabierta, caminó con seguridad hacia ella y la abrió un poco más.

Al advertir el movimiento en la puerta de su habitación, Kilian recordó que no cerró al entrar y se apresuró a acomodarse la toalla que llevaba en la cintura.

«¡Qué demonios! ¿Ahora veo visiones? ¡Maldición! Mi muerte llegó antes y no me siento para nada preparado», se dijo temeroso al ver a Kassidy apostada en el umbral.

Sin procesarlo en su cabeza del todo, se movió hacia ella con tal velocidad como si de un imán atrayéndolo se tratase. Ella elevó la mano con una ligereza que lo dejó perplejo y un segundo después, sintió sus finos dedos marcados en la mejilla izquierda, como un latigazo quemando su rostro. No obstante, lejos de molestarlo, lo excitó a un grado inconcebible.

—¿Por qué lo hiciste? —reclamó Kassidy furiosa, respirando con dificultad. Ella no

acostumbraba a andar por allí golpeando a las personas, pero no pudo contenerse cuando lo vio. Sin embargo, todo su temple y su enojo se fueron al demonio al notar como esos ojos azules iban oscureciéndose, provocándole una enorme oleada de calor y nerviosismo.

Sin replicar, él observó sus ojos ámbar con esa expresión desafiante que siempre la acompañaba y la recorrió entera. Contempló su fino cuerpo enfundado en una blusa blanca de seda, con una bufanda verde a medio poner, un pantalón negro que acentuaba sus pequeñas curvas y unas botas de tacón negras que lograron extasiarlo como el rugido del motor de un *Aston Martin Valkyrie* en plena revolución.

Advirtió que ella diría algo más, por lo que no se amilanó al aprovecharse de la bufanda suelta y alargó sus fibrosos brazos para atraerla hasta él y apoderarse de su boca; con ansia, con deseo, con reproche, con todo aquello contenido durante tanto tiempo.

Kassidy sintió con esa acción, lo que un buen beso debe hacerte sentir: pasión, lujuria, amor desbordado. Aunque no experimentó esas mariposas de las que todos hablan. No, ella percibió dragones sobrevolando su interior y quemando todo a su paso con un fuego abrasador, con deseo puro e irracional. Le correspondió aprisionando su torso con sus finos brazos, elevando su rostro y mordiendo su labio inferior. Kilian gimió en su boca y ese sonido la envalentonó, ya no podía parar, no quería. No importaba nada más que las incontrolables sensaciones recorriendo su ser por completo.

Kilian la llevó con delicadeza hacia su cama, recostándola. En el camino, la toalla cayó y a él no podía preocuparle menos en ese momento, sino todo lo contrario, le apetecía que ella se diera cuenta lo que le ocasionaba con un solo beso.

Se acomodó encima, alejando cada prenda de su cuerpo con suavidad, se veía exquisita, era sensual sin proponérselo; su sedoso cabello color chocolate, sus sutiles y casi imperceptibles pecas, sus pequeños labios rosados. La besó de nuevo, introduciendo su lengua en esa tibieza que extrañó tanto y luego se separó un poco para seguir en su tarea hasta descubrir su piel de porcelana ante sus ojos. Su ropa interior logró excitarlo más si eso era posible; encaje blanco cubrían esas partes que también deseaba disfrutar. Se encontró frente a la encrucijada de quitárselas o dejárselas puestas y se decidió por la segunda, pero no por ello se privaría de sentir las.

Kassidy lo vio tan excitado que no sabía si reír o llorar. Era consciente de lo molesta que seguía, pese a ello, ese beso la transportó a aquella primera vez donde la hizo suya. Después de semejante experiencia, intentó volver a sentir, a reaccionar, a disfrutar algo similar, sin lograrlo en todos esos años. Ahora estaba allí, con ella, de nuevo, como si él fuera el único con el interruptor adecuado para activarla de esa manera. Ella tembló como esa vez, hace años.

Junto a él seguía sintiéndose inexperta. Esas enormes manos erizaban cada centímetro de su piel, esos labios causaban estragos por cualquier zona que recorrían con pericia y provocación y, en lo único que podía pensar, era en la necesidad de tenerlo otra vez apoderándose de su interior.

Ese hombre se lo estaba tomando con tanta calma que no sabía cómo manejar todas esas sensaciones. Él introdujo una mano entre el sostén y su piel y la acarició con tal maestría que arrancó un jadeo descontrolado desde lo más profundo de su ser.

Kilian gruñó con satisfacción, ya solo le quedaba su ropa interior y cuando ella se movió desesperada por quitársela, él se lo impidió.

—Te quiero así para mí —susurró con la voz ronca acercándose a su oreja, después le dio un suave mordisco en el lóbulo. Siguió con sus caricias en todo el cuerpo, sosteniendo con una mano las dos de ella sobre su cabeza y con la otra, bajó por sus piernas y subió de regreso hasta su humedad. Al sentirla, no pudo evitar exclamar—: ¡Oh, Dios! Cuánto te extrañé, Kassy.

Kassidy gimoteó ansiosa con esa frase y abrió sus piernas dejándolo a él a punto de quemarse por dentro. Irguió su torso hasta alcanzar sus labios y usó su delicada lengua para dejarlo con la sensación de llamas enardeciendo cada milímetro de su boca. Soltó una de sus manos del agarre y arañó su espalda.

Entonces, Kilian no pudo soportar más. La necesitaba, quería tenerla toda, poseerla de nuevo, así que solo hizo a un lado la fina tela y se hundió en esa tempestad de lujuria, deleitándose en ella, gozando del vaivén de sus cuerpos como olas iracundas en medio del océano. Entre jadeos y palabras sin sentido, la pequeña diablilla le mordió el hombro y elevó un poco su cadera hacia él, fue tan intenso que se sintió enardecido, compenetrado con sus sentidos, en un aumento vertiginoso que no lo soltaba.

Kilian no supo en qué instante ella se colocó sobre él. La imagen que pudo disfrutar no se comparaba con nada. Se veía tan provocativa con cada gesto, cada gemido, cada movimiento que lo llevaban al límite. Después de tanta delicia, llegó esa presión tan bien conocida, hasta que ya no aguantó más y con un grito ahogado, ambos llegaron a ese momento de abandono a la vez. Saboreando esa languidez posterior a haber experimentado el placer absoluto, esa satisfacción de dar y recibir, esa plenitud sin comparación que tienes únicamente cuando se hace con quien compartes los mismos sentimientos.

Ella cayó casi desvanecida sobre su pecho, escuchando el sonido de su corazón acelerado. Ni siquiera era capaz de abrir sus ojos. Él sintió un mareo descomunal y la vulnerabilidad lo cubrió como si el tiempo se hubiese detenido y ningún pensamiento podía establecerse en su cabeza.

Kassidy pudo percibir otra vez que no le hacía falta nada en absoluto. Entre esos fuertes brazos todo estaba bien y el mundo podía dejar de girar si quería.

Kilian disfrutó de su cercanía. Deseó tanto tenerla así, acunando su pequeño y delicado cuerpo, sintiendo su piel suave, disfrutando de ese aroma a fresas que emanaba y que sin importar el tiempo o la distancia, su cerebro no olvidaba. Ella estaba hecha únicamente para él.

Así estuvieron abrazados durante un rato. Él acariciando el largo cabello hasta su espalda y ella rozando su torso con el filo de sus uñas de manera sutil.

No quería que nada arruinara ese momento, sabía que tenían mucho que aclarar y temía ser el primero en romper la perfecta burbuja, pero no lo soportó más. La duda lo estaba matando tanto como el deseo de seguir teniéndola consigo.

—¿Por qué te fuiste?

Kilian sintió perfectamente el momento en que el delicado cuerpo se tensó sobre él. No era un buen indicio, pero debía saberlo, pasó por mucho desde ese día y aún no entendía en qué había fallado.

—Tuve miedo, no me sentía preparada. —Se sentó sobre la cama y se acomodó el cabello dándole la espalda—. Cuando te vi dormido a mi lado, me paralicé. Sentí que no podía con todo aquello. Recordé tus palabras de la noche anterior y no me creí merecedora de esos sentimientos.

—Aún no lo entiendo —dijo Kilian sentándose, apoyando su espalda en el respaldo de la cama y halándola para que se apoyara en su pecho.

—No era el momento, Kilian. No para mí. Recién acababa de empezar con mi pasantía, no era nadie.

—Tú lo eres todo para mí, Kassy. Siempre lo has sido y supuse que esa noche lo había dejado claro.

—Ves, tú no entiendes. —Sonrió triste—. Esa etapa era primordial para mí. Vivirla, disfrutarla sin frenos. Lo hacía por mí, incluso por ustedes. Mi meta era hacerlos sentir orgullosos de mis logros. Con mucho esfuerzo conseguí lo que tengo ahora y no quería una relación en ese momento

que... me frenara.

—Por supuesto. Solo déjame recordarte que cuando te busqué toda esa maldita semana por todo el condenado campus como un demente, te encontré al final con el imbécil de Roger Cole. Tienen mucho sentido tus excusas, ¿eh? —No quería sonar molesto, pero no se encontraba por la labor de soportar mentiras absurdas.

—Solo éramos amigos. Nos hicimos novios mucho después, un mes antes de regresar a Ottawa.

—No me mientas, Kassy. Cuando te vi en el campus se besaron en mis narices —dijo dolido.

—Yo lo besé, para que nos vieras. Siento haberte lastimado, Kilian —confesó avergonzada por su comportamiento infantil de aquella época.

—¿¡Lastimado!?! ¡Me partiste el corazón, Cassidy! —gruñó casi ahogándose de la furia. Quizás era una pésima idea remover todo aquello. Se puso de pie, apartándola con suavidad y caminó hasta el vestidor sacando ropa a tirones. Luego se dirigió hacia un sillón de una plaza, al lado de la cama. Se colocó un bóxer y se sentó con los codos sobre sus rodillas, cubriendo su rostro con ambas manos en un intento de sosegar su temperamento.

—¡Claro! —dijo ella molesta—. Fue tan evidente tu sufrimiento por mí, que no tardaste ni dos semanas cuando ya estabas posando con tantas modelos que hasta perdí la cuenta. ¡Pobre de ti!

—¿Y qué querías? ¿Verme en Ontario, siguiéndote como un perro faldero, mientras tú estabas con quien te diera la gana? —dijo lanzándole una mirada mordaz con esos ojos azules oscurecidos llenos de reproche y frustración.

»Kassy, hemos creado una montaña de palabras sin decir. Poco a poco esto se ha convertido en una cúspide infranqueable y me estoy cansando de seguirte —reflexionó él suspirando.

Kassidy no sabía qué decir. Todo lo que ese hombre la hacía sentir, no lo sintió nunca después de él. Estaba consciente de haberse equivocado al alejarlo de esa manera inmadura.

—Tenía miedo, Kilian, aún lo tengo... de que no funcione y te alejes definitivamente —musitó con dolor.

—Lo sé, el miedo te controla y escapas, por eso lo hiciste. La peor estupidez que cometí fue darte espacio, permití que huyeras de lo que teníamos, de lo que aún tenemos —dijo acercándose a ella y sentándose enfrente acunando su rostro con una mano—. Solo te pido que me permitas caminar a tu lado, Kassy. Mis abuelos me enseñaron a no renunciar, a luchar por lo que quiero. Contigo he actuado como un tonto y acepto que el orgullo me superó en ese momento, por eso actué de esa forma cuando regresé aquí. Quería que sintieras lo que yo.

—No debes darme explicaciones. Sé que quien actuó mal en primera instancia fui yo.

—Todo lo que te dije esa noche es cierto y no ha dejado de serlo desde entonces. Sé que acabas de terminar una relación y si necesitas tiempo, dímelo. Pero tengo que saber qué es lo que quieres —confesó suplicante y con la voz quebrada.

Ella asintió y cuando se disponía a contestar, los teléfonos empezaron a sonar a la vez como si se hubiesen puesto de acuerdo, se vieron a los ojos sin poder creerse la escena tan loca que estaban viviendo en ese momento. A ella la llamaba Candace, a él la enfermera y al teléfono de la casa, Mary. Kilian finalizó la suya explicando que llegaría pronto al hospital y se apresuró para atender a su nana. Mary le explicó que dejó las llaves dentro del auto y estaba atrapada en la tienda de víveres. Le pidió que si seguía allí, esperara a Cassidy. Él respondió que iría a buscarla y que no se preocupara por la chica, mintiendo cual bellaco, le dijo que le informaría sobre su tardanza.

Mientras Kilian hablaba con Mary, vio a Cassidy dirigirse al baño. No pudo evitar reír al notar cómo le temblaban las piernas. Ella se dio cuenta del motivo de su risa y le lanzó una almohada provocando que el teléfono cayera de sus manos. Después de un rato, Cassidy terminó de vestirse

y al pasar a su lado, él tomó su mano de manera firme y la hizo voltear.

—¿Te arrepientes de lo que hicimos? —preguntó ansioso viéndola a los ojos.

—No, Kilian, no me arrepiento. Solo..., necesito tiempo.

El hombre asintió soltándola. Sabía que no iba a sacar nada con presionarla, pero qué difícil era dejarla partir después de haberla tenido tan cerca, solo para él. Ella salió de su habitación y él regresó a la ducha.

Al bajar, se sorprendió gratamente al verla en la cocina preparándose un té.

—Pensé que te irías —le dijo acercándose despacio.

—Tengo que conversar con Mary. Si me voy, harán demasiadas preguntas y ya le dije a Candace que estaba aquí —contestó retrocediendo. A su vez, se percató de sus propios movimientos y recuperó el espacio perdido cambiando totalmente de actitud e irguiendo sus hombros para demostrar que no le temía.

Esa reacción le causó gracia a Kilian. «Volvió a ser la fierecilla de siempre», se dijo satisfecho. Avanzó casual, como si fuese una costumbre entre ambos, dio dos zancadas en su dirección y le plantó un sonoro beso en la boca.

—Te veo mañana a primera hora, princesa. —Sonrió complacido por el gesto de estupefacción que logró en ella y casi corriendo salió de la casa sin mirar atrás.

Kassidy se transformó en un segundo. Él actuó tan rápido que no le dio tiempo más que para soltar un gruñido, haciéndola sentir como una niña engañada fácilmente con un dulce. Recordó lo ocurrido hace un rato entre ellos, tocó sus labios con uno de sus dedos sintiendo un pequeño estremecimiento en todo su cuerpo y solo pudo sonreír.

Capítulo 13

Kilian abrió sus ojos, extendió su cuerpo desperezándose y se sobresaltó al descubrir a Max sentado frente a él. Se encontraba al otro extremo de la habitación del hospital a media luz, alzando una de sus cejas con una expresión de burla, desconcertándolo aún más.

—¿Qué? Sé que soy un poco atractivo, Max, pero te digo desde ya que no eres mi tipo.

—Ni tú el mío, no te preocupes. Se me hace divertido que después de tantos años, aún no hayas dejado la mala costumbre de hablar dormido. Déjame decirte que sigues siendo muy elocuente —dijo negando con la cabeza y sonriendo.

Kilian se congeló por un segundo y cerró los ojos nuevamente. Ellos compartían habitación en la casa de la hermandad y Max le fastidió muchos planes por el mismo motivo, aunque él no podía evitarlo.

—¿Así que la chiquilla ha vuelto a tu vida?

—¡Maldición! Me lleva el diablo —musitó avergonzado, reprimió el siguiente insulto y solo asintió.

—¡Te felicito! —Se burló y luego cambió su expresión—. Quizás ahora sí nos dejas en paz de una vez —increpó poniéndose de pie.

Kilian estaba tan relajado que solo alzó un poco el mentón y respondió como si nada:

—¿No quieres ejercitarte un rato?

—¿Lo dices en serio, Kilian? ¿*Kickboxing*? —respondió con una sonrisa de satisfacción—. Hace mucho no practico.

—Por favor, Max. Quieres partirme la cara, lo sé y, ¿sabes algo? Yo también —dijo sonriendo igual que él—. Vamos un rato, quiero de vuelta a mi hermano y cuando entras en modo imbécil, eso es imposible.

—De acuerdo, conozco un buen lugar, subnormal —contestó su amigo entusiasmado.

Salieron del hospital dejando a la enfermera contratada a cargo, quien los veía un tanto inquieta. Notó la mirada retadora que se lanzaban el uno al otro y ya tenía cerca de media hora de estar al cuidado de la joven cuando escuchó toda la conversación de esos dos. No sabía si culpar a la testosterona o a la inmadurez de ambos.

Los dos llegaron a la academia ubicada en *Bank Street* que visitaban cuando eran estudiantes de secundaria. Saludaron al propietario, quien feliz de verlos les cedió espacio, sin preguntas.

Kilian era consciente de su objetivo. Sabía que era la mejor manera de limar asperezas con Max, aunque corría el riesgo de que lo hiciera papilla. En sus ojos verdes notaba las enormes ganas de aniquilarlo. Max era más fuerte, más alto, para variar era ambidiestro y ejercitaba más que él. La única ventaja era que Max cuidaba demasiado sus manos debido a su profesión, pero era realista y ese único punto no era suficiente.

Resignado, lo siguió a los vestidores, se pusieron el equipo de protección y los pantaloncillos cortos que les proporcionó el dueño del negocio, calentaron unos minutos y se colocaron en posición.

Max sabía que no había mucha diferencia física entre ellos. Kilian era ágil, un poco más

delgado, aunque bastante sólido y sus ganchos, letales. Sin mencionar la potencia de sus patadas circulares, su desventaja es que era muy confiado y esta vez él no le daría tregua. Lo llevaba atravesado desde hace un tiempo. Claro, eran los mejores amigos, y por esa misma razón, Kilian debió dejarle el camino libre con Anna cuando se lo pidió, pero no lo hizo.

Chocaron sus guantes iniciando así el encuentro. Kilian lanzó primero un *jab* de izquierda midiendo la distancia entre él y Max, recogiendo inmediatamente el puño y colocándose en guardia de inmediato. Golpeó con el puño derecho y al recoger, metió un barrido con la pierna izquierda y luego usó la rodilla para golpear desde abajo, pero Max se lo impidió. Este devolvió ambos *jabs* con fuerza y una patada alta a la cabeza haciéndolo tambalear.

Kilian se dio cuenta cuál era el objetivo de Max y enarcó una ceja. Sería más difícil de lo que pensó, cada puño lanzado era bloqueado por Max y luego lo esquivaba. Le lanzó un directo de derecha en el rostro y con el siguiente, no se cubrió a tiempo. Sin embargo, contraatacó con un directo de izquierda y uno de derecha simultaneo muy potente, provocando que retrocediera molesto.

Max sonrió e intentó hacerle un barrido a su pierna izquierda, pero Kilian lo evitó levantándola. En ese instante, Max se descuidó, acción que el otro aprovechó moviéndose veloz y le dio un derechazo, derribándolo en el acto.

Max se puso de pie, limpiando la sangre de la comisura de su labio con el antebrazo. Estudiando la forma de cobrarle a su amigo tal acción. Se acercó protegiendo su rostro y le lanzó una patada al muslo, aprovechando su movimiento defensivo. Propinó los golpes dobles que acostumbraba ante sus adversarios; izquierda, derecha, izquierda, derecha...

Ambos moviéndose ágilmente de un lado al otro en el lugar. Se encontraban agotados, pero ninguno declinaba. Sabían que esto no solo era una distracción y no acabaría como tal.

Con un gancho al hígado. Max provocó que Kilian se doblara sin aire. Tardó un buen rato en recuperarse y cuando lo logró, le lanzó una dura mirada, advirtiéndole lo que estaba provocando.

—No te pases, Max. Sabes que te lo puedo devolver —recalcó poniéndose en posición de nuevo, con un poco de dificultad.

Ante la sonrisa de autosuficiencia de su amigo, Kilian avanzó de manera ofensiva y acortando la distancia, lanzó un derechazo. Se posicionó e impulsándose, levantó la pierna izquierda en un movimiento circular impactando con fuerza en Max. En el mismo lugar donde él fue golpeado, pateando el lado del cuerpo con la parte delantera de su pierna, dejándolo tan ahogado como lo estuvo él. Este se inclinó, apoyando ambos guantes sobre sus piernas levemente flexionadas, tratando de recuperarse.

Se vieron a los ojos, comprendiendo que les convenía bajar la intensidad y así lo hicieron. Moviéndose de un extremo a otro, seguían los ganchos, las patadas, los golpes de manera más pausada, hasta que alguien abrió la puerta. Ambos voltearon y observaron a su amigo señalándoles el reloj, indicándoles que les quedaba poco tiempo. Se detuvieron del todo, se sentaron en el suelo quitándose los guantes junto al resto de los implementos, tratando de regular sus agitadas respiraciones. Se quedaron en silencio un rato, mientras se refrescaban y luego, Max le dijo:

—Kilian, aléjate o te haré daño.

—Max, sabes que no puedo. Entiendo que quieras estar a su lado, pero debes comprender mi posición —dijo de manera conciliadora, ya estaba agotado de discutir sobre el mismo tema.

Max asintió y prefirió cambiar de tema. A fin de cuentas, mientras no se supiera quién era el padre de ese bebé, Kilian no desistiría y él tampoco.

—Entonces, ¿qué pasa con tu princesa fugitiva? Espero que por fin arreglaran las cosas o es

que sigue huyendo de ti —preguntó calmado.

Kilian suspiró, no sabía qué responder. Max conocía su historia con Kassidy. Tuvo que contárselo después de haber escuchado varias veces su nombre de sus labios mientras dormía.

—Es complicado, Max —respondió—. Yo entiendo que ella no confíe en mí.

—Eres un idiota, Kilian. Para mí, estás persiguiendo un imposible.

—¿Por qué lo dices? —dijo Kilian cambiando su expresión a una muy seria.

—Si ella te quisiera, hace tiempo estaría en tu cama. Ya tendrían hijos, pero mírala. Ha preferido estar con cualquiera, menos contigo. Sabes que tengo razón.

—No es así. Ella solo tiene miedo. Su vida no ha sido fácil.

—No la excuses.

—No lo hago, Max.

—Sí, lo haces. Tu vida tampoco ha sido fácil y mírate —dijo Max señalándolo—, no eres como tu padre. Decidiste seguir otro camino.

—Ella ha tenido menos que yo. Yo tuve la guía de los abuelos. En cambio, ella... Cuando su padre falleció, su madre se quitó la vida un mes después. Su tía era su único familiar y la odiaba. Mary la llevó a casa, fue allí donde la conocí y...

—Y te enamoraste. Kilian, ella los tuvo a ustedes. No la comprendo, no eres un mal tipo.

—Al menos ahora me ha pedido tiempo.

—Tiempo para qué, ¿para seguir jugando contigo? —acotó negando con la cabeza—. Deberías olvidarla y ligarte a una de esas modelos que se te lanzan para que las pasees en tus autos. Además, su amiga está mejor —dijo bromeando, Max sabía lo que le diría.

—Estás loco, Candace es como mi hermana.

—Pero no lo es.

—Tú no entiendes, Max. Ella es única, no sabes lo que me provoca, es como una adicción y hoy...

—¡Ah, entonces es eso!

—¿Eso? —dijo extrañado y comprendiendo de inmediato lo que su amigo quería decir. Enfadado, agregó—: No seas animal, no es eso.

—Lo hago, más de lo que crees —musitó Max de pronto—. La ves especial cuando está allí, a tu merced. Te parece que el tiempo no transcurre y ella es la única que lo puede poner a andar de nuevo. Su sonrisa te acelera y si tú la provocas, es lo mejor del mundo.

Kilian se sorprendió por la inspiración de su amigo que se caracterizaba por ser un hombre práctico. Conocía quien era la que le provocaba esos sentimientos y se compadeció de ambos pues sufrían igual. Mujeres diferentes y a su vez muy parecidas, ya que ninguna los eligió como su primera opción.

—Debo volver al hospital —dijo Max de pronto—. Te aconsejo que la acorrales, amigo. Ya llevas demasiado tiempo de jugar a la cacería con ella y no parece cansarse. Te pasarás la vida tras ella y si no siente lo mismo, es justo que te lo haga saber. Ya no son unos niños.

—Gracias, amigo. —Kilian supo que su hermano había vuelto y lo necesitaba. Le ocurrían cosas que, aunque quisiera, no podía hablar con Mary.

Max asintió, dejándolo solo con sus pensamientos por un rato y le avisó que lo esperaría afuera.

Kilian se quedó pensando un rato, hasta que decidió ponerse de pie para regresar con su amigo al hospital. Al llegar, se despidieron en el estacionamiento con un apretón de manos y Kilian se fue en dirección a su auto.

—Pero, ¡qué diablos! —exclamó irritado al descubrir el rayón que tenía el auto por todo el lateral derecho, con el mensaje: «Estás muerto», en la puerta del conductor.

Uno de los guardias del hospital, se acercó apenado para explicarle que cuando se dieron cuenta del percance, un hombre con pasamontañas salió corriendo entre los autos, pero el daño ya estaba hecho.

Kilian lo tranquilizó, sacó su teléfono y marcó el número de quien podía ayudarlo. Solo esperaba no estar equivocado con sus sospechas.

—Preston —dijo un hombre del otro lado.

—Buenas noches, detective. Le habla Kilian Fox. Necesito un favor.

Capítulo 14

Kassidy regresó al apartamento acompañada por Mary. Necesitaba hablar con ambas y fue tan cobarde, que en todo el rato estando juntas, no se atrevió a decirle al menos a ella una palabra al respecto. Candace aún no volvía de la tienda, por lo que le dio tiempo de darse un baño, mientras la señora veía televisión en la sala.

Al salir de la ducha, se dio cuenta de que toda la ropa que se quitó estaba impregnada con el aroma de Kilian. Olía a cítricos, madera y cuero, el mismo que la hechizó desde el primer momento que lo percibió en él, siendo todavía unos adolescentes.

Allí estaba ella con una sonrisa bobalicona y la nariz enterrada en su blusa cuando su amiga entró a su habitación de improviso, ocasionando que saltara en su lugar y gritara asustada.

—¡Kass, pensé que te había pasado algo! —Entró agitada, ignorando el gesto de su amiga que la miraba de mala manera—. Hace rato te estoy llamando, toco tu puerta y no respondes. Si no fuera por Mary me habría vuelto loca. —La observó como solía hacerlo siempre, casi a punto de someterla a un interrogatorio y preguntó—: Kassidy Evans, ¿ahora te drogas?

No fue capaz de resistirse más y soltó una sonora carcajada, provocando que la rubia la acompañara sin saber porqué. Candace siempre consideró que su risa era muy contagiosa y la miró como si tuvieran quince años otra vez y se metían en problemas en clase por no poder contenerse.

—Venía como posesa conduciendo. Josh me llamó diciendo que tuvieron un mal día, que estuviste furiosa y ahora te veo así —dijo recobrando el aliento después de reír tanto. —¡Ay, amiga! No sé si alegrarme o preocuparme por ti. ¿Te despidieron? —continuó Candace dejando salir el aire que tenía contenido en sus pulmones.

—Tenemos que hablar —respondió Kassidy saliendo hacia la cocina por un poco del postre que Mary preparó.

—Tienes cara de haber... —Candace no terminó de hablar. Abrió sus ojos de forma desmesurada y cubrió su boca con una de sus manos—. Dime que no volviste con el estúpido de Roger.

Ella negó con la cabeza sonriendo. Por fin dejaría los secretos con su amiga. Fue muy difícil para ella mantenerse en silencio con respecto a ese tema en todos esos años. Aunque intentó decírselo muchas veces, quiso manejar las cosas a su ritmo y antes de lo esperado todo se dañó y ya no tenía sentido contárselo.

—¿Josh es *bi*? Siempre lo supe —dijo la rubia sacudiendo su melena una y otra vez, desesperada por saber.

—Kilian —susurró Kassidy.

—No, no he hablado con Kilian. Me parece que hoy fue al hospital, aunque no he podido llamarle, pero lo haré más tarde. Además...

—¡Fue con Kilian! —interrumpió con un grito que se escuchó más fuerte de lo que pensó y se cubrió el rostro con ambas manos. Le sorprendió no escuchar nada, ningún grito, ni reclamo o burla... nada. Se descubrió y luego abrió sus ojos. No supo definir la mirada de su amiga. Parecía

sorprendida, pero también incómoda, podría jurar que hasta un poco molesta.

—¿No me dices nada? —preguntó confundida Cassidy e inquietándose en el acto.

—Aún no —contestó su amiga, hosca—. Prefiero que nos cuentes todo antes. —Se le adelantó de manera impetuosa y le señaló la sala para ir junto a Mary.

—¿Estás molesta? —Cassidy fue tras ella. Estaba realmente turbada. «¿No era ella la que se lo lanzaba a la menor oportunidad?», se preguntó mientras resoplaba llena de dudas.

Entraron a la cocina y Candace tomó la bandeja con el pastel hasta la mesa sin voltear a verla. Cassidy le avisó a Mary que estaban en el comedor para que las acompañara estrujando sus manos, tratando de inyectarse valor y confesarlo todo.

—No sé qué te pasa, Candace. Me confundes —se quejó Cassidy mientras colocaba las tazas con café en sus lugares.

—Quiero escuchar lo que tienes para decir. ¿No sueles decir que no te escucho lo suficiente? Cassidy, no quiero juzgarte, así que prefiero oírte primero.

El tono usado por su amiga fue sin duda, reprobatorio. Tanto, que a Cassidy le dieron ganas de estrangularla, pero se contuvo, inhalando y exhalando profundamente un par de veces. Le dio una mirada a Mary y sintió vergüenza, por muy absurdo que sonase, también temor. Ya no estaba tan segura de que ellas entendieran lo que sentía y era muy consciente de cuánto querían a Kilian y de lo que eso pudiese implicar.

—¿Qué sucede? —Mary parecía confundida mirando de una a otra sin decidir si debía sentarse o continuar de pie como ellas.

—Yo..., yo tengo algo que decirles —dijo Cassidy con la voz quebrada. Nunca se sintió tan nerviosa, era peor que cuando tuvo su primera presentación frente a un grupo de grandes inversores en Suiza siendo una novata. Pese a ello, tomó valor, respiró profundo y les contó lo ocurrido con Kilian en Toronto y parte de esa tarde. Las veía expectantes, pero Candace no cambiaba de expresión y Mary solo la observaba de manera indescifrable.

—Bien. —La rubia le dio una mirada a Mary y volvió su rostro hacia ella—. Si estás segura de lo que sientes por él, te apoyo. Ahora bien, debes comprender que Kilian también es mi amigo y no quiero que sufra más de lo que ya lo ha hecho.

—No sé porqué lo dices —refutó Cassidy irritada.

—¡Oh, sí lo sabes, Kass! —contestó Candace alzando una ceja—. Si tienes dudas, no lo hagas. Te conozco y él no es igual que los demás. Por eso estabas con Roger, por ejemplo; muy en el fondo, sabías que era una relación descartable, como las que acostumbras y con él seguías por pura comodidad.

—Chicas, no discutan —dijo Mary como intermediaria.

—¡No estamos discutiendo! —dijeron a la vez, aunque en sus miradas transmitían todo lo contrario.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Cassidy en tono amenazante—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque Roger no me importa, ni ningún imbécil con el que saliste. Te gusta jugar, Cassidy y no te juzgo por ello, de hecho, lo respeto, porque yo también lo hago. Mientras no te hagas daño, no hay problema —afirmó Candace—. Sabía que tu relación, aunque duró mucho más de lo que me esperaba, solo era cuestión de tiempo. Roger jamás te pidió nada y eso te gustaba. Le diste las fiestas, los viajes, el espacio y el trato que tú quisiste —expuso gesticulando con ambas manos de manera fría, mirándola a los ojos y sin un ápice de arrepentimiento.

—Nos llevábamos bien, éramos buenos amigos, ¿no es eso fundamental en una relación? —arremetió Cassidy—, ¿por qué me juzgas así?, tú eres peor. Los usas, te aprovecha de ellos y

luego las deshechas sin miramientos —dijo sin pensar. Su mirada de indignación le hizo ver que hubiese sido mejor morderse la lengua en lugar de gritárselo. Recordó cuando tuvieron una discusión similar hacía años y estuvo resentida por meses. No quería ese final en esta ocasión. Debían poder conversarlo.

—A eso se le llama «salir sin compromiso», Cassidy. —La miró con desdén.

—Debes admitir que ustedes se trataron como amigos en lugar de una pareja —intervino Mary dulcemente y palmeando su mano un par de veces.

—Sé que no soy la mejor opción para un hombre como Kilian. Él merece una buena mujer; dulce, cariñosa, quizás hasta de esas que les encanta fingir ser sumisas y condescendientes. —Suspiró desilusionada y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero lo que siento por él es... es fuerte y no quiero seguir callándolo.

»Me alejé por esa razón... —continuó con un hilo de voz, respiró profundo para detener el llanto.

Solo ante ellas se mostraba débil y ese no era el momento. Debía convencerlas, quizá, hasta convencerse a sí misma que merecía una oportunidad.

—No pretendo hacerle daño. Me enamoré de él desde niña. Supuse que era solo eso, un sentimiento que podía ser platónico y cuando creciéramos acabaría. Quería vivir, lograr mis metas, salir, disfrutar. Al mismo tiempo, ese sentimiento me retuvo. Aún ahora no he podido superarlo. Lo intenté e inicié mi vida con Roger. Quise olvidarlo, borrar sus palabras, sus atenciones, de aquí —dijo colocando una mano en su cabeza—, y de aquí. —Bajó su mano y tocó su pecho—. Ahora sé que eso es imposible. Candace, he luchado contra mí misma, por esto.

—Hija... —dijo Mary mirándola con pesar.

—Tienen razón, estaba con Roger porque me sentía cómoda, querida, sin ser juzgada o presionada y, eso funcionaba para mí. Y en este momento, tengo miedo, me siento insegura... Le he pedido tiempo y aceptó. Ahora no sé si...

—Antes de hablar de él —dijo Candace tranquilamente—, primero piensa si dudas de Kilian o de ti.

—Pienso en mí. Seguro te pareceré codiciosa, pero quiero ser tan feliz como cualquiera, no deseo que me hagan sufrir. Si lo que me hizo Roger, me lo hiciera él... —Movié la cabeza de un lado a otro queriendo alejar esas imágenes de su cabeza—. No sé, será la maldita egoísta que llevo dentro, pero...

—¡Ay, detente! Tampoco te dilapides, todas somos egoístas. La diferencia está en que pocas lo reconocemos —dijo Candace sonriendo—, y es natural. Nadie sube a la horca con sus propios pies, cariño.

—Kassidy, el amor no es sencillo, es un proyecto a largo plazo. No es algo en el aire que te contagia sin razón como lo pintan las novelas rosas. Lo puedes tocar, sentir, debes construirlo día a día, hacerlo crecer, trabajar siempre por protegerlo y solo así lograr que sea duradero. —Mary las miró con ese cariño único que les brindaba desde niñas. Había sido testigo de cientos de discusiones entre ellas, algunas un tanto violentas, pero al final conseguían llegar a un punto intermedio donde respetaban el punto de vista de la otra. Por eso las amaba tanto, tenían un enorme corazón y su amistad era genuina.

»Deja de perder el tiempo, mi niña, es demasiado valioso. Las demostraciones tardías de afecto, no tienen sentido y no sirven para nada más que para hacer sufrir.

—Gracias, Mary —dijo conmovida.

—Te daré un consejo que hubiera agradecido escuchar cuando tenía tu edad —añadió Mary, poniéndose de pie y tomándole el rostro con ambas manos—: El no haberlo intentado siempre le

ganará el lugar al peor error que cometes en la vida. —Simuló una balanza con sus manos—. No sabes cómo duele preguntarse cada día y cada noche, qué habría pasado si te hubieras atrevido.

—Kilian es tu *kriptonita*, amiga —dijo Candace sonriendo y acercándose a ellas.

Las tres mujeres se echaron a reír, a sabiendas que las ocurrencias de Candace lograban ese efecto en los momentos más tensos.

»Eres una cobarde cuando se trata de ese hombre. Sueles jactarte de ser fuerte. Ahora demuéstraselo. No le temas al amor —dijo alzando las cejas y formando un corazón con ambas manos, provocando más risas entre ellas.

—Payasa. Es que no saben. Aunque quiera, no puedo alejarme de él. Acaba de contratarnos para asesorarlo y debemos trabajar juntos —dijo fingiendo pesar y consiguiendo que Mary le diera un suave golpe en el brazo y su amiga oscilara los ojos, mofándose de su pésima actuación.

Hablaron un rato más y luego Mary se despidió de ambas. Las dejó en la sala conversando, haciéndoles prometer que ambas irían el fin de semana a comer a su casa, como antes.

Candace estuvo burlándose de Kassidy un rato y luego cambió su expresión al decir:

—Ahora con esa nueva información, necesito preguntarte algo.

—Dime.

—Créeme, lamento arruinarte los recuerdos eróticos de esta tarde, amiga, pero... ¿usaron protección? —La palidez inmediata de la castaña le dio la respuesta.

—¡Ni siquiera te he contado lo peor! —dijo Kassidy con un tono de angustia, resumiendo la confesión de Josh de esa tarde.

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿no? —dijo Candace riendo sin poder evitarlo—. No te preocupes, yo te hago la cita, pero por favor, quiero estar allí cuando le digas a Kilian que se le podría caer el pene —suplicó juntando ambas manos y poniéndose de rodillas.

—¡Estás loca! ¡Maldición! No podré ejecutar el plan de mantenerme profesional por tener que hablar de esto —refunfuñó Kassidy recostándose en el sofá y concentrándose en el techo.

—Por eso dicen que la lujuria es pecado —murmuró Candace divertida y recibiendo de inmediato un golpe con uno de los cojines del sofá que la despeinó con el impacto.

—¿En serio tienes que salir del país? —preguntó Candace acomodándose el cabello mientras le devolvía el esponjoso golpe a su amiga.

—A México —respondió, asintiendo emocionada. No había tenido la oportunidad de ir antes muy a su pesar.

—Consígueme un hombre, Kass. Te lo ruego, dicen que allí todos cantan como dioses y que lo hacen todavía mejor —pidió colocando una mano sobre su pecho y fingiendo desmayarse.

—No voy de vacaciones, ninfómana. Todo el tiempo pensando en eso. No tienes remedio.

—Claro, como ya tienes con quien satisfacerte, no piensas en tu pobre y desolada amiga. Eres tan egoísta, Kassidy Evans. —Hizo un puchero lleno de aflicción—. ¿Te cambiarás el apellido a Fox?

—Ridícula, por supuesto que no. Volviendo al tema; a ti no te hace falta ayuda para conquistar un hombre —replicó volteando los ojos exasperada, intentando controlar el revoltijo que sintió en el estómago al escuchar su apellido.

—Oye, yo adoro aprender sobre la cultura de otros países. Llévame, ¿sí? Te ofrezco mis servicios profesionales como tu asesora de modas a cambio.

—¿Sabes qué? Mejor me voy a dormir, rubia demente. Mañana me espera un día bastante difícil.

—¿Difícil? Vergonzoso, diría yo —dijo soltando una carcajada que se cortó al recibir otro golpe con el cojín.

Capítulo 15

Como cada martes, Cassidy entró a su oficina esperando encontrarse con su flor favorita. Desde que regresó a la ciudad tres años atrás, recibía un tulipán blanco a la semana. Asumía que era un detalle de parte de Roger, padre; un hombre muy dado a esas muestras de afecto hacia las personas que estimaba.

En cambio, ese día le esperaba un enorme arreglo sobre su escritorio. Eran muchos tulipanes amarillos y en el centro, uno blanco, su favorito. Todos ellos dentro de una base cuadrada de cristal. Se acercó sobrecogida y tomó la tarjeta con bordes dorados que posaba entre las flores para leer su contenido:

“Al conocerte, iluminaste mi mundo y tu sonrisa que es tan difícil de obtener, hizo brillar mis días de juventud y otra vez, mi noche de ayer. Gracias por eso. La dinámica cambió, a partir de este martes, te invito a acompañarme y conocer el impacto que has causado en mi vida desde entonces. Estas flores te mostrarán lo que hay en mi corazón para ti”.

K.F

No supo cómo actuar, qué decir o pensar en ese instante. Kilian envió esos tulipanes blancos por años y jamás lo sospechó. En su defensa, todo el que la conocía sabía de su debilidad por esas flores. Después de la sorpresa y seguramente del sonrojo por la alusión a lo ocurrido la noche anterior, acarició los pétalos y esbozó una sonrisa deleitándose en sus recuerdos.

Los suaves golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación y observó a Josh gesticular, sin entender nada de lo que decía.

—Kassidy..., Cassidy Evans, ¿qué esperas? Tenemos trabajo que hacer. Despierta y regresa al planeta —decía el joven chasqueando los dedos frente a su rostro.

—¿Qué?

—¡Oh, por Dios! ¿El tulipán ya tiene compañía? Son hermosas... —exclamó Josh y al instante resopló reaccionando—¿Cómo que qué, mujer? Te llamé informándote que te esperaba abajo y tú sigues aquí. En el camino me cuentas. Tenemos cita, ¿lo olvidaste? ¿Kilian Fox? —gesticulaba con las manos. Como no la vio reaccionar, la tomó de una mano y la haló fuera, arrastrándola por el pasillo frente a la mirada divertida de sus compañeros de trabajo. No era extraño para ellos ver a Josh con semejantes reacciones.

El movimiento brusco de su asistente la despabiló. Regresó corriendo por su bolso y su abrigo, para luego seguirlo al ascensor. Aprovechó para contarle lo de las flores mientras se conducían al estacionamiento. Josh no le respondió al instante, lo que la inquietó. El muchacho condujo en silencio y siguió así todo el trayecto, incluso al momento de bajar del auto en el estacionamiento de la empresa de Kilian. Cassidy lo detuvo después de un par de pasos y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Me preocupa que afecte la cuenta. Sé que eres una profesional, pero no sé nada de él, tú sabes cómo se pone de intenso esto a veces.

—No te preocupes, ya lo tengo calculado —respondió sonriéndole. Lo que no le confesaría es que estuvo convenciéndose a sí misma en el camino.

Respiró profundo viéndose reflejada por un instante en la puerta de vidrio y con cada paso dado recobró su seguridad. Ya hablarían después sobre ellos. Él prometió darle tiempo, no tenía de qué preocuparse. Ahora era momento de trabajar y así sería.

Les aguardaba Clara, la asistente de Kilian. Lo que la preocupó, porque después de lo sucedido años atrás ya no era una de sus favoritas, como la llamaba a ella y a Candace cuando llegaban de visita a la salida de clases. Así que esperaba un frío saludo de su parte, pero la sorprendió con un efusivo abrazo.

—Buen día, señorita Evans —dijo Clara al soltarla—. Es bueno verla de nuevo. La reunión es por aquí, síganme. —Los condujo después de saludar amablemente a Josh.

Mientras tanto, Kilian caminaba de un extremo al otro en la oficina esperando que Kassidy subiera. Abría y cerraba sus manos, se acomodaba el cabello y entró al baño a verse por cuarta ocasión. «Tranquilo campeón, solo debes actuar como siempre; seguro, objetivo, cautivador. Esto se trata de negocios», se dijo, señalándose con el índice frente al espejo. Notó una pelusa en el hombro de su traje negro y la quitó de inmediato, acomodó su camisa blanca, al igual que el nudo de la corbata amarilla.

—¡Ay, Dios! En qué me metí. Si con ella no puedo decir ni tres jodidas palabras sin tartamudear —dijo en voz alta lleno de frustración. Respiró profundo justo en el instante que un par de toques sonaron en la puerta. Eran ellos. «El momento llegó, sé fuerte, sé el galán que siempre has sido», pensó. Se acomodó los puños de la camisa y aclaró su garganta.

—Adelante... —Escucharon desde el otro lado. Clara les sonrió y abrió la puerta, cediéndoles el paso.

—Buen día, señor Fox —saludó Kassidy entrando a la oficina. Notó el color de la corbata sin atreverse a hacer ningún comentario.

—Buen día, Kassidy —respondió Kilian ignorando el trato formal de la mujer y extendiéndole la mano, para luego besar su dorso suavemente—. Josh, es un placer recibirlos —dijo mostrándoles un pequeño salón. Sin embargo, en lugar de seguirlos, giró en dirección opuesta hacia el escritorio y se sentó en su silla. Josh notó la acción e impidió que la joven siguiera caminando tomándola suavemente del brazo haciendo que volteara.

Kassidy se desubicó por la acción y miró alternadamente a uno y otro sin comprender el cambio, pero al observar los ojos dilatados de Kilian, se percató de lo que le ocurría.

Kilian se aclaró la garganta avergonzado y desvió la mirada de la suya. No obstante, un segundo después y como si una fuerza sobrenatural lo atrajera, se fijó detenidamente en cada detalle mientras tomaba asiento. Vestía con un pantalón ajustado negro, chaqueta negra y una blusa de punto color perla con un collar dorado sobre ella. Su peinado dejaba libre el delgado cuello, lucía el cabello recogido y hacia atrás en un moño alto, no llevaba su habitual flequillo.

Nunca necesitó mostrar de más para hacerlo temblar de deseo y esa fue la razón por la cual debía ocultar la evidencia tras su escritorio, igual que un adolescente inexperto. Mirarla a los ojos y tomar su mano fue suficiente para recordar cómo se sentía estar en su interior y tuvo que obligarse a pensar en cosas desagradables para regresar su cuerpo a la normalidad.

—Bien, Kilian, tenemos grandiosas noticias. Nuestro equipo ha investigado la información que nos proporcionaste y contamos con un porcentaje alto de probabilidades a favor para cerrar el negocio. A pesar de lo acontecido —dijo suavemente con una mirada fija e intensa, sonriendo sutilmente.

Kilian desvió su mirada un instante, intuía que le haría eso y admitía su culpa; le dio el arma y ella apretó el gatillo sin dudar. Era cruel, ya la conocía. Disfrutaba mucho burlarse de él de esa forma, utilizando esos ojos ámbar y ese tono sugerente en su voz, solo para atormentarlo.

—No obstante, según mi contacto, el problema ahora radica en que quienes ocupan los puestos administrativos son familiares políticos del propietario. —De inmediato recobró la compostura y al advertir la sorpresa en el rostro de Cassidy, se irguió sintiendo un poco más de confianza. Así que le devolvió la mirada profunda, obteniendo la mayor de las satisfacciones al verla levemente sonrojada.

—Y esa es nuestra ventaja —respondió aclarándose la garganta. Parecía un tanto nerviosa, pero solo duró un segundo, aun así, fue la gloria para Kilian—. Ellos tratan de comprarle las acciones a él a un precio ridículamente bajo, tomando en cuenta las patentes que poseen y su tecnología propia.

—Ya veo. Cassidy, quiero que sepas que esta adquisición es únicamente estratégica, solo necesito de sus recursos operacionales. Además, tengo un contacto directo.

—Lo siento, eso no es conveniente para la negociación. Me imagino que el señor Cole ya te habló de ello. ¿Aún no estás convencido sobre el contrato?

—Claro que sí, es solo que con esa estrategia me siento excluido y eso me incomoda.

—Te comprendo —dijo conciliadora—. En este rubro he buscado independencia de acción, de pensamiento e imagino que en tu caso, al tener una compañía propia, debe acentuarse al máximo ese objetivo. Pero te recomiendo que confíes en la experiencia del equipo que está a tu disposición.

Kilian lanzó una mirada dirigida a Josh y este, desde el principio de la reunión ya estaba bastante perturbado con su intercambio de miradas y los tonos de voz cargados de tensión sexual como para no captar sus intenciones.

—Con su permiso, señor Fox. Si lo autoriza, puedo iniciar el papeleo junto a Clara para agilizar el proceso —solicitó Josh velozmente y sin esperar su respuesta, salió casi corriendo de la oficina y sin darle la menor oportunidad a Cassidy de objetar.

Kilian sonrió ante las reacciones de ambos y dijo sonriendo:

—Lo hago, confío...

—¡Qué inconstante! —dijo Cassidy, poniéndose de pie. No tenía planeado quedarse a solas con él. Josh pagaría muy caro su traición.

—No lo soy. Te quiero a ti. —La siguió, quedándose a un par de pasos de distancia.

—Ya no sé de lo que hablamos.

—Del contrato. —Sonrió Kilian suavemente provocando que ella volteara—. Si quieres discutir conmigo, hazlo. Mira, yo quiero... No, necesito a alguien bueno en lo que hace y, esa eres tú, ¿no? Entonces te lo repito: Te quiero a ti.

—Lo soy, no te preocupes —dijo sonriendo divertida, sin lograr el efecto que deseaba en él.

Kilian lo captó. Entonces, se aprovechó del momento y del poco espacio que los separaba. Dio un paso más y en un instante, estaban tan cerca el uno del otro que a ambos se les aceleró el corazón.

—Cassidy, tienes la habilidad de incitar con tu mirada y tu voz. Confieso que es lo que la mayoría de hombres solo sueñan encontrar en una mujer. Tú me hiciste degustarlo y ahora, no deseo nada más.

Ella palideció y no pudo evitar darle la espalda. No se esperaba semejante confesión, no se iba preparada para hablar de eso.

»Mi Kassy, sé que lo sientes —susurró acercándose a su oído derecho—. Tu respiración se

acelera junto a la mía al estar cerca uno del otro. Lo expresas en cada poro de tu piel cuando te toco, tu mirada te delata. Lo sé, porque me siento igual. —Al sentir que ella se tensaba, su rostro se desencajó y abatido agregó—: Lo lamento, he perdido los papeles. No suelo comportarme así. —Se movió dando un paso atrás para darle espacio.

—Gracias por las flores... por todas ellas —dijo Cassidy volteándose para verlo e intentando recobrar su respiración normal.

—No deseaba seguir oculto. —Sonrió tímidamente manteniendo la distancia.

—De verdad, lo aprecio. Iluminaste mi día más de una vez —musitó Cassidy, haciendo uso de lo que decía la tarjeta y al percatarse del brillo en sus ojos sonrió junto a él. No quería que se sintiera mal por haberle confesado lo que sentía, era solo que a ella aún la dominaban ciertas dudas y no encontraba la manera de disiparlas.

—Kassidy, necesito hablar contigo esta noche. —Al notar la expresión de vacilación en su mirada, aclaró—: Debo reunir a Candace y a Mary también, es urgente.

—Bien, hoy tengo un día agobiante y no sé a qué hora pueda estar libre. Yo te llamo —contestó un poco alterada.

Su teléfono vibró y cuando vio el mensaje entrante resopló ofuscada. Se acomodó un mechón de cabello que se soltó de su moño y repitió el proceso un par de veces más, muestra clara de su nerviosismo.

»¡Demonios! —El hombre se sorprendió por la expresión—. Kilian... tengo que decirte algo, pero antes quiero disculparme. —Al advertir la confusión en su rostro decidió decírselo sin preámbulos—. Necesito, no... tenemos que ir juntos al médico. Lo que sucedió ayer, puede tener consecuencias.

—¿Tan pronto? —respondió divertido—. Pero, princesa, ¿no se supone que debemos esperar por lo menos un par de meses para estar seguros? Definitivamente, no suele suceder a la primera.

«A este hombre le falta un tornillo», reflexionó preocupada. Al darse cuenta de lo que insinuaba, sus ojos se abrieron desmesuradamente y elevó su mano en señal de alto.

—No me expliqué de la forma correcta. Mi error. —Tomó aire en sus pulmones profundamente, aunque sintió su rostro quemándose. Ella no solía sonrojarse como niña y al lograr de nuevo toda la atención de Kilian, prosiguió—: Siento decirte que debemos realizarnos exámenes. Me enteré de la vida alterna de Roger y temo haberme contagiado alguna ETS. En vista de lo que sucedió ayer entre tú y yo, pues...

—Sí, entiendo. No te preocupes. ¿Tienes médico?, ¿yo puedo contactar uno? —contestó acercándose lentamente a ella, tomó una de sus manos, la halo hacia él abrazándola de la cintura y recostó su pequeña cabeza en su firme pecho. Anhelaba aclarar tantas cosas, pero se contuvo. «¿Eso significa que ya estamos juntos?», se preguntó, en la encrucijada entre sentirse pleno e inseguro.

—No, yo... Bueno, Candace contactó a uno. Nos esperan esta tarde, ¿puedes ir por tu cuenta? —susurró rápidamente—. No sabes cómo me avergüenza tener que involucrarte en esto.

—Kassy, somos adultos y siendo justos, tú no tienes la culpa de lo que el idiota de Roger hizo a tus espaldas —respondió acariciándole la espalda para calmarla y deleitándose con ello. No mentiría, se estaba aprovechando de la situación y no se avergonzaba de hacerlo. Era una mujer escurridiza y si era la única forma de tenerla en sus brazos en esos momentos, aprovecharía cada diminuta oportunidad.

»Se lo contaste a Candace —dijo con satisfacción. Acariciando su espalda y con deseos de ir un poco más allá y forzar esa molesta reticencia que sentía en ella.

Antes de escuchar su respuesta, el sonido de un par de golpes en la puerta provocó que se

separaran lentamente. Entraron Clara y Josh con la documentación y firmaron el contrato. Tuvo que despedirse a regañadientes de ella, pero lo hicieron estrechándose las manos en un ambiente relajado, poniéndose de acuerdo para verse a las dos de la tarde en la clínica.

Por la tarde, asistieron al lugar de manera puntual y se hicieron los exámenes correspondientes. Burlándose el uno del otro por el pavor que ambos sentían con las inyecciones, pero mostrando las paletas que obtuvieron en el laboratorio por haber sido valientes ante la diversión del médico que les siguió el juego. Salieron a la espera de los resultados en los próximos días e informados sobre volver en unos meses y repetir algunos. Según el médico, para ciertas enfermedades, cualquier resultado podría ser inexacto.

Ambos recibieron el mensaje de Candace avisándoles que estarían esperándoles en su departamento para la reunión que él propuso y se dirigieron allá en el auto de Cassidy.

Al llegar, subieron el ascensor en silencio, igual que desde que tomaron la carretera. Pero sus miradas exponían lo que sus bocas no articulaban. Kilian se acercó a Cassidy y caminó tras ella, la atrajo hacia su pecho, la abrazó suavemente colocando su barbilla sobre su cabeza para luego moverse sutilmente, bajando el cuello de la camisa y dándole un suave beso en la nuca.

—Desde que te vi esta mañana he deseado hacer eso —murmuró cerca de su oído y volvió a apoyar su barbilla donde estaba.

Kassidy no se atrevió a contestar, porque no sabía en qué tono saldría su voz. Se limitó a acariciar con su mano libre las de Kilian que rodeaban su cintura e intentó disimular cómo su piel se erizó con el contacto de sus labios, además de otra zona que se humedeció de inmediato suplicando su atención.

Las puertas se abrieron y ellos se quedaron allí, queriendo que ese momento de tranquilidad conjunta durara un poco más. Después de un rato, decidieron dar pasos perezosos hacia la puerta del apartamento de Candace sin soltarse de aquella posición, hasta que Kilian buscó la llave en su pantalón.

Se saludaron tranquilamente. Mary los esperaba con chocolate caliente y *brownies* recién horneados y, se sentaron los cuatro en la sala. Hacía mucho que no se reunían de esa forma y se seguía sintiendo natural, como si el tiempo no hubiese transcurrido.

Candace y Cassidy se sentaron juntas en el sillón de dos plazas, Kilian y Mary ocuparon las sillas individuales.

—Las reuní para conversar de un tema muy serio. Ayer me vi obligado a contactar a un amigo llamado Daniel Preston, él es detective. Dañaron mi auto y dejaron una amenaza, así que le hablé de tu situación, Kassy y me desconcertó al decirme que hicieron algo similar aquí, en el estacionamiento del edificio y ustedes... —dijo señalando a las tres—, en un acto totalmente irresponsable en contra de sí mismas, me lo ocultaron.

—Tranquilo, superhéroe —dijo Candace provocando que Kilian resoplara frustrado—, el jefe de seguridad del edificio quedó de informarme sobre los detalles del video y no lo ha hecho todavía.

—Candace, ¿estás consciente de lo que dices? —interrogó malhumorado. La rubia guardó silencio. Sabía que cuando la miraba de esa forma se encontraba a un segundo de explotar con su mal temperamento.

—¿De quién sospechas? —preguntó Mary.

—Aquí la única con problemas soy yo —admitió Cassidy apenada.

—No empieces, Kassy. Somos tu familia y si tienes problemas, nosotros los tenemos también —contestó Kilian controlándose. Su intención era tomar la ropa de esas dos testarudas y llevárselas con él, estaba consciente de su acostumbrada renuencia a todo, por lo que decidió

hacerlas reflexionar, así tuviera que sacar paciencia de donde no la tenía.

»En primera instancia, necesito informarle a mi amigo cualquier anomalía que observen a su alrededor —dijo lo más tranquilo que pudo—. Saben que si no se sienten seguras o necesitan un sitio, pueden ir a casa. En segundo lugar, les suplico que, por favor, tomen esto en serio. Este hombre no actúa de manera racional. Por lo tanto, no sabemos hasta dónde está dispuesto a llegar. Los actos vandálicos cometidos no los ejecuta él, lo que indica que planea algo adicional en contra de cualquiera de nosotros. Me tomé la libertad de citar al detective aquí, no debe tardar. Kassy, necesitamos toda la información que nos puedas proporcionar de Roger y sus amistades.

—Por supuesto —contestó nerviosa. El que hubieran hecho algo en contra de Kilian la tenía sumamente preocupada.

El detective llegó al departamento unos minutos después. Era un hombre bastante serio, pero amable. Interrogó a las mujeres casi por media hora, por separado. Al llegar el turno de Cassidy, esta le pidió acompañarle al estudio. Kilian se opuso a dejarla sola y tuvo que relatar la penosa situación frente a él. Le informó sobre el jefe de seguridad del padre de Roger, de quien notó la seguía desde esa mañana y le proporcionó los datos de sus amistades, así como todo lo solicitado. Al recabar la información pertinente se despidió de todos.

Kilian miró que Cassidy tomaba algunas tazas de la mesa para llevarlas a la cocina y decidió ayudar en la tarea, aprovechando que las otras dos estaban entretenidas hablando en la puerta con su amigo. Sin embargo, por más que buscó maneras de acercarse ella no se lo hizo fácil y tuvo que desistir.

Después de un rato, Kilian y Mary salieron del apartamento, debían pasar por el hospital. Se despidió de ambas con un beso en la mejilla con la diferencia que a ella le dio un abrazo extra. Se marchaba tranquilo, desde su punto de vista, las cosas avanzaban de manera positiva. Ya encontraría la forma de hablar sobre ellos en otra ocasión.

Capítulo 16

Esperar. Kilian empezaba a odiar esa palabra. Debía hacerlo por tantos sucesos, que se sentía a punto de desfallecer: el avance en la investigación del detective, la audiencia de Cassidy y aclarar lo que tenían; ya que ella parecía haberse propuesto evadirlo en los últimos días. Además, estaba la recuperación de Anna que no mostraba cambio alguno y, por si fuera poco, cerrar el negocio pendiente.

Una fuerte exhalación salió de los pulmones de Kilian. Allí, sentado en esa habitación de hospital, sus pensamientos lo turbaban. Pero lo preocupaba más la reunión que tuvo con Luca, el guardia de seguridad de Roger, padre. Este hombre de pocas palabras le demostró que el hijo de su jefe no estaba implicado en lo sucedido, aunque se portó amable al ofrecerle ayuda para encontrar al verdadero culpable.

Observó a Anna tendida en la cama y recordó la tarde anterior, cuando un colega de Max expuso su punto de vista, sin reparar en que alguien fuera del cuerpo médico se encontraba presente: «... un traumatismo craneoencefálico es una consecuencia común de los accidentes de tráfico y cuanto más prolongado es el estado comatoso, más improbable es el despertar». Quiso golpearlo por decir aquello, pero logró contenerse. La impotencia acababa con él poco a poco y lo único que podía hacer, era esperar.

Salió de la habitación para despejarse un rato y al voltear hacia el pasillo, Kilian no podía creer que la mirada ámbar con la que se encontró era de ella.

—Si la montaña no viene a mí, yo voy a la montaña —dijo Cassidy acercándose y extendiéndole un *doble doble* y una caja de *timbits* rellenos.

Kilian alargó su mano para tomar el café su favorito, con dos de crema, dos de azúcar y esas pequeñas donas en forma de bola con relleno de las que no se podía resistir desde niño. Cuando sus manos estaban ocupadas con la entrega, ella se acercó, se puso de puntillas y le dio un suave beso en la mejilla.

—Llenas mis manos para que no me cobre tu abandono, ¿eh? —El gesto fue tierno, pero él añoraba algo más que un beso en la mejilla. Así que sonrió socarrón, no se escaparía tan fácilmente ahora que ella había dado el primer paso.

—Lo siento —dijo ella en tono añorado y era evidente que sin un ápice de culpa.

—Sabes que no puedes comprarme con comida como lo haces con Candace, ¿cierto? —reclamó Kilian juguetón, subiendo los brazos sobre ella cuando intentó quitarle lo que le había entregado hace un momento. Caminaron hasta la cafetería que a esa hora solo tenía unas cuantas personas desayunando.

Kassidy se sentía ansiosa y pensó que quizá no había sido buena idea buscarlo justo en ese lugar, pero deseaba tanto verlo de nuevo, que no pudo seguir esperando a que él la buscara antes. Se enteró por Josh que estuvo lleno de trabajo y continuaba evadiendo a la prensa, que ahora también se apostaban en la entrada de su casa queriendo obtener comentarios de su parte. No se encontraban en el momento ideal de sus vidas, pero algo era seguro, tenían que poner las cartas

sobre la mesa.

—Veo tu poco aprecio hacia mi bandera blanca —se quejó, quedándose de pie y viendo como el hombre se acomodaba en una mesa cerca de una ventana.

—Kassy, por favor —dijo guiñándole un ojo. Haló una silla, dejando el brazo extendido sobre el respaldo de la misma e hizo un gesto con la cabeza invitándola a sentarse a su lado.

Al ver que ella no se movía, se puso de pie ágilmente, la cargó en sus brazos como a una chiquilla y la sentó en la silla donde él estaba antes, obstaculizando su salida al acomodarse en la de la orilla.

Las personas a su alrededor se echaron a reír al observarlos y ella no pudo hacer más que devolverles una sonrisa, no sin antes halarle la oreja a Kilian que, en lugar de quejarse, se quedó viéndola de tal forma que la puso nerviosa.

—¿Cómo están? —preguntó ella en voz baja.

—Igual —respondió desviando su mirada hacia la pared de cristal y perdiéndose en el panorama congelado del exterior—. Mejor hablemos de nosotros —continuó, volviendo el rostro en su dirección para verla a los ojos.

—Esto es hablar de nosotros, Kilian. Ellos son parte permanente de tu vida ahora y necesito conocer tu plan.

—Kassy, no puedo hablar de planes ahora por más que quisiera. Debo ser sincero contigo. —Agitó su cabello nervioso—. La situación no es sencilla y me vuelvo loco entre tanto caos. Ya sabes cómo me pongo cuando las cosas no van como quiero. Existe la posibilidad de que Anna no despierte y no sé si el bebé es mío. Aun si despierta, no estoy seguro de lo que pasará con ella, tampoco si hay alguien realmente dispuesto a hacerse cargo. Su madre es una mujer mayor y es su única familia.

Kassidy comprendía lo que le estaba proponiendo y en ese momento se sintió angustiada. Imaginó muchos escenarios y en cada uno, ella se veía a sí misma desplazada. En esa ecuación sería una simple espectadora.

Kilian observó detenidamente que su mirada cambió, junto a la rigidez de su pequeño cuerpo e intuyó lo que pasaba por su cabeza. Entonces, la tomó suavemente de la mano y le dijo acercándose a su oído—: Mi Kassy, eso no cambia lo nuestro. No quiero hablar de esto aquí, por favor.

—La verdad, importa muy poco el lugar, Kilian. Como tú dices, para tomar decisiones debemos esperar. Si ella despierta y el bebé es tuyo, será obvio el camino a elegir y supongo que...

—No. —Presionó la mano que aún sostenía—. No pienses cosas que no son, mi luna. Yo jamás tuve una relación formal con ella y si soy el padre, me haré responsable sin dudarle, pero nada más. Lo que hay entre tú y yo es lo que prevalecerá, si eso quieres.

Ella expulsó el aire retenido, sin embargo, esa molesta sensación no se fue. Tampoco sus palabras la tranquilizaron del todo y como no dependía de ninguno de los dos alterar el curso de las cosas, decidió cambiar de tema. Abrió su bolso y extrajo una caja de cristal transparente con una roca amarilla y colocó encima una pequeña tarjeta, en la que se leía:

El día que esa roca llegó a tus manos, me di cuenta de que tenías los ojos más hermosos que he visto en mi vida y desde ese instante quedé rendido ante ellos. Los tulipanes jaspeados simbolizan eso, mi dulce Kassy.

Si ahora me das la oportunidad, por fin te explicaré porqué aquel día te obsequié esa roca. Aunque debo decirte que la cicatriz que dejaste en mi cabeza la sigo llevando con mucho orgullo.

K.F

—¿Lo recuerdas? —Con una sonrisa el hombre vio los objetos sobre la mesa y luego a ella, esperando sus palabras.

—Lo recuerdo. —Sonrió Cassidy—. Aunque debo confesar que no sabía que tenía tan buena puntería. ¡Qué vergüenza!

—¡Afortunadamente! —ironizó el hombre divertido—. Veamos qué recuerdas.

—Que hacía poco nos conocíamos y tenías un estúpido amigo llamado Jack. Cuando vi la roca sobre la mesa del patio la tomé y él dijo con su horrible voz: «¡Mira lo que te trajo Kilian de Alberta!, como si necesitaras ayuda para recordarnos tu procedencia infernal con más azufre». Al acercarte y reír con él, no pude controlarme y te la lancé.

—¿Qué? ¡Maldito Jack! —dijo estallando de risa y palpando la cicatriz—. ¿Cómo se te ocurrió pensar que yo haría algo así? Fuimos de excursión a una compañía minera. Te la llevé, porque mientras nos explicaban que el azufre se usaba en multitud de procesos industriales, nos hicieron una demostración; acercaron fuego a una de las rocas y ardió con una llama azul muy peculiar. Algunas compañeras dijeron que se parecía al color de mis ojos y como el tonto que soy, pensé que te gustaría. Además, su nombre significa: roca que arde y admito que en ese momento me pareció perfecto, ya que definía lo que sentía por ti.

»Al regresar, ya no te encontrabas en casa y cuando llegaste al siguiente día, pasó lo de siempre; me puse nervioso y le pedí a Jack que te la diera por mí. Te vi con la roca y el estúpido me dijo que estabas feliz, por eso sonreí, pensando en obtener mi premio. Vi tu rostro lleno de furia me asusté, pero no llegué lejos. —Recordó sonriendo—. Al despertar, un rayo de sol daba directo en tus ojos. ¡Wow!, ese color entre amarillo y naranja no lo había visto jamás. Entonces, lo supe. Ya no tenía remedio, me habías hechizado.

—Me asusté mucho cuando te vi sangrando tendido en el pasto, pensé que te había matado —dijo apenada e ignorando sus últimas palabras.

—¿Por qué le creíste a Jack?

—Mejor dime, ¿por qué confiaste en él? Días antes se me declaró e intentó besarme a la fuerza. Como venganza, con Candace agitamos una soda y se la entregamos en la cafetería. Me odiaba y, ustedes eran amigos. No era descabellado pensar que estabas de su parte.

—Lo supe después, Candace me lo dijo. —Decidió volver al tema tomándole el rostro con una mano—. Entonces, ahora que escuchaste mi explicación, ¿la conservarás? La he guardado celosamente todos estos años.

—Claro, esto me recordará la buena puntería que tengo —manifestó esbozando una sonrisa.

—No, te recordará el día en que tus ojos me hicieron cautivo. —Se acercó para darle un beso, al fin, pero alguien lo interrumpió carraspeando a su lado.

Max lo miró divertido al impedir su jugada y se echó a reír cuando lo escuchó preguntar molesto:

—¿Qué quieres?

—Tranquilo —dijo alzando ambas manos—. Solamente salía de mi turno, te vi muy bien acompañado y quise saludar —explicó extendiendo su mano hacia Cassidy, quien con reserva devolvió el saludo.

—Maximilian North..., debo disculparme por mi actitud de hace unos días. —Le recordó al notar el recelo de la mujer—. Espero comprendas que a pesar de la costumbre por la profesión, no siempre podemos controlar nuestro temperamento al vernos involucrados en el ámbito personal.

—Kassidy Evans —respondió asintiendo un par de veces—. No te preocupes, no es para menos. Una situación de tal magnitud es difícil de manejar.

—¿Kassidy? Ahora te ves... diferente. ¿No me recuerdas? —La expresión de confusión de ella le dio la respuesta. Max sonrió—. Por un par de veranos te pedí que fueras mi novia y te negaste. Usabas unas coletas extrañas. —Al notar la cara roja de Kilian siguió—: Aunque me regalaste un delicioso beso que nunca olvidaré —dijo poniendo una mano sobre su pecho y suspiró exagerando.

Y lo más desconcertante para Kilian fue ver a Kassidy, que en lugar de insultarlo o golpearlo se echó a reír y le contestó juguetona:

—Si quieres te doy otro, para revivir el recuerdo.

—Pero, ¡¿qué diablos?! —refunfuñó Kilian ante tal ofrecimiento, viendo atónito como ella se ponía de pie y Max se inclinaba desde el otro lado de la mesa.

Kassidy abrazó el cuello de Max con sus delgados brazos ante la mirada enfurecida de Kilian. Ambos se vieron a los ojos sonrientes y lentamente ella se acercó al rostro de Max, lo acarició con una de sus manos, despacio y, le dio un suave beso en la mejilla.

—Están locos... casi me matan —masculló Kilian frotando su pecho con una mano y provocando que ambos rieran sin control.

Antes de que Max continuara con sus estúpidas bromas, Kilian decidió ponerse de pie y haló a Kassidy junto a él.

—¿Te quedas con Anna o te vas?

—Me quedo —aseguró Max, sereno, sin borrar su sonrisa del todo.

—Perfecto, nos vemos luego. —Estrechó la mano del médico obstaculizándole el paso a Kassidy para que se despidiera, pero ella era tan escurridiza, que giró sobre sí misma soltándose de su agarre y se despidió de Max con un abrazo, retando a Kilian con la mirada.

Ambos hombres sonrieron, dándose cuenta que esa no era de las chicas que permitiría que marcaran territorio sobre ella.

Kassidy soltó a Max dejando atrás a Kilian, llevaba una sonrisa en los labios que pronto desapareció. «¿Y ahora qué le pasa?, ¿por qué sonríe así? Creo que el golpe en la cabeza con esa roca, sí le afectó después de todo», pensó preocupada. Esperó algún tipo de escena de celos, que para su sorpresa nunca llegó.

—¿Dónde vamos? —indagó al verlo adelantársele por el pasillo.

Ella no obtuvo respuesta alguna, lo siguió al ascensor y luego hasta el estacionamiento. Notó que ya habían reparado el daño a la carrocería mientras le abría la puerta.

Él subió un momento después, encendió el *iPod* que estaba conectado al auto y se escuchó *Fly Away From Here* de *Aerosmith*, cuando la melodía avanzó, se acercó a su rostro acariciándolo y le indicó poner atención a una frase en especial:

*Maybe you and I
Could pack our bags and hit the sky
Then fly away from here...*

Kilian dejó finalizar la canción, apagó el aparato y de nuevo la contempló, sonrió un poco con un deje de tristeza.

—Kassy, cuento con muchas habilidades y la telepatía no creo que esté incluida. Háblame..., sé que no es sencillo lo que te pido, pero danos una oportunidad. La merecemos.

—Lo sé. —Ella quería decir más, mostrarse segura y tranquilizarlo, sin embargo, no disponía de las palabras que realmente los hicieran sentir mejor. Le conmovía la propuesta directa mediante la canción, era la misma que escuchaba continuamente desde su habitación cuando ella estaba a punto de irse a estudiar a la universidad y llegaba a su casa a pasar el rato y, hasta ahora entendía el mensaje. Irse juntos, era tentador.

—Hoy es sábado. —Kilian tomó el volante del auto para salir del hospital, sabiendo que el tema había llegado a su fin—. Vamos al apartamento de Candace.

—Pero Candace va a tu casa.

—Exacto —respondió travieso—. Llegaremos más tarde, Mary sabe que ayer me quedé aquí.

—Es mejor que nos vayamos a tu casa. Duermes un rato, mientras yo ayudo con la comida y me quedaré contigo esta noche.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Kilian jadeó imaginando semejante escenario. No sería capaz de aguantar tanto tiempo teniéndola tan cerca. La promesa implícita le emocionó y la risa de Cassidy lo sacó de sus pensamientos, pero no se atrevió a responder. Cualquier frase que pudiera salir de él en ese momento, evidenciaría las verdaderas intenciones que habitaban en su cabeza. Así que solo asintió repetidas veces, lo que provocó sonoras carcajadas en ambos.

Hablaron de los tranquilizadores resultados del laboratorio que recibieron esa semana por separado y de la fecha en que viajaría a México. Le confesó que podía decidir irse antes, pero esperaría un par de días más para corroborar cierta información y aprovecharía a que su hematoma pasara desapercibido. El clima en ese país le impedía cubrirse el cuello y no era la imagen que quería proyectar.

Kilian recordó lo que Luca le informó y, aunque Roger no podía haber sido el culpable de los últimos acontecimientos, ya encontraría la forma de cobrarle aquel ultraje contra su princesa.

Llegaron a casa de Kilian y al pasar por la puerta principal, Cassidy chocó con unas maletas enormes situadas a unos pasos de la entrada. Sintió el ambiente tenso, el rígido y veloz agarre en su cintura por parte de él impidió su caída y al notar que no aflojaba, levantó la vista en su dirección notando su ceño fruncido.

Sin darle tiempo a preguntar nada, una pelirroja despampanante se abalanzó sobre él ignorándola por completo, sujetando su rostro para besarlo y con el impulso, provocó que este la soltara sin remedio, haciéndolo retroceder un paso.

—Kill, mi cielo... —Saludó la mujer emocionada y al acercarse, Kilian giró el rostro. Su beso se estampó en su mejilla, haciéndola reír de manera escandalosa por la acción.

Kilian la tomó por los hombros alejándola de él para retomar sus pasos, alargó la mano hacia Cassidy aferrándose a su pequeña cintura y saludó con tono gélido al hombre que se encontraba de pie frente a ellos en el salón.

—Hola, padre.

Capítulo 17

En el salón se concentraba un ambiente denso. Los semblantes de los presentes mostraban incomodidad y disgusto por los visitantes. El silencio solo se vio interrumpido por las palabras del hombre mayor, de pie frente a Kilian.

—¡Vaya! Estamos mejorando. Ahora me llamas padre. —Se jactó antes de acercarse a él para saludarlo. Sin embargo, al notar su seriedad, detuvo su avance.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, hace unos días hablé con Preston y me ofrecí para darte la buena nueva.

—Ese no es un tema que quiera tratar en este momento y mucho menos contigo.

—Te aseguro que sí querrás... —dijo mientras observaba de reojo a Cassidy.

—No digas más. Sígueme —pidió soltando a Cassidy de su agarre y señalándole a Mary para que se quedara con ella.

Kassidy solo había visto a ese hombre una vez, pero recordaba a la perfección la disputa entre él y Mary para que Kilian regresara a su lado, poco después de perder a Agatha, su abuela.

Ambos se encaminaron a la biblioteca. Kilian cerró la puerta detrás de él y se sentó a observar los movimientos de aquel que no veía desde hace años, cuando su abuela falleció tras la depresión sufrida por la muerte de su esposo, Arthur, quien sí se comportó como un verdadero padre con él.

—Había olvidado el aspecto de este lugar y veo que lo mantienes muy bien —dijo sirviéndose un *whisky* con total comodidad, actitud que exasperó aún más a Kilian.

—¡Al grano, George! —exclamó perdiendo los estribos. No lo quería tocando las cosas de su familia, hablándole como si no tuviese nada que lamentar. Iba en serio cuando le dijo esa vez que no le importaba no volver a saber de él, ni de su dinero.

—Claro, hijo. Parece que después de semejante viaje, sigo sin tener permitido entablar una conversación cordial contigo —respondió mordaz, a lo que el muchacho ni siquiera reaccionó. Había pasado demasiado tiempo sin él para que ahora le afectaran sus palabras.

—Sigo sin entender que haces aquí. Si Preston te llamó, no es mi problema, yo no te necesito.

—Tengo vigilada a tu presa, muchacho. Deberías ser un poco más agradecido. —El mayor lo observó mientras se sentaba frente a él. Se había convertido en todo un hombre, incluso tenía su mismo timbre de voz.

—No quiero que tus sórdidos negocios nos involucren en nada turbio, George. Te lo advierto.

La carcajada de George Fox no se hizo esperar, se puso de pie para servirse otro trago y luego se acercó despacio al escritorio donde estaba sentado Kilian.

—Te aseguro que en este caso, mis influencias te serán muy ventajosas. Y en cuanto a lo otro, yo no fui el villano de la historia, Kilian. Si solo escucharas mi versión... —dijo bajando el tono a uno que al muchacho le pareció curiosamente atormentado.

—Eso ya no importa ahora. Dime a lo que has venido y lárgate. No te quiero en mi casa y a esa mujer tampoco. Sabes que Mary no la soporta —respondió molesto. «Si él fuera otro tipo de hombre, quizás le creería la actuación», pensó el muchacho.

—Importa, me has sentenciado de manera injusta.

—¿Por Dios, George! Olvídalo, ¿quieres?

—¿Olvidarlo? Por culpa de esa bruja te perdí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sin derramar, su voz se quebró al continuar—: Espero que mi historia no se repita en ti con esa chica en el hospital, sé lo que se siente.

—No, yo no la abandonaré —contestó con evidente reproche en la voz, sin querer ocultarlo.

—No sabes nada, Kilian. Tu madre me abandonó esa misma maldita noche. Huía de nuestro guardaespaldas junto a su amante cuando ocurrió. El niño que esperaba no era mío —culminó sentándose, sacó su pañuelo y secó las lágrimas de su rostro—. Ella era mi vida, hijo. Me sentí un estúpido después de correr desde el aeropuerto al hospital y descubrir la verdad. Incluso tus abuelos sabían sobre ese bastardo y los planes que tenían de fugarse. Lo confirmé en su sepelio. Te dejó abandonado en un convento y tuve que remover cielo y tierra para encontrarte, ella sabía que me hacía daño usándote. Edith nunca fue como sus padres.

Kilian no sabía qué contestar, jamás escuchó algo parecido. Comprendió al instante, que, si era cierto lo que ese hombre decía, no era una situación que a sus abuelos maternos los hiciera sentir orgullosos, por lo que tenía sentido mantenerla a resguardo. Ellos tampoco le hablaron mal sobre su padre, a pesar de todo lo que averiguó él solo acerca de la procedencia de su fortuna mal habida.

—¿Por qué me enviaste aquí? ¿Por qué no te hiciste cargo de mí? Solo era un niño, te necesitaba —reclamó, aunque no lo hacía con dolor. Él no se arrepentía de haber sido admitido en ese hogar.

—Primero, por imbécil. Mi orgullo de hombre estaba herido y debo confesar que no lo pensé en ese momento. Te pareces mucho a ella y no quería recordarla. Pero, sobre todo, lo hice por tu seguridad. No te obligaría a vivir una vida llena de riesgos como la mía. Tus abuelos te adoraron desde que te vieron por primera vez en el sepelio. Se me hizo práctico dejarte con alguien que te quisiera tanto o más que yo. Sabía que estarías bien y tuve razón —dijo señalándolo como si de un producto se tratara.

—Como sea —respondió Kilian hastiado del tema. Qué caso tenía remover todo aquello en ese momento—. ¿A qué presa te refieres?

—A la que está fastidiando a tu otra chica. —Sonrió, al distinguir molesto a su hijo por aquel comentario, pero eso también lo hacía sentir orgulloso. Ambas eran hermosas mujeres para alardear y eso lo hacía digno de su apellido—. Quizá tengas razón y debemos hablar en otro lugar o en otro momento —concluyó poniéndose de pie.

Se escucharon suaves golpes en la puerta que interrumpieron la respuesta de Kilian, así que permitió el avance de la persona que tocó para terminar con todo aquello lo antes posible. Una nerviosa Mary, abrió y anunció que el conductor de una limusina esperaba a George Fox afuera.

Su progenitor evitó su mirada igual que ella, gesto que no pasó inadvertido por él y menos con el balbuceo que acompañó sus próximas palabras.

—Bien, hijo. Digo, Kilian. Estaré, me hospedaré en el *Fairmont Château Laurier*. Solo... Bueno, estoy aquí solo por negocios, pero te espero o te llamo. No lo sé, como quieras manejarlo estará bien para mí —murmuró aún nervioso—. Estaremos en contacto. Señorita Baker... —Se inclinó cortés en dirección a la mujer, quien no tardó en sonrojarse de manera alarmante, mientras dejaba un sobre de papel en el escritorio y salía apresurado del lugar.

Kilian prefirió no pensar en esa extraña escena y decidió no salir, sabía el espectáculo que iba a montar la pelirroja que acompañaba a su padre. La preocupación se instaló en el centro de su pecho, su padre no iba a aparecerse frente a él si el asunto no fuese delicado o, mejor dicho, peligroso.

Por un instante se arrepintió de no haber tratado el tema de una vez, pero había programado pasar tiempo con su familia. Ya tenía muchos días lidiando con problemas y añoraba volver a disfrutar de la compañía de sus tres mujeres. Al menos por una tarde, que fuera como antes. Y para qué mentir, la propuesta de Cassidy lo alborotó mucho y no desaprovecharía semejante oportunidad.

Sin darse cuenta, Mary había desaparecido casi tan rápido como George, así que se dispuso a abrir el sobre. Este contenía fotografías de Roger en diferentes bares y una memoria externa. La conectó a la computadora y descubrió imágenes de documentos escaneados con transacciones de algunas propiedades, pagarés con su firma que lo convertían en deudor de sumas exorbitantes y archivos de video donde compartía mesa con mafiosos reconocidos en la ciudad. Después de un rato de revisarlos y enterarse del verdadero estilo de vida que él llevaba, decidió salir del despacho. Se juró protegerlas de cualquier locura que se le ocurriese a ese sujeto.

Como siempre, Candace estaba lo más lejos posible de la cocina viendo unas revistas de moda. Siguió el magnífico aroma de la comida, encontrando a las otras dos susurrando y riendo. Se llenó de satisfacción al verlas juntas. Cuánto anheló volver a sentir aquella plenitud. Tener a Cassidy de nuevo en su vida era lo mejor del mundo.

Se acercó lentamente a asaltar la comida servida sobre la mesada, cuando una veloz manotada le cortó el impulso asustándolo y perdiendo el botín.

—¡Kill, mi cielo! —Se burló Cassidy demasiado efusiva. Ese tono no lo engañaba, sus ojos lo calcinaron y el golpe recibido en su mano lo ratificó—. Eso no se hace.

—No pensarás que...

—¿No sabías que esa estúpida pelirroja salió con él también? —dijo Candace divertida entrando a la cocina y tomando victoriosamente un bocado de comida de uno de los recipientes—. Salieron en varias revistas juntos y era ella quien invitaba a los medios a sus «escapadas secretas». Candace hizo los gestos de sorpresa fingidos en los que la mujer solía aparecer en las revistas de chismes.

Kilian la miró enfadado. «¿Será posible que alguna vez se me conceda el deseo de enmudecer a mi irritante y entrometida amiga?», pensó mientras recordaba datos que la avergonzaran también, como la vez que la encontró saliendo de un baño de hombres con un señor pálido y ella creyó haberle provocado un preinfarto con su sensualidad.

—Lo supuse —respondió apaciblemente Cassidy.

Su respuesta lo dejó más nervioso aún. Prefería un millón de veces discutir en lugar de esa sosegada y aterradora serenidad. Mary y Candace salieron de la cocina dejándolos solos.

Kassidy se acercó a él viéndolo directo a los ojos, y al encontrarse tan cerca que sus respiraciones chocaron entre sí, lo haló del cuello hasta su baja estatura y lo besó apasionadamente, introduciendo su lengua suave, aunque imponente. Adueniéndose del momento y haciéndolo estremecerse y endurecerse de manera inimaginable. Él intentó tomarla en sus brazos, pero ella se separó de inmediato dejándolo casi sin aliento.

Kassidy se volteó y siguió preparando la comida, serena, como si nada hubiese pasado en ese momento. Ignorándolo por completo.

Kilian no sabía cómo reaccionar, sintió la necesidad de reírse, de ir tras ella y devolverle el gesto, aunque, la verdad, era que lo embargaba una sensación de incredulidad, era como si hubiese sido marcado. Ninguna mujer había reaccionado así con él en una situación similar. Estaba acostumbrado a las escenas de celos; discusiones, reclamos, llanto... pero a eso no. Aquello lo dejó boquiabierto, cautivado.

Esperó de pie, a sus espaldas, viéndola moverse de un lado a otro en la cocina. Su imaginación

voló de tal manera que se vio a sí mismo, con ella y uno, dos o tres niños corriendo a su alrededor. «Kilian, ponle freno a tu cabeza», se dijo, consciente de que eso no sucedería pronto debido a su actual situación, pero mentiría si decía que no le emocionaba pensar en tenerla a diario solo para él.

Tuvo que acariciarse sobre la tela del pantalón, dolorido por la reacción de su cuerpo y era mejor salir de allí de inmediato, porque si Candace descubría su estado, seguro lo gritaría a los cuatro vientos. Una mano se agitaba frente a su rostro haciéndolo reaccionar.

—Oye, ¿dónde te fuiste? Ayúdame a llevar esto al comedor —pidió Kassidy extendiéndole un recipiente lleno de comida—. Pero antes, ve al baño y soluciona eso —dijo riéndose viendo su pantalón abultado sin reparos y salió de la cocina.

—Ayúdame a solucionarlo —invitó sonriendo con picardía, pero la ceja arqueada que le dedicó lo empujó a arrastrar sus pies hacia el baño.

Los cuatro comieron juntos, disfrutando de un par de horas entre bromas y recordando anécdotas vergonzosas de cada uno. El postre fue degustado entre risas y después de un rato, Candace se despidió de ellos. Tenía un compromiso y se le hacía tarde. Mary se unió a la chica ofreciéndose ir al hospital y Kassidy no dudó en entregarle sus llaves, para que al regresar, viniera en su auto que había dejado allá. Así ella podía volver al apartamento sola al siguiente día.

Las dos mujeres salieron divertidas lanzándose miradas cómplices hacia el auto de Candace. Cuando la puerta se cerró, Kilian intentó lanzarse sobre Kassidy.

Con agilidad, ella lo esquivó, poniéndose de pie y proponiéndole mirar una película. Lo único que él quería en ese momento era verla bajo su cuerpo, pero tuvo que contenerse y cedió a cuanto idea se le ocurrió. Hasta jugaron una partida de *Scrabble*, después de ayudarle a preparar unas galletas de chocolate. Estaba resignado a no obtener nada ese día, aunque debía admitir haberse divertido con su compañía. Afuera empezaba a oscurecer y sabía que si Mary llegaba, las probabilidades de hacerla suya, disminuirían a cero.

Se sentó en la base de las gradas, observando a Kassidy ordenar un poco el salón. Él ya había terminado su parte en la cocina. Cuando no hubo otra tarea por realizar, ella caminó en su dirección y pasó por su lado subiendo los escalones.

—Vamos, cielo. —Hizo énfasis en la segunda palabra, arqueando una ceja mientras hablaba sin detenerse—. Es hora de recibir tu premio. Has sido un chico muy bueno el día de hoy.

Las alertas despertaron dentro de Kilian, poniéndose de pie en el acto. Al notar su reacción, Kassidy gritó nerviosas y salió corriendo por el pasillo divertida. Fue tras ella, aunque le dio unos momentos de ventaja antes de entrar a su habitación, buscándola. No la veía por ningún lado.

Cerró la puerta tras él y escuchó una risita proveniente del baño. Recordó fascinado que nunca fue buena jugando a las escondidas, los nervios la delataban con un ataque incontrolable de risa y era la primera en ser encontrada.

Cuando se disponía a ir por ella, apareció en el umbral de la puerta del baño, vestida simplemente con una camiseta suya de color negro que llegaba a los muslos. Las pocas luces que quedaban del día iluminaron su silueta de forma tan sutil que sintió el deseo de plasmar esa imagen para siempre. Su respiración se aceleró y ella se acercó despacio, caminando a su alrededor sin decir nada, sin sonreír. Su mirada era tan profunda que eso bastó para ponerlo agitado, indicó con un dedo la ropa que debía salir de su cuerpo y él obedeció veloz. Al no haber más por retirar, hizo lo mismo con su prenda, le tomó la mano y lo llevó hacia la ducha.

Él seguía sus gestos, las palabras no eran necesarias. Ella llenó una esponja con su gel de baño y giró su índice en el aire haciendo que volteara, la deslizó de manera acompasada por cada

espacio del fibroso cuerpo, provocándole suspiros y jadeos inevitables. Aclaró la espuma con agua tibia e hizo que le devolviera las atenciones. Entre caricias y besos subían escalón a escalón hacia la cúspide del placer. Cerró la llave y la vio ponerse de rodillas. Un gemido salió de la boca de Kilian al sentir su aliento tibio sobre la piel.

—No, Kassy, si haces eso no resistiré. Te lo ruego —suplicó, logrando ponerla de pie.

—Calla, no acabes con la diversión antes de tiempo. Relájate. —Ella se acercó a su pecho e inició el camino anterior con más calma. Labios, dientes, lengua, él no sabía qué seguía. Lo tenía perdido en ese torrente de sensaciones, jadeando como un desquiciado y volviéndose loco de placer, ella era tan ardiente.

Cada punto palpado era como si cobrase vida por sí mismo, provocando un hormigueo, una especie de calambre con esa pequeña boca, esa lengua, sus delicadas manos formando ese contacto húmedo, continuo. Deliciosas caricias que lo llevaban del cielo al infierno con ese movimiento de vaivén, esos ojos ámbar sobre sus azules. Sus suaves y eróticos gemidos eran un manjar para su deleite hasta que no pudo contenerse más, se descargó después de susurrar su nombre, extenuado.

—Mi dulce luna, eres mi sueño hecho realidad. El motor que hace girar mi mundo —susurró suavemente, sintiendo su miembro palpar todavía en su boca.

La llevó a la cama en sus brazos y le devolvió las atenciones con creces, logrando la misma reacción en ella, quien se durmió casi al instante después de sucumbir al éxtasis provocado. El desvelo continuo en Kilian cobró su cuenta y se quedó profundamente dormido, con la mujer de su vida amoldada sobre su pecho.

Kilian no supo cuánto tiempo había pasado cuando un incesante zumbido lo despertó. Al abrir los ojos, se encontró solo en la cama. La buscó con la mirada y no dio con ella, así que se movió hasta el teléfono para responder. Vio la pantalla extrañado al identificar quien lo llamaba.

—¿Mary? ¿Dónde estás?

—El señor... ¿Kilian Fox?

—¿Quién es? ¿Por qué me llama de ese móvil? —interrogó perturbado y moviéndose rápidamente buscando qué ponerse. Tuvo un horrible presentimiento.

—La dueña del aparato tuvo un accidente en el auto que conducía. Mi esposa y yo la auxiliamos y ahora mismo está siendo trasladada al Hospital Montfort. De hecho, ocurrió cerca de allí. Estaba consciente cuando se la llevó la ambulancia y nos pidió que le llamáramos.

—Gracias, voy para allá —dijo con un nudo en la garganta, conteniendo las lágrimas e intentando tranquilizarse, salió corriendo de la casa a medio vestir, con los zapatos en la mano. Intentó comunicarse con las chicas, pero ninguna respondía.

—¡Maldita sea! Dios, ¿hasta cuándo? —gritó golpeando el volante y saliendo hacia el hospital desesperado y lleno de angustia.

Capítulo 18

Kassidy se hallaba en la cocina con una taza de té en la mano. El ruido en las gradas le tomó por sorpresa y, vio correr a Kilian fuera de la casa hecho una tromba humana. Sintió que su corazón se partía en dos al escuchar su auto alejándose de la propiedad quemando llantas.

Hacia un rato había bajado para tranquilizarse, conteniéndose las ganas de no despertarlo de la manera más dolorosa y menos ortodoxa posible. «Somos adultos, debemos aclarar esto conversando y siendo sinceros», concluyó, intentando convencerse, sin lograrlo del todo. Ya tenía cerca de una hora dándole vueltas al asunto y el infeliz de Kilian seguía durmiendo como un bebé.

Cerró sus ojos y vino a ella esa imagen de hace un rato a atormentarla de nuevo. Estaba felizmente dormida entre sus fuertes brazos, después de haber compartido con él su pasión desbordada cuando el móvil de Kilian empezó a vibrar sin descanso sobre la mesa. Al verlo dormir tan profundamente decidió acercárselo y despertarlo por si era algo urgente, al menos eso parecía dada la insistencia. Al tomarlo, notó que el mismo número había hecho varias llamadas y lo último fue un mensaje notificando una fotografía. La curiosidad y el temor de revivir aquel episodio del pasado la superaron y lo abrió encontrándose justo con lo que más temía: la insoportable pelirroja de esa mañana, desnuda frente a un espejo con el teléfono en la mano y citándolo para «recordar viejos tiempos».

Sabía que actuó mal al revisar sus mensajes. «Quien busca, encuentra, ¿no?», se reprochó y ahora ya era muy tarde para arrepentirse. Estaba consciente de que hasta el momento no le habían puesto etiquetas a lo suyo, pero de eso a que saliera como un loco justo después de haber dormido con ella, era demasiado.

La salida precipitada de Kilian le confirmaba su decisión. Se sintió utilizada, humillada y traicionada. Su pecho se agitó impidiéndole respirar bien, parecía que algo la desgarraba por dentro. Recordó con resquemor aquella primera vez a su lado, siete años atrás, cuando despertó por culpa de su móvil con un mensaje de voz de una tal July, rogándole que acudiera a ella a «apagar el fuego de su cuerpo», lo esperaba en Ottawa, ansiosa porque cumpliera con su promesa de saciarla.

Por eso se fue de su lado esa mañana. Comprendió que Kilian tenía una vida lejos y una niña inexperta e indecisa como ella, no lo haría cambiar de rumbo. Sus palabras de la noche anterior habían sido solo eso, palabras. Las creyó porque provenían del hombre del que se enamoró perdidamente desde que era una chiquilla, pero se convenció de que todo eso era una ilusión.

Cuando Kassidy la vio en la casa junto al padre de Kilian esa mañana, la reconoció de inmediato como la tipa de las fotografías que Candace le había hecho llegar al mencionar su nombre en una conversación. La famosa irlandesa, última conquista de su amigo al regresar de Ontario. Se sintió tan estúpida al revivir la misma maldita escena con la misma mujer de años atrás, que quiso golpearse.

La frase del señor Fox indudablemente dirigida a ella la había dejado intranquila. Kilian no quiso hablar del asunto y decidió no incomodarlo con preguntas en ese momento. Sin duda alguna, ahora se arrepentía de ello, quizá se hubiera evitado esta penosa situación.

Intentó llamar a Mary para saber a qué hora regresaría y se fijó en una llamada perdida de Kilian. «Cínico, ¿cómo es posible que padre e hijo compartieran a la misma mujer sin reparos?, ¿qué tipo de hombres son?», pensó con asco. Tenía que volver al apartamento de su amiga, no estaba dispuesta a esperarlo hasta que se dignara a regresar, si es que lo hacía, después de verse con esa mujer.

El teléfono de Mary la enviaba al buzón. Se sentó por una hora más, esperándola y al considerar que no regresaría, decidió pedir un taxi. Iba a marcar, cuando una llamada le cortó el impulso; era Candace y lloraba desconsolada.

—Candace, no entiendo lo que dices. Cálmate —pidió Kassidy preocupada, con la cabeza trabajando a mil por hora imaginando cualquier cantidad de cosas terribles—. ¿Dónde estás?

—Es que yo... no sé..., Kass... En el *Montfort*. —Fue lo único que comprendió entre los sollozos e hipidos de su amiga.

—¿Por qué estás allí? ¿Te pasó algo? ¿Es Anna? —dijo corriendo hacia el teléfono fijo de la casa y marcando el número del servicio de taxis. Le fue posible darle la dirección a la operadora mientras su amiga no paraba de balbucear y lamentarse con frases sin sentido.

—¡Kassidy Evans! Mueve tu trasero inmediatamente —gritó Josh del otro lado, fuera de sí—. Candace se desmayó, ¿puedes creerlo? Lo siento, no sabemos dónde demonios estás y yo no puedo con esta mujer. Te necesito, porque si sigue así, no me quedará más remedio que abofetearla. —La voz de su amigo conmocionado la alarmó sobremanera, pues no tenían razón para estar juntos—. Mary tuvo un accidente saliendo del hospital en tu auto. Ven pronto —dijo terminando la llamada y dejándola petrificada con aquellas palabras.

Después de un momento reaccionó corriendo escaleras arriba para tomar los zapatos y el bolso que había dejado en la habitación. Cientos de momentos compartidos con la única mujer que se comportó siempre como una madre con ella, cruzaron por su cabeza y su angustia incrementó vertiginosamente. Se precipitó cerrando de un portazo y saliendo a la calle a esperar el taxi.

Los nervios la hicieron caminar sin darse cuenta del tiempo, hasta que el sonido incesante de una bocina la sorprendió. Giró para mirar con curiosidad al conductor que salía del auto un tanto indeciso. Este le dio la dirección de la casa y su destino para confirmar si ella era su cliente. Kassidy asintió y se apresuró a entrar, pidiendo que la llevara lo más rápido posible.

El trayecto se hacía interminable y el hombre no dejaba de observarla por el retrovisor, hasta que preguntó inquieto:

—¿Se encuentra bien, señorita? Ya estamos cerca. —La miró una vez más y al no obtener respuesta agregó—: Lo lamento si le parezco entrometido, pero me está preocupando.

Tal declaración la hizo sonreír un poco.

—Lo siento, debí haber contestado. Es solo que los nervios no me lo permiten. Es mi madre, bueno la que me ha querido como tal y creo que tuvo un accidente por mi culpa.

—Estará bien, ya lo verá —dijo el hombre para tranquilizarla.

Kassidy no fue capaz de responder, solo asintió repetidas veces tratando de alejar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No podía perderla..., a ella no. Sin percatarse del todo ya estaba frente a una enfermera que la veía a ella y a alguien a su lado con una mirada interrogante.

—Señorita, ¿cómo se llama su madre? —repitió el hombre del taxi por tercera vez, captando por fin su atención al tomarla de los hombros.

—Mary, Mary Baker —respondió viendo extrañada al hombre que repetía tranquilamente los datos a la enfermera que tenían enfrente. Esta le respondió coqueta indicándole algo y él la sorprendió cuando la tomó de la mano, halándola a su lado.

—Lo lamento de nuevo. La vi mal y como no reaccionaba, me atreví a acompañarla. Mi nombre

es David. —Se disculpó ofreciéndole una linda sonrisa, era algo joven, alto, corpulento, rubio y de unos ojos verdes bastante particulares, pues parecía irradiar luz con ellos.

—Gracias, David. Soy Cassidy, lamento haberme comportado así. —Cuando se dispuso a estrecharle la mano, se dio cuenta de que él aún no la había soltado y por extraño que pareciese, se sintió apoyada y no se liberó. Avanzó junto a él hasta el ascensor, subiendo con un par de personas más.

Las puertas abrieron y salieron del mismo hacia la sala de espera que les habían indicado. La imagen que la recibió, provocó que el agarre a la mano del muchacho se intensificara y él en lugar de soltarla, giró a medias frente a ella y pasó el brazo por su hombro acercándola más a él en un gesto de protección.

—¿David? —Josh miró confundido a su vecino y se acercó a Cassidy rápidamente, tomándola por los hombros y casi arrancándosela al muchacho para abrazarla—. ¿Qué pasa contigo, mujer? Parece que quieres que Kilian termine de volverse loco —susurró en su oreja.

La tenía sujeta con tanta fuerza que Cassidy se quejó y afortunadamente el cuerpo de su amigo la cubría. Porque si seguía viendo en la otra dirección, no le habría importado pasar sobre cualquiera para sacarle los ojos a Kilian o a su acompañante.

Josh la soltó al escuchar el lamento y se dirigió hacia David tomándolo del brazo y halándolo junto a él para sacarlo de allí, acción que hubiese sido imposible de no haber tenido la colaboración del chico después de susurrarle algo. Mover a semejante hombre a la fuerza era impensable si se comparaba con su amigo.

David se despidió de Cassidy agitando su mano y esta imitó el gesto. Sintió a alguien tomando su brazo con fuerza de nuevo desde atrás y cómo deseaba que fuera él para darle su merecido. Sin embargo, era Candace, quien se lanzó sobre ella abrazándola.

—¿Dónde está, Candy? —preguntó Cassidy, pero al estudiar la mirada de la rubia, su preocupación se desvaneció en un instante. Ahora estaba sonriente y moviendo sus cejas sin soltarla del todo.

—Ven, cariño. Vamos a verla. Mary está bien, solo un poco magullada. Debe quedarse para observación, pero le darán de alta mañana. Aquí se montó todo un espectáculo y te lo perdiste. Imagínate que tuvieron que darle un tranquilizante a Kilian, ni conmigo hicieron eso. —Su amiga la abrazó por un hombro y la hizo caminar junto a ella en dirección a las habitaciones.

—Espera, solo quiero hablar con el miserable de Kilian.

—No, claro que no —dijo frenándola y sonriendo malévolamente—. Tú no lo viste temblar de la furia cuando te vio con el rubio. Fue divertido. Por cierto, debes presentármelo porque está hecho todo un manjar.

Kassidy no pudo evitar deleitarse junto a su amiga. «Un poco de su propia medicina no le viene mal», pensó al mirarlo sentado, viéndola fijamente con el ceño fruncido y los brazos cruzados al frente. Al lado tenía a la sabandija pelirroja de July prendida a su hombro como lapa y al otro, a su padre, que se veía preocupado y ensimismado.

Lo vio ponerse de pie, pero el mayor lo detuvo al hablarle y se quedó inmóvil. Entonces, ella aceleró el paso igual que Candace.

—¿No me vas a decir qué...? —Kassidy se detuvo al encontrar un enorme hombre vestido de negro junto a la puerta a la que se acercaban, se veía intimidante.

—Hola, Igor —saludó Candace osada, por lo que Cassidy le dio un codazo mal disimulado. Su amiga no tenía control alguno, cómo podía coquetear en un momento como ese. El hombre asintió en su dirección, aunque en lugar de contestar, le guiñó un ojo divertido y volvió a su pose seria de antes.

—¿Preston? —Kassidy entró a la habitación mirando con recelo al detective. Su confusión mutó a nerviosismo, a pesar de observar a Mary sentada en la cama del hospital con una pequeña sonrisa y su cabeza vendada.

Se movió hacia ella, envolviéndola en sus delgados brazos con fuerza, como si no quisiera alejarse jamás. Hacía mucho no sentía esa terrible emoción perturbadora de desolación y abandono, así que no pudo detener el llanto. Escuchó al hombre a su espalda salir de la habitación y percibió que Candace se unía al abrazo y a su aflicción, porque lloraba tanto o más que ella.

—Te odio, Kass. Me hiciste llorar y ahora me voy a inflamar y ya no podré seducir a Igor —se quejó su amiga, haciéndolas reír.

—Mary, cuéntame lo que pasó —rogó Kassidy aún con lágrimas bañando su rostro.

—Mi niña, tranquila. ¿No ves que estoy bien? —dijo dulcemente, acariciando su cabello y luego secó su cara.

—Es que no entiendo.

—Kassy, el accidente fue provocado —respondió Kilian entrando a la habitación con un semblante sombrío—. La manguera del freno fue cortada y de acuerdo con uno de mis mejores técnicos que trabaja junto a la policía en estos momentos, rompieron varias piezas más. Afortunadamente, si es apropiado decirlo, Mary no conduce a gran velocidad, de lo contrario...

—Lo siento —respondió Kassidy agobiada—. Sé que es mi culpa, debí alejarme, yo lo temía...

—Basta, Kassy. —Kilian estaba exhausto—. Esto no es tu culpa, es la de un loco al que pronto encontraré. Necesito que las tres me escuchen con atención. A partir de este momento, se hará lo que les diga por el bienestar de todos. Se acabó el mal hábito de desaparecer sin avisar, ¿estamos?

—¡Y mira quién lo dice! —Saltó Kassidy sin poderse contener de reclamarle. Quería golpearlo por caradura.

—Kassy, tú y yo tenemos que hablar. Justo ahora es imposible, pero te ruego que en este momento me escuches, sin discutir. Igor pertenece al equipo de seguridad de mi padre y se quedará esta noche velando por Mary.

—Yo quería quedarme —Candace usó un tono de niña reprendida que hizo resoplar a Kilian.

—Si quieres, puedes regresar. Ahora necesito que vayas con Kassy por sus cosas. Irán con Josh, acompañados de un par de hombres más y se quedarán en mi casa. Yo debo ir con Preston a realizar unas diligencias.

—Kilian, entiendo que esto es peligroso, pero...

—Pero nada, Kassy. El objetivo eras tú, ¿entiendes eso? Tenemos que ponerte en un lugar seguro. Debo decirles que forzaron la puerta de su apartamento —dijo señalándolas—. Aparentemente, no se llevaron nada. Sigán las instrucciones de los hombres que las acompañarán, yo me mantendré en contacto. Por lo que más quieran, ni se les ocurra hacerme una de sus típicas escenas de súper mujeres, porque no estoy para lidiar con ello en este momento.

Giró hacia la puerta de la habitación y se detuvo de golpe ante la mirada expectante de las mujeres. Volteó una vez más y en una zancada se acercó a Kassidy, tomándola del brazo firmemente y la haló hasta el baño, encerrándose con ella.

Ella se soltó del agarre y sin que Kilian se lo esperara, le golpeó la entrepierna con la rodilla, haciéndolo quejarse adolorido con un fuerte gruñido.

—¿Qué diablos pasa contigo, Kilian? Te vas con la estúpida pelirroja justo después de estar conmigo. ¿A qué pretendes jugar ahora?

—Estás... loca, mujer... —Jadeó, intentando recobrar su postura, pero le fue imposible. Se sentó en el piso, obstaculizando la puerta mientras tomaba aire—. Te fuiste antes que yo y quedé

como estúpido, llamándote a tu móvil y tú sin responder. Aquí la que juega es otra.

—¿Eres estúpido? ¿Te estás medicando? —preguntó conteniendo la risa al verlo en el suelo con el rostro descompuesto y lamentándose—. Bajaste corriendo con los zapatos en la mano... Además, vi la fotografía que te envió esa fulana.

La risa de Kilian la descolocó y se molestó tanto que intentó abrir la puerta halándola y moverlo a él de su sitio, sin lograr éxito alguno. Si tenía que darle un puntapié, lo haría sin pena alguna. No le gustaba que le tocaran los ovarios burlándose de ella.

—Mi celosa luna —dijo riéndose apenas debido al intenso dolor—. No te das cuenta de lo estúpidos que somos. Al despertar no te vi por ningún lado y pensé que me habías abandonado, de nuevo. Corrí cuando me llamaron avisándome sobre el accidente. Mi padre y su acompañante llegaron un poco antes que yo.

»Lo que no tengo claro, es quién es el tipo con el que venías —dijo serio y poniéndose de pie frente a ella con un poco de esfuerzo—. Josh me dijo que era un amigo suyo, pero sé que él iría al infierno por ti, así que su palabra no es nada confiable para mí.

—Tienes razón —dijo acercándosele, provocando que él hiciera lo mismo, lo tomó de la chaqueta de cuero y lo llevó a apoyarse en el lavabo logrando en él esa sensual sonrisa que poseía. Cuando iba a rodearla de la cintura, ella giró hacia la puerta y salió rápidamente añadiendo—; Josh es un gran amigo. Hablamos luego.

Kilian salió del baño sonriendo y viendo divertido como Cassidy se acomodaba en un sillón de la habitación. Se acercó a ella, la tomó del rostro con ambas manos y se apoderó de sus labios de tal forma que la dejó con dificultad al respirar.

—Princesa, tienen una hora más para acompañar a Mary. Después, vendrán por ustedes para trasladar lo necesario —dijo guiñándole un ojo para luego despedirse de las otras mujeres. Se detuvo en la puerta y antes de salir exclamó sonriente—: Te veo en casa, cariño.

Capítulo 19

Kilian salió de la habitación y de inmediato cambió su expresión, borró su sonrisa y sintió que la tensión volvía a su cuerpo. Tenía que reiterarle sobre las medidas de seguridad al hombre que estaba en la entrada del pasillo, aun sabiendo que no era necesario. Pero el hacerlo, le brindaba un poco del control y tranquilidad perdida en su vida últimamente.

Cuando dio un par de pasos por el pasillo, un enfermero chocó con fuerza su hombro. Kilian era de contextura delgada, con un cuerpo sólido, lo que impidió que se moviera, sin embargo, el otro retrocedió un poco debido al impacto. El uniformado ni siquiera se disculpó y continuó caminando, casi ocultando su rostro. Actitud que llamó su atención y volteó con curiosidad por su reacción, pero el hombre ya había desaparecido.

Kilian retomó su camino, pensando si fue él quien no se fijó por dónde iba y que debió pedir disculpas. Al llegar a la sala de espera, su padre y el detective lo esperaban junto a tres hombres más. Seguía molesto con George por la escena de sobreprotección que montó sobre Mary hacía un rato y no esperaba la discusión que se desencadenó. Ya no tenía paciencia para lidiar con él, pero las respuestas que necesitaba solo él podía proporcionárselas.

El detective Preston se puso de pie a su lado seguido de su padre, quien hizo un gesto a los hombres y estos se dispersaron quedando solamente uno a sus espaldas.

—Kilian, se quedarán dos hombres más aquí. No te preocupes, ahora estarán a salvo. Andando.

Sus palabras fueron como ácido sobre una herida. No contestó, de hecho, debía reconocer que fue incapaz de protegerlas y si para hacerlo de forma eficiente, tenía que aceptar la ayuda de ese hombre... lo haría, sin pensarlo más de lo necesario.

Salieron hacia el estacionamiento del hospital y cuando Kilian se dirigía a su auto, su padre lo detuvo, colocando una mano sobre su hombro. Se sintió incómodo ante el contacto y volteó con curiosidad. Le señaló una limusina y no pudo hacer otra cosa más que reír.

—Solo a ti se te ocurre movilizarte de esa forma. Estás loco. ¿Esa es tu manera de pasar desapercibido?

—Déjame en paz, niño. Cuando me avisaron lo que sucedía ya estaba en ella y no quería perder tiempo.

Los hombres subieron al vehículo y una vez dentro, Preston tomó una portátil. Tecléo por un par de minutos y luego giró el aparato hacia ellos, mostrándoles varias fotografías.

—Kilian, uno de tus técnicos me informó que rompieron un tornillo en el brazo inferior de la suspensión delantera. Esto provocó movimientos extraños en la dirección, afectando al control del vehículo e incrementando así el riesgo de un accidente. Como verán, se están haciendo las investigaciones. Saltando un sinfín de protocolos para obtener respuestas casi inmediatas.

—Es lo menos que puedes hacer, Preston —gruñó George molesto, sorprendiendo a los otros dos.

Kilian observó con curiosidad el camino que tomaron. Se dirigían a una zona donde se construían depósitos de almacenaje.

—Tengo en mi poder a uno de los pequeños imbéciles que están fastidiando a tu chica. Solo

dime qué quieres que haga con él y dalo por hecho. No es necesario que bajes con nosotros. —Al sentirse observado, George Fox se aclaró la garganta y claramente incómodo señaló un enorme edificio con el rótulo de renta a lo lejos—. Es allí.

—Solo quiero saber la razón y que se aleje. —Kilian conocía por los relatos de Preston los alcances de las palabras de su padre, por lo que se cuidó de emplear cualquier indicación sobre una acción que lo perjudicara más adelante. Aunque siendo sincero, cómo deseaba tener cerca al malnacido que les estaba ocasionando tantos problemas.

—La razón es simple, hijo. Dinero. Ese chiquillo; Cole, debe una fuerte cantidad a gente con la que no se juega —dijo George.

—¿Y qué tiene que ver Cassidy en todo esto?

—Lo sabremos en un momento —respondió Preston.

Se detuvieron en el desolado estacionamiento. Un auto sencillo y anticuado se encontraba en uno de los espacios. Bajaron y, uno de los hombres que los acompañaba los guio hacia una estructura metálica enorme, junto al imponente edificio. Dio un par de golpes contra una puerta también de metal e hizo una señal para que esperaran. Él entró primero, segundos después les indicó con un gesto que avanzaran al interior. Kilian vio con curiosidad el almacén sobre sus cabezas y la sonrisa petulante de su padre provocó que lo mirara con recelo.

—¡Oh, no te preocupes, chico! Este es un almacén desmontable, mañana no existirá. —Agitó su mano, restándole importancia al asunto.

Los hombres a su alrededor sonrieron cómplices, como si aquello fuese algo cotidiano para ellos. Por un momento, pensó en qué tipo de hombre se habría convertido de haber crecido bajo la guía de su padre. Removió la cabeza para dejar esas locas ideas. Estaba orgulloso de lo que su abuelo le había inculcado y lo logrado por esfuerzo propio.

A un par de metros, tenían a un hombre sentado en una silla, bastante inquieto. Kilian esperaba verlo golpeado, sangrando, gritando, siquiera atado, pero nada de eso ocurría. Su turbación fue interrumpida por la voz de su padre que no pudo soportar mofarse un poco de él.

—¡Oye!, ¿quién te crees que soy? Él ha sido un buen chico y solamente necesito información... Créeme, si necesitara algo más y se hubiera negado, sería otra la escena. —Se acercó al muchacho que sudaba a chorros pese al frío y le dio un par de palmadas en el hombro—. ¿Ya encontraron a nuestro invitado de honor?

El teléfono de George timbró. Respondía con monosílabos y miró a Kilian de soslayo un par de veces, lo que ocasionó que se tensara de inmediato y un fuerte escalofrío recorrió su espalda.

—¡Dilo de una vez, maldición! —exigió el joven perdiendo la calma y dirigiéndose a la salida rápidamente.

—Estaba en el hospital —dijo George llegando a su lado.

Kilian recordó la escena del pasillo y no pudo evitar lanzar un grito gutural, lleno de frustración y disgusto contra sí mismo por no haberse percatado.

Subieron al auto hacia el hospital, mientras su padre seguía al teléfono, vociferando fuera de control antes de colgar.

—Antes de atacar, fue descubierto por uno de mis hombres. El problema está en que al inútil se le escapó. Estuvieron a punto de volverlo a atrapar en el estacionamiento, pero un auto les cerró el paso y se lo llevaron —explicó su padre.

El teléfono de Preston timbró y los dos hombres vieron expectantes cada gesto, cada palabra y al notar su mandíbula tensa supieron que algo andaba muy mal.

—Encontraron al chico con una bala en la sien frente al edificio donde vivía la señorita Evans. Ya tienen acordonado el lugar.

Cada segundo en ese auto lo desesperaba más. Quería ver a su familia y comprobar que estuvieran bien, que nada ni nadie las hubiese dañado. De pronto, se dio cuenta de que no sabía dónde estaban las chicas y empezó a moverse incómodo buscando el teléfono dentro de su abrigo. Lo encontró al fin en una bolsa del pantalón y vio con temor las notificaciones, ninguna era de ellas. Marcó el número de Kassidy y lo envió al buzón de voz, intentó con Candace y después de unos momentos, escuchó su voz.

—Kilian, debiste haber estado aquí. Fue como estar en una película de acción con hombres *sexys* protegiéndote —dijo Candace emocionada, haciéndolo sonreír y respirar de nuevo. Agradecido porque no hubiese ocurrido nada malo con ellas.

—¿Están bien? Comunícame con Kassy, por favor. No atiende el teléfono.

—Todo bien. Vamos de camino al apartamento con Josh y los hombres de tu padre. Ella atiende una llamada, cuando termine, le diré que te llame.

—¿Sabes con quién habla? —preguntó nervioso.

—No lo sé, pero escuché que le llamó «cielo» —murmuró provocando que a él se le comprimiera el estómago al recordar la pequeña discusión que habían tenido en el baño—. ¿Kilian?

—¿Qué? —respondió con amargura.

—Estoy bromeando. Habla con su jefe. —La risita de burla de Candace lo hizo sentir como el mismo adolescente ingenuo que caía sin cesar en sus bromas pesadas.

—No es el momento, Candy. Dile que me llame.

—No seas amargado. No te preocupes, se lo diré. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Te ama.

Eso lo hizo sonreír un poco al notar que ella terminó la llamada. No obstante, no sabía porqué seguía con esa opresión en el pecho. Quería mirar a Mary con sus propios ojos.

Al llegar al estacionamiento del hospital, Preston tomó su auto y se dirigió a la escena del crimen. Kilian subió junto a su padre y a sus hombres que los esperaban en la entrada. Uno de ellos llevaba una herida en el rostro y aunque no era de gravedad, indicaba que el otro hombre representó un serio peligro para ellas. No pudo evitar sentirse culpable. Si solo lo hubiese seguido cuando llamó su atención...

Las puertas se abrieron y George se apresuró al pasillo de las habitaciones. Se paró frente a Igor y lo empujó con tal fuerza que lo hizo chocar con la pared a su espalda. A Kilian le resultó curioso la expresión de temor reflejada en la mirada del hombre que los doblaba en corpulencia y aún más, lo sorprendieron sus palabras.

—Señor, lo lamento... Le juro que nunca se encontraron en peligro. Lo redujimos mucho antes de tener contacto con ellas. No las vio siquiera. Señor, sabe que yo no fallo... por favor.

—¡Cállate! Luego disciplinaremos tu error, Igor.

Igor asintió bajando la mirada y su padre cambió rápidamente su expresión a una que Kilian no pudo descifrar en su momento. Observó su sigilo al entrar y al verla leyendo sobre la cama del hospital, George esbozó una tímida sonrisa.

El joven se sintió fuera de lugar, como si no tuviese el derecho de observar aquella escena. La mujer que lo educó casi toda su vida, la complementaba al sonrojarse cual adolescente y fue allí, que comprendió lo que sucedía. No podía determinar con precisión lo que sentía. Por un lado, estaba feliz al ver a su nana así, pero al relacionar ese sentimiento con ese hombre, le causó ansiedad. No lo conocía lo suficiente y no quería que ella sufriera por nada del mundo.

—Kilian, cielo. —Escuchó a lo lejos saliendo de sus cavilaciones. Al levantar la mirada vio en

ella un brillo que no advirtió jamás. La mujer extendió sus brazos indicando que se acercara y así lo hizo—. Hemos tenido una noche demasiado emocionante para mi gusto, cariño.

Kilian la abrazó y acarició su cabello color plata con delicadeza, tratando de ignorar la mirada de su padre.

—Lo siento, Mary.

—No es tu culpa, cariño. Cuéntame, ¿qué ha pasado con el chico? Escuché un gran revuelo afuera, pero ese Igor no me dice nada.

—No lo sabemos. —Se adelantó George, ofreciéndole una sonrisa tierna—. Imagino que nos informarán en las próximas horas. Debería estar descansando, señorita Baker.

—Sí, lo he intentado, señor Fox. Pero como verá..., es imposible cuando tengo tantas vistas inesperadas que entran sin la delicadeza de tocar a mi puerta.

El hombre se ruborizó a tal grado que provocó una carcajada en su hijo, reacción que el mayor notó indignado. Articuló sus disculpas en voz baja y salió de la habitación.

—Me preguntaba donde se encontraba mi verdadera Mary —dijo Kilian divertido.

—Donde siempre, cariño. Dile a tu padre que entre, debo hablar con él.

—Claro, nana. Por favor..., ten cuidado.

—Kilian, no te preocupes por mí. Ya soy grandecita para cuidarme sola.

—Es lo que suelo decirte, ¿y qué me respondes? —refutó divertido.

—Nunca lo suficiente —repitió de mala gana junto a él, haciéndolo sonreír por haber ganado esa—. ¿Ya visitaste a Anna?

—Ya entendí. —Sonrió depositando un beso sobre su pequeña cabeza—. Solo ten cuidado.

—Lo tendré, tranquilo.

Kilian salió de la habitación encontrándose en el pasillo con su padre quien lo miró interrogante. Le dio el mensaje de Mary, no sin antes hacerle una advertencia, acción que provocó una sonrisa cínica como respuesta.

Molesto, continuó su camino a la sala de espera y se sentó agotado, pensando en ese día tan lleno de emociones. Había fluido desde la felicidad plena, hasta la angustia más profunda. ¡Qué efímera era la vida! Y qué complicada se tornaba la suya.

Su cabeza no paraba, preocupado en cada miembro de su pequeña familia y lo que les depararía el futuro. Nada estaba escrito, pero él solo añoraba que los problemas se acabaran poco a poco y la vida de todos volviera a su cauce. A la normalidad a la que estaban acostumbrados. Esperaba que así fuera y, en el menor tiempo posible, deseaba poder disfrutar por fin lo que por tantos años se le había negado.

Capítulo 20

Uno de los elementos de seguridad de George Fox, el padre de Kilian, viajaba como copiloto en el auto y recibió una llamada. Al colgar, habló en alemán con el conductor. En ese momento, Cassidy maldijo no haber pulido su dominio en el idioma. Lo poco que comprendió, fue sobre un cambio de planes; que uno de los objetivos estaba muerto y algo sobre una cámara. Ninguna de ellas era más tranquilizadora que la otra.

El temor se apoderó de ella a tal grado que las manos le temblaban. No se consideraba una mujer débil, pero esa situación la superaba y se complicaba cada vez más. Ni en sus peores pesadillas habría imaginado que el separarse de Roger, se convertiría en algo tan tormentoso y menos, que incluiría muertes y persecuciones. Todo parecía muy irreal, sin embargo, al observar a los corpulentos hombres que las escoltaban y atisbar las armas que portaban, se dio cuenta de que sí estaba ocurriendo, igual que a todos los que quería.

Nadie le dio explicaciones acerca del altercado en el pasillo en el hospital. Candace no le permitió salir pues le pidió que cuidara a Mary. Cuando regresó a su lado, la notó muy nerviosa. Josh se quedó acompañándolas y se encontraba tan alterado que no se atrevió a preguntarle algo más por temor a verlo colapsar. Pero el revuelo que escuchó no fue para nada insignificante, como le quisieron explicar los elementos de seguridad que ahora los acompañaban.

Su vida había dado un terrible giro las últimas semanas. Añoraba la monotonía en la que vivía, donde solamente su trabajo le proporcionaba la adrenalina adecuada para seguir adelante. Incluso se le antojó la rutina que llevaba junto al Roger que ella creía conocer, cuando solo debía decidir qué nuevo restaurante visitarían el fin de semana si sus labores se los permitían. Ahora lo único que tenía era intriga, zozobra, frustración y hasta celos, horribles y enfermizos celos. No le gustaba sentirse así, sin control de sí misma y de su entorno. Era horrible experimentar todo aquello a la vez.

En el camino hacia el departamento de Candace, se dijo que ya era suficiente. Jamás se comportó como una chiquilla en apuros y esa noche, no sería la excepción por muy intimidada que estuviese. Enfrentaría sus problemas y les pondría punto final, estaba agotada por todo. Volvería a poner en orden su vida.

Ella recibió una llamada de Cielo, una de sus compañeras del equipo con el que viajaría a México. La mujer le explicó que la base de datos que poseían acerca de la empresa con la que tratarían fue borrada, así como las de otras compañías con las que recientemente se firmaron contratos. El personal técnico de Cole & Asociados concluyó que no se podían recuperar.

Afortunadamente, era previsor y le explicó que poseía un respaldo. Entonces, acordaron reunirse por la mañana y dejar todo en orden, ya que el viaje estaba programado para la siguiente semana.

Al finalizar la llamada, Candace le dio el mensaje de Kilian. Cassidy no respondió, no estaba de ánimo para lidiar con él en ese momento, sabía que él también le seguiría ocultando lo que sucedía.

Subieron al apartamento y se sorprendieron al descubrir a varios hombres vestidos de traje

junto a varios policías. Todo parecía estar en orden, hasta que observaron a un par más sobre unas escaleras desmantelando parte del techo. Siguieron hacia la habitación de Candace y esta se dispuso a preparar un par de maletas. Cassidy decidió hacer lo mismo, pero al entrar al dormitorio sus pertenencias se encontraban rotas, vaciadas o cortadas con saña y a un hombre sosteniendo un pequeño aparato en su mano. Josh llegó a su lado y él le preguntó al sujeto qué hacía.

—Estaba justo en el techo. —Señaló el hombre un tanto incómodo—. Descubrimos que uno de los guardias del edificio colocó estas cámaras hace un tiempo, por eso están los policías aquí.

Ambos salieron hacia la habitación de Candace, que estaba en el pasillo hablando con uno de los oficiales.

—No dude en llamarme si recuerda cualquier dato que puede ayudar en la investigación —dijo el hombre entregándole una tarjeta a su amiga.

—Alguien le pagó para grabarnos —dijo Candace abrazando a Cassidy—. Lo siento, quieren hablar contigo.

—Señorita —interrumpió el oficial—, necesito que responda unas preguntas.

—Señorita Evans —le llamaron desde la puerta—, yo hablaré con ella, oficial.

—Preston, ¿qué está pasando? Nos dejaron entrar sin más y ahora, ¿debemos contestar a un interrogatorio? ¿Sabe algo?

—Sígame —La tomó suavemente del codo y la llevó a su habitación—. Necesito que se concentre y me diga qué objetos de valor podrían haber obtenido de este lugar.

—Ninguno —respondió rápidamente—. No es mi estilo usar joyería costosa o manejar grandes sumas de dinero en efectivo

—¿Documentos?

Kassidy volvió a negar. Le mencionó la llamada que recibió de su compañera de trabajo y a su vez, se dirigió hacia un neceser metálico abriendo ambas tapas a los lados, objeto que afortunadamente se salvó de sufrir daños. Extrajo un estuche color rosa con detalles florales que se encontraba entre su maquillaje, de él sacó un pequeño disco duro externo y se lo mostró.

—Es lo único importante que tengo aquí. Son datos relacionados con mi trabajo, pero no creo que alguien esté interesado en esa información.

El detective llamó a uno de los hombres que se acercó portando un maletín y le entregó el disco. El hombre tomó una computadora portátil y sus manos se movieron ágilmente sobre el teclado.

—Tengo una noticia que darle, señorita —dijo seriamente llamado la atención de la chica—. Esta noche, un joven fue asesinado frente al edificio donde usted residía. Responde al nombre de Thomas Grant, y fue identificado como pareja sentimental de Roger Cole.

Kassidy no sabía cómo reaccionar, esto se había convertido en una locura sin precedentes. Se percató que a esa muerte se referían los hombres de seguridad en el auto.

—No comprendo. ¿Qué tengo que ver en todo eso?

—Estamos investigando, señorita.

—¿Qué es lo que sabe hasta ahora, detective?

—Sabemos que ellos tenían serios problemas con personas muy peligrosas, debían una fuerte suma de dinero y su plazo estaba acabando. Seguimos las pistas de los ataques perpetrados en contra de su círculo más cercano —dijo señalándola—, y aunque supieron cubrirlo muy bien, dejaron un par de cabos sueltos; el empleado de este edificio, por ejemplo.

—Sigo sin entender dónde entra mi participación en esta locura, detective. Mi vida se ha puesto de cabeza y... no sé qué está pasando.

—Comprendo, pero trataremos de hacer una labor en conjunto, ¿de acuerdo? Solo así resolveremos esa interrogante. Si hay algo que cree pueda ayudar no dude en comunicármelo, por favor.

Kassidy se quedó de pie observando al hombre con la computadora que estaba sumamente concentrado en su trabajo, cuando Josh se le acercó y le mostró su teléfono con un mensaje de su novio, Simon.

—Me acabo de enterar —respondió la joven observándolo—. ¿Lo conocías bien?

—No mucho, ellos eran muy reservados. Excepto cuando bebían de más. —Suspiró tomándola de las manos—. ¿Crees que lo que te conté el otro día tenga relación?

—No lo sé —dijo sorprendida y un tanto confusa—. ¿Qué podría tener yo que a ellos les interesara?

—¿Qué me dices del obsequio de fin de año que les dio el señor Cole en la cena de la empresa?

—¿El viaje? —indagó extrañada, no entendía qué tenía que ver eso con ella.

—No, Kassidy... Ellos hablaban mucho del tema cuando se pasaban de copas. —La tomó de los hombros sacudiéndola suavemente—. Algo sobre una herencia de un familiar.

—¡Claro! —exclamó chasqueando los dedos.

—¿Ha recordado algo? —El detective Preston regresó a su lado al notar su expresión.

—El fideicomiso de su madre —respondió suspirando—. Es posible que buscaran esos documentos. No obstante, los devolví esa misma noche. Para hacerse efectivo el traspaso de esa herencia hacía falta una cláusula: solo la entregarían después de un año de matrimonio consumado y un embarazo en proceso o, un hijo nacido producto de esa relación.

»No estaba preparada para dar ese paso. —Se defendió con garbo al notar la mirada de aquellos hombres. Se sintió juzgada y eso la molestó sobremanera—. Así se lo hice saber a mi suegro, por eso le devolví los documentos.

—Señorita Evans. ¿Roger Cole nunca le preguntó por esos documentos?

—No... nunca lo hizo. Sí hablábamos continuamente sobre agendar una fecha para la boda que nos fuese conveniente, pero teníamos compromisos muy importantes en ese entonces y después de un tiempo, dejamos de lado el tema.

Kassidy tenía sentimientos contradictorios en su interior. No sabía cómo separar esta imagen que le daban de Roger con la que ella tuvo de él por tanto tiempo; fueron amigos, compañeros, camaradas... un equipo. Y ahora... ¿se podían considerar enemigos?

La confusión era enorme, la frustración le hacía competencia, pero la decepción era aún mayor. Él debió haber confiado en ella. Honestamente no sabía cómo hubiese reaccionado ante aquello si él hubiera tenido el valor de confesarle su verdad. De algo estaba segura; no lo habría abandonado.

Ahora se preguntaba cómo estaría con aquella pérdida, al fin y al cabo, aquel hombre fue su pareja de años por lo que Josh le contó. Y por mucho que lastimara su orgullo, debía reconocer que el convivir por largo tiempo junto a alguien, inevitablemente hace crecer la empatía por esa persona.

Sin pensárselo mucho, marcó su número para saber en qué podía ayudar. Después de todo habían sido amigos, ¿no?, y eso estaba sobre cualquier diferencia que pudieran tener. Roger contestó luego del primer tono. No reconoció su voz al instante, tenía un timbre de voz distinto, un poco más rudo de lo normal que la hizo vacilar.

—¡Esto es tu culpa! ¡Maldita seas, Kassidy Evans! —exclamó bajo, profundo y con todo el odio que esas palabras eran capaces de transmitir.

—Roger... —susurró. Aunque ya era tarde, la llamada había finalizado, pero ella seguía sosteniendo el aparato junto a su rostro, sin poder mover ni un músculo. Pensó en sus palabras y todo lo que podía empeorar, tuvo que tragar con fuerza para aminorar el enorme nudo que se formó en su garganta.

Capítulo 21

La noche transcurrió en un ir y venir para todos. Acompañadas por el equipo de seguridad regresaron al hospital a hacerle compañía a Mary y esperaban encontrarse a Kilian junto a ella. En cambio, era George quien dormía en el sofá de la habitación.

Al entrar, sus fuertes ronquidos produjeron risas contenidas en las jóvenes y más aún, la cara de fastidio que tenía Mary. Sentada sobre su cama lo observaba con evidente desagrado. El ruido despertó al hombre, quien al notar que lo observaban se desperezó y se puso de pie saliendo rápidamente sin decir nada.

Mary las censuró con la mirada y giró hacia la pared cubriéndose con una sábana dándoles la espalda e ignorándolas por completo. Ellas se vieron entre sí, se encogieron de hombros para luego ir a la sala de espera decididas a permitir que descansara y dejar de importunarla hasta que llegara la hora en que le dieran el alta.

—¿Lo llamaste? —preguntó Candace con cautela después de una hora en silencio.

Kassidy asintió sin responderle, acomodándose en la silla junto a ella. Suspiró con fuerza y fijó su mirada en el techo del lugar.

»¿Crees que intente algo contra ti? —insistió.

—No tengo la menor idea. Hace un tiempo me hubiese atrevido a responder. En cambio, ahora...

—Si quieres, vete a descansar a casa de Kilian. En un par de horas debes ir a trabajar y yo puedo dejar a las chicas a cargo de la tienda.

—No te preocupes, Candy. Llegaré por la tarde a la oficina. Sabes que aunque me marche no podría dormir, así que no tiene sentido. Prefiero quedarme.

Después de un par de horas más, se fueron a la cafetería a tomar algo caliente. Kassidy se dirigía a una mesa, cuando Candace la tomó del brazo llevándola en dirección contraria, justo hacia el padre de Kilian. La morena quiso retroceder, pero en ese instante él se percató de su presencia e hizo un ademán para que se acercaran. Su amiga prácticamente la arrastró hasta él.

—Lamento haber hecho tanto ruido. —Se disculpó el hombre sonrojado.

—No se preocupe suegro de Kassy. Es natural agotarse después de tantos sucesos.

El comentario provocó una sonrisa en él y Kassidy se contuvo. Sabía que no serviría de nada aclararlo y solo lograría que su gran amiga la avergonzara aún más. No pasó desapercibido para ella la expresión de tranquilidad que le transmitía su mirada.

—¿No me recuerdas? —preguntó George con una sonrisa. Su hijo poseía el mismo encanto. Antes de que ella contestara continuó—. Cuando eras una chiquilla te fracturaste la pierna por rescatar ese gato callejero que siempre seguía a Mary.

—Fue justo después de la muerte de Agatha —afirmó Candace, refiriéndose a la abuela de Kilian y ante el mutismo de Kassidy.

Cuando ella se disponía a contestar, una mano se posó suavemente en su hombro, volteó y observó a un agotado Kilian que apenas le sonrió. Este se sentó junto a ellos, apoyando la frente sobre la superficie de la mesa.

—Le dan el alta a las nueve —dijo incorporándose y tallándose el rostro con ambas manos—. Debemos hablar, Kassy. —Volteó hacia la castaña para observarla.

—Dejémoslo para después, ¿te parece?

Kilian asintió acariciando su mejilla y dándole un beso en la frente, ante la atenta mirada de los otros dos que no perdían detalle del momento. Al notarlo, él se puso de pie y haló a Cassidy a su lado, indicándoles que debían volver. El grupo los siguió hasta la sala de espera nuevamente.

Esperaron en silencio, turnándose de vez en cuando para darle un vistazo a Mary, hasta que la hora indicada llegó. Se despidieron de George a la salida del hospital, aceptando el respaldo que les ofrecía con el auto de seguridad que los escoltó a casa de Kilian.

Las maletas de las chicas aún permanecían en la entrada de la casa. Candace se adelantó a todos, tomó su maleta y subió rápidamente los escalones. Cassidy dispuso llevarle un té a Mary sin darle importancia a las inesperadas reacciones de su amiga.

Después de dejar acomodada en su habitación, subió e intentó abrir una de las tres habitaciones disponibles. Se encontró con la sorpresa que estaban cerradas con seguro, tocó varias veces en una donde escuchó música, sabía que Candace se encontraba dentro, pero ella simplemente la ignoró.

—¿Qué haces, Kassy? —Kilian estaba apoyado en el marco de la puerta de su cuarto, disfrutando de su desesperación por conseguir que Candace abriera.

—Aquí, comprobando la resistencia de tus puertas. —Su respuesta provocó una sonrisa en ambos. Ella se volteó con los nervios de punta, no quería ponerse en esa situación justo en ese momento en que ocurrían tantos problemas, pero el verlo allí con esa seguridad que acostumbraba, le produjo la urgencia de tenerlo muy, muy cerca.

—Vamos, entra. —Invitó con un gesto, moviéndose hacia el interior—. ¿Qué esperas? —gritó del otro lado.

Al avanzar unos pasos, la puerta que hace un instante golpeaba, se abrió y Candace apareció riéndose estrepitosamente:

—¡Por fin!, pensé que nunca dejarías de fastidiar. Ve con él y juega, pequeña. Quiero escucharte gritar. —Con la misma rapidez con la que salió, entró de nuevo corriendo, al notar el rostro descompuesto de la castaña.

—¿Qué sucede? —indagó Cassidy al traspasar la habitación, intentando ocultar su nerviosismo.

—Eso es lo que acabo de preguntar. ¿No piensas quedarte conmigo? —Kilian quería verla a los ojos, esos que nunca le mentían, aunque sus palabras hiciesen el intento.

—Hablamos de darnos tiempo —respondió evadiendo su mirada.

—No, tú pediste tiempo. —Suspiró al notar su reacción—. Tranquila, si no quieres dormir en mi cama, no hay problema.

—No te molestes —susurró, no quería sentirse presionada y no es que tuviera algo de malo quedarse a su lado, solo que aún no sentía que era el momento. Tenían demasiadas situaciones por aclarar y si daba un paso en falso, ambos se verían perjudicados.

—¿Molesto?, no soy un chiquillo, Kassy. Mentiría si dijera que no lo deseaba, pero no voy a enfadarme por ello. Andando. —Sacó la maleta de ella que ya había sido ubicada en la habitación y salió al pasillo. Extrajo unas llaves de la bolsa de su pantalón, abrió la puerta que quedaba frente a la suya y le cedió el paso.

—Si deseas, puedes instalarte en la casita de invitados de la propiedad.

—¿No quieres que me quede aquí? —preguntó sorprendida y con la cara ardiendo.

—No me malinterpretes. Es solo para evitar la tentación. Además, tenerte tan cerca y no poder hacer nada, me trae malos recuerdos —dijo sonriendo tímidamente.

—Cuando me quedaba aquí, tú te ibas con tus amigos. —Recordó los juegos y conversaciones que compartían los fines de semana al salir de clases, junto a los suspiros que él le robaba sin darse cuenta.

—¿Y cuál crees que era la razón?

—¿En serio? —Kassidy se asombró ante tal confesión. En ese tiempo eran unos adolescentes y ella solía interpretar que su lejanía se debía a que a él le incomodaba tenerla cerca.

—Claro, no soportaba escucharte reír con Candace o con alguno de los amigos que invitaban y no ser yo quien lo provocaba. Así que me iba. Además, ustedes me excluían si entraba a la habitación.

—No mientas. Te invitábamos, pero buscabas pretextos para irte pronto.

—Yo no quería escucharte hablar de los chicos que te gustaban.

Kilian se acercó con cautela hacia Kassidy esperando que no lo rechazara. Se decepcionó con su decisión. Sin embargo, le había prometido respetar el periodo que le pidió y lo haría, aunque eso implicara el seguir ansiando acabar con esa agonía de saberla lejos, así fueran un par de pasos. Se sentó a su lado sobre la cama y ella posó sus ojos en los suyos. No pudo resistirse más, aproximó su rostro al suyo. Cuando se disponía a mostrarle todo lo que llevaba en su interior, el teléfono de ella los interrumpió.

Ella solo respondía con monosílabos impacientándolo a cada segundo. Se puso de pie yendo hacia la ventana, apoyándose con una mano extendida sobre el vidrio. Estar a su lado a veces le causaba más ansiedad de la habitual. Golpeaba el cristal con las puntas de los dedos sin cesar, hasta que una delicada caricia lo detuvo. Kassidy se acercó sujetando suavemente su muñeca, se acomodó en su pecho y poco a poco su fuerte respiración se normalizó al sentir su aroma a fresas.

—Era el abogado. Mañana será la audiencia —le dijo a Kilian sintiendo su cuerpo tenso de nuevo.

—No te preocupes, princesa. Todo saldrá bien.

—Tú no deberías preocuparte.

—Estoy molesto, no preocupado. Hubiese preferido que lo denunciaras. —Al notar su silencio, sujetó su rostro, la separó un poco de su cuerpo y le dio un beso en la frente—. Lo siento, no puedo evitarlo. Respeto tu decisión, pero...

—No la compartes —terminó por él—. Lo sé. A estas alturas me parece que cometí un error. Ayer...

—Ya lo sé, lo llamaste. Candy me lo dijo. Mira, Kassy, él es un imbécil y tú eres demasiado buena. Mañana estaremos contigo, sabes que no estás sola. Descansa un poco y en un par de horas te llevo a tu oficina. Yo también tengo asuntos pendientes. —La besó vehementemente y con mucho esfuerzo se detuvo, ya que su intención real era tenerla por completo de nuevo. Se separó cerrando sus ojos, se sentía agitado y al abrirlos, le pidió sonriendo—: Te aconsejo que cuando salga de aquí, cierras la puerta con seguro, porque estoy pensando seriamente en romper mi promesa.

La mirada alterada de Kassidy lo hizo sonreír, pero él estaba hablando muy en serio.

Capítulo 22

Kassidy no quería abrir los ojos, deseaba que el tiempo no siguiera corriendo o en su defecto, no vivir ese día de manera consciente. Sentía vergüenza y la acobardaba que las personas más cercanas a ella, estuviesen presentes mientras se desplegaba todo aquello, pues sabía que escucharían cosas terribles, cosas que ni siquiera había compartido con Candace.

Giró sobre sí misma y no supo si reír o enfadarse. Frente a su cama había un pequeño sofá y en él, Kilian dormido. Se quedaron conversando hasta la madrugada y no se dio cuenta del momento en el que se durmió. Se puso de pie y fue hacia él para darle suaves palmadas en el hombro, pero no esperaba que la deslumbrara con esa mirada entre tierna y somnolienta con la que lo hizo.

—¿Dormiste bien? —dijeron a la vez. Ambos sonrieron.

—No supe cuándo me dormí. —Se puso de pie desperezándose y viendo su reloj, se movió hacia la ventana y suspiró.

—Ni yo —respondió apenada—. Lo lamento, me imagino que te encuentras adolorido por la posición tan incómoda.

—Me encanta verte dormir, princesa —dijo volteando y caminando en su dirección. La tomó de la cintura, besándole el cuello, haciéndola jadear. —Sonrió al escucharla y lo hizo de nuevo obteniendo el mismo resultado—. Me voy a dar una ducha. Salimos en una hora.

Ella asintió y al notar su expresión, la dejó ir de su abrazo.

—Kassy, hoy tendrás la oportunidad de hablar con él y dejar todo claro. No quieres que vayamos, ¿cierto? —El comentario provocó que ella lo viera a los ojos; entonces él supo que estaba en lo correcto.

Por mucho que le doliera aquello, estaba en su derecho de elegir quien la acompañara. Su intención era la de apoyarla, estar allí por y para ella. Esperaba que se lo pidiera mientras hablaban por la noche. Esa había sido la razón real por la cual, la tarde anterior la fue a dejar a su oficina. Aguardó a que terminara con su compromiso, la trajo de vuelta a casa y provocó aquella conversación hasta tan altas horas y en todo ese tiempo no dijo nada al respecto. Sin embargo, esa mirada le indicó la posición que debía adoptar.

—Kilian, es un asunto que tengo que solucionar sola.

—Bien, comprendo. —Sentía un nudo horrible en la garganta. Se movió como un autómeta, le dio un beso en la frente y antes de seguir caminando, le dijo—: Llámame cuando lo creas conveniente. —Cerró la puerta al salir y apoyó la espalda en ella. Temía que todo fuese así entre ellos, parecía que nunca lograría que lo incluyera por completo en su vida. Exhaló y avanzó hacia su habitación a prepararse para ir a la oficina. No podía hacer más.

Kassidy suspiró, notó el dolor en sus ojos. Sin embargo, estaba segura de lo que hacía, no acostumbraba sostenerse de nadie al librar sus batallas. Se preparó para la audiencia y antes de salir de la casa, se despidió de una apesurada Mary que también se ofreció a acompañarla. Al cerrar la puerta, la bocina de un auto llamó su atención.

—¡Sube, enana! —gritó Candace al bajar la ventanilla del copiloto.

—Candy, no quiero que nadie me acompañe.

—¿He preguntado lo que querías?... No, no recuerdo haberlo hecho —dijo pausadamente y viéndola a los ojos desde su asiento—. Así que sube, porque, aunque no me vaya contigo, estaré en tu audiencia y mis padres también.

Resignada, hizo lo que su amiga le indicó. Al subir, la rubia le extendió un enorme chocolate blanco, provocando una sonrisa de agradecimiento de su parte.

—Este también es un examen, Kass. —La rubia sonrió abriendo la guantera y le mostró la cantidad de chocolates que llevaba, recordándole la época en la que fueron estudiantes y se atiborraban de ellos después de leer que aminoraban los nervios. Encendió la radio y salieron hacia el tribunal de la provincia.

Daniel Smith, su abogado, conversaba con los padres de Candace cuando ellas llegaron. Se saludaron afectuosamente y la tomó del codo alejándose del grupo. No lo conocía, pero la mirada con la que la vio, la preocupó.

—¿Qué sucede? —preguntó nerviosa, notando la forma en que aquel señor actuaba.

—Bien, el juez al que se le asignó su caso es... poco ortodoxo, por definirlo de cierta manera. Lleva los juicios de forma peculiar y es un tanto difícil de carácter. Déjeme decirle que aun así es muy justo y quiero prepararla para que no la tome por sorpresa. Él suele ignorar a los abogados y dirigirse directamente a los implicados en el caso.

La sonrisa del hombre no la tranquilizaba del todo, pero no podía hacer nada más que afrontar el día tal como venía. Su móvil vibró y leyó el escueto mensaje de Kilian:

Suerte

No quiso contestar, ya lo llamaría cuando acabara la audiencia. Solo esperaba tener buenas noticias por compartir.

Giró para volver al grupo junto a su abogado y vio a un demacrado Roger. Él entraba al lugar acompañado por una estilizada mujer que hablaba por teléfono. La reconoció de inmediato, era una de las amigas con quienes acostumbraban salir de copas, una gran abogada.

Al caminar a su lado, los dos la ignoraron. Unos minutos después, un oficial abrió las puertas de la sala y los hizo pasar.

Los minutos transcurrían y el asombro de Cassidy crecía cada vez más. El recinto se llenaba de personas conocidas por ambos; vecinos, empleados de la firma consultora y amigos se sentaban al extremo asignado a Roger. Ella buscaba la mirada de algunos y ninguno se la sostenía. En cambio, otros sonreían como retándola. No sabía qué pensar al respecto.

Llegó la hora acordada para dar inicio a la audiencia y el oficial que los hizo pasar caminó frente a ellos que ya estaban sentados.

—Buen día. Esta es la audiencia número 17345—C del Tribunal de Familia de Ottawa, Evans y...

—Gracias, Travis. Los que estamos aquí sabemos a qué venimos y porqué. Soy Arthur Jones, el juez de este caso. —El hombre levantó la mirada y frunció el ceño, desde su estatura hasta su voz, lo menos que se podía decir de él es que era intimidante. Recorrió el lugar de un extremo al otro y se frotó la barbilla con la mano izquierda, para luego decir—: Travis, ¿sabes por qué hay tantas personas de ese lado de la sala?

—No lo sé, juez.

—Bien, sácalos. Damas y caballeros, gracias por haber venido, pero...

—¡Son mis testigos!, ¡No pueden salir! —interrumpió Roger justo en el momento en que su abogada sujetó su brazo para retenerlo e inclinó el rostro hacia abajo cerrando los ojos.

La sonrisa contenida que mostró el juez Travis amedrentaba y Cassidy se puso aún más

nerviosa mientras el oficial suspiraba y guiaba a todos a la salida.

—Estoy dudando sobre algo... No sé si aconsejarla a usted, abogada, para que controle a su cliente o hacerlo con él para que la sustituya —dijo el juez dirigiéndose a Roger con una sonrisa encantadora.

—Señor Smith, ¿qué pasa con este hombre? —susurró Cassidy al punto del colapso. Ni siquiera en la peor negociación se sintió en tan poco control de la situación. El abogado sonrió sin contestar su pregunta. Se resignó, diciéndose que pasaría lo que tenía que pasar y se acomodó en su lugar.

El juez tomó la carpeta del caso y caminó en dirección a Cassidy. Acercó una silla giratoria frente a ella y dijo—: Abogado Smith, le permite su asiento a... —Miró los documentos que había dentro por un instante—, el señor Cole, ¿por favor?

El abogado se puso de pie y dejó la silla libre. Un momento después, Roger tomó su lugar.

—Jóvenes, quiero aclararles que esto es una audiencia, no un juicio. Este es un tema que únicamente les compete a los dos. Una pareja no necesita testigos para algo tan delicado como lo de hoy. —El juez los observó atentamente y no pudo pasar por alto la reacción de hastío de Roger.

—Señor Cole, puede darme su versión de los hechos y decirme si está de acuerdo con esta medida.

Inesperadamente, Roger Cole empezó a llorar. Lo hizo como si un dique se hubiese abierto dentro de él y Cassidy se desconcertó por completo. Jamás lo había visto actuar así.

—Señor juez, yo no entiendo lo que ha sucedido. Ella malinterpretó el que un amigo estuviera en nuestro hogar mientras no estaba. No me dio tiempo de explicar lo que sucedía, pues de inmediato se despidió, dijo que se iba de viaje y me abandonó. Aun después de haberse comprometido conmigo. Teníamos fecha para casarnos... —Sollozó, no podía hablar con claridad, los hipidos no se lo permitían y Cassidy se turbó con aquella escena.

»¡Me acusó de engañarla con un hombre! Y era ella la que lo hacía. —Le extendió varias fotografías que tenía en una carpeta. Era ella junto a Kilian, uno frente a otro.

—Cuénteme, ¿qué más sucedió? —El juez las tomó y las colocó a su lado derecho, asintiendo.

—Pues, al siguiente día, su secretario me agredió al abrir la puerta de nuestro nido de amor. Me tomó por sorpresa rompiéndome la nariz. Aquí está el parte médico. Y eso no es todo, minutos después llegó ella con un grupo de inadaptados, amigos suyos y me ultrajaron. Cassidy aprendió defensa personal y aprovechándose de eso, me golpeó en mis partes privadas de una manera atroz. Por mi educación como caballero no respondí a su cruel acción, pero debo seguir tratamiento especial para recuperarme de ello. —Extendió documento tras documento.

Mientras tanto, Cassidy acababa con el agua de su jarra. Tales declaraciones la ahogaban como si estuviese en plena hoguera. Se quitó la bufanda al sentir que no podía respirar por la furia que sentía.

El juez se detuvo unos instantes, detallando los movimientos de cada uno.

—¿Cómo se siente en este momento, señor Cole?, ¿Cree que esta situación puede enmendarse?

—¡Oh, señoría! —dijo con la voz temblorosa—. Me siento afligido, humillado, herido en lo más profundo de mi corazón. Pero aún la amo y todavía quiero casarme con ella en la fecha que acordamos. Nena... —La tomó de la mano. No obstante, Cassidy se liberó de su agarre con rapidez y repulsión—. Por favor, hazlo por ti, por mí, por mi padre.

—No involucres a tu padre en esto, Roger —siseó ella a punto de estallar.

—Tranquilos —solicitó el juez en tono apacible.

—Un par de preguntas más, señor Cole... Hábleme de Cassidy Evans ¿Quién es ella para usted?

—Bueno, mi nena posee un carácter bastante complicado, si me permite decirlo, pero he

aprendido a convivir con ello. En los años que tenemos de relación, he cedido a todos sus caprichos, incluso la seguí hasta aquí desde Ontario para vivir a su lado. Tiene un vínculo especial con mi padre y es algo que valoro muchísimo. Es mi tesoro, señorita. No podría continuar una vida sin ella. —Vlteó con una sonrisa amplia y sus ojos llenos de emoción. Acercó su mano a la mejilla de la mujer, pero la mirada que ella le lanzó lo detuvo. Carraspeó nervioso y se acomodó mejor en su silla, desviando sus ojos hacia el juez para proseguir.

»Agradecería que no tomara en cuenta cualquier exabrupto de su parte. Ella es así. Espero que nos permita arreglar este asunto en la intimidad de nuestro hogar, del lugar del que nunca debió haber salido.

Capítulo 23

El juez lo observó detenidamente por un momento que Cassidy consideró demasiado largo, pero luego suspiró antes de preguntar:

—¿Eso es todo? —indagó el juez. Al notar que Roger asintió, él imitó su gesto—. Ahora, ¿me puede explicar el origen del hematoma que lleva ella en el cuello?, ¿sabe de su procedencia?

Roger se mostró contrariado con aquellos cuestionamientos, intentó responder un par de veces, sin embargo, le era imposible hilar una simple oración. Abrió y cerró la boca sin poder emitir un sonido hasta que expresó gesticulando exageradamente:

—Señoría, sé que no está bien que yo lo diga, pero a Cassidy... Bueno, a mi nena le gusta, ya sabe... Es una mujer ardiente, si sabe a lo que me refiero y prefiere usar la vio...

—Comprendo. Si tiene algo más que añadir, le escuchamos —interrumpió el juez, advirtiendo que Cassidy desprendía llamaradas con la mirada. Al observar la negativa del hombre se dirigió a ella.

—Señorita Evans, ¿necesita un momento para procesar las palabras del señor Cole?

—No, señor juez.

—¿Está segura?

—Lo estoy, podemos continuar. —Su voz era neutra, desprovista de cualquier emoción. Aunque muy en el fondo deseaba poder estar a solas con él para mostrarle el tipo de violencia que ella prefería usar en su contra.

—Bien, ¿podría ser honesta conmigo y decirme si en ocasiones anteriores, usted ha sido víctima de abuso físico o verbal de parte del señor Cole?

—¡Pero ya le dije cómo...! —exclamó Roger, de pronto exasperado y con el rostro enrojecido.

—¡Silencio! —gritó el juez Travis descompuesto. Su grito hizo saltar a ambos frente a él. En segundos, cambió su tono por uno suave hacia Cassidy—. La señorita Evans le ha permitido explayarse sin interrupciones, espero que usted haga lo mismo y se comporte a la altura, como el caballero que es. ¿Y bien? —Extendió su mano para cederle la palabra.

—Nunca, señor Juez. Esta ha sido la primera y la última vez —respondió lo más calmada que pudo, sentía su seguridad resquebrajándose segundo a segundo. No quería mostrarse como una víctima. Exhaló y se recompuso, como cada vez que su vida se alteraba.

—Señorita, ahora le corresponde darme su versión de los hechos. ¿Qué sucedió? Hábleme de esa noche que menciona el señor Cole.

—Salí a un viaje corto de negocios ese día, no pretendía volver esa noche y Roger lo sabía. No obstante, adelantamos tanto en la negociación que ya no era necesaria mi presencia allí, así que regresé a mi casa. Abrí la puerta y justo en el salón, él se encontraba desnudo junto a...

—¡Mientes! —exclamó Roger fuera de sí, golpeando la mesa con el puño. A pesar del aire acondicionado, él sudaba a borbotones como si estuviesen bajo un sol inclemente.

El oficial se acercó de inmediato colocando una de sus enormes manos sobre el hombro del rubio, quien al notarlo se sentó mordiéndose su labio inferior y respirando acelerado.

—Señor Cole, no más intromisiones, por favor. Continúe —dijo señalándola.

—Junto a un hombre que yo no conocía. Ellos mantenían relaciones sexuales. —Roger resopló al escuchar aquello—. Me sorprendí, pero solo me tomó un instante decidir viajar hasta donde me ofrecieron una gran oportunidad de empleo desde hace varios meses. Me di cuenta en ese momento que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Mi pareja desde hace unos años se había convertido en un completo desconocido para mí y creí que sería lo mejor. Sin embargo, esa misma noche ocurrió un percance con un amigo y me fue imposible ejecutar mis planes. Entonces, opté por posponer mi salida.

—¿Qué me dice de estas fotografías? —dijo extendiéndoselas.

Ella notó la sonrisa de triunfo de Roger, así que con curiosidad las tomó de la mano del juez.

—En ellas solo veo a Kilian Fox, el amigo que he mencionado y a quien conozco desde mi adolescencia; tomando un café, conversando y visitando mi apartamento para recoger a su nana, que también es mi amiga —dijo devolviéndolas con una sonrisa sutil en los labios. —Si lo nota, en ninguna tengo una actitud cuestionable y sé que todas fueron tomadas días después de lo sucedido.

—Hábleme del día de la agresión.

—¡Señoría! —exclamó la abogada de Roger por primera vez, pero al notar la expresión de enfado del juez volvió a tomar asiento en silencio.

—Como pospuse mi viaje, debía regresar por mis cosas al apartamento que compartíamos. Una amiga había contactado a mi asistente para adelantar el trabajo sin que yo lo supiese. Al llegar, me enteré de que ambos tuvieron un altercado.

—¿El apartamento es un bien compartido?

—No, lo compré yo al mudarme. Pero estoy tramitando cedérselo.

—¿Debido a...?

—No lo necesito. Mis planes son adquirir otro estilo de propiedad.

—Entonces, le recomiendo que lo venda. La benevolencia en estos casos suele ser contraproducente. ¿Su asistente y el señor Cole, se conocían?

—Sí, hasta hace unos días me enteré que se conocieron desde antes que tuviese una relación laboral conmigo. —La sorpresa en la mirada de Roger, cambió en fracciones de segundos y dio paso a una de pánico, su respiración se aceleró y estrujó sus manos sin parar al igual que su pierna derecha no dejaba de moverse.

—¿Se encuentra bien, señor? —El juez recibió una débil respuesta afirmándolo y entonces regresó su mirada hacia la joven para que continuase.

Kassidy se sintió como en piloto automático. En un principio creyó que al recordar aquello frente a un extraño la quebraría, pero fue todo lo contrario. No sentía nada. Ni siquiera vergüenza por develar algo tan íntimo y terrible. El agobio y la furia que sufrió al escuchar la intervención de Roger se disipó por completo y solo quedó la sensación de haber presionado *play* a un reproductor.

—Después de unos minutos, entré al despacho a sacar documentos de mi propiedad y él entró poco después, hablamos... pero la conversación se salió de control, desembocando en una fuerte discusión. Sin esperármelo, me atacó y me sujetó del cuello contra la pared. A mi parecer, solo me defendí, aunque es verdad cuando dijo que lo golpeé en los genitales. Lo amenacé y le pedí que se alejara de mí. No obstante, él continuó contactándome y me amenazó. —Extendió las copias con el registro de llamadas, mensajes telefónicos y el parte médico. El juez se tomó su tiempo para revisar minuciosamente cada hoja.

—¿Por qué no llamó a la policía? —preguntó sin levantar la mirada de los documentos.

—Creí que no era necesario. Si he solicitado esta audiencia, señor Juez, es únicamente por consejo de mi abogado. Como medida preventiva.

—Pero, nena...

—No me digas nena, Roger. Sabes que lo odio.

—Comprendo. ¿Se siente amenazada? —sondeó una vez más, frenando la fría mirada de la joven hacia el sujeto que tenía a su lado.

—Sí, de hecho, han ocurrido ciertas situaciones que me han ocasionado ansiedad, temor por mi seguridad y la de las personas más cercanas a mi vida. Sin embargo, no tengo pruebas para acusar al señor Cole por ellas. —Le mostró las fotografías del muro, las cámaras del apartamento de Candace y el parte policial de cada uno, incluso el del auto de Kilian. Roger las veía con curiosidad desde su asiento extendiendo el cuello.

—Kassidy te juro que no he tenido que ver en todo eso. ¡Por Dios! ¿Quién crees que soy? —dijo horrorizado.

—No lo sé, Roger. Ya no sé quién eres —respondió tajante.

—Explíqueme lo del compromiso. ¿En qué fecha se casarían?

—Nunca logramos acordar una fecha, lo pospusimos durante meses.

—¿Por qué? ¿Ya no quería casarse con él?

—Había muchas cláusulas y no estaba preparada para cumplir con ellas. —Roger la miró molesto.

—¡Cállate! —gritó de pie nuevamente.

—Señor Cole, es la última vez que se lo advierto. No me obligue a acusarlo de desacato. Prosiga, joven.

—Roger es heredero de una cuantiosa suma de dinero. Para recibirla, debe casarse y antes de que finalice este año, la mujer con quien lo haga debe estar embarazada o haber tenido un hijo suyo para entonces. —El juez hizo un gesto de sorpresa que intentó disimular. —Yo aún no estoy preparada para ser madre y él lo sabe, porque se lo he dicho. Hace unos meses, descubrí que cambié mis anticonceptivos por placebos. Tuvimos una fuerte discusión por ello hasta que admitió haberlo hecho, además de confesar que dañaba los preservativos que usábamos. La relación entre nosotros se volvió tensa, la presión sobre el tema era constante, y por una u otra razón pospusimos el tema de la fecha evitando así más confrontaciones.

—Y si usted no estaba dispuesta a cumplir con estos requerimientos, ¿por qué continuó la relación? Sabía que lo afectaba directamente.

—Porque lo hablamos y él me dijo que comprendía mi posición, pero que no quería separarse.

—¿No hubiese sido más fácil buscar a alguien más, señor Cole?

—Ya no tenía tiempo, el plazo está por acabar —interrumpió ella al notar la turbación y el silencio sepulcral de Roger.

—¿Quién es Roger Cole para usted, señorita Evans?

—No sé quién es ahora, señor. Pero le puedo hablar de quién era antes de todo esto. Roger era mi compañero en cualquier proyecto que nos propusiéramos. Era mi amigo, uno que sin importar la distancia, estaba para mí. Lo compartíamos todo; lo bueno y lo malo. Siempre lo vi como la persona ideal para crecer juntos, disfrutar de la vida y afrontarla. Me equivoqué. El ser que se reveló hace unos días ante mí, es un desconocido. Descubrí a alguien con un pasado oculto, egoísta, con un entorno insospechado y con muchos problemas.

—¿Y quién crees que eres tú, maldita arpía!? ¿Te crees perfecta? ¡No eres nadie, Kassidy Evans! Estás vacía, careces de sentimientos reales. Sabes que mi padre pudo eliminar esa cláusula si se lo pedías y ni siquiera eso pudiste hacer por mí. No quisiste, zorra. A pesar de todo lo que

hice por ti para que llegaras donde estás, de todo lo que soporté en la cama y fuera de ella. Eres una... —Roger se puso de pie y se abalanzó sobre ella. Antes de poder asirla del brazo, el oficial lo sujetó fuertemente, alejándolo unos pasos.

—No lo sabía, no lo sabía, Roger —susurró incrédula.

Nunca se interesó por leer los documentos. La misma noche que los había recibido se los devolvió a su padre sin un ápice de curiosidad. No era la codicia la que la motivaba a estar a su lado, jamás lo fue. De haberlo sabido, no lo habría pensado para ayudarlo. Era su amigo, cómo no hacerlo. Su pecho se oprimió al percatarse de que todo eso pudo evitarse.

—Se lo advertí. —Lejos de mostrarse molesto por el escándalo de Roger, el juez sonrió y se podía decir que hasta con un poco de malicia en su rostro.

—¡No sabe quién soy yo, maldito anciano!

—Claro que lo sé, joven. Usted es el mismo adolescente que lanzó pintura roja a las ventanas de mi casa el día que celebraba mis veinticinco años de matrimonio cuando era vecino de su madre, Nicole. El que le gritó a mi hija Savannah en público, que era una perra al negarse a salir con usted. Y en este momento, es a quien se llevará Travis por desacato a refrescarse dentro de una celda. —El juez lo observó con severidad.

»Siempre me temí que en algún momento sabría de usted por algo como esto, y aunque no lo crea, lo lamento, pues esperaba equivocarme. En vista de lo expuesto esta mañana y como Juez de Paz en el Tribunal Familiar en la ciudad de Ottawa, declaro procedente el Bono de Paz a favor de la señorita Cassidy Evans, por el periodo de un año a partir de hoy. En el cual, el señor Roger Cole no deberá tener contacto alguno con ella. No podrá acercarse a menos de cincuenta metros de su persona y debe salir de su propiedad en un plazo no mayor a quince días. En caso de incumplimiento, se denunciará el hecho para convertirse en un caso penal y será juzgado como tal.

—¡Me las pagarás, Cassidy! ¡Todo lo que me estás ...!

—Señor Cole, no se comprometa más, por favor. Abogados, ya saben qué hacer. Travis llévatelo cuando firme y, recuerda que mi esposa te espera junto a tu familia el domingo. —El Juez se situó en el lugar que le correspondía originalmente en compañía de ambos representantes legales y después de unos momentos salió de la sala. El oficial llevaba a Roger esposado, quien no dejaba de soltar improperios hasta perderse tras una puerta lateral.

Kassidy observaba aquella escena como si ella no fuese parte de la misma. Firmó varios documentos y su abogado la tomó del codo en dirección a la salida. Se dejó guiar, sintiendo que flotaba por el pasillo. Afuera se encontró con Candace y su familia, ninguno se atrevió a hacer preguntas. Estaba segura de que la expresión en su rostro era lo suficientemente elocuente para saber qué tan agobiante había sido todo.

No esperaba que aquella mañana fuese de esa forma. Se despidió de todos agradeciendo el que estuviesen allí apoyándola pese a su actitud matutina inicial. Luego acompañó a su abogado para tramitar el resto del papeleo casi sin darse cuenta.

Si alguien le hubiese dicho que así terminaría su relación con Roger Cole, no lo habría aceptado. Quizá había actuado mal al pedirle a Kilian que se mantuviese al margen, porque sentía la necesidad de su cercanía, de esa paz que la cubría con solo estar a su lado.

Después de culminar con todo y despedirse del letrado, tomó un taxi hacia el único lugar que le brindaría el sosiego que necesitaba.

Capítulo 24

El móvil no paraba de sonar. Cada notificación en la pantalla le hacía sentir más culpable y arrepentida. Para empeorarlo, ninguna le pertenecía a él. Después de unos minutos, el taxi se detuvo frente al edificio de la automotriz y se sintió paralizada. ¿Qué podría decirle? ¿Sería capaz de admitir ante él que lo necesitaba?

La incertidumbre la abrumó. Solía desdeñar a las mujeres que fingían ser incapaces de dar un paso sin apoyo, aquellas que se valían de cuanto argucia tuviesen a su disposición para que un hombre hiciese cualquier cosa por ellas. Sin embargo, en ese momento deseó poseer esa habilidad. Esa, de la cual, no sería necesario aclarar, ni pedir nada, pero a cambio obtendría todo lo que anhelaba a su lado. Ese día no quería ser tan fuerte, ni tan independiente. Solo deseaba que la abrazara y que con su calor y su voz calmara su tormenta interior. Se sentía defraudada, aunque también una traidora. Saber que pudo hacer algo por Roger si hubiese sido más detallista la hacía sufrir sin medida.

Bajó del taxi y permaneció de pie con la puerta abierta, sin moverse, observando la entrada acristalada que la conduciría a sus brazos, a esos latidos que le proveían calma. El carraspeo del conductor la trajo a la realidad, y en lugar de cerrar del todo, giró y subió de nuevo dándole una nueva dirección.

Kassidy no se dio cuenta de que tras esa puerta estaba Kilian, con sus latidos desbocados, esperándola. Por horas iba y venía por todo el edificio, sin detenerse en ningún lugar. Puso nervioso al personal, incluso en el taller que era el área con el ambiente más relajado. Se detuvo casi por media hora frente a la entrada de la empresa, sin saber porqué, mirando a la nada. Al verla bajando del taxi, la euforia se apoderó de su cuerpo como un vendaval. Había acudido a él, y era lo único en lo que podía pensar. ¡Al fin!, por primera vez esa testaruda mujer le mostraba que lo necesitaba, que le era útil si flaqueaba. Pero su algarabía dio paso a la incredulidad en un segundo. Se preguntó quién se encontraba peor; ella por no decidirse de una vez o él, por anhelar que esa decisión lo favoreciera en algún momento, después de esperar por años.

Ofuscado, giró sobre sí mismo y con aplomo se dirigió a su oficina. Hizo un par de llamadas, juntó algunos documentos, tomó su portátil y se colocó el abrigo. Dejó los papeles frente a la comprensiva mirada de Clara, para luego salir. Al bajar al estacionamiento titubeó sobre su decisión, pero las palabras de su amigo Max lo impulsaron a seguir: «si ella no siente lo mismo, es justo que te lo haga saber».

Kassidy entró a la exclusiva tienda de ropa de su amiga, pero al verla tan ocupada con unas mujeres, se despidió agitando su mano y salió de nuevo a la calle camino a su trabajo. Faltaba poco para su viaje y no había mejor distracción que lo que le gustaba hacer. El viento frío golpeó su rostro, por un instante deseó que esa sensación se expandiera por todo su cuerpo y aplacara toda la frustración que sentía por dentro. No obstante, lo único que la cubría era la desolación en la que ella misma se adentró.

Al llegar al edificio, tomó el ascensor al séptimo piso donde se encontraba su oficina. Cuando las puertas se abrieron vio a Josh con una actitud extraña que la esperaba a unos pasos.

—Me avisaron de recepción que estabas subiendo —dijo para aclarar el motivo de su presencia—. Necesito que me firmes esto antes de que entres, tengo que llevarlo a finanzas y llevo prisa.

—¿Y por qué no me dejas entrar y lo reviso?

—¿El decirte que llevo prisa no es razón suficiente? —respondió nervioso.

—La verdad..., no. Deja les doy un vistazo y te los entrego luego —replicó tomando los documentos y avanzando hacia su puerta.

—¡Pero qué necia eres! —exclamó sujetándola de la mano. La haló y colocó los papeles sobre un archivo, indicándole la línea para que firmara, haciéndola sonreír. Los revisó y al comprobar lo que era, los firmó divertida—. Candace me llamó y me contó sobre la audiencia. Luego hablamos, ¿sí? —Tomó los documentos y se dirigió hacia el ascensor lanzándole un beso.

Kassidy entró a su oficina, sin quitarse el abrigo se sentó en su silla cerrando sus ojos y suspirando con fuerza. En su mente desfilaban todos los procesos que tenía que llevar a cabo para salir a tiempo con el viaje.

—Tenemos que hablar. —Escuchó a su espalda. «Ay, Dios. Hasta escucho sus reproches en mi mente», pensó irritada. Sonrió masajeando sus sienes sin abrir los ojos. De alguna manera le gustaba imaginárselo acompañándola, aunque fuese solo en su cabeza.

—Kassy, por favor. Sabes que tenemos que hacerlo —dijo Kilian posando su mano en el hombro de ella, haciéndola saltar impresionada.

—Pero..., pero ¿Qué haces? —articuló con dificultad, al verlo sonreír asombrado.

—¿No me has visto sentado? —Señaló hacia el salón, divertido por aquella inesperada reacción.

—Desde este ángulo no se ve —explicó indicándole con la mano la disposición de la oficina. Ella lo observó con el deseo irrefrenable de saltar y resguardarse en su cuerpo, pero no podía moverse. Estaba tan nerviosa como una chiquilla.

Kilian asintió, la miró con toda la intención de ponerla nerviosa y lo logró. Cómo habían cambiado las cosas. Ella acostumbraba sonrojarlo con mucha facilidad; con una mirada, con un par de palabras. Ahora él lograba el mismo resultado sin proponérselo del todo. Era inquietante, pero muy satisfactorio.

Deseaba tomarla en sus brazos, sin reservas ni dudas. Sin embargo, el lenguaje corporal de esa mujer lo detenía. Era como si irradiase un campo de fuerza inamovible que lo disuadía en su propósito. Así que se limitó a hablar, esclarecer aquello que se le iba de las manos.

—¿Te satisface la resolución de la audiencia? —indagó con cautela, evitando cualquier indicio de discusión.

—Sí. Un año de alejamiento me parece satisfactorio.

—Me alegro. Hubiese querido estar allí para ti —confesó observando con detenimiento cada reacción.

Ella asintió, quería decirle tantas cosas. Sin embargo, no salían de su garganta sellada. Tenía dudas, muchas. Sentía miedo, demasiado.

—Necesito que seas honesta conmigo, Kassy, y seré muy directo al decirte lo que necesito saber. Tú...

—No, Kilian —interrumpió. Al notar sus ojos desorbitados y su desconcierto, aclaró—: Sé que quieres una respuesta sobre nuestra relación, pero no puedo. Al menos no sin antes saber qué harás si Anna despierta. No me gustan las sorpresas y quiero estar preparada en caso de que

quieras retomar lo tuyo con ella. Si la prueba de paternidad fuese positiva. —En la última frase se le quebró la voz sin poder evitarlo, era algo que podía pasar y al advertir que él callaba, se sintió sin fuerzas.

—¿Tú me quieres? —preguntó pensativo.

«Yo te amo, te adoro», pensó Cassidy, sin poder evadir el recuerdo de tantos momentos juntos.

—¿Y tú, me quieres? —preguntó evitando responder, como una cobarde.

—¡Yo te amo, mi dulce luna! ¿No ves todo lo que me desespera el no poder estar contigo? Como yo quiero, como nos merecemos —confesó iracundo. Se acercó en dos zancadas, resoplando sobre su níveo rostro. Ansiando su cercanía, sus besos, su cuerpo. Pero se contuvo, no avanzó más. Si ella no cubría el espacio faltante la dejaría en paz, aunque con ello muriese.

Allí se encontraba él, a escasos centímetros de su boca, y ella sin saber qué hacer para evitar un mal mayor a futuro. Solía saber cómo reaccionar en una situación como esa. Si su deseo la empujaba, permitía que el ardor la quemase y disfrutaba con ello en su época de estudiante y antes de formalizar las cosas con Roger. Pero con él, todo era distinto, pues su corazón estaba de por medio. Cerró sus ojos por un momento y al abrirlos despacio, lo decidió.

Kassidy se movió cual gacela, asegurando la puerta con el pestillo y halándolo con fuerza hacia el salón. Al tenerlo al frente se puso de puntillas. Era demasiado alto para ella, aún con sus grandes tacones. Con aquel ímpetu que solía permanecer entre ambos, se apoderó su boca con vehemencia y con su lengua se abrió paso en la de él. Su varonil gemido le provocó que se le erizara el cuerpo por completo.

Necesitaba recuperar un poco de oxígeno, por lo que le mordió el labio inferior y alzando la vista se separó de él. Lo empujó sobre el sillón largo y la confusión en su mirada la hizo sonreír. Sabía de primera mano que la felicidad era efímera, que su compañía podía acabar en un santiamén. Así que se debía a sí misma disfrutar el tiempo que durara.

Lo sujetó por la corbata acercándolo a ella y le devoró los labios nuevamente, con ansia de hacer evidente su respuesta, cuando el teléfono de su escritorio sonó solo una vez. Era la señal de Josh para avisarle que alguien iba a su oficina y que no le era posible anunciarlo como a cualquier otro visitante.

Gruñó fastidiada por la interrupción, se puso de pie ante aquel hombre que deseaba poseer y con una sonrisa lastimera le dijo:

—No te muevas de aquí, debo atender a alguien.

Kilian no se podía creer lo que hacía, esa mujer estaba loca. ¡Cómo lo iba a dejar así! La haló sin querer soltarla, pero su mirada lo convenció de que el juego se interrumpiría, quisiera o no.

La miró estirar su traje recomponiéndose a cada paso, soltando el aire contenido en sus pulmones y se irguió, movimiento que lo hizo reír. Ganándose una mirada reprobatoria de su parte.

—¡Roger! —Escuchó que su Kassy saludaba, tensándolo en segundos. Al escuchar la respuesta del hombre se dio cuenta de a quién se refería.

No pretendía esperar allí escondido como una criatura y, lo que tenían pendiente no podía suceder en ese lugar. Aunque no negaría lo excitante que sería, la quería para él, completa, sin limitaciones de tiempo o espacio. Decidido se puso de pie por un buen rato, hasta que su deseo por aquella excéntrica mujer fue menos evidente.

—¡Roger Cole! Siempre es un placer —saludó momentos después, sonriente, sorprendiendo al viejo con su aparición.

—Lo mismo digo. —El mayor asintió percatándose del leve sonrojo en ambos y sonrió para sí.

—Señorita Evans, la espero esta noche para ponernos de acuerdo con esos cambios que me ha sugerido —culminó tendiéndole la mano, cuando ella extendió la suya sin saber que más hacer, él

se inclinó dándole la espalda al otro. Mordió el dorso de la mujer y culminó rozando con la lengua aquella mordida, logrando que a Cassidy se le humedeciera algo más que la boca y se sonrojara por completo.

Sin mirar atrás, Kilian salió de esa oficina con una sonrisa radiante. Esa noche prometía..., prometía mucho.

Capítulo 25

Kilian salió optimista de la oficina de una Kassidy perturbada. Por fin su vida, su historia junto a ella, estaba dando un giro positivo y al parecer, definitivo. La sombra de Roger Cole hijo ya no existía más y el beso que recibió minutos antes era su luz verde para llevar a cabo sus planes.

Josh se encontró con él apoyado en la puerta con aquella actitud desenfadada y pletórica que no podía ni quería ocultar ante nadie. El asistente recibió de su parte los datos de uno de sus empleados en el taller. Este le entregaría el juego de llaves de un auto para que Kassidy pudiese movilizarse con libertad.

Candace recibió su llamada y como esperaba, fascinada, aceptó y dijo que lo apoyaría en lo que le pedía.

Después llegó a su floristería favorita, iba a corroborar el pedido del enorme arreglo floral que había solicitado para la mañana siguiente. Desde que Kassy regresó a la ciudad, Megan, la dueña del local, hacía llegar sus tulipanes favoritos al lugar donde se encontrase cada martes de cada semana. La mujer se convirtió en una gran amiga con el paso del tiempo, a pesar de la diferencia de edades. Fue ella quien le enseñó el significado de los colores en las flores y se emocionó casi tanto como él el día que decidió salir de su anonimato ante su amada.

Al verlo entrar con semejante semblante, un grito de festejo se escuchó en el local haciendo reír a otros clientes que ya la conocían por su efervescente personalidad. Ella nunca lo había visto tan feliz.

—¿Por fin? —preguntó la mujer después de darle un fuerte abrazo.

—No lo sé, Megan, no sé si es el mejor momento. Pero no quiero esperar más.

—Te doy la razón, muchacho. Si te soy sincera, tú eres demasiado paciente para mi gusto. —El comentario los hizo reír a ambos.

—Quizás ese ha sido mi gran error con ella.

—Muy pronto lo sabrás —dijo guiñándole un ojo—. Si todo sale como esperamos, de mi cuenta corre las flores para ese día especial. Te suplico que no tardes más.

—Te agradezco, Megan. Por todo. —Se despidió de ella sonriendo por las ocurrencias de la mujer. Aunque en el fondo, deseaba más que nadie que aquellas palabras se hiciesen realidad lo antes posible.

Confirmó la reservación que había hecho horas antes en *Beckta Dining & Wine*, el restaurante favorito de ella, y condujo al apartamento que tenía en el centro. Lo utilizaba cuando salía demasiado tarde del trabajo y no se le antojaba llegar a casa o necesitaba privacidad. Al terminar con los preparativos pendientes allí, se fue hacia su hogar junto a Mary por la pieza faltante.

Al entrar a la casa resopló al encontrársela en plena faena en el lugar aun cuando contaban con ayuda para ello. La saludó con un cariñoso beso en la frente y la haló hacia la biblioteca. La llevó hasta el sofá a que tomara asiento y se quedó de pie, observándola en silencio. Atreviéndose al fin a confesar su plan.

—¡Llegó el día, mi adorada Mary!

La mujer no reaccionaba y eso lo puso nervioso, repitió la frase y ella seguía en silencio.

Mirándolo, como si le hablase en un idioma desconocido para ella.

—Mary, ¿no me dirás nada? ¡Pero, mujer!...

—Hijo mío, ¡por fin! —La anciana lo interrumpió lanzándose a él en un fuerte abrazo, llorando. Casi tan feliz y nervioso como él.

—¿Pretendías matarme de un susto?

Sin responder a su pregunta, lo tomó de la mano y lo llevó hacia su habitación. Kilian conmovido al verla reír y llorar a la vez, simplemente la siguió.

Cuando estaban dentro, ella tomó un pequeño cofre, extrajo un estuche alargado color negro y se lo entregó. En él había una sortija preciosa de oro blanco; dos manos rodeando un corazón de diamante corte princesa, complementado con una corona de oro.

Kilian lo reconoció de inmediato, sus ojos se llenaron de lágrimas sin derramar. Perteneció a su abuela, el anillo que su madre nunca quiso usar.

Mary le extendió un sobre, le dio un beso en la mejilla y un par de palmaditas en su hombro.

—Te veo abajo —dijo la anciana con una pequeña sonrisa, intentando no llorar más frente a él.

Kilian abrió el grueso sobre. Dentro de él había una pulsera de mujer, sencilla, con el mismo símbolo del anillo en oro blanco y junto a esta, una hoja de papel color marfil. Recordó la afición de su abuela por escribir, pero se sorprendió al desplegarla y encontrarse con la elegante caligrafía de su abuelo. Sin poder contener el llanto, leyó su contenido alejando las lágrimas de sus ojos:

¡Hoy es el gran día, Kill!

Si estás leyendo esto, es porque al fin tuviste el valor de declarártele a la chiquilla de ojos miel que hemos visto crecer a tu lado y no puedo sentirme más orgulloso.

Esta noche acabamos de despedirlos frente a la puerta antes de que se fueran a su graduación y los tres coincidimos en que se veían perfectos juntos. Después de las palabras de Agatha y Mary, tu abuela y yo decidimos escribirte y explicarte este momento.

Si no tenemos la fortuna de verte a su lado y decírtelo de frente, es porque nuestro momento en este mundo acabó, pero usaremos este medio para desear que disfrutes la dicha de vivir en pareja, tal y como nosotros lo hemos hecho a lo largo de estos años.

Queremos que sepas que no es fácil ocuparse día a día de otra persona, pero si es el indicado para el otro, lo harás con gusto. La felicidad en una pareja no es algo que simplemente sucede, debe crearse.

Hijo, con el tiempo aprendí, que una mujer necesita más que dulces momentos a tu lado. Ella necesitará que le brindes comprensión, serenidad, equilibrio, afecto, ternura, placer y diversión, tu presencia para dialogar, tu confianza en sus relaciones sociales y familiares, pero sobre todo, tu apoyo en sus proyectos como individuo. No necesito decirte que debes ser siempre honesto, porque lo has sido desde niño.

Si ella sigue igual que como la conocemos, sé que no habrá sido sencillo para ti llegar a este punto y abrir las puertas de su corazón. Tu adorada Kassy es tan parecida a tu abuela que, debo confesarte que tampoco fue fácil para mí convencerla de aceptarme. Te aconsejo que te cerciores de elegir el momento adecuado. Con estas mujeres, apresurarse es fallar. Si es el momento, su tacto será firme, sus besos te lo dirán y en sus ojos, no verás sombra alguna de duda. Saben lo que quieren y si ella es la indicada, tú también lo sabrás.

Sé feliz, vive, mantén las tradiciones de tu abuela y cuida a esa criatura inquieta como lo hicimos a tu lado por tanto tiempo. Siempre serás nuestro orgullo.

Te queremos.

Arthur & Ágata

Kilian bajó hasta caer arrodillado frente a los brazos de Mary. Ella acunó su rostro como cuando era un niño y lloraron juntos. Recordando a aquella pareja que apareció en la vida de ambos en diferentes épocas para la misma causa; salvarlos y darles cariño.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —reclamó Kilian alejándola un poco mientras secaba su rostro.

—¿Y perderme este momento? —bromeó ella, revolviéndole el cabello. —Déjame decirte que me han mantenido en vilo todos estos años entre ambos. Cuando se separaron, cambiaron tanto que pensé que ibas a quedarte con...

—No, Mary. Nunca he visto a nadie más como mi compañera.

La mujer asintió ante su respuesta y le tomó el rostro para darle un beso en la frente.

—¿Estás seguro, mi niño? ¿Crees que este es el momento?

—Lo creo —dijo Kilian soltándose de su agarre y dándole un beso en la cabeza. Le dio la espalda por un segundo tratando de acompañar su respiración.

Aquella reacción no le gustó a Mary, pero jamás se opondría a su felicidad. Y si de algo estaba segura, era que Cassidy podía ser capaz de eso y más.

Un par de horas después, Kilian estaba sentado en el restaurante, moviendo su mano derecha sobre la mesa sin parar. Vio su reloj tantas veces que incluso le pareció que el tiempo no transcurría. Cuando iba a consultarlo nuevamente, llamó su atención la dirección que tomaba el *Maître*, pensó que ella había cancelado la cita, pero el hombre cedió el paso a quien venía atrás con una floritura un tanto exagerada y la vio.

Kassidy era un mar de nervios, se lo veía en los ojos, pero iba preciosa con ese vestido y con el cabello recogido mostrando una de sus partes favoritas; su cuello.

Se puso de pie para recibirla y no pudo evitar estrecharla firmemente entre sus brazos al saludarla. Ella tembló a su tacto y después de saborear sus labios y notar sus ojos cerrados, él estaba encantado con cada una de sus reacciones.

—¿Qué sucedió? —preguntó sonriendo al tomar su asiento después de ayudarle a acomodarse, tratando de disimular sus propios nervios por todo lo que tenía preparado esa noche. Notó que se llevaba el cabello humedecido.

—No me decidía a entrar.

La sinceridad de su respuesta y la velocidad de la misma lo dejó sin aliento. ¿Acaso le iba a hacer otra vez lo mismo? Rogaba al cielo que esa noche fuese la excepción.

—¿Deseas irte? —Se atrevió a preguntar. Lo menos que quería era forzarla a estar a su lado. Ante su negativa, respiró aliviado intentando retomar su objetivo, aunque tenerla frente a él se lo hiciera difícil al poner a prueba sus nervios. Aquel vestido color verde esmeralda le sentaba de maravilla. Candace era fenomenal, se lo agradecería después.

—Gracias por el auto —dijo Cassidy interrumpiendo sus pensamientos—. Candace me llamó y me obligó a vestirme así. Pero pensé que nos veríamos en otro lugar para saldar lo que dejamos pendiente.

El vino se le quedó atorado en la garganta. Esa mujer lo mataría de una forma u otra. Solía ingeniárselas para dejarlo fuera de base y le complacía hacerlo sentir como un novato.

Tosió un par de veces haciéndola reír y cuando se disponía a responderle a aquella pequeña atrevida, una voz chillona los interrumpió, erizándole el vello del cuello ante lo que podía deparar la dueña de ese horrible sonido.

—¡Vaya, Vaya! Evans y Fox juntos como en los viejos tiempos. ¿Dónde dejaron a Candace haciéndoles el mal tercio?

—Sindy —saludó sonriente Kassidy dejándolo pasmado. Ellas se odiaban desde que la rubia había sido descubierta hace años en la cama de un Kilian adolescente, aunque demasiado alcoholizado como para reaccionar ante su desnudez.

—¡Qué casualidad! ¿No te parece Jack? ¿Qué dicen si nos unimos para recordar nuestra amistad? —dijo moviéndose con sensualidad en dirección a Kilian. No era un secreto que Sindy aún albergaba esperanzas de estar a su lado, la persecución había durado demasiado tiempo para que pasase desapercibida ante todos los que los conocían.

El sonido del teléfono de Kilian interrumpió el avance de la pareja y él se apresuró a responder:

—¿Estás seguro? Vamos en camino, no te preocupes. —Kilian se levantó precipitado, tomó con fuerza la mano de Kassidy y se despidió a medias de ambos—. Lo lamento, se nos ha presentado una emergencia. Lo dejaremos para otra ocasión.

Kilian le hizo una señal al *Maitre* para que cargara los gastos a su cuenta y este asintió divertido al notar la premura con la que salía la pareja.

Las carcajadas de Kassidy no se hicieron esperar al empujar la puerta de la salida.

—La verdad, no creía que aún funcionaran las autollamadas —dijo Kilian riendo junto a ella, elevó los hombros y se acercó despacio mientras esperaban que el *valet* les entregara su auto.

—Nunca me imaginé que eras ese tipo de persona. —Se dejó envolver por sus fibrosos brazos.

—¡Oh, claro que lo soy! —Le besó el cuello con suavidad para luego acomodarle el abrigo—. Y esta noche en especial, no iba a permitir que nadie la fastidiara.

—¿Y qué tiene de especial esta noche, Fox? —ronroneó en el oído del hombre provocándolo, a él le encantaba que dijera su apellido en ese tono provocativo.

—A partir de esta noche, serás solo mía, *ma douce lune*.

Capítulo 26

Kassidy estaba decidida a disfrutar lo que la vida le ofrecía. Sopesó las palabras de él y se sintió con el valor suficiente de demostrarle lo que significaba para ella. Había llegado el momento con el que soñó por tanto tiempo y pensaba saborear cada instante a su lado. Tomó las llaves de la mano del joven *valet* y sonriendo, volteó hacia Kilian para decir:

—Hoy, guiaré yo y te aseguro, que tendrás una gran noche.

La promesa que salió de su boca provocó esperanza en el pecho de Kilian. Por fin tenía a su lado a la mujer que por tantos años deseó, ahora todo cambiaba a su favor. La dicha lo embargó y no pudo contenerse, cuando Kassidy bajaba la acera para ir a la puerta del conductor, él le haló la mano aprisionando su delgado cuerpo entre sus brazos, contra su torso, inhalando su delicado aroma a fresas.

—Quisiera llevarte siempre dentro de mi pecho, mi dulce luna. —Besó su cabeza y acarició su cabello, deleitándose con aquella sensación de plenitud, de sosiego que tanto necesitó por años y que ahora tenía consigo. Su Kassy dispuesta a permanecer junto a él, para el resto de sus vidas.

Kassidy se paralizó, quería llorar y pedirle perdón por el daño que causó en ambos, por el tiempo desperdiciado y, sobre todo, por no ser capaz de expresar la necesidad que tuvo de tenerlo cerca y disfrutar con él. Intentó separarse de su firme agarre, pero Kilian no se lo permitió, la sujetó un poco más fuerte y eso hizo que ella se relaja y se convenciera de que ya nada de eso importaba ahora. Estaban juntos, como anhelaban y ya todos esos penosos momentos no tenían sentido, sobraban las disculpas. Era momento de saborear la vida a partir de ese instante.

Kilian sonrió al sentir los brazos de Kassidy alrededor. Este era su momento, su noche. Inclino su rostro y con una de sus manos le sujetó el mentón con suavidad elevándolo en su dirección, quería saborear la dicha plenamente y esos labios rosados se la entregarían a raudales.

Sus bocas se unieron con intimidad, ofreciendo rendición el uno al otro, mostrando con ello que desde esa tarde lluviosa en la que se vieron por primera vez siendo unos jovencitos, estuvieron destinados para estar juntos y que, sin importar el pasado, su futuro estaba allí, con sus corazones palpitando simultáneamente. Un leve gemido de Kassidy los hizo volver a la realidad y percatarse de que estaban a la mitad de la calle, besándose como colegiales sin un ápice de pudor, con los ojos cerrados y deseosos de más.

Ella se aclaró la garganta y retomando el oxígeno perdido sonrió tímidamente. Acción que imitó Kilian al darse cuenta de lo que en realidad deberían estar haciendo en ese momento. Kassidy alzó su dedo índice y negó con el mismo, burlándose de la situación y mostrándole las llaves, se separó dando un paso hacia atrás.

—Vamos, Fox, que la noche es joven —dijo girando sobre sí misma y entrando al auto tan rápido que no le dio oportunidad de ayudarla a subir.

Él dio la vuelta y ocupó el asiento del copiloto con una sonrisa que parecía indeleble, dispuesto a ir al infierno si era a su lado. Esa noche estaba siendo la mejor de su vida.

El trayecto fue realmente corto, apenas cruzaron un par de palabras en los siete minutos que le tomó estacionarse en la línea de la Galería de Arte. Se bajó del auto y cruzó la calle. Kilian

conocía la personalidad directa de Kassidy, pero jamás se le ocurrió que fuese ella quien tomara las riendas de la situación, aunque eso implicaba que sus planes debían esperar.

—¡Kassy, espera...! —dijo Kilian reaccionando y bajando del auto tras ella—. ¿Qué hacemos en *Novotel*? —Justo después de formular la pregunta, escuchó la carcajada de Kassidy que iba a unos pasos delante de él, dándose cuenta de lo estúpido y desesperado que había sonado.

Los tacones de Kassidy resonaban con el contacto del asfalto y para él era la vista más perfecta que podía obtener. Ella siguió caminando y de pronto se detuvo, giró el cuello y con una seductora sonrisa preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—¿Qué, qué...? —titubeó, no es que no supiera qué quería, pero Kassidy era tremenda y si su respuesta no era la correcta perdería mucho terreno. Lo sabía.

—No te pongas así, tú dijiste *Novotel*. —Señaló el edificio que tenían a unos pasos—. Y yo, te traía a *The Albion Rooms*..., a comer.

El rostro descompuesto de Kilian provocó otra carcajada en ella que no pudo contener, lo que la hizo estrepitosa. Se acercó a él para desordenarle el cabello en un acto juguetón. Aunque él fue más veloz y se dio por bien servido con un beso ansioso que duró más de lo que debía, con la plena disposición de Kassidy.

—Ese no es problema, cenamos y luego seguimos comiendo —susurró Kilian cerca de su boca, sorprendiéndola con su arranque de seducción directo. Únicamente pudo asentir, mostrándose vulnerable ante él por un par de segundos. Amaba eso de ella; era tan transparente. Lograr esos momentos, para él eran la gloria. La forma en que se movía junto a sus besos era fiel indicio que lo deseaba de igual manera.

Se tomaron de la mano y entraron al local. A Kilian no le sorprendió el que la saludaran a cada paso que daba y por un breve momento se sintió avergonzado por pensar que ella quería llevarlo a una habitación antes de ir a cenar, pero ¿quién lo culparía? En ese restaurante ubicado bajo el hotel fue donde Kassidy trabajó algunos veranos para pagarle a su abuelo parte de su colegiatura, acción con la que se ganó el respeto y consideración de su familia. Al ubicarse en Cole y Asociados, se hizo famosa en su antiguo empleo por conseguirle buenas prácticas laborales al personal que estudiaba el último año y trabajaba allí y así, mejorar su futuro. La adoraban, casi tanto como él.

La cena fue deliciosa, relajada, llena de mimos y caricias, pero no tan íntima como hubiesen querido. Al llegar al postre las miradas de deseo iban y venían sin barreras, aunque ninguno se atrevía a hacer un movimiento que indicara que la velada había acabado y que era imprescindible salir de allí. La camarera les ahorró el trabajo llevándoles la cuenta y Kilian dio paso a las risas de la chica y de Kassidy al reaccionar demasiado pronto entregando su tarjeta y ruborizándose en el acto.

Al salir del restaurante, el frío los recibió de nuevo. Kilian se acercó a Kassidy intentando protegerla del clima, pero cada roce por inocente que fuese, provocaba lo contrario en ambos. Sus respiraciones habían cambiado y la premura de sus movimientos lo decían todo. Kassidy intentó abrir el auto, pero Kilian le quitó las llaves de la mano.

—Lo lamento, *mon amour*. Así como estoy, no te puedo dejar conducir. Debo ocupar mis manos en algo que no seas tú..., por el momento.

A Kassidy se le erizó el vello del cuello al escuchar su tono insinuante cerca de su oído y accedió a entregárselas. Lo que ella no dijo, es que tenía exactamente el mismo problema. Sentirlo pegado a su cuerpo y evidentemente excitado acababa con el autocontrol ejercido durante toda la noche.

Cruzaron la calle desolada y subieron al auto. Ambos se quitaron los abrigos y se dirigieron al mismo botón para activar la calefacción. Ese simple roce activó la adrenalina y aniquiló la prudencia. Ella se posicionó sobre él sin pensárselo más, subió su vestido hasta las caderas, un trabajo titánico debido al largo y grosor de la prenda. Kilian en su intento por ayudar, tomó el cierre que iba al lado izquierdo desde el nivel de sus senos a su cadera y lo rompió sin pudor alguno. Sus respiraciones entrecortadas y la impaciencia los tenían prisioneros y sucumbieron ante ellas con arrebato.

Kassidy soltó su cinturón con agilidad y el broche del pantalón no fue impedimento alguno para llegar a su objetivo. Tomó de la mano de él el preservativo rompiendo su envoltorio y colocándoselo con una maestría inesperada por ambos.

Kilian jamás se había atrevido a hacerlo en un auto o de lo contrario habría salido en las portadas de varias revistas de chismes, pero ahora era tanto el morbo que sentía, que sumado al vaivén de Kassy no podía pensar con claridad y tampoco quería. Eran dos cuerpos acompasados, tratando de mostrarle al otro todo lo que sentían. Besos candentes que incineraban cada uno de los malos momentos vividos, caricias que erizaban al receptor de las mismas, frases apenas perceptibles que volvían más sensible al que escuchaba. Los jadeos se hacían audibles incrementando la osadía y entre gemidos y sudor. Incrementaron la velocidad de sus movimientos, en un intento desesperado por sentirse más y mejor. Él empujó con garbo y ella lo recibió con gemidos de satisfacción. Una exclamación al cielo hecha al unísono dio por concluida aquella danza llena de pasión.

Un par de minutos pasaron sin sentirlos mientras controlaban sus respiraciones. Kassidy recibía mimos tiernos de parte de Kilian en la espalda y su cabello. Un beso después y de nuevo la temperatura de ambos estaba a tope. Él exhaló profundamente y las luces de un auto aproximándose iluminaron el rostro de ella. No había ningún lugar mejor en ese preciso instante para estar juntos, pero si seguían allí, sus planes se alterarían y no quería llevarla exhausta.

—Kassy, es mejor que nos detengamos. Debo llevarte a un lugar...

—Debimos rentar una habitación aquí mismo —dijo bajándose de su regazo y sentándose en el otro asiento—. No quiero ir a tu casa, Kilian.

El tono que escuchó Kilian lo hizo sonreír. No la distinguía bien bajo la débil iluminación, pero podía adivinar ese gesto de frustración que vio tantas veces al no conseguir lo que deseaba. Sin decir nada, sacó un paquete de toallitas húmedas y se los ofreció para higienizarse un poco.

Condujo por un par de calles más y llegaron al estacionamiento del lujoso edificio de apartamentos. Cuando eran adolescentes hablaban de lo mucho que les gustaba el edificio y que al convertirse en profesionales, serían vecinos. Un silbido suave y una sonrisa de reconocimiento, lo hicieron sentir satisfecho de sus logros, pero a la vez, se dio cuenta de cuánto tiempo se habían comportado como unos niños.

—¿Cuál es el tuyo? —preguntó Kassidy sacándolo de sus pensamientos y saliendo del auto con su ayuda.

—El *penthouse*... No quería vecinos —respondió con una sonrisa ladeada, fingiendo humildad. Entró de su mano al ascensor y deslizó con la otra la tarjeta de acceso por el escáner.

—¿Ah, sí? Pero ese no era el plan.

—No, mi plan original era que para entonces ya vivieras conmigo —susurró acercándose un poco más—, y olvidarnos del mundo. Justo como ahora.

—Claro, olvidarnos del mundo. ¿Incluyendo tu teléfono? No ha parado de vibrar desde la cena.

—Así es —dijo sacando el teléfono de su chaqueta y apagándolo frente a ella—. Solo es Max, podrá vivir sin mí por unas horas.

—¿Unas horas?

—O días... Lo que prefieras.

Las risas no se hicieron esperar, Kilian quería hacerla suya de nuevo, justo allí. Pero no expondría a su Kassy ante las cámaras de seguridad del edificio. Se conformó con darle besos en el cuello y ayudarle a cubrir el desgarré que le había hecho a su vestido, que afortunadamente no era tan notorio gracias al abrigo. Sin embargo, el saber que iba a medio vestir lo impacientaba cada vez más.

El sonido de llegada lo alertó y pudo notar una pizca de nerviosismo en ella. Sus mejillas estaban sonrosadas gracias al frío y el ejercicio previo, haciéndola más sensual ante sus ojos, su aroma estaba mezclado con el suyo lo que provocó que su deseo se impusiera aún más si es que eso era posible. Al abrirse las puertas del ascensor, la cargó sobre su hombro y el grito de sorpresa que emitió seguido de sus carcajadas, le infundió el doble de valor para lo que haría. Cruzó la estancia con velocidad y subió las gradas a su derecha, la bajó con cuidado y mientras recuperaba el aire, se deshizo de la ropa de ambos. Colocando sus piernas alrededor de él, la sujetó entre sus brazos y luego se lanzó dentro de la piscina climatizada.

Cuando Kassidy emergió, notó que también había cumplido con ese detalle. Mientras nadaba en la profundidad se encontró con el fondo acristalado. Vio el salón blanco y negro del otro lado en el piso inferior, el que ella le dijo que quedaría bien en un lugar como ese. No sabía cómo reaccionar; esos eran sus sueños de jóvenes siendo materializados y le sorprendió que lo hubiese recordado.

—¿Te gusta? —indagó Kilian sonriendo al descubrir su expresión y señalándole la orilla para salir.

—Sabes que sí. —Le dio la mano cuando él se puso de pie fuera de la piscina, pero no la tomó.

—Que si te gusta lo que ves —repitió, mostrándose en todo su esplendor y provocando que se pusiera roja como nunca antes.

Sorprendiéndolo como siempre, respondió:

—Si no me gustara el recipiente, te aseguro que no estaría aquí.

—Eres una superficial —respondió fingiendo indignación, yendo hacia una ducha abierta cerca de la piscina para quitarse el cloro de la misma y luego, cubriéndose con una toalla.

—Yo no salía con modelos diferentes cada mes, ni posaba con ellas para la publicidad de los autos.

—Ese era trabajo, nada más.

—Claro, se te notaba el esfuerzo cada vez que le tocabas el trasero a una —reclamó mucho antes de pensar en la fuga de información que estaba brindando. Esos detalles los conocía gracias a Candace y no quería involucrarla. También de las revistas, que parecían obsesionadas con lo poco que se sabía de su vida.

—Lo siento, Kassy, pero debo confesar que ellas me tocaban a mí. ¿Quieres decirme qué le ven a mi trasero? No tiene nada especial —contestó ignorando la afrenta. No valía la pena discutir por el pasado. La ayudó a salir y cuando se dio media vuelta, un azote le escoció el glúteo derecho. No podía creer que ella se hubiese atrevido a golpearlo. Sus carcajadas eran música para sus oídos. Cuando ella imitó sus movimientos en la ducha, se acercó con una toalla y la secó rápidamente mientras intentaba escapar. La tomó entre sus brazos y la recostó en una enorme tumbona negra.

—Eres perfecta, Kassidy Evans.

—No digas eso, nadie es perfecto. Notó su mirada oscureciéndose mientras la recorría entera.

—Lo eres, porque eres mía, siempre lo has sido, aunque no hayamos estado juntos en todo este

tiempo. Mi corazón te ha pertenecido desde que te conocí. Te juro...

—No, Kilian, no me jures. Esta noche no habrá promesas, solo seremos tú y yo, como nunca nos hemos permitido estar. Ya mañana hablaremos.

Él asintió a regañadientes, pronto amanecería y se lo propondría de manera adecuada. Se acercó depositando un beso en su frente, en sus ojos, sus mejillas, su cuello, sus hombros. Recorrió cada centímetro de su piel con la paciencia que había deseado; sin premuras, sin reloj.

—Te deseo —murmuró Cassidy separando sus piernas y recibéndolo con un jadeo al sentirlo dentro.

—*Mon Amour*, poseerte es tocar el cielo y el infierno a la vez. —Logró responder ante el cúmulo de sensaciones que ella despertaba en él al aprisionarlo en su interior.

Las horas pasaron y el deseo no menguaba. Besos y caricias compensaban la acción antes de recobrar fuerzas. Se trasladaron a la habitación para iniciar de nuevo. Eran insaciables y el momento lo ameritaba.

Cuando el cielo del mediodía iluminó en todo su esplendor, Kilian despertó sobresaltado. Pero la calma volvió al percatarse de la dulzura que emanaba su Kassy al dormir. Sí, era toda suya y él se encargaría de que fuese así por lo que les quedaba de vida.

Capítulo 27

Kassidy abrió sus ojos con pesadez y los cerró poco después sintiéndose confundida. Volvió a efectuar la acción anterior para confirmar que no soñaba. En efecto, la habitación en la que despertó se encontraba repleta de arreglos con tulipanes todos rojos, excepto el que tenía justo enfrente que resaltaba por su tamaño de casi metro y medio de altura y por su color: blancos, sus favoritos. Sonrió pensando en lo loco que estaba Kilian como para planear algo así por ella.

En la mesita de noche al lado derecho, vibraba su teléfono con insistencia y se sorprendió al descubrir tantas notificaciones de la misma persona. Candace también estaba loca. Decidió no leerlos e ir a tomar una ducha, aunque una gran parte de ella quería poder conservar el aroma de ese hombre por más tiempo en su piel. Los recuerdos de unas horas antes le vinieron en tropel provocándole una sonrisa de satisfacción. Por fin estaban juntos. Se había acabado el anhelar, los obstáculos, los malentendidos.

Se acercó al enorme espejo dispuesto en el baño y una vez más, sonrió como una niña. «¿Este hombre puede ser más perfecto?», se preguntó embobada, observando todos sus productos de higiene perfectamente acomodados junto a los de él, como si ese hubiese sido su lugar desde siempre. Todas sus pertenencias estaban allí, incluida su crema dental preferida y su cepillo de dientes. Al salir de la ducha, se dirigió al armario de Kilian y su interrogante fue respondida. También una parte considerable de su ropa estaba acomodada por colores, igual que la de él. Eligió un atuendo relajado de *jeans* y una blusa holgada para bajar.

Seguramente estaría trabajando. El sentido de responsabilidad era algo que compartían. La puerta del estudio se encontraba a medio entornar y por un instante pensó pasar de largo para desayunar antes de saludarlo, pero la voz de Candace la hizo detenerse.

—¡Tienes que decírselo ahora! Es un tema que deben resolver juntos. —El tono autoritario de su amiga activó sus alarmas.

—No soy capaz, Candy. ¡Maldición! Es tan retorcido, parece que estamos destinados a no estar juntos jamás.

Kassidy no sabía si interrumpir la conversación o fingir no haber escuchado y seguir disfrutando de lo que fuera que había pasado horas antes entre ellos. Tomó una bocanada de aire y giró sobre sus talones hacia la cocina. Estaba consciente de estarse comportando como la mujer más cobarde al huir, pero se tragó el orgullo y siguió su camino. No le sorprendió encontrarse con una bandeja de comida fría, dispuesta a la perfección con un jarrón pequeño portando un tulipán rojo y uno blanco. Seguramente Candy llegó mientras él planeaba llevarle el desayuno a la cama.

Las dudas reptaban hacia su pecho y no podía eludirlas. ¿Qué había cambiado en tan pocas horas? Muchos rostros llegaron a su cabeza con diversos escenarios y dificultades por sortear; Roger, Mary, Candace, México..., ella misma. Claro, también era posible que Kilian se hubiese acostado con ella solo para asegurarse de ya no sentir todo lo que decía. Sin embargo, sus palabras anteriores y el despliegue floral arriba dejaban sin validez esa idea.

¿Y si lo confrontaba? No, no estaba segura de salir ilesa después de la humillación de no saberse suficientemente buena para él.

¿Y si se ponía digna? Sí, podía aparentar quedar completa ante sus ojos azules, esos que lograban derribar murallas en su corazón.

Negó con la cabeza intentando de esa forma alejar sus temores. Por absurdo que pareciese, quería disfrutar hasta el último instante posible de él. Era vergonzoso, lo sabía. Pero deseaba mantener en su memoria su mirada, sus besos, su piel, su aroma, su pasión, su deseo... y una vez aclarado todo, se conformaría con eso. Se aseguraría de despedirse de él y su recuerdo, llevandoselo tatuado en el cuerpo y en el alma. Debía cerrar ese ciclo y su historia con él definitivamente. Un beso en el hombro y su cercanía, interrumpieron con rudeza sus pensamientos.

—Buen día. No sabía que ya habías despertado —susurró Kilian cerca de su oído, causándole una punzada en el estómago y no fue capaz de responder, debido al nudo que se había formado en su garganta—. Candace te trajo esto. Acaba de irse. —Colocó su maletín de trabajo y el estuche de su *laptop* sobre la encimera y, luego con destreza deslizó ambas manos desde sus senos hasta su cadera de una manera tan posesiva y erótica que la hizo jadear. La acercó a su cuerpo para hacerle notar su erección y la respiración de ambos se volvió cada vez más densa.

El suspiro de Kilian la tomó por sorpresa y, más aún, cuando se alejó de ella rodeando el mueble de cocina y posicionándose enfrente.

—Lamento no haberte alimentado antes, pero preferí dejarte descansar —dijo después de otro largo suspiro. Los breves momentos que permitió que ella viera sus ojos bastaron para notar que había llorado, aunque sobre ellos predominaba el deseo, pues ese azul claro ya no estaba, dándole lugar a uno más oscuro.

—No me hables así —pidió sonriendo, intentando ocultar su desilusión. Luchando una batalla interna por no ser ella misma y acabar con la farsa.

—¿Así cómo? —preguntó turbado.

—Como si fuese tu mascota. —Avanzó hasta donde estaba él, sintiendo que esos escasos cuatro pasos se convertían en miles entre ambos corazones—. Quiero desayunar..., aunque no precisamente eso. Te quiero a ti. —Un gemido lastimero salió del pecho masculino, uno que resquebrajó la seguridad de Cassidy, pero debía ser fuerte y cumplir con ella misma. Con ambas manos, lo haló de la camiseta que llevaba y poniéndose de puntillas deslizó su lengua a lo largo del cuello, deleitándose por la dificultad al tragar de su presa.

Kassidy no estaba dispuesta a dejar un espacio de piel sin recorrer, quería grabarse cada curva, cada músculo tensándose, cada lunar, cada sonido suyo. Él le ayudó a quitarse la camiseta y ella acarició con sus uñas desde sus hombros y su pecho, hasta llegar a su trabajado abdomen. Erizó sus pezones con su lengua y lo besó con lentitud bajando poco a poco. Deslizó su pantalón de deporte acompañado del bóxer, notando que el deseo por ella no había mermado ni un ápice.

—Kassy, no lo hagas —murmuró con un tono poco convincente que provocó en ella una sonrisa.

—Eres mío —respondió complacida ante aquella débil súplica.

—Siempre he sido tuyo, mi luna. Sin importar lo que pase, siempre lo seré. No dudes de mi amor, porque... —Se interrumpió con un fuerte gemido cuando aquella lengua de pecado se deslizó por toda la extensión de su miembro. Un beso en el glande y la succión de su líquido preseminal lo hicieron temblar por completo, perdiendo la noción del tiempo y el espacio al sentirse dentro de su tibia y húmeda cavidad.

Las delicadas manos se tornaron posesivas en sus caderas angulosas. Cassidy estaba dispuesta a marcarlo de por vida para que nunca se olvidara de su toque. Esas palabras que escuchó minutos antes cayeron como una lápida sobre su dignidad. «Me está dejando», se dijo en el momento en que lo escuchaba gruñir ante su contacto y presionarse para profundizar sus movimientos. De pronto, él intentó alejarse, pero no se lo permitió. Asiéndolo del trasero lo atrajo más, quería

tomarlo por completo, que no guardara espacio alguno donde ella no estuviera presente.

—Oh, Kassy, sí... Así, amor —gimió Kilian olvidándose del maldito mundo y el caos que lo esperaba fuera de esa burbuja. Era su mujer a quien tenía dándole placer como una experta. Suya, así la jodida galaxia y cualquier universo alterno les impidieran estar juntos.

Kilian quería gritar, llorar por su desgracia. Acabar con todo aquel que siempre truncaba su felicidad. Pero tenía claro que no lo haría. Regodeándose en su propia miseria, sabía que no era capaz de hacerse a un lado si de él dependía el futuro y el bienestar de alguien más, aunque con ello se sacrificase a sí mismo.

Allí estaba el amor de su vida, poseyéndolo con la devoción que no había tenido ninguna mujer antes con él, y solo podía pensar en las horas que le quedaban antes de enfrentarla. Deseaba tenerla abrazada hasta entonces y que ella aceptara su propuesta, pero la conocía tan bien que ya sabía cuál sería su respuesta. Era la reconciliación más deseada por un ser humano, el encuentro de dos almas que estaban creadas para complementarse y que aun así no podían lograr quedarse unidas.

Por unos instantes se perdió y no pudo pensar más. Las sensaciones eran abrumadoras tanto para su cuerpo, como para su espíritu. Fue la eyaculación más deliciosa y dolorosa que tuvo en la vida. Se debilitó con la sacudida y sus rodillas temblaron por la intensidad. Sobre todo, porque sabía que cada vez tenía menos tiempo al lado de su dulce luna, de su amor. Kassy se convertiría en su salvación o su condena.

Capítulo 28

Kilian no sabía cómo solucionarlo, se sentía un miserable. Horas antes se había desvanecido toda la esperanza y alegría del día anterior. Al levantarse de la cama que compartía con la mujer que amaba, tomó su móvil dirigiéndose a otra habitación para tomar una ducha y no despertarla. Salió del baño, se vistió, revisó sus correos y notó la exorbitante cantidad de llamadas y mensajes de su amigo Max. Intentó llamarlo, pero fue imposible, caía directo al correo de voz.

Escuchó el último mensaje de voz y con cada segundo que transcurría sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Su primer pensamiento recorrió veloz por el pasillo de su *penthouse* hacia la cama donde descansaba su Kassy. Se movió en esa dirección y se detuvo al abrir la puerta para observarla desde allí. Los ojos se le cristalizaron y el hueco en el pecho que había sentido hace años con su ausencia, se alojó de nuevo como regresando a su oscuro y tan bien conocido hogar. Ideas, planes, opciones llenaban su cabeza para al final llegar a la misma conclusión: debía hacerlo.

Su dilema no radicaba en los pasos a seguir, de eso estaba muy seguro. Sobre todo, tomando en cuenta la confesión de voz de su amigo: «no es mío», se repitió la frase una y otra vez en su cabeza. Su vacilación era por ella y su reacción al enterarse. Tanto tiempo anhelando esa imagen plasmada ante él, sentir su aroma en el ambiente y tener sus pertenencias entre las suyas, para nada.

Sonrió con sorna y rencor hacia la vida, el destino o con quién demonios estuviese tras su existencia. La dicha, el placer, la plenitud de unas horas se había convertido rápidamente en una porquería, otra vez.

Por un momento vaciló en su determinación inicial de contarle la verdad, lo que le llevó a marcar desesperado el número de quien sabía le daría una opinión objetiva.

Bajó las gradas y fue a la cocina a preparar el desayuno para su luna. Al menos intentaría disfrutar los últimos momentos a su lado por si reaccionaba como esperaba. Veía imágenes difuminándose en su cabeza con todo lo que deseaba vivir con ella. Planes que se venían abajo, conversaciones que quedarían pendientes, atardeceres sin su compañía donde tampoco sentiría su aroma a fresas, esos labios que no saborearía y ese cuerpo que no reaccionaría nunca más a su tacto.

—¿Dónde está el cadáver? —La voz de su amiga lo sacó de sus preocupaciones y giró sobre sí mismo viéndola confundido—. Si tienes mis llaves, tengo las tuyas —respondió ante la pregunta no formulada.

—¡Pero si nunca te las he dado! —exclamó más extrañado aún por verla dentro de su casa con aquella familiaridad que la caracterizaba. Notando el llavero que hacía unos años juró que había perdido en un bar con ella.

—Nunca dudes del poder de persuasión de una mujer, cariño —dijo sonriendo y deslizando la mano por su escultural figura desde los senos hasta su cadera.

Candace era una rubia preciosa, pero no podía verla como algo más que la hermana que nunca tuvo y ella, para su tranquilidad sentía lo mismo.

Kilian negó sonriendo, la abrazó con fuerza, dándole espacio luego al señalar el camino hacia el estudio sin soltarla. No había nadie más confiable, ni el mismo Max podía ser tan objetivo como ella.

—¿Desayunaste? —Candace asintió al notar que su amigo se detenía repentinamente y eso la hizo fijarse en la encimera.

—¡Vaya! —dijo zafándose de su agarre y tocando con la yema de sus dedos un par de tulipanes depositados en un pequeño frasco de vidrio. Estaban colocados sobre una bandeja, con un desayuno al lado bastante completo—. Kilian, deberíamos dormir juntos un día de estos. Me fascina que cocinen para mí. —Le guiñó el ojo, tomó un par de uvas de uno de los platos y le dio una fuerte palmada en el trasero antes de seguir el camino anterior.

—¡Hey! —Kilian sonrió y pasó el brazo sobre los hombros de su amiga para susurrarle cerca del oído:

—Sabes que siempre he deseado un trío con una rubia y una morena. —Su amiga le dio un codazo en el lateral del abdomen que le sacó el aire por un momento—. ¡Qué salvaje eres!

—Si no soportas eso, nunca podrás resistir en mi cama, cariño. —Ambos rieron por sus palabras y entraron al despacho.

—¿Y bien?

Kilian no sabía qué contestar exactamente para iniciar. Se movió nervioso hacia el bar a su derecha y se sirvió un *whisky* solo. Alzó el vaso mostrándoselo, pero ella negó ante el ofrecimiento. Se sentaron en los sillones de cuero y suspiró fuerte. Le contó sobre la llamada de su amigo y sus planes de irse fuera del país a «olvidar la traición de Anna». A su vez, le habló de su decisión y su temor más profundo: Kassidy.

Candace lo escuchaba con atención, pero se sentía impotente igual que él. Conocía a sus amigos desde hace mucho y esperaba tanto como Kilian que esta fuera la oportunidad que habían pedido a ese ser supremo, si existía y fuesen felices juntos de una vez.

—¡Tienes que decírselo ahora! Es un tema que deben resolver juntos —. Sabía que Kassidy no se lo haría fácil, pero apelaba a su amor por él.

—No soy capaz, Candy. ¡Maldición! Es tan retorcido. Parece que estamos destinados a no estar juntos jamás. —Su amiga tenía razón, aunque la cobardía lo superaba y lo admitía. Le daba pavor perderla.

—¡Ya, Kilian! Deja de compadecerte. Desde cuándo te das lástima a ti mismo. Supérenlo unidos. Mi padre puede ayudar con...

—¡No!

—¿No? —Candace lo vio extrañada—. Se supone que tienes que acudir a las personas más cercanas que puedan ayudarte en esta situación. No seas testarudo. Sabes que mi padre es...

—No. Ya tengo un abogado para esto. —Kilian suspiró. No quería involucrar a ningún conocido en este asunto y, cuantas menos personas allegadas se enteraran de las verdaderas razones, mejor. Notó la mirada de Candace, pero no quiso revelar ese detalle. Sabía que era capaz de golpearlo por semejante decisión. Incluso él dudaba. Sin embargo, recordar a esa inocente criatura le dio el valor. Ya encontraría el momento de hablar con Kassy. Era un hecho que no le sobraba el tiempo, aunque tampoco sería tan estúpido de acortarlo más. Ella se puso de pie y él la siguió hasta la puerta.

—Conozco el camino —dijo para darle un beso en la mejilla como despedida—. Dile que vine a dejarle eso. —Le señaló el maletín y otros objetos que reposaban sobre la otomana larga colocada en el pasillo—. Sé fuerte, amigo. Sabes que no estás solo y, si ella no lo comprende... —Se detuvo al advertir el gesto de dolor de Kilian, así que se limitó a abrazarlo con fuerza y le

dio un par de palmadas en la espalda. Pensó en que quizá tener un corazón tan grande como el suyo no era tan bueno después de todo.

El momento pasional en la cocina se alargó, Kilian se despojó de la ropa de su amada allí mismo y la hizo suya. Sin embargo, el deseo no menguaba, las gradas fueron testigos de sus arrebatos cuando se dirigían a su habitación y no llegaron a ese lugar hasta mucho después.

La tarde los encontró en la cama dándose besos llenos de posesión, necesidad y dolor. El calor era asfixiante, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a separarse primero. Ella sobre él moviéndose con cadencia, mientras él apoyaba su espalda en el respaldo, ayudándole a profundizar el encuentro.

Ambos tenían los ojos cristalizados y sus corazones latían desbocados. Las sábanas conservaban restos de sus fluidos por cada encuentro y él parecía nunca saciarse. Un gemido profundo y un gruñido se escucharon a la vez, dando por terminado una sesión más. Kassidy quiso moverse, pero él no permitió que lo despojara de su tibieza y la retuvo. La acercó a su pecho aún dentro de ella y le acarició el cabello con delicadeza.

—Kilian, ¿tomaste algo? —susurró ella arrancando una ronca carcajada del pecho masculino.

—Espero no tener que hacerlo por mucho tiempo, amor. Es lo que me provocas, ¿no te halaga saberlo? —preguntó mientras se movía dentro de ella suavemente, arrancándole un suave jadeo.

Kassidy rio sin atreverse a verlo a la cara. La había llamado «amor», ella quiso llorar y reír a la vez.

—¿Por qué tantos tulipanes?

Él se tensó por completo y su agarre se afirmó sobre su delgado cuerpo. No fue consciente hasta que ella se removió incómoda por la presión y aflojó sin soltarla. Tenía tanto miedo.

—Mi dulce luna, debemos hablar...

Las palabras más espantosas que había escuchado en la vida. Kassidy lo sabía. El fin llegaba sin dilación. Un nudo se alojó en su garganta y una lágrima corrió por la mejilla izquierda que estaba libre del pecho de Kilian. En su cabeza se libraba una batalla épica, pero el estómago del hombre que la tenía cautiva entre sus brazos rompió con la tensión en el ambiente haciendo un ruido espantoso como si de un rugido se tratase. Esto provocó carcajadas en ambos, se miraron sabiendo que esa sonrisa y esa mirada no volvería a ser iguales después de lo que tenían que conversar.

Usaron la bañera en silencio, únicamente prodigándose caricias y besos superficiales. Sucedió lo mismo mientras se vestían. Salieron del apartamento tomados de la mano, ausentes al mundo y en medio de sus propias cavilaciones.

A ella le vino estupendo el hecho de salir y encontrarse en un terreno neutral, fuera de la cama. Podría pensar con claridad.

En un principio, él se había negado, porque no quería darle espacio para huir y tampoco le parecía bien hacer una escena en la calle, así que la llevó a comer a un restaurante de uno de sus amigos. Pidió que cerraran el ala donde se encontraban y poder tener algo de privacidad.

Ambos comieron sin emitir sonido alguno, esperando, observando cada movimiento, cada gesto, cada mirada en el otro. La tensión era palpable. Kilian no dejaba de mover su pierna y girar su anillo en su mano derecha y Kassidy evitaba verlo a los ojos, mordiendo su labio en varias ocasiones. Él se acercó a su barbilla para liberar su boca del maltrato y ella esquivó su toque, acción que le lastimó sobremanera. Suspiró resignado, pues se dio cuenta de que no podía aguardar más.

—Mi Kassy —susurró dolido.

—Dímelo de una vez, Fox. —Kassidy hizo un gran esfuerzo por no llorar. Tomó aire en sus

pulmones y se sentó erguida, con actitud desafiante.

Su mirada cambió y él lo notó. Allí estaba aquella actitud altanera, que mantuvo durante los años que fingían odiarse; la que adoptaba al momento de hablar de negocios. Cómo aborrecía su maldita costumbre de querer protegerse de todo y de todos, incluso de él. Pero al pensarlo mejor, se percató de que era lo ideal, quizás así no lo odiaría tanto.

—No me mires así, por favor. Lo que tengo que decirte es delicado y necesito que me escuches. —Quiso tomarla de la mano que sostenía sobre la mesa, pero ella la apartó.

—Habla, te escucho —dijo cortante.

—Es Anna. —Kassidy frunció el ceño tratando de asimilar esa información. Lo que tanto temía se le presentaba justo en el momento en que pensó que todo mejoraría. La vida y sus ironías.

—Despertó, y...

Ella sintió que el aire le faltaba al distinguir la seriedad de su semblante y el cambio en su mirada. La decisión en ese azul que se oscurecía a cada segundo y por una extraña razón, casi adivinó lo que le diría.

—Es tu hijo —afirmó en un tono más fuerte del que pretendía. «¿Qué podía decirle!: ¿Recuerda lo que me prometiste? Te quedas con ella o conmigo. ¡Un hijo!, ¡su hijo!», pensó casi a punto de llorar.

Quería llorar porque sabía que no sería capaz de pedirle que eligiera. Deseaba reaccionar de tantas formas que a lo único que pudo atinar fue a ponerse de pie ante la expresión de desconcierto de Kilian.

—Kassy, hablemos. Necesito que me apoyes en esto. —Se puso de pie y le sujetó la muñeca con firmeza, impidiéndole el avance—. Solo será por un tiempo... Mira, podemos llegar a un arreglo. Pero, por ahora no puedo —dijo de manera atropellada, queriendo encontrar ese discurso que había preparado en su cabeza, pero que en ese momento sonaría tan estúpido.

—¿No puedes? Yo tampoco puedo, Kilian. Créeme, deseo que seas feliz con tu familia —dijo con la voz en hilo. No se permitiría llorar ante él. Lo había dicho. Un tiempo. Un arreglo. Sonrió y exhaló—. No olvides que siempre estarás en mi vida —culminó acariciándole una ceja y luego alejó con suavidad la lágrima que corría por la mejilla de su amado.

Capítulo 29

Kilian era consciente de que tenía que seguirla, rogarle hasta que ella comprendiera, obligarla si era preciso para que escuchara su plan. Sin embargo, se sentó de nuevo y pidió una botella de *whisky*. Cuando el licor de su primer trago se deslizó por su paladar, vio que Paolo Costa, el dueño del restaurante y su amigo de infancia, se acercaba a él con semblante contrariado, pero solo duró un par de segundos, ese típico aire desenfadado muy propio del italiano tomó lugar.

—¡Hermano! ¿Qué haces aquí? —La pregunta fue tan absurda que Kilian no pudo evitar reír con amargura y respondió:

—Muriéndome por dentro. —Señaló la botella con el licor y le indicó la otra silla para que lo acompañara. Paolo negó y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Gracias, amigo, pero preferiría irme con esa castaña que espera afuera en lugar de quedarme contigo. Supuse que ya habías logrado conquistarla. Si no te molesta, yo podría al fin... —La mirada envenenada de su interlocutor detuvo sus palabras, alzó sus hombros y con su mano derecha le señaló la salida para hacerle entender que perdía el tiempo.

Kilian no lo dudó más, caminó presuroso, casi cayendo en las últimas gradas, con el corazón acelerado. No podía creer que su luna seguía allí.

Salió a la calle en su búsqueda, pero la encontró desolada. Claro, se había ido, esa era su costumbre. No la dejaría escapar esta vez, el que se quedara un segundo indicaba que quería estar a su lado. Con una sonrisa inmensa entró de nuevo por su abrigo.

En el pasillo vio a su amigo que lo llevaba consigo, solo que se desvió unos pasos de él hacia una mesa cercana a un biombo que dificultaba la visibilidad de los que estaban de pie justo al lado. Paolo se inclinó galante a besar la mano de una mujer y Kilian reconoció ese tono de piel y la delicadeza de esa extremidad. Como un poseso se acercó, sin embargo, se detuvo de manera brusca al escuchar las palabras que salían de esa boca que lo volvía loco.

—Gracias, Paolo. Me iré de viaje unos días y a mi regreso te llamaré para ponernos de acuerdo.

—Salgamos todos juntos —añadió sonriente Kilian acercándose a ellos. Su expresión no podía estar más lejos de la amabilidad de sus palabras.

Paolo sonrió, conocía muy bien la obsesión de su amigo por esa menuda mujer desde que eran adolescentes y asintió cortés. Sabía el impacto que causaba en las mujeres y Cassidy no sería la excepción. Aún sosteniendo su mano, la miró intensamente con esos ojos oscuros que tenía y ella se removió nerviosa entre ambos.

—¿Cassidy Evans? —Un hombre alto y de voz profunda interrumpió el momento y ella se giró, como impulsada por una fuerza invisible. Lo que enfadó más a Kilian. La mujer caminó hasta el sujeto y él intentó detenerla, pero Paolo lo sujetó por el brazo deteniendo su ridículo arrebató.

—Pierdes la clase muy aprisa por esa mujer, amigo —susurró Paolo muy cerca de él.

—¿Lo conoces? —Kilian estaba tan molesto. «Me roban tiempo trascendental a su lado», pensó abrumado y casi sin poder controlarse. Sin embargo, al segundo sonreía como un orate. Sí, ahora era suya. Ella se había quedado. Por él. De qué le preocupaba que toda la ciudad quisiera hablar

con ella, si era con él con quien dormiría esa noche.

—*Hai perso la testa?* —Paolo suspiró y le explicó que era abogado mercantil e internacional, bastante reconocido en la ciudad. Esa información no le gustaba nada, su profesión estaba demasiado ligada al mundo de su Kassy. Tan cercana como la mano del estúpido *latin lover* sobre su pequeña cintura.

La despedida entre ellos duró más de lo debido y la sonrisa coqueta en el rostro de Kassidy le molestó sobremanera. Tuvo el impulso de comportarse cual hombre de las cavernas y arrancársela de las manos, pero se contuvo con mucho esfuerzo y el gesto burlón de su amigo italiano jugó un papel fundamental en su abstención. Sabía que esa escena que estaba dispuesto a montar le sería recordada toda la vida.

Kassidy se olvidó por un instante de sus problemas personales. Encontrarse con Carlos Fuentes, después de tanto tiempo era maravilloso y saber que trabajarían juntos de nuevo era lo mejor. No importaba que estuviesen en posiciones opuestas, sabía de su ética laboral y estaba segura de llegar a un gran acuerdo. Si bien era cierto que su vida privada era un desastre, la profesional se vio llena de grandes éxitos y esta no sería la excepción.

Suspiró a sabiendas que debía hablar con Kilian, se sentía avergonzada de actuar como la misma chiquilla que lo dejó solo en su hotel hace años.

Ya era una mujer madura, tenía que enfrentarlo y apoyar a la pareja que eligió, porque en eso se convirtió desde la noche anterior, solo esperaba no arrepentirse por su decisión. Se despidió con mucho cariño del que fue su compañero de edificio en su época universitaria y con quien compartía el café de madrugada cuando debían estudiar, entre otras experiencias que ya no tenía caso recordar.

Buscó a Kilian con la mirada para presentarle a su amigo, pero había desaparecido. Paolo le indicó que estaba afuera esperándola. Lo que se venía no sería fácil. Le dio dos besos al italiano como despedida y salió a la fría calle en busca de respuestas. El sonido del claxon la hizo activar sus defensas, lo vio bajarse del auto y abrir la puerta ante ella sin decir una palabra. Él subió y vio que sujetó con fuerza el timón antes de activar los seguros de las puertas. Ella sonrió incrédula.

—Es por seguridad —replicó él, defendiendo su acción.

—Creí que era para que no escapara.

—Exacto, a eso me refiero con seguridad. Quiero asegurarme que no te alejes de mí nuevamente.

—Tienes que decirme todo lo que sucede, Kilian. No puedo decidir si me dices las cosas a medias.

—Bien. Al llegar sabrás lo que sucede y lo que pienso hacer. Lo más importante para mí es que estés a mi lado mientras todo eso ocurre.

—No te prometo nada, pero creo que el darte la oportunidad de explicarte es un paso, ¿no es así?

—Lo es, *ma lune douce et parfaite*. Por cierto, ¿qué quiere Paolo contigo? y, ¿quién era ese otro tipo que te acosaba? —preguntó, sin perder de vista la carretera con tono indolente, intentando disimular su rigidez en la mandíbula.

Kassidy lo conocía tanto que prefirió disimular su sonrisa viendo por la ventanilla del copiloto. Llovía de nuevo y en lugar de sentirse cómoda ante sus preguntas porque no tenía nada que ocultar, quería hacerle daño sin saber exactamente la razón. No, claro que la sabía. El haber dado prioridad en su vida a la maldita modelo era suficiente para hacerlo.

—Paolo me invitó a una cena para ponernos al día. No sabía que había regresado de Italia. Se

ve tan maduro ahora. Me sorprendió verlo y no está nada mal. —El gruñido que obtuvo en respuesta no era suficiente—. Y Carlos, fue mi compañero de andanzas en la universidad y ¡no vas a creerlo! La vida a veces da giros inesperados en nuestras vidas. Él es el apoderado legal de Diego Montes, trabajaremos juntos en México. Viaja mañana y yo llegaré en una semana. Es increíble, ¿no es cierto? —El frenazo que dio Kilian en el auto en ese instante en lugar de asustar a Cassidy, la hizo saborear el momento. Lastimosamente no podía reírse como necesitaba y la risa se convirtió en un fingido acceso de tos casi incontrolable, que incluso provocó lágrimas en sus ojos.

»¿Un zorro? —preguntó fingiendo alarma la diminuta y malvada mujer.

—¡Sí!, ¿lo viste? Se están convirtiendo en una peste muy peligrosa por estas calles —dijo disimulando su furia. Si era posible, él mismo viajaría a México para impedir que ese modelito latino avanzara con sus garras hacia su chica. Josh podría ser un buen aliado en caso de necesitarlo.

No hablaron en el resto del camino. A él no se le ocurría nada coherente que no tuviese que ver con interrogarla de nuevo sobre esos dos. Paolo nunca había sido amigo de Kassy y si era ese otro, Candace jamás lo mencionó.

Ella no quería hacer las cosas más grandes, sabía que seguía alterado. Los faroles de un auto cualquiera que venía en sentido contrario iluminaron su rostro y su ceño estaba profundamente fruncido. Eso ocurrió en dos ocasiones. No, no lo sofocaría o terminarían discutiendo y la conversación que necesitaban se postergaría sin un buen motivo.

Bajaron del auto en el estacionamiento y Kilian se enfadó al notar que ella salía al mismo tiempo sin darle oportunidad de abrir su puerta. Al llegar al ascensor, quiso tomarla de la mano y se le soltó para hacerse la coleta en el cabello que no tenía nada de malo. No, él decidió que esa barrera se terminaba allí, en ese instante. Posó ambas manos con posesión sobre su cintura, atrajo su espalda y la hizo chocar contra su pecho, pasó su brazo derecho presionándola y dándole un mordisco en el cuello. Cassidy intentó alejarse y él se lo impidió con más fuerza aún.

Kassidy se molestó por aquel movimiento, intento salir de su agarre enterrando su tacón aguja en su zapato con fuerza. Él se quejó, pero no la dejó libre. La empujó contra la pared del ascensor y le mostró lo que el forcejeo innecesario había provocado en su cuerpo. Ella se tensó al sentirlo excitado y en lugar de insultarlo, jadeó de manera audible, lo que desató el caos en el pequeño recinto.

Kilian intentaba abrirle el cierre del pantalón con la mano que le quedaba libre, y ella hacía lo mismo con él usando sus manos hacia atrás. De pronto se abrió el ascensor y unos segundos después, escucharon risitas a su lado.

—Buenas noches. —Murmillos llegaron a los oídos de ambos de parte de varias señoras de la tercera edad. Kilian no quería voltearse, solo pudo distinguir a un par que lo veían con... ¿deseo? Aunque le causó más gracia la cara completamente crispada de Cassidy. Le dio un beso en la cabeza tratando de volver su respiración a la normalidad.

—¡Cómetelo completo, niña! —gritó una de ellas al salir del elevador. Cuando las puertas se cerraron no pudieron evitar reírse a carcajadas.

—Tienes vecinas interesantes —dijo Cassidy sonriendo aún.

La tensión había desaparecido. Kilian la soltó y la mirada tierna que encontró en él provocó que el estómago se le comprimiera de temor. No quería que él le hiciera daño.

Él le ofreció la mano para ingresar y ella la tomó con recelo, intentando no demostrarlo le sonrió, recibiendo a cambio un beso en su dorso y luego otro sobre su mejilla.

—Te amo. —«Qué más podía decirle», pensó Kilian, angustiado. La sintió estremecerse bajo el

brazo que había pasado sobre ella y temió que esos maravillosos momentos fueran solo eso. Sabía que no tenía caso dilatar el tema, así que la guio hacia el estudio. Señaló una de las sillas frente al escritorio y realizó una llamada, la voz de Max se hizo presente mediante el altavoz del teléfono al responder.

—Estoy con Kassidy, necesito que le digas qué sucedió.

—Ese ya no es mi problema, ahora es tuyo. Te dije claramente que estaba fuera de la ecuación si ese bebé no era mío. Serás feliz con Anna, ella siempre te ha amado. —La frustración de Kilian fue evidente ante el sonido de la llamada finalizada. La seriedad de Kassidy provocó que empezara a sudar, se sentó por un instante viendo el escritorio y girando su anillo con el pulgar.

—No es mío, Kassidy. —La confusión se reflejó en el rostro de su amada. Ya no podía parar, debía exponerle su plan—. El padre del bebé es Axel Kovac, el agente de Anna. Aunque el infeliz ha negado su responsabilidad por su matrimonio y, si Anna... —No quería decir aquello. A pesar de no amar a esa mujer, se le oprimía el pecho al pensar que de cierta forma él pudo haber evitado todo lo que estaba sucediéndole—. Si a ella le sucede algo, la criatura estaría desamparada. Servicios sociales intervendría y yo no soy capaz de permitirlo.

La mirada de Kilian reflejaba frustración y ella no podía hilar una oración. Kassidy pensó en alabar su sentido de responsabilidad, admirarlo por el sacrificio que se disponía a asumir por el bien del bebé. Estaba segura de que su pasado familiar lo empujaba a hacerlo. Con los valores que sus abuelos le inculcaron no sería capaz de desamparar a esa criatura. No obstante, lo único que deseaba realmente era golpearlo con toda su fuerza por dejar a un lado lo que tenían por una mujer como esa. No quería saber más, de cierta forma sabía cuál era, pero la Kassidy masoquista la obligaba a escucharlo de su boca, así que preguntó con la bilis recorriendo su garganta:

—¿Te casarás con ella?

Capítulo 30

La duda inundaba su pecho con el objetivo de ahogarlo. Consideraba la probabilidad de que Cassidy no aprobara su decisión, pero apelaba al gran sentido de solidaridad que siempre mostró ante todos. ¡Cuánto había cambiado! Veía en ella frustración, él la compartía de cierta forma. También notó reproche y, eso lo decepcionó.

No la juzgaría, sabía que era una situación difícil de asimilar y que echaba abajo sus planes iniciales. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada. Solo a su lado ese bebé contaría con alguien amparándolo y un techo seguro sobre su cabeza, tal como su abuelo lo hizo con él cuando era un niño. Era lo correcto. Con un nudo en su garganta y un vacío en su alma, se armó de valor para dejar ir una parte de su corazón y respondió:

—Debo hacerlo.

No hubo más sonido que aquellas dos palabras depositadas como una lápida sobre ambos. Su historia llegaba a su fin. Aquella sensación de ansiedad de minutos antes desapareció y en su lugar, se posicionó la frialdad de la mujer de negocios. Cassidy asintió y se puso de pie sin saber realmente cuál sería su siguiente paso o si el dramatismo se vería ridículo en un momento como ese. Estuvo a punto de preguntarse si valía la pena una gota extra de humillación. Sin embargo, miró a Kilian contrariado y sus pies tomaron rumbo en su dirección, debía despedirse.

Él supuso que la proximidad en el ascensor era lo más lejos que llegarían. Sintió su aroma a fresas, pero en lugar de darle paz, provocó un hueco en su pecho, tan fuerte que estuvo a punto de partirse en llanto como un chiquillo. Segundos antes de sucumbir, los suaves labios de su dulce luna le exigieron espacio, su hogar. «¿¡Por qué!?!», se preguntó una y otra vez, abandonándose ante ella. Con los rostros de ambos anegados en lágrimas, la respiración irregular y las manos aferrándose a todo aquello que les pertenecía, se apoderaron de la boca del otro como si de esa forma pudiesen lograr que algo detuviera el avance del tiempo y con el las repercusiones de lo decidido.

Kassidy subió sobre el escritorio abriendo sus piernas y Kilian negó con un gesto tosco, sin dejar de besarla ni acariciarla. No la tomaría allí, esa no sería su última vez, no así. Ella insistió tomando su cinturón con determinación, provocando que él detuviera los besos. La miró con angustia, tenía las mejillas rosadas y húmedas, sus ojos miel con lluvia. Su amor, su todo, sufría igual que él.

—No me dejes —suplicó vencido, arrodillándose ante la sorpresa de Cassidy. En ese momento no quedó duda de que estaba dispuesto a todo por ella. No quería perderla de nuevo. Si la dejaba salir de su vida, no podría hacerla regresar. La sujetó de una pierna y vio el último cajón entreabierto con la caja negra conteniendo dentro la promesa de su futuro juntos. —Mi amor, por favor. No me dejes.

La angustia en la voz masculina destrozó su interior milímetro a milímetro. No era capaz de emitir sonido alguno, su garganta estaba sellada y su pecho ardía. Tomó una bocanada de aire para poder responder, aunque nada salió, lo hizo de nuevo y apenas logró decir:

—No te dejes vida mía, me dejas tú. Has decidido ya. Ahora debes permitir que yo haga lo

mismo.

La frase lo detuvo de abrir el cajón por completo. Ella tenía razón, como siempre. Él pretendía arrastrarla a un camino que nunca eligió, con responsabilidades enormes y para toda la vida. Era el hombre más mezquino, pensando únicamente en él y en su corazón, en su comodidad. Entonces, se dio cuenta del grave error que cometería si le pedía matrimonio. Liberó a su Kassy del agarre y de sí mismo. Se puso de pie sabiendo que no debía hacerla sentir atada a sus propios principios. Ella merecía ser feliz, aunque le destrozara el alma saber que no sería a su lado, incluso era posible que el maldito *latin lover* del restaurante pudiese darle algo mejor que él. No fue nada difícil notar el rubor y el deseo en la mirada del moreno al verla, incluso el gramo de coquetería que atisbó en ella al saludarlo.

Kassidy se sorprendió con el cambio de actitud de Kilian. Bajó del escritorio, avergonzada al dejarse llevar por el deseo en semejantes circunstancias. Lamentaba no volver a ser parte de aquel cuerpo, de no sentir de nuevo ese nivel de placer y plenitud, pero se acomodó la ropa frente a la mirada oscura de él, notando su excitación y tratando de controlar la propia. Ya no había nada que hacer, salvo seguir adelante con los pedazos que aún subsistían en cada uno.

—Debo buscar un hotel —dijo ella con la voz ronca por el llanto que no cesaba a pesar de haber alejado las lágrimas varias veces. Las desgraciadas regresaban con mayor fuerza y era vergonzoso.

—No, *mon amour*... —respondió con premura, apenado al instante por el apelativo y dolido al notar la expresión de disgusto en ella ante el mismo—. Puedes quedarte tanto como lo necesites. Yo debo ir al hospital y si así lo prefieres, me iré a casa con Mary. Si decides ir a casa puedo quedarme yo aquí. Solo házmelo saber.

No importaba su decisión, al final estarían separados. Aún consciente de aquello, cómo le costó decir esas palabras. Prefería ofrecer ese trato a no saber su paradero. Notó su indecisión, así que decidió retroceder para darle espacio de pensar. Mientras ella cavilaba acercándose al ventanal del estudio, él se sentó y cerró con fuerza el cajón que se burlaba de su patético intento por ser feliz. Fue un idiota. Todo parecía salir mal cuando se trataba de ellos dos.

Tomó aire en sus pulmones, sosteniendo con ambas manos su rostro y luego limpiando los vestigios de su llanto. En esas gotas saladas iban sus esperanzas, sus anhelos, su futuro. Él mismo había trazado un nuevo camino. «¿Cuán duro sería vivir en él de ahora en adelante?», meditó, imaginando a la criatura en sus brazos, pero solo. Frotó su rostro para despejarse un poco, le esperaba una larga noche. Lo único que anhelaba era que su dulce luna no le complicara más las cosas alejándose de él o desapareciendo.

Kassidy observaba sus movimientos sin que él se percatara. Vio su enfado al cerrar la gaveta y se preguntó el motivo. Notó su mirada perdida y su frente sobre el escritorio, dándose pequeños golpes. Cuando hacía eso era porque no sabía qué hacer. Lo vio tomar una de sus píldoras para la ansiedad y sin proponérselo del todo se acercó a él, acarició su cabello sintiendo cómo se relajaba ante su tacto. Elevó su rostro hacia ella y sus ojos azules estaban tan llenos de lágrimas como los suyos.

—Vamos, arriba. Tu hijo espera en el hospital. No lo hagas esperar —susurró con esfuerzo, intentando controlar el temblor en su voz. Era una realidad y debía asumirla. La abrazó con fuerza desde su asiento, sollozando y hundiendo su rostro sobre su vientre. Nunca habría imaginado verlo así. Ella devolvió el abrazo. —¿Quieres que te acompañe? —«¡Maldita mi lengua!», se dijo arrepintiéndose al instante de haberlo propuesto. ¿A quién diantres se le ocurría torturarse de aquella forma?

Kilian la tomó de la mano, poniéndose de pie emocionado y ella tembló ante su tacto. Sus

miradas conectaron y él la abrazó como queriéndola marcar a fuego dentro de su pecho, aprisionándola entre sus brazos.

—No es necesario. Los medios se han enterado que Anna despertó y no quiero que te acosen con preguntas incómodas, pero te lo agradezco. —Aspiró su esencia para recordarla así, tan cerca, tan suya.

Ella se removió ante sus movimientos atrevidos para excitarla, él no le daba tregua entre las caricias y los besos en el cuello, sosteniéndola con firmeza, haciéndole sentir el deseo que corría por su cuerpo.

»Te amo, mi dulce luna. Mi amor, mi vida, mi todo —susurró sobre sus labios, lamiéndolos, seduciéndola con su pericia. Arrepentido por haberla alejado unos minutos atrás.

—También te amo, ojos de mar. —Kilian sonrió embelesado, hacía tanto que no le llamaba así —. Eres el amor de mi vida y sé que soy el tuyo, pero esto que tenemos se termina aquí y ahora. —La lengua de Kassidy entró con vehemencia en su boca. Tanto, que no pudo procesar con rapidez sus palabras. Fue un beso cargado de demasiadas emociones juntas como para definirlo con propiedad. Lo empujó cuando el oxígeno era indispensable y agregó—: Debes irte, es tarde. Yo me quedaré aquí mientras salgo de viaje la próxima semana. Respeta tu propuesta.

Sintió que la sangre se drenaba de su rostro por la forma cruel y avasallante con la que ahora ella lo miraba y solo fue capaz de asentir ante la petición impositiva de su amada. Salió como un espectro de su casa, tomando antes su abrigo y las llaves de su auto. Al verse reflejado frente al espejo del ascensor, no pudo evitar acariciar sus labios, sintiendo de pronto ardor sobre ellos. Un hilo de sangre viajaba desde su labio inferior hacia su mentón, producto de una mordida salvaje. Lamió la sangre limpiando la mancha y sacó un pañuelo de su chaqueta para eliminar el resto.

Al salir del edificio en su auto, golpeó con vehemencia el timón del mismo, queriendo despojarse de su frustración, aun sabiendo que ese instante era solo el inicio del tormento. Arrojó un grito al viento, por última vez. Lleno de dolor e impotencia. Aún aturdido, se puso en marcha y se dirigió hacia su compromiso adquirido: Anna Petrova. La rubia que según Candace y Clara decía no recordar nada, pero no dejaba de preguntar por su prometido, Kilian Fox.

Al llegar al hospital tuvo que comunicarse antes con el personal a cargo del cuidado de Anna para que le proporcionaran una vía menos transitada y así entrar sin ser visto por la prensa.

Kilian se arrepintió de haber usado su auto para movilizarse al hospital. Un grupo de insistentes periodistas lo ubicaron antes de que pudiese escapar del estacionamiento y le hicieron preguntas que no podía contestar y otras, que deseó hacérselas tragar a quien las formuló.

—Señor Fox, por favor. ¿Es verdad que Kassidy Evans, la tigresa de las negociaciones como se le conoce en su mundo; ha sido su amante oculta, mientras mantenía su compromiso con la modelo Anna Petrova? ¿Sería tan amable de responder?

La mirada que le lanzó, provocó que el diminuto reportero retrocediera un poco, pero el resto del grupo arremetía en dirección contraria. Acercaban micrófonos, teléfonos, grabadoras. Él, solo deseaba poder entrar al lugar y cumplir con lo que debía.

Una chica escultural, se acercó llamando su atención debido a la poca ropa que llevaba a pesar del frío intenso de esa noche.

—Kilian Fox... —Acomodó su largo cabello rojizo hasta colocarlo seductoramente sobre uno de sus exuberantes senos, provocando que él siguiera el movimiento sin realmente proponérselo —. ¿Podría concederme una entrevista? Prometo no incomodarlo con preguntas indiscretas —dijo simulando trazar una cruz en su pecho de manera tan provocativa, que varios dejaron de prestarle atención a él para admirar aquel despliegue de intenso coqueteo.

Más de uno sintió envidia por el objeto de los deseos de la pelirroja. Ella al notar que no se

detuvo apresuró sus pasos. Lo tomó de la chaqueta de piel negra, sorprendiéndolo. Se acercó tanto como pudo e introdujo una tarjeta de presentación en el bolsillo interno de la misma y le susurró al oído:

»Lámame cuando lo creas conveniente, o lo haré yo. —Le guiñó el ojo y le sonrió traviesa, dejándolo un tanto turbado.

El aroma del perfume que desprendía la periodista era el mismo que usaba su dulce luna. Sintió como si le hubiesen lanzado un golpe certero en el estómago. No supo en qué momento ella desapareció entre el grupo, así que inhaló profundamente para sacarse esa horrible sensación de encima. Ya estaba cerca de la entrada.

Alguien tomó su brazo con fuerza y al moverse para repeler el contacto, vio a su amiga Candace con una mirada interrogante. La cobijó bajo su abrazo protegiéndola del caos, ignorando los comentarios que salían de los periodistas, pero uno de ellos gritó:

—¡La lista de mujeres Foxys!

—No preguntes nada —susurró al oído de la rubia, ella asintió.

Candace lo sujetó de la cintura con ímpetu al notar su intención de regresar e ir por el imprudente. Negó con su cabeza y lo empujó, obligándolo a seguirla. Si daba rienda suelta a su temperamento no tardaría en estar en primera plana, llamando más aún la atención sobre su vida y la de los que le rodeaban.

—¡Señor! ¿Por qué no me avisó que venía hoy? He venido desde hace unas horas, pensé que usted y la señorita Evans...

—¿Clara? ¿Qué haces aquí? —Le dio un beso en la frente a su asistente, a quien consideraba como una madre más. No quería que le preguntara sobre ella.

La mujer, señaló a dos hombres enormes que estaban de pie en el pasillo con mirada de pocos amigos.

—Señor Fox, le presento a su equipo de seguridad: Pavel y Yerik. Su padre los ha enviado a mi casa con este sobre. —Era una mujer mayor. Sin embargo, tenía un dinamismo que superaba a cualquier jovencita. Las manos de ella temblaban, lo que llamó su atención. Asintió a los dos sujetos y ambos fueron tomados por sorpresa cuando les extendió la mano para saludarlos. Antes de abrir el sobre fue interrumpido por la señora—: En privado, por favor. —Señaló un pasillo del hospital y le hizo un gesto para que la siguieran. Abrió la puerta de un cubículo vacío donde solo se encontraba una camilla

—No me dio tiempo de advertirte. Los periodistas no me dejaban pasar. —dijo Candace mirándolo con angustia.

Kilian abrió el sobre imaginando cientos de posibles escenarios, excepto el que vio un segundo después. Varias fotografías en las que se apreciaban los lugares que había visitado el día anterior, unas donde iba solo y otras junto a Cassidy, todas con algo en común: Roger Cole, hijo. Iba vestido con estilo deportivo y semicubierto por una gorra, alejado de su vista, observándolos, mientras ellos permanecían ajenos a todo a su alrededor. Siempre demasiado cerca.

—Pero, no entiendo. Clara, ¿por qué no me avisó? —La última fotografía lo hizo estrujarla con ira. Allí estaba ese enfermo, tras su auto, justo en el momento en que la pareja disfrutaba de su momento íntimo la noche anterior después de salir del restaurante.

—Estuve llamando toda la noche, Kilian. Al parecer apagó su teléfono —Lo llamaba por su nombre cuando se encontraban a solas o entre personas de su entera confianza.

—¡Kassy! —exclamó preocupado, recordando que estaba sola. Sabía que era casi imposible acceder hasta ella, pero no quería pecar de confiado de nuevo. Abrió la puerta y se encontró a uno de los hombres—. Pavel, ¿cierto? Necesito a alguien con Cassidy Evans en todo momento. Te doy

la dirección...

El hombre negó sin inmutarse, elevó una mano y sin expresión alguna respondió:

—Señor, su prometida se encuentra a salvo. Viktor, es el tercer elemento a cargo de su seguridad. Sasha, el cuarto y él está asignado a la protección de la señora Mary Baker.

Kilian sonrió con amargura ante el apelativo usado por el hombre. Daría cualquier cosa porque esa noche en efecto, ella hubiese accedido a serlo. Pero, ni siquiera había tenido la oportunidad, o quizá sí y solo la rechazó como el imbécil que era. Deseó ser vil y egoísta, haberse aprovechado de la intimidad para comprometerla y unirla a su vida, sin darle escapatoria. Era tan ridículamente correcto que le dio pena de sí mismo.

Sacó su móvil para llamarla, necesitaba escucharla. Desbloqueó el aparato y al ver la hora vio que era demasiado tarde. Casi con seguridad y después de todo lo acontecido, estaría durmiendo en la calidez de aquel espacio que una vez organizó pensando en formar un hogar juntos, pero lo hizo de todas maneras. Esperó con angustia, pero desistió al colgar y de inmediato recibir una llamada del hombre asignado a su edificio. Él le confirmó que ella estaba bien y al fin pudo volver a respirar. Entró de nuevo al cubículo con Clara y Candace.

—¿Dónde está Anna? —Debía hacerle frente al encuentro de una vez.

—La trasladaron a otra habitación. Sigue en observación y muy delicada. Aunque es extraño, dice haber olvidado todo, excepto a su novio: Tú. —El tono usado por Candace frustró a Kilian. No quería empezar a discutir.

—Voy a verla. ¿Quién está en lugar de Max?

—La doctora Prats. Kilian, creo que ella sabe.

—¿Por qué lo dices?

—Ya me conoces. Estuve conversando con ella desde la mañana.

—¿Has estado aquí desde entonces? —Sintió una punzada de culpabilidad. Mientras él disfrutaba de su día con Kassy, su amiga estaba cubriendo el lugar que le correspondía.

—¡Oh, no, Kill! Sin miradas de cachorro apaleado, por favor. Espero que haya sido una buena despedida. —La expresión de él la hizo detenerse de la caminata y olvidar la broma que pensaba hacerle. Se sorprendió cuando la abrazó con fuerza y sollozó en su cuello.

—Su lugar era conmigo, Candy. No pude... No quiso. —Sus palabras quedaron atoradas en su garganta. No quería dar un espectáculo, pero sentía que la situación lo superaba.

—Lo sé. Tranquilo, cariño. Ella lo entenderá, así tenga que golpearla para lograrlo. Tarde o temprano lo hará. —Candace se sintió desolada. Seguía sujetándola con la misma fuerza.

Si su amiga era tan egoísta como para no verlo, allá ella. Ya tendría tiempo de hacerle ver su error. Lo sacudió con vigor, le secó las lágrimas alejando ese mechón rebelde que controlaba con gel los días de semana y que ahora le cubría uno de sus ojos azules. —¡Basta, Kill! Ese tema lo solucionaremos después. —Ya no valía la pena seguir llorando. Había una vida que dependía de ellos.

El hombre reaccionó irguiéndose en su altura, comprendiendo la prioridad en ese momento. No era para lamentarse por su corazón roto. Debía poner en orden todo cuanto antes si Anna estaba tan grave como pensaba.

Candace se detuvo ante una mujer morena que le sonrió con familiaridad y lo haló a su lado.

—Doctora, le presento al prometido de Anna. Acaba de llegar de un extenuante viaje y vino directo desde el aeropuerto.

La doctora lo vio con cara de pocos amigos y al notar quien venía detrás, se dio cuenta el porqué. Monique, la mejor amiga de Anna la acompañaba. Ella debió decirle la verdad de quien era y quizá algo más. La modelo había salido un par de veces en el pasado con Kilian, hasta que él

conoció a la rusa, negándose a verla de nuevo a pesar de las invitaciones de la mujer. Él no supo explicar cómo se habían insultado en diferentes medios de comunicación durante meses después de eso y de la noche a la mañana se habían convertido en inseparables.

—¡Fox! —La mujer era una atractiva castaña, tan alta como él. Se acercó a saludarlo con un beso demasiado cerca de la comisura de sus labios. Este retrocedió un par de pasos provocando una sonrisa maliciosa de parte de la modelo.

—Doctora, ¿podemos hablar sobre el estado de Anna?

—Claro, señor. Sígame. Voy hacia su habitación en este momento. Le recuerdo que no es hora de visitas, pero valiéndonos del estado de la paciente, haremos caso omiso al protocolo. El doctor North ha hecho un gran trabajo. —Él no respondería a semejante desfachatez, así que solo asintió mostrándole que escuchaba. Ambas mujeres los habían dejado solos y estaba agradecido por ello.

Al entrar a la habitación vio una luz tenue bañando el rostro de Anna. Ella dormía, su cabello rubio estaba perfectamente peinado hacia un lado y se dio cuenta en lo hermosa que era. Todos los momentos compartidos vinieron a él, el ardor y necesidad de compañía que alguna vez ella aplacó a su vacía existencia le hicieron sentir culpable de nuevo por no aceptarla en su vida como le rogó tantas veces. Quizá estaría bien, igual que su bebé, en unas horas, su hijo.

Se acercó con cautela ante la aprobación de la doctora que le veía con expresión de escepticismo, aunque trataba de ocultarlo. No sabía cuánto podía confiar en ella, así que le dio un beso en la frente sintiéndola demasiado fría. Al señalar la situación, la profesional lo alejó y tomó su lugar, midiendo sus signos vitales. Presionó el botón de emergencia y en unos cuantos segundos la camilla estuvo rodeada por médicos y enfermeras y lo hicieron salir de inmediato. Haló de un brazo a una enfermera joven que salía de allí, la que al verlo se sonrojó.

—¿Qué sucede? —Intentó controlar su tono, pero la desesperación se lo hizo casi imposible.

—Hace un par de horas estuvo igual. Logramos estabilizarla, pero la doctora le dará más detalles. Lo siento. —Se disculpó siguiendo su camino.

La doctora salió unos minutos después y le dijo que no podía permanecer en el pasillo, que la paciente necesitaba descansar, pero que la enfermera que contrató lo haría en su lugar. Ni siquiera se percató de su presencia, allí estaba, sentada en el sofá casi en penumbras. Unos cuantos metros después, la mujer lo detuvo. Tomó aire como si hiciese un enorme esfuerzo físico y dijo:

—Max habló conmigo sobre su caso, señor Fox. No soy su enemiga. Solo me preocupo por mi paciente y su estado no es el mejor. Ha despertado, por así decirlo, pero es un proceso gradual. Ella aún no se comunica de manera verbal, solo fija su mirada y las personas alrededor la interpretan. Como comprenderá, debemos estar atentos a muchas cosas, entre ellas; infecciones como la neumonía, programar una rehabilitación física para mantener activos sus músculos e impedir su rigidez y mucha estimulación neurológica.

Kilian lo tradujo de una forma simple y como una complicación más: tiempo. Aunque con amargura sabía que eso era lo que más tenía ahora que Cassidy se había ido de su lado definitivamente.

Capítulo 31

Kilian había partido y Cassidy no podía moverse del lugar hasta que se sentó en la silla cerca del escritorio y sintió su alma rasgarse al abrir el cajón que minutos antes lo vio cerrar con dolor. El contenido de la caja negra la hizo soltar un grito desgarrador. Un futuro hermoso quedaba atrapado en aquel objeto, ese que vio tantas veces en la mano de la mujer que le dio miles de consejos cuando era una adolescente.

Recordó entre el llanto y la desolación cuánto le encantaba escuchar las anécdotas románticas de esos dos ancianos, imaginando que se repetían en su vida. Soñaba en un futuro al lado de su nieto; ese joven que amaba en secreto cada día más. A veces, bromeaban con ella en la mesa tocando el tema, pero lo negaba todo, porque ese sentimiento la hacía sentir una traidora, una malagradecida enamorándose de Kilian cuando su familia le ofreció una vida sin privaciones a cambio de nada. No quería pensar en que tuvieran un mal concepto de su persona. Jamás intentó aprovecharse de ellos y su generosidad.

Los acercamientos de Kilian la ponían nerviosa, pues había decidido que antes de pensar en su corazón debía prepararse, demostrarle al mundo, a ellos, que se bastaba por sí misma y que podía ser una compañera para él, no una sanguijuela dependiente. Su amiga se burlaba de su forma de ver las cosas, pero así era ella y era lo que pensaba.

Bajo la caja con el anillo, encontró álbumes familiares que nunca antes vio. Se sorprendió al descubrir cientos de fotografías de ella y Kilian desde que ella llegó a su casa por primera vez hasta las últimas ocasiones que pudieron verse antes de que ella se fuera a estudiar a la universidad. En la mayoría, aparecían capturados mirándose furtivamente, colocando a Candace entre ellos, pero con los ojos puestos uno en el otro, embelesados, jugando, riendo y en otras, discutiendo.

Kassidy lloró más aún. Tomó una bocanada de oxígeno e intentó comunicarse con su amiga. La necesitaba. Al segundo tono escuchó:

—¿Qué quieres, Cassidy? —Esas palabras hicieron que su corazón se detuviera. Su voz destilaba ira y ella solo pretendía de su apoyo.

—¿Estás bien? ¿Dónde te encuentras? —No se atrevió a preguntar por nada más. Por un momento sintió la premura de terminar la llamada, tenía miedo de lo que Candace podía decirle.

—¿Yo? Bien, gracias por preguntar. Estoy donde deberías estar tú en este momento. Me decepcionas, ¿sabes? Todo el tiempo pensé que eras la mujer que él merecía, pero... —Su voz se debilitó por un segundo, pero se recuperó al instante—, veo que me equivoqué.

Kassidy veía incrédula la pantalla del aparato sobre su mano con la llamada finalizada. Más lágrimas se acumularon en sus ojos como un dique sin contención. Su mirada no enfocaba del todo la hora en el móvil, tuvo que limpiarse el rostro. Ya era demasiado tarde para irse.

Se metió a la ducha sin procesar muy bien lo que hacía y de igual forma tomó una camiseta roja de él para dormir. Sí, admitía que le dolía sentir ese aroma tan característico de madera y limón en sus prendas, tanto como amaba sentirle cerca. Ambas sensaciones ocupaban el mismo espacio. Necesidad y hartazgo, deseo y repulsión, amor y odio. Con ese tormento giró varias veces sobre la

cama de una de las habitaciones entre una posición u otra, en busca de una que le produjera calma, hasta que vio su teléfono iluminarse sobre la mesa de noche.

—*Chère amie*, si soy inoportuno me lo dices. —Escuchó la preocupación en la voz de Josh. Por un instante se arrepintió por responder, pero había una parte de ella que quería desahogarse con alguien.

—¿Pasa algo, Josh?

—Eso te pregunto a ti. Dime dónde estás. ¿Qué pasó con el príncipe? No sé ni cómo preguntarte, Kass, no me lo hagas más difícil. La alerta de la noticia sobre su aparición en el hospital junto a su supuesta prometida llegó a mi móvil. ¿Tan pronto acabó todo? Estoy en casa de los padres de Simon a unas horas de la ciudad, pero puedo volver ahora si me necesitas.

Ya no quería llorar más, el estorbo en la garganta le impedía hablar. Esa pregunta se unió al reproche de su amiga, la que consideraba como una hermana.

—No es necesario. Dormiré unas horas. Más tarde te veo en la oficina y veré si me voy a un hotel. Hablaremos después, ¿bien? Por favor.

—Comprendo. Si lo decides, hay una habitación reservada a tu nombre en el hotel con el que trabaja la empresa. También puedes ir a mi apartamento, mi vecina del 402 tiene copia de las llaves. No sé porqué viajé. Mi instinto de diva me lo advertía. Lo siento.

Kassidy sonrió a pesar de su sufrimiento. La preocupación de su amigo la enterneció.

—Eres un dulce, Josh. Solo descansaré un poco. No puedo salir con este aspecto. Tengo el rostro rojo e inflamado de tanto llorar. Hasta más tarde. Te quiero.

—También yo. —Escuchó del otro lado.

Suspiros se acumularon en su pecho, su mirada se perdió en los detalles del techo y se dio cuenta que no podía dormir allí. Volvía a ella el anhelo de su cercanía y se sintió patética por ello.

Arremetió mentalmente contra la mujer que le quitaba lo más valioso en su vida, lo más sincero. Si no fuera por esa criatura... En ese instante se arrepintió hacia dónde la llevaban sus cavilaciones. Ya no quería pensar en nada y la realidad era que ese bebé no era el culpable. La decisión la había tomado Kilian, solo él.

Se puso de pie y fue hasta su siguiente suplicio. La alcoba irradiaba su fuerte presencia en cada espacio y los tulipanes blancos aún permanecían perfectos. Tomó uno de la base de cristal y se dirigió al ventanal para mirar la ciudad. A lo lejos se apreciaba el edificio del hospital y pensó en él sonriéndole a la modelo, acariciando su rostro, reconfortándola, feliz al verla consciente. Con esos ojos azules brillantes con los que la veía a ella y le mostraba el cielo y el mar al mismo tiempo. Agitó su cabeza, intentando alejar esas escenas que lastimaban su corazón, su ego.

Fue a la cama y se sentó, seguía deshecha. Sujetó una almohada y se recostó centrándose en su suavidad, poco a poco se quedó dormida percibiendo el aroma de ambos impregnado en la tela.

Hacía menos de una hora que por fin conciliaba el sueño, pues lloró con amargura desde que Kilian se fue de su lado a velar por ella, por ellos.

El calor de un brazo reptando su cintura la tensó. Quiso salir de su cama, pero el abrazo se lo impidió y se acercó más a ella. El dueño de ese brazo estaba desnudo y percibió cada músculo pegándose a su cuerpo. Una mordida suave en su cuello y la succión del siguiente espacio de piel le exigió una respuesta.

—Shhh, tranquila... —dijo esa voz que conocía tan bien.

—No, por favor. —Su boca solo fue capaz de pronunciar la mitad de sus deseos: «No, por favor. No te detengas», pensó entre avergonzada por no oponer resistencia y agradecida por tenerlo a su lado de nuevo.

—No, amor. No me pidas eso. Te necesito. —Él agradecía a lo que fuera que la hizo quedarse.

Alejó toda prenda que le impedía sentirla. La lámpara del lado izquierdo seguía encendida y eso le permitió observarla cuando ella giró para enfrentarlo. Había llorado, al parecer, tanto como él. Bajó hasta su frente y la besó despacio, siguió con sus párpados, su barbilla, su cuello, su pecho fue el siguiente, justo sobre el corazón, con la intención de mitigar un poco el rastro de herida y dolor.

—Kilian...

—Mírame, dulce luna. Mírame —rogó con la voz ronca por la excitación y el tormento. Ella seguía con los ojos cerrados.

Kassidy no tenía el valor de verlo a los ojos, solo deseaba sentirlo como suyo una vez más. Si lo veía, la realidad la golpearía y no quería sentirse sucia ante sí misma.

Habían elegido un par de horas atrás. No podían ser tan débiles. Sí, sí podían y, ambos estaban seguros que deseaban con la fuerza de la galaxia entera ser y hacer lo que el cuerpo y el corazón les pedía.

La voz de su amiga Candace resonó en su cabeza y abrió los ojos. Por primera vez le daría la razón. Sería la despiadada egoísta que se aprovecharía de la vulnerabilidad de alguien.

Lo miró con intensidad, provocando tal sorpresa en él que detuvo su avance por completo. Pero ella lo tomó del cuello, se impulsó indicándole que girara y dejara su espalda apoyada en el colchón y ella se colocó a horcajadas sobre él. Palpó su excitación, fuerte, viril y se lo introdujo despacio, arrancándole un gemido lastimero antes de empezar a acelerar el ritmo de manera vertiginosa. Se inclinó hacia su pecho lamiendo y mordiendo un pezón haciéndolo gruñir. Cuando él quiso tocarla, lo evitó sujetando sus muñecas con ambas manos, enterrándole las uñas, dejándolo sin oportunidad para reprochar.

Kilian solo la acompañaba en sus movimientos elevando la pelvis, llegando más profundo. Recibió una mordida más en la oreja y otra en el cuello y eso bastó para darse cuenta que lo estaba castigando. Lo que ocasionó que tomara el control de la situación. La elevó con su cuerpo sin salir de su interior y en un movimiento rápido se puso de rodillas sujetándola con fuerza, la atrajo hacia su pecho y la besó suavemente.

El ritmo desbocado de Kassidy contrastó al instante con el suave y cadencioso de él, de tal forma que ambos temblaron ante la sensación provocada con un experto movimiento de cadera de Kilian. La piel de ambos se erizó donde hace unos segundos ardía. La sensibilidad se abrió paso con intensidad, sin premura, milímetro a milímetro, logrando al final que sintiera la presión alrededor de su miembro y eso lo orillara a desfallecer en su interior. Con un grito ahogado se liberó, pulsando en su centro tanto como ella.

Kilian salió de Kassidy y se puso de pie sin mirarla. Fue al baño y regresó con utensilios de aseo. Se encargó de limpiarla con suavidad y abnegación. Después de hacer lo mismo consigo mismo, se recostó frente a ella, la abrazó y tomó sus labios con suavidad.

Ella no pudo definir ese beso. Dudó siquiera de la interpretación que él le hubiese dado a lo que acaba de suceder. Ambos cerraron los ojos notando que el amanecer llegaba inminente, igual que su nefasta realidad.

Una taza de café reposaba en las manos de Kassidy mientras miraba hacia la ciudad. Trataba de estructurar un relato coherente para Josh e impedir que le hiciera preguntas incómodas.

Horas antes, no le fue posible conciliar el sueño ni un instante y prefirió salir de allí de inmediato. Tenerlo tan cerca y verlo dormir tan tranquilo la ponía nerviosa. Así que preparó un par de trajes en una maleta y se fue, vacilando por un momento sobre lo que haría con su vida una vez que pisara el exterior del edificio.

Pidió un taxi desde la recepción y luego se dirigió al hotel donde Josh le reservó una

habitación. Treinta minutos después de su llegada, él tocaba a su puerta. Sin mediar palabra, la abrazó con fuerza y para sorpresa de ambos, no salieron más lágrimas, aunque eran notorios los vestigios de la noche anterior en su rostro.

Un momento después, el desayuno llegó. No podía pasar bocado, así que tomó la taza de café caliente y se acercó a la ventana, soltando todo lo que sucedió o al menos, lo fundamental.

—¿Crees que debería estar con él? —En realidad la pregunta no era dirigida a su amigo, era consigo misma y su indecisión, su temor eterno sobre él y lo que los unía—. ¿Ella lo amará? ¿Qué hay si él decide permanecer a su lado?

Josh se limitó a observarla desde su asiento, no respondió de inmediato hasta que ella reaccionó y desvió la mirada hacia él.

—Esas no son las preguntas correctas, amiga. Desde que te conozco no te he visto dudar un segundo sobre el siguiente movimiento, hasta ahora. Si no estás segura, tómate un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¡Lo que necesites, querida! Mira, no es fácil lo que te espera si decides quedarte con el perfecto Fox. Y no pienses en sexo. Bueno, no solo en eso. —Su comentario logró una débil sonrisa en Cassidy—. Piensa en que no sabes si ella vivirá con él o se quedará en el hospital. Si sobrevive..., y no me veas así, porque sabes que debes evaluar esa posibilidad. Estarán legalmente casados y no sabemos por cuánto tiempo. Está el pequeño Fox, esa criatura puede ser lo que te una a él o te aleje del todo. ¿Quieres ser madre?

¿Madre? ¡No! Ella no tenía tiempo para bebés. Pero se trataba de él. Estaba segura de que si se lo proponía llegaría a quererlo. La criatura no era culpable de nada. ¿Y si la modelo no le permitía acercarse al bebé? La escena de Kilian sosteniendo a un pequeño y la sonrisa de autosuficiencia de Anna Petrova a su lado, apoyándose en uno de sus hombros se instaló en su cabeza y el estómago se le contrajo. Esa era la realidad, no era ella, era la otra. La rusa había ganado ese espacio quizá sin proponérselo.

—Josh, quiero irme ya.

—No huyas, querida.

—¡No lo hago! —gritó descontrolada. Al darse cuenta de su aspereza, suspiró resignada—. Por favor, no puedo con esto. Debo salir de este negocio cuanto antes. Necesito alejarme un tiempo, porque si sigo aquí, lo buscaré y no quiero verlo con ella.

—Pero, amiga, él no le ama. Puede ser contraproducente que te alejes, te resta dominio territorial y, a mujeres como Anna Petrova, comatosas o no, no se les da espacio, porque lo toman, querida. Te lo digo yo, que tengo estudios superiores sobre eso. Lucha cual fiera por tu hombre, que si fuera mío, te aseguro que la dejo en coma para siempre a la maldita. O en su defecto, saco las garras y acabo con ella. —Josh bufó igual que un felino haciéndola sonreír.

—Yo no le deseo ningún mal.

Las carcajadas incontrolables de su amigo, provocaron que lo viera con reprobación. Pero no pudo contenerse más y se unió a él. Claro que la odiaba, y mucho.

—Deberías ir a ver por ti misma qué tan mal está y evalúas tu posición a partir de eso. Espera. ¡Ya sé qué podemos hacer! —Se movió con una velocidad admirable hasta su móvil colocado sobre una mesa, marcó un número y activó el altavoz unos segundos después.

—Hola, Josh —respondió una voz femenina.

—Mi querida y *sexy Batichica* —dijo el joven consiguiendo que su interlocutora riera—. Te llamo para saber para qué soy bueno. Mi jefa está desaparecida y no sé qué teclas pulsar. Me han escrito del *Cyberpresse* y el *Ottawa Citizen*... —Cassidy abrió los ojos desmesuradamente y él le hizo el ademán para que hiciera silencio—. Dime, ¿cómo está tu jefe? ¿Te ha autorizado a filtrar

algo?

—Ay, mi niño, esto es una locura. Una de las amigas de la señorita Petrova vendió una declaración sobre el compromiso del señor. Él me envió a confirmarlo hace unos minutos. Ayer, después de verla se fue a su casa con la señorita Evans. Pero, al parecer no solucionaron nada. — La anciana emitió un sonido de frustración enérgico—. Está tan molesto que parece zorro enjaulado. Discutió con la niña Candace y conmigo, ni siquiera Mary ha podido apaciguarlo. Y Anna se encuentra muy mal, abrió sus ojos, pero no puede comunicarse bien. Tememos que algo salga mal.

—Tranquila, las cosas saldrán bien, no te preocupes preciosa. Inhala, exhala, inhala... —Josh usaba un tono meloso mientras hacía gestos de aburrimiento con su rostro—. Pobre tu jefe y mi jefa. ¿Dónde estará la desdichada? —dijo con una angustia que parecía real consiguiendo una mala mirada de Cassidy.

—No lo sé, tal parece que prefiere desaparecer cada vez que mi niño la necesita. —Su reprobación logró que el rostro de ambos se crispara de sorpresa—. Lo siento, no debí decir eso. Ella no es mala, pero con sus actitudes inmaduras, solo logra hacerle daño. No puedo seguir, ¿conversamos esta tarde?

—Claro, mi gatita, gracias por tu ayuda. Veré dónde busco a esa perdida. Te confirmo si nos tomamos un café, ¿sí? —Ambos rieron en un tono de complicidad. Acción que desapareció al segundo de terminar la llamada—. Bueno, querida. No tengo que decirte que no eres la mejor imagen de popularidad en este momento para el *Team Foxy*. Depende de ti, ahora ya sabemos que la Petrova tiene un pie en el más allá.

—¡Josh!

—¿Qué? Es la verdad. Ahora dime, ¿qué hago?

La duda se apoderaba de ella a cada segundo y odiaba sentirse así sobre su vida personal, necesitaba la energía que le proporcionaba su otra parte que tenía tan olvidada las últimas semanas.

—Gestiona el viaje. Nos vamos.

Sin dilación salieron esa misma tarde. Dos escalas, tres aviones, muchas horas entre cada uno y un torrencial aguacero después, por fin les dieron la bienvenida a la ciudad de Piedras Negras, Coahuila, en México.

La temperatura duplicaba la que acostumbraba el grupo. Sin embargo, cada viaje con ese equipo de personas era disfrutado de principio a fin con todo lo que contuviese, era la costumbre. Agotados por el recorrido, entraron a los autos que les esperaban en el aeropuerto. Ya era cerca de la medianoche.

Esperaban llegar cuanto antes para descansar del extenuante viaje. Después de varios minutos, Cassidy se sorprendió cuando el auto pasó de largo el hotel donde habían hecho las reservaciones. En el camino pudieron observar lo colorido de la ciudad, pero la intranquilidad volvió a ella cuando notó que se alejaban de la zona comercial.

—¿Dónde vamos, señor? —interrogó al conductor en un tono severo.

A pesar de tomar las medidas pertinentes y de nunca haberles sucedido nada malo en sus viajes, no pudo evitar sentir temor. Eran un grupo de extranjeros a fin de cuentas.

—No se preocupe, señorita. El patrón nos ordenó llevarlos a la casa que tiene en Del Lago, pues para que estén más cómodos. Le va a gustar. ¿Está asustada? —El pequeño hombre sonrió de manera amable y la vio por medio del retrovisor haciéndola sentir avergonzada.

—No, es solo que no estaba enterada del cambio. Disculpe...

—Juan, Juan Molina, para servirle.

—Mucho gusto, Juan. Mi nombre es Cassidy Evans. ¿Me podría decir cómo es el lugar donde nos lleva?

—Es una buena zona, cerca tendrán el teatro y el club, hay buenos lugares para comer. Le aseguro que disfrutarán sus días en nuestra ciudad, señorita. La casa es bien cómoda.

—No lo dudo. Juan, es usted muy amable. —Las miradas entre Josh, uno de los auditores y ella le decían que se tranquilizara. No era la primera vez que les ofrecían un lugar propio durante su estadía en vez de un hotel. La calma llegó a su cuerpo, ya que percibió que se despojaba paulatinamente de la Cassidy insegura. A esa la abandonó miles de kilómetros atrás y esperaba olvidarla del todo. Ese tiempo le serviría para reflexionar sobre su futuro.

De acuerdo con las explicaciones de Juan, tomaron el *Boulevard República* y se desviaron hacia el lugar mencionado. El otro auto que los acompañaba ya estaba estacionado frente a una casa impresionante. Josh le ayudó a bajarse y al levantar la mirada, no pudo creer lo que vio.

—¡Bienvenidos a Piedras Negras! —exclamó una voz ronca, varonil, seductora.

Carlos Fuentes, llegó frente a ella con una sonrisa impresionante. Esa seguridad y estilo que conocía tan bien, en lugar de haber desaparecido había incrementado sobremanera en él.

Capítulo 32

La expresión de confusión y la atención del grupo estuvo sobre Kassidy de inmediato, al notar la efusividad con la que él se acercó. No fue hasta que Josh oprimió con firmeza su mano que se percató de lo rígida que se encontraba. Se aclaró la garganta y con una de sus sonrisas de negocios fue a su encuentro, arrojando los hombros hacia atrás, proyectando esa estatura de la que carecía, pero que no le hacía falta para poner en su lugar a cualquiera.

—El señor Fuentes, en persona —saludó sonriente. Extendió su mano, saludándole con vigor.

Jamás pensó que esa misma acción sería aprovechada por el hombre para acercarla a su cuerpo, abrazarla y a la vez elevarla por los aires como una muñeca sin peso alguno. Eso provocó risas entre todos y la distensión del ambiente por completo. Por fortuna, era tan tarde que la luz tenue de las lámparas circundantes no permitió que se notara el fuerte rubor de sus mejillas.

—Mi bella canadiense —dijo el abogado después de darle un sonoro beso en la mejilla muy cerca de la comisura de los labios y dejarla en el suelo.

—En definitiva, no..., no esperaba este recibimiento —articuló con celeridad, sintiéndose la mujer más torpe del planeta. «¿Desde cuándo Carlos Fuentes la ponía nerviosa?», pensó respirando profundamente en un triste intento de estabilizar su ritmo cardíaco.

—No concibo tu sorpresa, Evans. El señor Cage se comunicó con la empresa e informó sobre su llegada. Si nos hubiesen dado un margen de tiempo razonable para prepararnos, te aseguro que tendrías mariachis en este momento, linda muñequita. —Se le acercó al oído con suavidad y le preguntó—: ¿Quién es Josh Cage?

—Es él —dijo señalando a su amigo y asistente, quien mostró una expresión extraña entre la incredulidad y el reproche, la que en segundos hizo desaparecer tras una sonrisa radiante.

—Un placer. —Carlos extendió su mano, amable. Josh lo ignoró.

—El placer es todo mío. —Atrapó el rostro del sorprendido asesor y le dio dos besos, uno en cada mejilla—. Al estilo europeo, mi tatarabuela es española, así que algo de su sangre llevo.

El grupo a sus espaldas no se sorprendió del arrebato del joven, ya estaban acostumbrados a sus excentricidades. La expresión del receptor de semejante saludo era impagable. Después de unos segundos de asimilarlo, negó con la cabeza y sonrió. Posó el brazo sobre el hombro de Kassidy y saludó a cada uno sin soltarla mientras ella hacía los honores de presentarlo.

—Sabemos que están agotados —dijo mientras los guiaba a la entrada de la casa—. Por esa razón, esta noche solo les hemos preparado una cena típica de mi país y de la ciudad que los recibe con los brazos abiertos. Les tenemos varias actividades con el propósito de que también disfruten este hermoso lugar durante su estadía. —Los llevó a través de la casa. Frente a una enorme piscina había una larga mesa decorada con flores multicolores y tres mujeres mayores sonrientes. Ellas señalaban una variedad de platillos que emanaban un delicioso aroma.

El grupo se acomodó alrededor del lugar dispuesto para ellos, dejando libres las sillas principales en cada extremo. Carlos ayudó a Kassidy a sentarse en una y le cedió su puesto al señor Molina. El hombre avergonzado por el trato, se negó a ocupar el asiento y casi obligó al muchacho a aceptarlo en su lugar. La conversación fue tan amena que se extendió hasta las

primeras horas de la mañana.

De un momento a otro le entregaron una guitarra a Carlos y este con una sonrisa y fingiendo apenarse, rasgó las cuerdas ante la insistencia de sus anfitriones. Cassidy tragó con fuerza recordando cómo se conocieron. Un viernes por la noche en un bar donde se reunían los estudiantes después de exámenes y un grupo enorme le gritaba a ese chico de piel bronceada que cantara otra canción. La misma que entonó en ese momento:

—*Unos ojos bañados de luz, son un motivo.* —Vio al frente y dio con ella, como aquella vez. Con esa voz seductora que la envolvía en cada nota y capturaba su atención como en el pasado—. *Unos labios queriendo besar, son un motivo.* —Sonrió cerrando sus ojos y lamiéndose el labio inferior para luego rasgarlo de manera seductora con sus dientes—. *Y me quedo mirándote a ti, y encontrándote tantos motivos.* —Elevó su mirada y el fuego que transmitía la obligó a que tomara de su vaso y se quemara la garganta con el alcohol—. *Yo concluyo, que mi motivo mejor, eres tú.*

Por un momento el silencio se hizo entre todos y Cassidy pensó que sufriría un desmayo inminente, porque el oxígeno no le llegaba de manera normal ni a sus pulmones, ni a su cerebro. Se sintió mareada y con la boca seca.

Al notar que solo había cantado un par de estribillos sin terminarla, los aplausos y vítores lo obligaron a prestar atención a los demás. Eso le permitió que ella pudiese liberarse de aquellos ojos oscuros y, al fin pudo respirar.

Después de media hora, entre risas, maravillosa comida y música ambiental se despidieron de las mujeres que les sirvieron y los conductores, con el compromiso de que estos últimos pasarían por ellos al medio día. Los llevarían a comer antes de presentarse en la empresa a su primera reunión.

El canto de los pájaros captó la atención de todos y el cielo tornasol iluminó el lugar con suavidad, mostrándoles la maravilla de un paisaje natural y único.

El bostezo de Cassidy provocó que se dieran cuenta de la hora que era. Fuentes, se puso de pie y se ofreció a mostrarles la disposición de la propiedad. Justo allí, al lado de la piscina, había un *jacuzzi*, el sector del patio contaba con un área amplia destinada a festejos. Al entrar, les explicó que contaban con un estudio que tenía espacio suficiente para albergarlos por completo en una reunión, un salón adicional, comedor, cocina y sobre ellos, seis habitaciones con sus baños.

Cada uno llevó su equipaje y tomó una habitación. La sorpresa de Cassidy fue enorme al abrir una de las puertas y notar que ya había sido ocupada.

—Esa es mía, muñequita. Pero sabes que no me molestaría compartirla contigo —susurró Carlos, demasiado cerca desde su costado derecho, provocando que se le erizara la piel del cuello.

—No sería la primera vez —se atrevió a responder, lo que causó un gesto de reconocimiento en el hombre, quien sonrió satisfecho colocándose frente a ella.

—Pensé que ya no te acordabas. —Arremetió acercándose más. El aliento a menta y tabaco llegaron a sus fosas nasales haciéndola sentir intranquila.

—Kassy, ¿me prestas dentífrico? Tonto de mí, lo olvidé. —Josh detuvo sus pasos al observar la escena y regresó por donde vino, cerrando su puerta sin decir nada más.

—Carlos, no creo que sea conveniente ni ético que te quedes aquí —dijo recomponiéndose de la actitud dócil que tenía un momento antes.

—No te preocupes, Evans. No duermo aquí todo el tiempo, lo hago únicamente cuando es muy tarde. Vivo a más de una hora de la empresa y esta casa. —La sonrisa que le dedicó la hizo pasar saliva con dificultad—. Ahora llévale el dentífrico a tu amigo y escolta, o pensará que te hice mía en el corredor.

Los ojos de Cassidy se abrieron como si fuesen a salirse de sus cuencas y dudó de sus movimientos por un par de segundos. Carlos aprovechó su turbación para tomar el asa de la maleta y colocarla en sus manos, la sujetó de los hombros y la giró cual maniquí en dirección a la habitación que ocupaba Josh. Cuando ella avanzó un paso, él la detuvo de las caderas y con la voz ronca susurró:

—Te ves mejor que cuando estábamos en la universidad.

Kassidy se giró para aclararle un par de puntos al atrevido, pero este ya había desaparecido tras la puerta de su habitación. Estaba turbada, lo admitía. Merecía una paliza por mostrarse torpe, inexperta y susceptible ante ese juego absurdo que permitió desde el primer instante que esa mirada oscura se posó sobre ella, recordándole su exiguo pasado como estudiante aventurera.

¡No! Se rehusaba a entrar de nuevo en otro lio de pantalones. Su misión personal distaba en todo sentido de un asunto parecido. Pero quién diablos le iba a advertir que su juguete de experimentos estudiantiles se vería así años después. Cuando se encontró con él en el restaurante de Paolo ni siquiera se fijó tanto debido a Kilian.

Avanzó hasta la otra puerta, abrió con brusquedad, molesta por sus propias acciones y escuchó un lamento al instante.

—¡Maldita! Te ligas a Fuentes, *el papasito* y, ¿te atreves a lastimarme? —se quejó su amigo encogido, acariciando su frente después del golpe recibido.

—¡Baja la voz! No fue así, para nada. No es... No me gusta y además...

—¡Basta! Calla tú. —La haló haciéndola entrar del todo y cerró la puerta.

—¿Qué hacías allí? —preguntó acercándose para revisar mejor la marca roja que había dejado en Josh.

—A veces haces unas preguntas... —Osciló los ojos exasperado—. Quería saber si eras ruidosa, o gritabas: ¡Viva México, cab...! —La mano de Cassidy le cubrió la boca impidiéndole terminar. Ambos se echaron a reír como dos chiquillos después de una travesura.

—¿Qué te parece? —Ella señaló la puerta, su amigo comprendió el gesto.

—Lo evidente. Que vas a tener problemas con tu autoimpuesto celibato, amiga.

—Me refiero al trabajo, no a... él.

—En ocasiones me provoca golpear. Te lo digo muy en serio. —Exhaló y tardó varios segundos viéndose las uñas, desesperando a Cassidy con ello—. No finjas, todas estas horas te vio como cazador a su presa. Verte excitada con su voz y esas miraditas ardientes entre ustedes... ¡Uff!, ha sido demasiado revelador para mi curiosidad, querida. Demasiado.

—Josh... —le advirtió mirándolo mal.

—Está bien. Basándome en mi vasta experiencia con los hombres, puedo decir que ese bizcocho merece y desea ser saboreado por ti. Es simple, si es por ética laboral, te lo follas antes del mediodía y listo. Oficialmente, hasta esa hora estaremos trabajando para tu otro hombre.

La mención de Kilian le contrajo el pecho en segundos. Josh, notó el cambio en su expresión. Sin decir más, le señaló el baño para que tomara una ducha.

Debían descansar. En unas horas iniciaban su labor en esa ciudad. Sabían, que una vez dando marcha al proceso, no tendrían descanso alguno hasta obtener su objetivo. Si todo salía bien, bastarían un par de semanas para lograrlo.

Minutos después ambos estaban listos para dormir. Cerraron las cortinas para no dejar pasar la luz de la mañana y se acomodaron juntos en la enorme cama.

Josh se burló de Cassidy por su cobardía al negarse a salir para buscar la habitación que quedaba libre, pues no quería encontrarse con el abogado a solas. No comprendía en qué momento apareció de nuevo la vena cobarde en ella. Algo era seguro, la hacía desaparecer en sus horas de

sueño o ese viaje se convertiría en un dolor de cabeza como del que había huido.

Su sueño fue inquieto y lleno de risas burlonas de modelos femeninas cerca de su oreja, ojos azules abrasadores y sobre todo, una voz sensual que la llamaba poniéndola ansiosa y con la piel sensible bajo el tacto de una boca carnosa y unos ojos cafés, que difuminaban los otros y la observaban con voracidad.

Capítulo 33

Voces cercanas a la puerta de la habitación provocaron que Kassidy despertara. Se encontró sola y la risita inconfundible de su amigo del otro lado de la madera oscura, la llevó a preguntarse a quién le coqueteaba.

Brandon, uno de los miembros de su equipo parecía ser su conejillo de indias desde hacía unos meses. Josh le había confiado su tarea altruista de, según él, ayudarlo a salir del clóset. No creía que ese fuese el caso, pero qué sabía sobre la vida de los demás, si ella misma no podía definir con claridad la suya.

Entró al baño a prepararse para la reunión, no tenía demasiado tiempo disponible, aunque se sentía descansada aun con las pocas horas de sueño. Salió poco después en busca de su estuche de maquillaje y se encontró con Josh leyendo, sentado sobre el sillón cerca de la ventana, sonriendo como el gato del cuento. Al verla salir, suspiró frente a ella con dramatismo y dijo:

—Ese hombre, amiga. Es Carlos, *el salvaje* Fuentes.

—¿De qué hablas? —respondió sonriendo. No quería imaginarse el acoso que sufriría Carlos a manos de Josh si había mostrado interés en su asistente.

—Desperté hace un rato. Sabes que tengo el sueño ligero. Fui a la cocina a tomar algo refrescante y casi muero incinerado.

Ella no pudo evitar reír ante esas palabras y temía interrumpirlo para preguntar lo que había visto, porque se ponía hecho una fiera cuando lo hacía. Así que esperó, conteniendo una carcajada que luchaba por salir al captar sus gestos de emoción abanicándose el rostro.

—¿Qué crees que vi? Ese precioso obsequio del infierno, porque del cielo no es. Ese hombre trae más pecado que mi Simon encima, quitándose la camisa al estilo provocador. Está para recorrerlo con todo el tiempo del mundo, nena.

—¡Al diablo, Carlos Fuentes! —dijo Kassidy antes de tomar sus cosas. No quería pensar en él en esos términos y Josh no se lo hacía nada sencillo.

—Ese es mi segundo nombre —respondió su amigo sonriente y colocando su mano en su cabeza simulando llevar los cuernos del susodicho—. Y lo recibiré con gusto.

—Josh, él no ...

—Tú no opines. Lo que vi hoy y lo que me dijo me da mucho qué pensar. Amiga mía, te quiero, pero en tema de hombres sé más que tú. Me has dicho que no te interesa y te obligaré a cumplir con tu palabra. Aunque eso signifique que deba hacer el sacrificio de conquistarlo.

—¿Estabas con él tras esa puerta? ¡Esto es trabajo! No me hagas enviarte de regreso a la oficina antes de tiempo —exclamó incómoda, sabía de los alcances de su amigo. Sería divertido observar cómo se deba de brucear con su teoría sobre el abogado, pese a ello no era el momento ni el lugar.

—Te mueres por saber... —dijo con voz cantarina—. Solo te diré que no le soy nada indiferente.

—Respetar a Simon.

—*Mon ami mignon et naïf*, eres tan anticuada. Respeto a Simon, pero los viajes se disfrutan,

querida. ¡Vamos, apresúrate! Olvidé decir que todos están listos abajo, solo esperamos por ti. — Hizo un gesto de disculpa y puso su índice entre los dientes para hacerla sonreír sin lograrlo.

—Josh, te tomas esto en serio o será tu fin en este negocio. Te lo aseguro. Quiero terminar lo antes posible y tus devaneos con Carlos no ayudan.

—Sí, ya sé. ¡Madre mía, cómo te soporta Candace! Hoy te vas a tu habitación, cariño. Que la mala vibra me sienta mal. Haya o no abogado afuera.

Salieron a la vez, chocando los hombros y retándose con las miradas al inicio, pero se disiparon con la risa de ambos. No podían permanecer mucho tiempo enfadados.

Josh era su alma gemela, nunca la juzgaba y al final del día, conseguía que sonriera sin importar la tormenta que dejaba atrás. Por un instante se permitió dejar de lado sus preocupaciones y hacerse funcionar como la mujer de siempre. Tenía la certeza de que tarde o temprano dejaría de pensar, de reprocharse, de lamentar su decisión. Era momento de levantarse, sacudirse y retomar el camino. Pensó que quizá fue un error intentarlo con Kilian, todo lo de Roger aún estaba demasiado fresco y debió haberse tomado su tiempo para superarlo.

Salieron de la casa, subieron a los autos y llegaron al *Jalisquillo*, un restaurante típico parecido a un museo por todo lo que había colgado de las paredes; fotografías antiguas y cuadros exóticos las cubrían casi en su totalidad. Un lugar de pocas dimensiones, aun así, con un ambiente muy acogedor y agradable. Todos tomaron asiento y Juan les recomendó diferentes comidas para degustar y probar las especialidades de la región.

Kassidy veía con detenimiento cada decoración. Una mano sobre la suya la hizo reaccionar, la giró extendiendo su palma y depositó un llavero metálico con la forma de una hoja de maple acompañado de otro rectangular en el mismo eslabón con el nombre de Canadá tallado en la superficie. La sorpresa del primer instante se desvaneció para darle paso al reconocimiento de aquel objeto.

—Lo recordaste —susurró Carlos que estaba frente a ella con una sonrisa dulce en el rostro. La misma complicidad que obtenía después de aquellas tardes de estudios o de bromas entre amigos en su época de estudiantes.

Volteó la fina mano de nuevo y golpeó suavemente con su índice el anillo discreto hecho de plata que llevaba puesto ella; una flor llamada dalia con los pétalos rosa rubor y una circonita cúbica en el centro.

Kassidy se sonrojó. Lo había olvidado por completo hasta ahora. Esos dos objetos representaban la promesa que se hicieron la noche de la graduación de él al despedirse. La próxima vez que se vieran, si no tenían pareja, lo intentarían. Sin discursos o explicaciones, entregar el obsequio en la mano del otro sería suficiente explicación.

Carlos, observó la incomodidad de Kassidy e intentó recuperar el llavero de su mano, pero ella lo impidió cerrándola. La confusión llenó su rostro y la vio con seriedad.

—¡Carlos, no! Debemos hablar sobre esto, pero no aquí, ni ahora.

Él asintió y soltó su mano. De inmediato se involucró con los demás como si no hubiese pasado nada. Después de unos minutos desvió la mirada hacia ella y en un murmullo le explicó:

—No me sientan bien los rechazos, muñequita. Hablaremos después, como quieres. —Le guiñó un ojo y sonrió para tranquilizarla. Sin embargo, la mirada que le lanzó un segundo después la hizo reconsiderar esas palabras y trató de dar con el verdadero significado sin éxito.

Kassidy volteó a su derecha. Los ojos verdes de Josh, la perforaban con curiosidad. Ella desvió la mirada a la pared, concentrándose en cada adorno de nuevo para eludirlo.

Disfrutaron de la gastronomía lugareña y rieron por el nombre del platillo que pidió Josh. Las tortas ahogadas fue el más solicitado después de probar del plato de uno de ellos. Elaborado de

un pan salado especial, con frijoles dentro, carne de cerdo en fajitas, col, cebolla, mucha salsa de tomate y un poco de salsa de chile de árbol; cautivaron por completo a los visitantes. Los más atrevidos se quemaron la lengua por el picante, sirviendo de burla para lugareños y explicando que esa, era la bienvenida acostumbrada a la ciudad.

Salieron del lugar sintiéndose renovados e integrados con el equipo mexicano por la forma tan afable de relacionarse con ellos. No se habían divertido tanto al inicio de un proyecto.

Al llegar a la empresa, Carlos presentó a Juan Molina, el conductor del día anterior, como uno de los empleados de confianza más valiosos. Este a su vez los llevó hacia el área de producción explicándoles todos los procesos y presentándoles a los jefes de cada estación para futuras consultas. El valuador, parte del equipo de Cassidy tomaba nota mientras hacían el recorrido. La intriga de no haber sido recibidos por el propietario desde el inicio activó sus alarmas, ya que podía considerarse la posibilidad de un cambio de planes que podría repercutir de forma negativa en la transacción.

Era momento de reunirse con el esquivo dueño, pero en su lugar, un grupo de personas ocuparon ese espacio presentándose como la junta de accionistas minoritarios. No era necesario entrevistarse con ellos. En lo posible, la información brindada podía serles útil solo si el señor Montes se retractaba. Después de unos minutos todo estuvo claro: no los querían allí. Lo consideraban un acto senil y disparatado del propietario ya que al parecer le habían propuesto cambios innovadores en los procesos y estos fueron expuestos ante los expertos para mostrar su viabilidad, pero el señor Montes se había cerrado en banda y había echado abajo los planes de los accionistas.

El grupo se reunió hasta altas horas de la noche escuchando el punto de vista de cada uno de sus miembros, tuvieron que cenar allí para avanzar sin perder tiempo. Al dar por terminada la junta, se separaron para tomar el transporte dispuesto, dejando a Cassidy sola en el estacionamiento. Josh había sido el primero en subir al auto de Carlos desapareciendo al instante.

La voz del señor Molina atrajo su atención. Se encontraba junto al único auto del estacionamiento que quedaba y le abrió la puerta trasera con amabilidad. Ella llegó frente a él ignorando su invitación y subió al asiento del copiloto, provocando una sonrisa mal disimulada por parte del hombre.

—¿Está muy cansada, señorita? —Juan encendió el motor y a su vez colocó en la radio música a un volumen suave.

—Un poco. Juan, ¿tiene mucho tiempo de trabajar con el señor Diego Montes? —preguntó concentrada en el cristal de enfrente, evitando mirarlo con intensidad. Debía investigar y por experiencia sabía que los empleados con antigüedad proporcionaban la información más relevante para una compraventa.

—Sí, señorita. Toda mi vida. ¿Qué quiere saber?

La pregunta la hizo sonreír, él era astuto. Debía ser cuidadosa con el tono y las preguntas que necesitaba formular.

—Llámeme Cassidy, Juan. Me impresionó todo lo que sabe de la empresa, conoce palmo a palmo lo que se hace en ella y me pareció admirable notar cómo lo aprecia el personal. No es sencillo ganarse el afecto de los empleados.

—Nosotros no somos empleados para don Diego, mi niña. Nos trata como familia. Ese muchacho que quiere comprar, ¿cómo es?

Kassidy disimulaba su entusiasmo, era un juego que sabía jugar bien. Estaba de acuerdo con brindar información si obtenía algo a cambio.

—¿Juan, quiere ser mi amigo? Lléveme a tomar algo y conversamos, ¿qué le parece?

El hombre asintió y con una sonrisa la miró de soslayo y dijo:

—Espero que mi señora no se enoje conmigo por llegar tarde, pero unas cervecitas no son pecado para nadie.

—Tiene razón. En algún lugar leí que es saludable —dijo con seguridad, haciendo reír al mayor de manera afable.

Capítulo 34

La noche era cálida y una cantidad considerable de personas deambulaban por la plaza iluminada. A Cassidy le encantaba disfrutar de escenarios tan pintorescos y diferentes, era la mejor parte de sus viajes; absorber las costumbres y observar las distintas formas que tenían al divertirse la cautivaban. Nada se comparaba con la sensación de plenitud que la cubría en momentos así y muy a su pesar, como cada vez que viajaba, evocaba la compañía de Kilian y lo idílico que sería ir por todos esos lugares de su mano. Antes se conformaba con albergar esa probabilidad. En cambio, ahora, era un imposible. ¡No! Debía alejar todo pensamiento que le incluyera.

Abandonó aquella imagen y observó al hombre mayor que la acompañaba. Tenía que centrarse en su trabajo. Se dedicó a estudiar sus movimientos, detallando sus rasgos; se veía fuerte, el cabello oscuro y lacio parecía abundante aún, solo algunas arrugas y canas revelaban su edad.

¿Qué sucedería con él cuando el dueño de la empresa hiciera esa transacción? ¿Sería igual de leal con Kilian o no? Con frecuencia, los empleados antiguos representaban un problema en estos casos y si el propietario era demasiado joven para sus expectativas, se revelaban sin miramientos si lo consideraban un inexperto, logrando que todo el ambiente laboral se viciara para todos.

Se estacionaron frente al restaurante y bar *Barrokas*. Cassidy se sorprendió, pues pensó que la llevaría a un lugar diferente, aunque no le molestó el ambiente juvenil que se veía en las mesas externas del negocio. Juan abrió su puerta para que saliera, señalando la zona en la que había reparado momentos antes.

—Nos quedamos fuera. Le gustará —dijo sonriendo y le cedió el paso para que se adelantara.

Kassidy escuchó una especie de gruñido a sus espaldas proveniente de Juan, cuando un grupo de hombres un tanto numeroso elevaba sus botellas en dirección a ellos.

—¡Buena noche, señores! —saludó el hombre que la acompañaba en un tono neutro que no pasó desapercibido para ella. Varios asintieron y otros mostraron una pizca de turbación.

Él sin detenerse, la tomó del codo suavemente, colocándola a su lado izquierdo haciéndola sentir un escudo humano. Eso la hizo sonreír y por un momento, pensó en que la esposa de Juan debía ser una mujer en extremo celosa para que actuara de aquella forma ante los que obviamente eran sus amigos. Tomaron asiento en la última mesa de aquel espacio y vio que dentro, había un ambiente relajado, familiar y cómodo.

—Ahora sí. ¿Dígame cómo es ese muchacho? —preguntó tomándola por sorpresa por lo directo que era. Eso y que dos segundos después tenían un par de botellas bien frías frente a ellos y un mesero consultando si prefería otra bebida sin que él se molestara en haberla pedido.

—Bu..., bueno —susurró impresionada. Tomó aire para salir de la turbación, pero concluyó en que debía ser así si ese hombre había permanecido allí toda su vida. Sería normal que lo conocieran hasta ese punto—. Es un empresario capaz y...

—No, niña. No me lo venda, que no soy don Diego. Hábleme de él como ser humano, como el que se hará cargo de todas esas familias si el don decide vender.

—Tiene razón —respondió sonriendo, apenada por ser tan tosca y perder el tacto que

necesitaba en ese momento—. Es un buen hombre, Juan. Su abuelo fundó la empresa que maneja ahora, pero ha crecido mucho desde entonces. Los empleados se han mantenido allí por generaciones y sienten aprecio por el respeto que ha mostrado a los valores que le enseñaron sus abuelos en vida. Imagine que sigue trabajando con la misma secretaria que tuvo su abuelo los últimos veinte o treinta años.

—Es inteligente. Las buenas secretarías no se encuentran en cualquier lugar y las tentaciones... —Ambos sonrieron por el comentario y lo que implicaba—. ¿Está casado?

La pregunta la hizo toser por unos segundos y el hombre entrecerró sus ojos sin agregar nada.

—Aún no, su prometida se encuentra hospitalizada en este momento, pero está embarazada. Así que será cuestión de tiempo. —Eso fue lo más difícil que pudo hacer en su vida. Le ardía el pecho admitir aquello y de todas formas era la realidad a la que estarían expuestos, ambos; él se casaría y ella..., se quedaría sin él.

—Lucía, mi mujer. Nunca pudo darme hijos y aunque yo no los ansié tanto como ella, es bueno que una pareja los tenga. Espero no sea nada grave lo de su futura esposa.

Ella negó sin poder encajar de manera correcta el título de esposa. Cuánto le dolió escucharlo de alguien más. Apresuró la botella a sus labios, evadiendo el vaso dispuesto para ello. Necesitaba liberarse del nudo que había en su garganta o de lo contrario, se echaría a llorar de forma patética frente a un desconocido. Uno del que necesitaba información posiblemente trascendental.

De él podría depender que finiquitara con éxito ese trato, logrando así librarse de la presencia de Kilian y no seguir haciéndose daño. No se detuvo a analizar con demasiado detalle si en realidad deseaba eso, porque no quería pensar en él. La mirada curiosa la hizo reaccionar y tuvo que responder.

—Está mejorando. —No quería seguir removiendo el puñal sobre su pecho así que fue directo al grano—. Juan, ¿qué pasa con la familia del señor Montes?

—Son como buitres. Han buscado cientos de tretas para invalidar sus acciones y quedarse con todo. Don Diego solo quiere irse con su mujer y cumplir con el sueño de su juventud. Ella no es de aquí y con los años no ha dejado de añorar el volver a su país y vivir en la playa. Ya no son jóvenes y en un acto de amor, él le dijo que sí. Que cumpliría su palabra de disfrutar el tiempo que les quedaba así.

—Creo que es romántico —dijo ella con sinceridad y sonriendo soñadora sin poderlo evitar. Muy en el fondo le fascinaba escuchar ese tipo de historias que en la actualidad son tan escasas.

—Creo que está loco —respondió él haciendo figuras con algunas gotas que cayeron de la botella sobre la mesa de madera.

—¿No lo aprueba?

—Creo que no sabe lo que hace, pero no me parece que sea tan malo.

Ambos volvieron a reír. La música del lugar y la brisa provocó que ella suspirara.

—Lo quiere —dijo el hombre mayor que la miraba con curiosidad y una agudeza que la avasallaba más que el estilo inquisidor de Mary en pleno interrogatorio.

—Pero eso no importa ya. Me fui. Lo abandoné cuando más me necesitaba. Soy una cobarde y mi amor propio me domina. —No tenía idea de porqué le decía sin pausa todo lo que llevaba dentro, quizá era la necesidad imperiosa de hablar con alguien que tuviese experiencia.

Su amiga se había puesto del lado de Kilian y aunque era libre de hacerlo, su humor no era el adecuado para recibir otra reprimenda de su parte y Mary... No quería pensar en ella en ese momento, ni en la desilusión que le causaría el saber que nunca recibió el anillo que vio en esa gaveta. Mary lo sabía, estaba segura. En varias ocasiones bromeó sobre eso, asegurándole que era

su destino y quiso creerlo con toda su alma.

—No, niña. Nunca es tarde para ir en busca del ser amado. Si yo le contara... —El señor suspiró y su mirada oscura se perdió en dirección a la calle por un instante y luego la miró de nuevo, sonriendo con melancolía—. Si él la ama, la buscará, confíe en mí. No hay obstáculo real o imaginario que sea capaz de detener a un hombre si de verdad ama a una mujer. Viva y respire mientras él viene por usted. Porque no hay nada peor para uno como hombre que darse cuenta que calculó mal y tener que obligarse a dar dos pasos atrás, a seguir esperando. Hasta que ella sepa que es el momento adecuado. Se lo digo por experiencia. Ustedes las mujeres siempre saben cuándo lo es.

—No lo creo, Juan. Yo debo tener averiada esa gran habilidad. Ahora necesito saber lo que opinan los empleados sobre el cambio.

—De eso no se preocupe, ellos saben que don Diego no los va a dejar en las manos incorrectas. Eso sí, prepárese porque debe mostrarle esa seguridad, de lo contrario no va a vender, aunque tenga que aguantar a su familia unos años más.

Kassidy asintió, estaba segura de aquello. No era la primera vez que se veían enfrentados a una familia ambiciosa. Aunque esta manejara un ínfimo porcentaje de las acciones, debía convencerlos tanto o más que al accionista principal o de lo contrario, podría tomar tiempo demasiado valioso y eso no le convenía a ninguna de las dos partes. A partir del siguiente día por la mañana tenía que reunirse con su equipo a plantear las estrategias adecuadas para acelerar el proceso.

—Señor Montes, es un placer tenerlo esta noche en nuestro negocio. ¿Podemos servir otra ronda para su acompañante?

La mirada de marcado fastidio centelleó en Juan hacia el hombre joven, que parecía ser el responsable del lugar. La consternación del muchacho se vio interrumpida por la silueta de Kassidy que se puso de pie con un enfado colosal.

—Agradezco las atenciones, caballero. Es un excelente lugar para departir, pero no necesito nada más. Le aseguro que le visitaré de nuevo y podré disfrutar como se debe. El señor, Juan Diego Montes, seguro estará de acuerdo conmigo. Buenas noches.

Kassidy se despidió de ambos asintiendo y forzando un gesto amable en su rostro. Salió por el pasillo hecha una furia, intentando controlar cualquier impulso. Sabía que era algo normal de parte de los propietarios investigar la contraparte. Al final todo era un juego mental, si se quería apreciar desde esa perspectiva.

Ni siquiera estaba molesta con él por fingir de cierta forma ser quien no era. Su indignación era con ella misma por mostrarle sus debilidades como mujer y eso nunca le había ocurrido. No podía tomar un taxi, porque no tenía la maldita idea de dónde se ubicaba exactamente la casa en la que se hospedaba. Así que debía esperarlo y no iba a demostrar cuánto le afectó el ardid.

—Señorita, me disculpo. —Su voz parecía atormentada, pero no existía nada en el mundo que la convenciera de que ese hombre fuese confiable después de aquella interpretación.

—Ya lo hizo, señor Montes. No se preocupe —dijo lo más aplacada que se permitió en tan poco tiempo—. Soy consciente de sus preocupaciones y comprendo que quiera tomar medidas. Seré sincera con usted. Jamás me había encontrado en una situación similar, pero puedo con ello. Solo le pido que, a partir de ahora, maneje este asunto con la misma seriedad con la que mi equipo lo ha hecho y dejemos estos juegos. Sabe que necesitamos reunirnos y, sobre todo; que tome una decisión pronto. Ambas partes debemos avanzar en esta negociación y esto no aporta nada.

—¿Quiere que le diga algo? Me habla como mi Lucía y eso me gusta. Me gusta.

—Si me lo pregunta, permítame decirle que usted no me agrada en este momento. En lo absoluto.

—Ya lo sé..., pero si es como ella, se le pasará pronto —respondió muy seguro de sí mismo, lo que provocó una leve sonrisa en la joven sin poder contenerse. Él le abrió la puerta del copiloto para que entrara y después de unos minutos ya estaban en la carretera rumbo a la casa.

Capítulo 35

El trayecto transcurrió en ese silencio cómodo que hay entre dos personas que no necesitan aclarar más el cambio que se requiere para que todo vuelva a su cauce.

Voces, risas y música lenta se escucharon hasta el estacionamiento cuando Cassidy y el señor Montes llegaron a la casa. Intercambiaron miradas de desconcierto, ya que la jornada de ese día no fue nada bien como para que tuviesen ánimo ni energía para fiestas. Sin embargo, el hombre se despidió en la entrada excusándose por la discusión que le esperaba en su hogar con su amada Lucía si no partía de inmediato. Lo que la hizo sonreír y aceptar su despedida con el compromiso de reunirse en la empresa a primera hora.

Vio salir el auto y en lugar de dirigirse a la puerta, caminó alrededor de la casa esperando que la parte trasera estuviese vacía, tan vacía como se sentía ella en ese momento. No tenía deseos de encontrarse, ni hablar con nadie, solo quería perderse viendo las estrellas y disfrutar del aire cálido que le removía el cabello frente a su rostro.

Suspiró sin saber la razón. No, de hecho, lo sabía muy bien, pero no lo admitiría ante nadie. Por primera vez desde hace mucho tiempo deseó tener a sus padres de vuelta. Poder escuchar sus voces y si tenía suerte, un consejo, que justo en ese momento le vendría genial. Pensó en Mary, la mejor sustituta de una madre que alguien pudiese desear y se le encogió el corazón al imaginar su decepción al enterarse de su repentina huida.

Se quitó los zapatos para caminar con comodidad sobre el césped. Era fabuloso usar ropa ligera y disfrutar de ese delicioso clima.

Candace se presentó en su cabeza, imponiendo su presencia sin pretenderlo. Cuánto deseaba que ella la entendiera, la escuchara. Extrajo el móvil del bolso y buscó entre sus contactos. Un movimiento en falso y su frágil tranquilidad, sucumbiría con un par de sus palabras. Además, no era el lugar adecuado para...

Un gemido interrumpió sus pensamientos. ¿Un gemido? La perplejidad cubrió cada línea de expresión en su rostro y se sintió vacilar al darse cuenta que sus pasos la llevaban justo hacia el ruido, luego otro y esa risa. Esa inconfundible, maligna y seductora risa que conocía tan bien.

Tuvo el impulso de enfrentarse a la inescrupulosa pareja, sintiéndose responsable por el comportamiento del grupo. Sabía que una chica recién contratada los acompañaba, pero decidió retroceder el camino andado. Todos eran adultos. Aceleró su caminata hasta encontrarse frente a la puerta principal, la que antes de ser golpeada por su furiosa y pequeña mano, fue abierta tomándola por sorpresa.

—¡Te estaba esperando, muñequita! —La sonrisa reluciente y la forma en que se acomodaba el cabello sin timidez alguna, lo hacía verse demasiado masculino, demasiado arrogante, demasiado...

Kassidy tuvo que obligarse a respirar percatándose de la forma más humillante que contenía la respiración, casi como la primera vez que la besó y que le mostró juegos perversos que tiempo después llegó a disfrutar demasiado. Era él con quien realmente aprendió a reconocer la diferencia entre el deseo y los sentimientos. Carlos Fuentes le enseñó a desprenderse y a disfrutar

sin compromisos.

Sin poderlo evitar, se sintió inquieta y debía admitir que la ira ocupaba un nivel significativo. Comprendió que estaba absoluta y ridículamente celosa, porque esa niña estúpida hubiese ocupado su lugar frente a él, pero decidió no tocar el tema. No valía la pena y seguramente él giraría todo a su favor, y entonces, estaría perdida, admitiendo que deseaba su atención y la intensidad con que la miraba no mejoraba las cosas. Se aclaró la garganta dándose cuenta que había permanecido en silencio por demasiado tiempo.

—Aquí estoy, ¿para qué me quieres? —No estaba segura de qué tan bien había elegido ese juego de palabras como respuesta. Sin embargo, al notar su reacción acercándose cual cazador, convencido de que su objetivo no huiría, sonrió complacida.

—Primero, para saber si sabes como antes o mejor... —dijo acercándose a sus labios con seguridad. Su enorme mano derecha se apoderó de su cadera con fuerza haciéndola jadear.

Estaba a punto de responder a la invitación, tomándose un momento para revisar el recibidor y notar que el sonido de las voces y los gemidos que había escuchado con anterioridad, provenían del estudio dispuesto a la izquierda. Ese cuerpo sólido emanaba calor y sus ojos avellana brillaron de expectación, la mordida en el lóbulo derecho le provocó escalofrío y se olvidó por un instante de todo, hasta que vio a Josh.

Él atravesó la puerta acristalada del patio, venía en su dirección con el reflejo de la culpa en cada poro, acomodándose la camisa y revisando su cremallera.

—¡Oh, por Dios!

Carlos giró mostrando incompreensión a lo que a ojos de Kassidy era más que claro. Sin darle importancia, volvió a su posición inicial usando su mano izquierda para tomar su nuca y guiarla a su rostro. En cambio, ella lo rechazó con prisa y se alejó de él de manera impetuosa.

—¿Y ahora qué? —sondeó irritado ante las reacciones de ella. Su mirada mostraba su desconcierto y a la vez su usual ironía creciendo en sus labios. Logró reprimir la risa sin mucho éxito.

—Pero...

—Pero nada, muñequita linda. Eso... —dijo con un movimiento de cabeza indicándole a quien se apresuraba a subir por las gradas—, es diversión. Aunque no hicimos nada. Te lo juro. ¿Ya olvidaste cómo divertirse? Yo podría, no... desearía recordártelo. Estás tensa, volátil, no eres tú. ¿Qué te pasa? —La rodeó con ambos brazos alrededor del cuerpo, pero al notar su resistencia la liberó. Sujetó una de sus manos y la haló hacia la puerta del patio, divertido al captar que miraba con intriga el lugar—. Dime, Evans, ¿quién es el pendejo que te tiene así?

Kassidy estaba segura de no poder evadir el interrogatorio, tampoco quería y no saltaba de alegría por tener que decirle justo a él lo que sucedía en su vida. Todo lo ocurrido se alejaba abismalmente de la imagen que tenía de ella, de la que solía ser antes de volver a caer bajo el influjo de Kilian.

»Ay, no. Te enamoraste —dijo Carlos con cautela, sin un atisbo de duda en su tono—. ¿Por eso no te quieres ir a la cama conmigo?

—¡Carlos! —exclamó exasperada. No le debía explicaciones y si era sincera consigo misma, tenía que admitir que sí quería estar con él.

—Nada, no me vengas con ese tono. ¿Cuál es la razón? —La dirigió a un columpio de madera en forma de silla amplia. Tomó asiento y la sentó en su regazo, atrayéndola y acomodando la espalda sobre su pecho—. Suelta todo y no olvides que no puedes mentirme. ¿Es ese que estaba en el local de Paolo o el reprimido con el que vives?

—Ya no vivo con él. —Ambos rieron por no haber reprendido a Carlos por el término y por su

respuesta en tono infantil. Suspiró como si en el ambiente no hubiese el oxígeno suficiente para ella y de pronto sintió que la garganta se le cerraba—. No sé qué hacer, lo dejé...

—Tú nos has dejado a todos. Ahora cuenta algo que no sepa. —Se echó a reír por el golpe que recibió al instante y levanto ambas manos a los extremos para indicarle que ya no interrumpiría más.

—Está por casarse y me pidió que esperara por él... no fui capaz. Lo extraño, lo he amado desde siempre, pero me siento herida. La eligió a ella y no puedo hacer nada. Ahora, trabajo para él y solo quiero terminar este proyecto, irme y olvidarme de todo. Estoy perdida, he dejado de ser yo. Hoy, cuando me mostraste el llavero... Lo lamento. —Exhaló, tratando de retener por un momento más las lágrimas que luchaban por salir—. No lo recordaba, Carlos. Suelo usar el anillo porque me gusta y olvidé la promesa de hace tantos años. Tú eres parte de lo que fui y aún no me encuentro estable para jugar sin lastimarme.

Carlos asintió, acarició su cabello y masajeó sus hombros, deslizando sus manos a lo largo de su espalda, estrujó el contorno de sus caderas con calma y la presionó hacia abajo mostrándole su excitación.

Ella jadeó y se movió despacio incrementando el contacto, sujetó con seguridad las manos del hombre deteniendo su avance hacia sus piernas.

Él, obedeció la orden y en un rápido movimiento la colocó de lado asiéndola de la nuca, acercándola a sus labios y sujetándola de la cintura, manteniéndola firme sobre su erección. Arremetió con su lengua dentro de su boca, imponiéndose. El gemido femenino le dio la aprobación para avanzar sin perder el espacio que había ganado.

Kassidy sentía la cabeza embotada. No quería pensar, solo sentir. Debía alejar ese dolor, olvidarlo, porque él ya había decidido y tal como le dijo Juan hacía unas horas, tenía que vivir y respirar. Carlos la conocía y sabía qué interruptor accionar para ayudarle a dejar todo atrás. Sin compromiso, únicamente debía cederle el control y adormecería su recuerdo, al menos por un rato.

—Ah, muñequita... sabes riquísimo —gimió, mordisqueando su labio inferior y recuperando su boca con más intensidad—. Tócame —pidió en un susurro, colocando la frente sobre su pecho e intentando respirar con normalidad, mientras llevaba sus manos a los botones de la blusa blanca de seda que usaba Kassidy.

—No, Carlos. Aquí no.

—Entonces salgamos de aquí —dijo alterado, poniéndose de pie en un movimiento y llevándola consigo en sus brazos a través del patio, hacia la cochera.

Capítulo 36

Mientras Carlos avanzaba con ella en brazos, el pasado la envolvió y se dio cuenta de todo lo que había dejado atrás en el momento en que aceptó comprometerse con Roger en una relación exclusiva. No le molestaba compartir su vida con él, pero en la medida que el tiempo transcurría se evidenció que no era suficiente para ninguno de los dos.

Cuando lo conoció en la universidad, apenas lo veía y ambos hacían lo que les apetecía. Podían pasar semanas sin verse, sin problema, dramas, discusiones, ni reproches. Esa falsa libertad la atrajo y, claro, nadie le dijo que esa falta de interés en él por estar juntos se debía a que se inclinaba por otro tipo de compañía.

Carlos fue el único que se lo dijo y no le creyó, pensando que lo motivaban los celos. Era su vecino en el edificio de estudiantes donde residía, se convirtió en su compañero en varias clases y luego en su amigo. Siempre le hablaba de sus conquistas y la invitaba a sus fiestas, pero no se atrevía a entrar en un mundo que se manejaba bajo conceptos diferentes a los suyos y la perspectiva de las relaciones de las que él se jactaba le parecía difusa y a la larga llena de posibles conflictos.

En las vacaciones de su segundo año, Candace había ido de viaje a Europa y no quería llegar a casa de la familia de Kilian y tener que convivir con él después de lo de la pelirroja, aunque ya hubiesen pasado muchos meses de eso. Carlos le planteó que se quedaran en la ciudad porque no quería regresar a su país y enfrentarse a su padraastro con el que tenía muchos problemas.

Él se ofreció a mostrarle una manera distinta de vivir y así fue. El acercamiento de ambos, provocó que desde entonces, sostuviesen relaciones que dependían de una simple llamada y nada más. Su amistad y sus encuentros sin etiquetas, ni compromisos continuaron hasta que Roger le pidió una relación formal.

La noche que Kassidy lo llamó para terminar lo que tenían, todo terminó en una terrible discusión donde él le dijo que contaba con pruebas que demostraban que ese sujeto no le convenía como novio y pese a ello, nunca quiso verlas.

Con el tiempo, coincidían en reuniones o en algún viaje, pero no volvieron a intimar. Lo más cerca que habían estado uno del otro fue para una cena a la que acudió un colega de Kassidy por accidente y no se volvieron a ver.

Ahora estaba allí, dejándose llevar por él y dispuesta a cualquier sugerencia que involucrara ese cuerpo, con el que sabía tenía el deleite asegurado.

—¡Mierda! —exclamó él, dejándola en el suelo al momento que daba un paso al frente. Colocó una de sus manos en su cadera y con la otra se mecía el cabello oscuro mostrando su desagrado—. ¡Es que soy un imbécil!

Una risa contenida y un bufido de parte de ella acompañó su gruñido. Un auto obstruía la salida del suyo y sería demasiado evidente pedirle al dueño que lo moviera para que ellos pudiesen salir de allí.

—Debe ser que no nos conviene —dijo ella recuperando un poco el control que perdió obnubilada por la excitación.

—No, no, no, muñequita —interrumpió a Cassidy, acercándose con prisa a su boca y silenciando su intento de huida con un beso voraz. Mordió su labio inferior antes de separarse y la haló obligándola a seguirlo—. Si para pasarla bien, no necesitamos nada elaborado. Te he enseñado que el placer no requiere de momentos o lugares, solo de las personas. Ven.

—Pero, Carlos. Ya no somos unos jovencitos para hacerlo así.

La carcajada que salió del abogado provocó un poco de molestia en ella. No porque se burlara de sus palabras, sino porque se sintió ridícula al darse cuenta de cómo se escuchó lo que dijo.

—Tú dices que no te reconoces y me parece que estoy igual que tú. Pero ese no es un problema. Ahora mismo vamos a buscar dónde se metió esa mujer sabor fresa que me vuelve loco.

Las luces del auto indicaron que se hallaba a pocos pasos de sucumbir ante algo más que el deseo. Quizás allí no solo dejaría de pensar en él, sino que se liberaría de un compromiso que nunca se estableció. Él estaba con Anna ahora, nada le impedía estar con otro hombre. Era una mujer libre y sin ningún tipo de atadura. Entonces, ¿por qué sentía esa opresión en el pecho?

Carlos abrió la puerta trasera e hizo una venia exagerada indicándole el camino a seguir. Eso provocó una sonrisa en ella, se acercó, cerró de un portazo quedando fuera y después de apoyar su espalda en el auto, haló su camisa para atraerlo. Tomó su cuello haciendo que se inclinara a su baja estatura y atrapó sus labios con agresividad.

—¡Ah! Hmm, esto me gusta —dijo Carlos sonriendo. Le abrió la blusa y dejó a la vista de la tenue luz el sostén blanco que la cubría—. De saber que ibas a reaccionar así, habría presionado más desde que llegaste para tenerte.

—¡Cállate, Fuentes! —pidió Cassidy, dejando su pecho libre de la corbata y la camisa celeste y mordiendo uno de sus pezones. Deslizó sus uñas hasta llegar a la línea del pantalón provocando que la piel masculina se erizara, mientras ella ardía al verlo encendido.

—Espera que esto no es así. —La guió para que se girara, le sacó la blusa y la instó a que colocara ambas manos en el auto. Acarició su cabellera y la movió a un lado despejando el cuello. Acercó su boca y la lamió, mordiendo al final, provocando un gemido en ella. Quitó los broches y alejó el sostén de su piel, haciendo que se posicionara como antes. Sus dedos tibios atraparon sus pezones y los giró causando que se irguieran de inmediato. Más caricias sobre su cuerpo se deslizaron por su espalda y la recorrieron haciéndola temblar. Deslizó su falda hasta ponerse de rodillas alejándola en su totalidad y regresó con sus uñas arrastrándolas desde sus pantorrillas, subiendo despacio.

Kassidy tembló por el contacto, el movimiento culminó con un azote en su trasero que la hizo jadear. Escuchó la cremallera del pantalón esperando el siguiente avance. Ya no había vuelta atrás. Era momento de sentirse libre otra vez, de disfrutar el encuentro y a alguien que estaba allí para ella.

—Carlos...

—Shhh. —La inclinó un poco, movió las bragas a un lado y la penetró. Un grito ahogado de Cassidy llenó el lugar—. Cómo me encantas, mujer. Sigues apretada. —Carlos la mordió en el hombro y con uno de sus dedos, estimuló el clítoris mientras entraba y salía de su interior provocándole gemidos. Haló su cabello con fuerza curvándola y la velocidad incrementó sin dilación. Elevó su dedo húmedo hacia la boca de ella para que sintiera su sabor y luego lo devolvió a su tarea de estimulación.

Aflojó el agarre en su cabello y ella se sujetó con las manos sudorosas sobre el vidrio, sus piernas temblaron. Al notar esto, Carlos la volteó y la apoyó en el auto. La elevó y moviendo las bragas a un lado otra vez, se hundió de nuevo en su interior y al mismo tiempo poseyó su boca con igual fervor.

—Sabes a cielo, muñequita —gimió dentro de su boca, calentándola más si eso era posible.

—Más, dame más —suplicó Cassidy fuera de sí, sujetándose por los hombros de aquel hombre que la sostenía.

—Dámelo, Cassidy, córrete como sabes hacerlo. Soy tuyo. Aduéñate de mí y del mundo como siempre has hecho. Mírame.

La luz que entraba al lugar impedía notar demasiados detalles, pero lo hizo. Sintió que se fragmentaba por completo en ese orgasmo. Suspiró con fuerza y percibió la sonrisa de su compañero en contacto con su rostro acalorado. No podía respirar, su pecho subía y bajaba con dificultad. Se movió para salir de la posición en la que estaba, él lo permitió sin soltarla del todo.

—Es mi turno. —Le guiñó el ojo derecho y se acercó a su rostro para morder el lóbulo de su oreja. Abrió la puerta trasera del auto y se acomodó en el asiento—. Por eso me gustan las chiquitas, ven y móntame. Ya sabes cómo me gusta.

Kassidy subió tras él y sonrió notando que su erección no había disminuido ni un poco. Se acomodó sobre él meciéndose tan lentamente que no pudo evitar reír al escuchar los gimoteos que salían de la garganta de Carlos mientras envolvía sus senos con la boca. Incrementaba sus movimientos y luego volvía a la enloquecedora parsimonia. Quería seguir así, enloqueciéndolo, pero él no se lo permitió.

Carlos sujetó fuerte su cadera con ambas manos y tomó el control bajo su cuerpo. Jadeaba con cada estocada, un par más y un grito ahogado en medio de una maldición, acompañados de su tibia descarga indicaron el final.

Pasaron un par de minutos en los que solo se dedicaron a calmar su respiración agitada. Él la acariciaba con suavidad desde su cabello hasta la espalda, mientras descansaba sobre su pecho. Luego sacó de uno de los bolsillos de los asientos delanteros un paquete de toallas húmedas y salió por la puerta derecha. Lo vio girar por la parte trasera del vehículo y entró por la izquierda, con la ropa de cada uno en sus manos.

—Quiero dormir contigo, muñequita. No estoy saciado. ¿Quieres que te lleve a mi casa? Te sentirás más cómoda. Félix, el dueño del auto que nos estorba no duerme aquí. No tardará en irse y podremos salir sin que te vean. —Se acercó y le dio un beso suave en el cuello mientras ella se acomodaba la blusa dentro de la falda.

—No, Carlos.

—¿Por qué no? —preguntó sonriendo. La conocía y esperaba la respuesta con la que acostumbraba rechazarlo.

—No quiero que esto se complique. Dejemos que fluya, ¿sí?

—Pero... Está bien. Te juro que esperaba lo primero, pero lo segundo que has dicho me da esperanza de probarte otra vez. —Rio de buena gana cuando ella le golpeó el brazo, juguetona—. ¿Vamos a fumar? Tenemos que ponernos al día.

Ella asintió y salieron del auto. Se dirigieron hacia el columpio en el que estuvieron antes. Era momento de ponerse al día con su amistad, después de tantos años sin saber del otro.

Capítulo 37

Las negociaciones avanzaron, jornadas casi interminables saturaron el tiempo de ambas partes, analizando cada pequeño detalle para lograr un acuerdo beneficioso. Los días pasaban y el ambiente llegó a distenderse a tal grado entre ambos equipos de trabajo, que la tensión y desconfianza que había al inicio después de lo de Montes, se transformó en camaradería tanto en la empresa como fuera de ella.

Cuando les era posible, salían a divertirse, deleitándose con música de mariachis y actividades propias del lugar, degustando sus platillos con devoción, disfrutando del clima y de toda su cultura.

—Por fin hiciste desaparecer esa expresión, querida —dijo Josh en tono juguetón mientras se colocaba productos en el rostro.

—Sí —respondió para simular que le prestaba atención entretanto respondía un correo.

—Creo que tomaste una mala decisión.

—¿De qué hablas? —Kassidy no dejaba de teclear frente a su computadora, sentada sobre la cama y rodeada de documentos. Era como pasaban las noches hasta que el sueño los vencía, si es que no estaban en alguna reunión en la empresa.

—Yo en tu lugar, estaría desfogando la tensión entre las sábanas del otro lado del pasillo.

—No quiero confundir las cosas.

La carcajada que salió de su compañero y confidente la hicieron levantar su mirada y dirigirla hacia el baño entreabierto, de donde solo se veía parte de su trasero. Pensó que Candace no andaba nada desencaminada al apreciar a Josh de otra forma, la verdad es que era muy atractivo. Vio cómo se giraba y sacudía ambas manos sobre su rostro para terminar suspirando, colocando su mano derecha en su pecho lampiño y bien formado.

—¿Con él? Kassidy, ese es un hombre, no un niño. Conoce las reglas. De hecho, deberías agradecerme por no habérmelo cenado esa noche. Me contuve al verte y en definitiva lo necesitabas más que yo. ¡Mira, si ahora hasta pareces viva! Fue un enorme sacrificio.

—Me refiero a mí, Josh. —Ella frotó sus ojos y apartó de su cuerpo el aparato. Se puso de pie y se dirigió a la ventana alejando la cortina y continuó—: Llegué a ese punto donde me siento demasiado sola. Extraño a Candace, que, aunque es un dolor en el trasero, es como mi hermana. Mary no me ha llamado y yo no me atrevo a hacerlo, y...

—No, no sigas por ese camino —dijo Josh, acercándose a ella y abrazándola por la espalda con uno de sus brazos abarcándole el pecho. Le dio un beso sobre la cabeza sin decir más.

—Soy tan cobarde. —No quería hablar más para evitar derrumbarse. Los días posteriores al encuentro con Carlos, fue como si le hubiesen inyectado adrenalina. Incluso el equipo lo notó y se lo hicieron saber. Había vuelto la misma Kassidy Evans de siempre.

—No lo eres, preservarse no es cobardía. Si te quedabas, dolería más y lo sabes. Además, no tendría nada de reprochable que lo intentaras con el delicioso abogado. Tenían un acuerdo, ¿no? Ambos siguen sin pareja. Inténtalo. No te daré otra oportunidad, yo también necesito terapia.

—Eres incorregible.

—Además, se le nota que está en las mismas. ¿No notas cómo se pavonea para llamar tu atención? Hace ejercicios en el patio en lugar del gimnasio para que lo veas. Ya no sale de aquí y ambos sabemos cuál es la razón. Meterse en tus bragas.

Kassidy evitó responder. Sabía que Josh tenía razón. No era lenta y también lo había notado, pero ella no quería nada con nadie en ese momento. Sonrió como amargura al pensar en ello. Era tan estúpida que se engañaba a sí misma. ¡Claro que quería a alguien! A un imposible.

—Llama.

—¿Qué? —De un segundo a otro se alteró entre el pecho y el brazo de su amigo que aún la sostenía.

—Llama a Candace o a Mary. Aunque no me agrada, porque me ve como un pedazo de carne, pero es tu amiga y sé que se extrañan. En cuanto a tu príncipe decolorado, ya lo verás mañana. En esta videoconferencia no puedes desaparecer igual que en las anteriores, debemos hablar con él para finiquitar todo. Eres muy evidente y repetiré lo que me dijiste cuando llegamos: «Esto es trabajo».

Tenía miedo y esa no era una novedad. Por un momento supuso que le hablaba de él, pero al escucharlo sabía que tenía razón. Giró sobre sí misma y elevó su mirada hasta los ojos de su amigo. Eran de un color verde precioso.

—Querida, yo te adoro, pero no te besaré. Me siguen gustando los hombres. Solo si lo necesitas urgentemente lo haré.

—¡Qué idiota! —No pudo aguantar la risa por un segundo más. Era su don, hacerla sentir mejor después de verla hecha jirones. Tomó aire en sus pulmones y lo abrazó, este se quejó por la fuerza ejercida—. Gracias, Josh. Eres el ser más valioso con el que alguien puede contar. Me siento afortunada de tenerte en mi vida.

Lo soltó y se encaminó a la cama. Abrió el ícono en su computadora para comunicarse con su amiga, pero esta no respondió. Lo intentó un par de veces sin lograrlo. No mentiría al admitir que no quería recibir otro rechazo y al mismo tiempo añoraba contar con ella como antes. Tenía tanto que contarle.

—Creo que no está.

—Hazlo mañana, seguro debe estar descansando. Es hora de dormir, ya solo tenemos un par de días para terminar esto. Te vas a tu cama, porque si hoy quiere visitarme alguien, no podrá hacerlo si te ve aquí. —Le señaló la puerta y adoptó esa pose inflexible que la hacía reír.

—Te gusta soñar —dijo la mujer, divertida por su comentario—. Te dejo todo, estoy cansada. Mañana vengo temprano para responder un par de correos. Buenas noches.

—Está bien. Deja eso, yo lo coloco en su lugar.

Las horas pasaron a una velocidad pasmosa, con los nervios que tenía solo pudo dormir un rato y con sigilo entró de nuevo a la habitación de Josh para seguir trabajando. No supo en qué momento la luz del día iluminó por completo la estancia. Su amigo despertó y la saludó con un gemido al descubrir que no le había hecho caso y se dirigió al baño.

Un momento después, la puerta de la habitación se abrió. Carlos, se asomó por ella vestido únicamente con una toalla alrededor de su cintura, llevaba el cabello mojado y emanaba un aroma a gel de baño que atrapó sus sentidos. Preguntó por Josh, Kassidy le dijo dónde estaba y sin miramientos se dirigió al espacio contiguo. Ella ni se inmutó. Carlos había entablado una camaradería con Josh en la que solo ellos entendían sus líneas difusas de privacidad.

Kassidy se sorprendió al notar la notificación de su amiga sobre la pantalla. Los nervios se hicieron presentes, pues la conocía y el resentimiento no le pasaba tan pronto. Sabía que recibiría un buen monólogo de su parte.

Mientras aprobaba la solicitud desvió la mirada hacia al baño de donde salían sus amigos.

De una zancada, Carlos se acercó a ella tomando su rostro desde su altura. Le besó la nariz y se desvió a lo largo de su cuello causándole cosquillas y haciéndola reír.

—No te tardes, muñequita. Desayunaremos fuera. Hoy te ves preciosa —dijo sin soltarle las mejillas. Su sonrisa provocativa fue dirigida a la pantalla y la acompañó con un guiño, justo unos segundos antes que la cámara del otro lado desapareciera informando que la comunicación había finalizado.

Carlos se sintió satisfecho al reconocer al hombre del otro lado y disfrutó de su rostro descompuesto. Él había lastimado a su amiga y eso no se quedaría así. La dejó libre y salió de la habitación sin inmutarse. Quizá era la oportunidad que necesitaba para volver a conectar con ella como aquella noche. La deseaba y no era un secreto para nadie.

A más de tres mil kilómetros de distancia, Kilian pasó de un estado casi catatónico a la ira extrema en segundos. Tomó el portátil y lo lanzó al piso causando un crujido en el aparato. No era nada comparado con el sonido que sintió en su pecho al verla sonreír por las caricias de ese mal nacido.

Candace entró con una taza de café al estudio para él. Permaneció en la puerta observando el estropicio, cerró los ojos un momento, suspiró y dijo:

—Espero que pagues por eso. Tengo información importante allí.

Él ni siquiera respondió, agitó su mano restándole importancia al tema. Apoyó su cuerpo sobre el escritorio sentándose en la orilla del mismo, con la vista perdida hacia la pared.

—La perdí —susurró, el nudo en su garganta impidió que su voz saliera con normalidad. Quería acabar con todo a su paso y para lo único que tuvo fuerzas, fue para cruzar los brazos sobre sí mismo. Como si de esa forma pudiese impedir que el dolor siguiera reptando por su pecho.

—¿De qué hablas? —preguntó su amiga con cautela. Los últimos días habían sido horribles para todos. Él parecía una fiera enjaulada y por muy confrontativa que fuese, no soportaba verlo así. La lejanía de Cassidy le hacía daño y por fin se permitió admitirlo ante ellas. Era un hombre sufriendo y aunque lo había visto llorar algunas noches, aún no estaba lista para hablar con ella y rogarle si era necesario que al menos se comunicara con ellos. Se sentía entre la espada y la pared, pues estaba segura de que sufrían en la misma medida y no sabía cuál bando elegir, porque ambos le preocupaban y angustiaban igual.

—Kassy ya tiene compañía —soltó con una sonrisa melancólica—. Debo irme, Candy. Tengo una reunión ineludible con tu amiga. Hay negocios que atender.

Al notar el cambio en su voz y verlo partir con esa expresión rígida, se sintió afligida. Qué diablos habría ocurrido ahora. Durante la madrugada, recibió la videollamada de Cassidy. Se emocionó tanto, pero justo en ese momento hablaban de los pasos a seguir sobre Anna. Tomando en consideración las noticias que les había dado el médico, la vida de Anna pendía de un hilo y con ella, estaba en peligro la criatura por la cual sucedía toda esta tormenta.

Candace se preguntó muchas veces qué haría en el lugar de cada uno y la respuesta que al principio había sido rotunda, con el paso de los días cambiaba constantemente. Ambos tenían razón. Cassidy jamás aceptaría ser la amante por mucho que endulzaran la situación y él no podía dejar al niño sin protección, porque en Europa no tenía a nadie. Se enteró de que la madre de Anna les dijo que no se haría cargo, ella solo permanecía cerca de su hija por su dinero y su padre biológico, firmó la cesión de derechos paternos tan rápido, como si de un objeto se tratase. Fue vomitivo.

Era duro verlos sufriendo y saber por todo lo que habían pasado para lograr reencontrarse. Pero la vida era así de injusta, esa era la realidad. Poniendo obstáculos a cada paso, solo por

diversión.

Su teléfono timbró, era ella.

—Candy ¿qué sucedió? Me llamaste hace unos minutos y desconectaste. Te llamo yo y aunque apareces conectada, no respondes. Temí que no quisieras hablar conmigo y no puedo más.

Candace resopló, qué habría visto Kilian para quedar así. Él esperaba tanto comunicarse con ella y le confesó que se conformaría con verla, pero Cassidy había faltado a las dos reuniones haciéndolo imposible y eso lo estaba volviendo loco.

—Kassy, no fui yo. Fue él.

Capítulo 38

El espejo le devolvió el reflejo del miedo, la obstinación y la necesidad de regresar el tiempo sin dudar. No solo unas horas, su deseo de retornar al pasado se remontó a la época cuyo mayor problema era una mala elección de vestuario que iba en contra del clima, a sus tardes preferidas, cuando su padre se sentaba en el patio los viernes por la tarde a cantarle y su madre, regresaba del trabajo aprisa para unirse a la reunión familiar. Había sido hace tanto que las escenas se tornaban difusas en su cabeza, a excepción de los sonidos de sus voces entre risas y música.

Ahora no estaba la mujer en la que soñó convertirse. Cada vez que se encontraba en momentos similares se sentía ajena a esos sueños. Como si la vida se tomara el tiempo de sentársele enfrente a proponerle opciones maravillosas para escoger y de pronto, se transformara en un ser oscuro burlándose de ella, arrebatándole lo escogido por puro placer.

Ni siquiera estaba segura del porqué se veía a sí misma tan lejana. Ya no tenía nada con él y esa reunión era lo que esperaba para demostrarlo. Un par de días y las firmas pertinentes avalarían el final de su responsabilidad con el proyecto y le daban luz verde a sus planes de alejarse definitivamente.

—¡Vamos! En cinco minutos iniciamos. No me hagas esto y quita esa cara de psicótica, por favor. —Josh le tomó la mano para halarla fuera de la puerta del baño donde se encontraba.

—Josh, cuando Fuentes entró a tu baño, ¿qué quería? —preguntó sin moverse ni un ápice de su lugar.

—Una cita. —La mirada de Kassy se desvió hacia su rostro mostrando desconcierto—. Bueno, necesitaba gel para afeitarse y me preguntó que si querías salir con él a cenar antes de irnos mañana. Le dije que te lo pidiera, eso es todo.

—¿Seguro?

—Para mi desgracia, sí. Me dijo que quería estar contigo y recordarte quien eras. Por cierto, ¿a qué se refiere con eso? ¿Fuiste ninfómana o algo así?

—¡Claro que no! Vamos, hay un negocio que finiquitar.

—Yo quiero uno de esos negocios, sé buena amiga y dame al abogado. No seas mezquina. —Ambos rieron con el comentario, salieron del lugar y tomaron el pasillo hacia la sala de juntas.

Un momento antes de empujar y casi obligar a Josh a que entrara primero, se detuvo un instante a controlar el temblor de sus manos. Respiró profundo varias veces intentando evitar que sus ojos derramaran el líquido salado. Sería la última vez que podría apreciarlo, escucharlo, pero no para que la mirara a ella como acostumbraba o le susurrara cosas románticas o ardientes al oído, con esa voz cargada de deseo que se adueñaba de él cuando estaban juntos. La puerta se abrió de nuevo y si no hubiese sido por sus rápidos reflejos, se habría estampado en su rostro.

Carlos salió con el rostro demudado. La tomó por la cintura con suavidad y la empujó hacia la pared que se encontraba frente a la puerta a un par de metros de distancia.

—Muñequita, ¿es tu cliente? ¿Qué diablos haces teniendo relaciones con él? Pensé que era un proyecto pequeño del que me hablaste el otro día. —Al notar su mirada perdida, tomó aire y lo expulsó con fuerza. La atrajo a su cuerpo y la abrazó dejándola sin escape—. Lo siento, me

merecía la cachetada que me diste esta mañana. Sé que no debí, pero al verlo a través de la pantalla, me sentí con el deber de protegerte. Ya sabes, siempre actúa el macho superhéroe que hay en mí. Es hora de entrar. Si no estás lista, Josh puede hacerlo, ¿no es cierto?

—No, soy yo quien he de hacerlo. —Se soltó de sus brazos, se acomodó la ropa y se movió hacia la puerta. Antes de que entrara, Carlos la sujetó por los hombros y dijo:

—Está encabronado. Jamás me había intimidado otro hombre y menos a través de una pantalla, pero su mirada me preocupó. ¿Sabes si practica algún...?

—Es bueno en *kickboxing*, mucho —dijo sonriendo, más relajada por el tono usado por el abogado.

—Es para prepararme, por si me lo encuentro en Ottawa.

Kilian se sentía observado por los presentes y no podía disimular su molestia. El segundo bolígrafo se rompió nuevamente entre sus dedos cuando la vio entrar sonriendo de manera casi imperceptible. Sabía que era evidente su mal genio y no acostumbraba a mostrarse de aquella forma, pero era imposible no sentirse a la defensiva.

Su interior se partía en dos deseando huir y a la vez confrontarla. El recuerdo de la mirada del estúpido abogado mostrando seguridad y posesión sobre ella aún estaba fresca en su memoria. Por un instante, se arrepintió por no hacerle saber que se encontraba allí, que lo sabía, que la vio. Hubiese pagado toda su fortuna por estudiar su expresión al verse descubierta en su coqueteo. Pero fue un cobarde, ganó el temor a que si ella volteaba le confirmara que lo había superado, que ese era un mejor hombre, y peor aún... que lo elegía por sobre él.

Aborrecía tener que exponerse a verlos juntos y odiaba la angustia que se formaba en su estómago por la expectación. No sabía cómo actuaría si notaba sonrisas cómplices, miradas secretas o un roce. Sería su muerte si ella lo veía a él con desdén, obligándolo a darse cuenta que él volvía a formar parte de su pasado y ahora sin la más leve esperanza de que eso cambiara.

Vio que Cassidy se posicionó frente a la cámara liderando la mesa de reuniones y el imbécil pasó tras de ella, rozando su mano con descaro, ese leve toque ardió en su interior. Quería matarlo con lentitud y mucho dolor.

Por un instante se sintió despreciable al deleitarse con el nerviosismo de su voz. «Mírame, luna, mírame», se repitió como un mantra, suplicando por lograr alguna conexión, pero ella lo evitaba como una profesional.

Estaba preciosa con su blusa negra y su falda verde menta de tubo, la recorrió con descaro recordando cada caricia que le había prodigado a su cuerpo, cada gemido que arrancó de su garganta y cada gota de sudor que provocó en su piel.

—Gracias a la fluida comunicación entre las partes, los puntos que han surgido en este proceso se han identificado con precisión y hemos mostrado sus posibles soluciones. Estamos de acuerdo en que la empresa necesita mejoras de gestión, pero tiene todo a su favor para aumentar su potencial. También se acordó respetar la cultura organizacional, asumiendo una integración gradual en beneficio de los involucrados. Los temas financieros y de personal han sido abarcados con éxito y...

—Ha sido admirable la diligencia que ha mostrado en este negocio, señorita Evans. Déjeme felicitarla por su eficiencia y la excelente relación con el otro equipo. —Sí, la había interrumpido como el mayor de los patanes haciendo énfasis en las palabras justas para humillarla.

El sonido de su teléfono indicándole una llamada del hospital llamó la atención de los presentes. Estaba tan absorto en su ira que no se había percatado de apagarlo, pidió disculpas y ella respondió:

—Solo hago mi trabajo. —Su mirada lo hizo retroceder en su asiento. Era asco lo que

reflejaron sus ojos por el insulto recibido. La vio tomar aire para seguir con la presentación—. El resultado de la negociación se plasmó en una carta de intenciones que como se les había explicado, no es un documento vinculante. Solo establece los términos básicos de la transacción y constituye la materia prima sobre la que los equipos legales de ambas partes deberán preparar y acordar el contenido de los contratos definitivos de compraventa. En unas horas, llegará a sus manos para su firma. Mi labor ha culminado, ahora les corresponde el lugar a los abogados y así, finiquitar con éxito el acuerdo. Gracias a todos.

Se estaba despidiendo y el cielo junto al infierno sabían lo egoísta que era, así que arremetió:

—No se preocupe, viajaré para firmar. —Su sonrisa se ensanchó al notar el malestar y el nerviosismo en ella y siguió con un tono de lo más acaramelado—: Debo estrechar la mano y recibir los consejos de un experto como el señor Montes. Si no le molesta.

La sonrisa que Juan Diego Montes le devolvió, fue la conformación del logro adquirido.

—En realidad no es necesario... —El sonido de una nueva llamada la interrumpió y él notó la oscuridad envolverla cuando elevó su mirada del aparato al lente de la cámara—. Su personal puede encargarse. Entendemos sus ocupaciones.

—Lo lamento. ¿Les parece si culminamos la reunión? Es una emergencia familiar. —Ella giró su rostro hacia la ventana y la vio cerrar los ojos con fuerza. Su corazón se estrujó, pero era Candace, así que no podía evitar cortar la comunicación—. Mi secretaria se pondrá en contacto. Gracias.

Llegó al hospital sintiéndose un monstruo por desear que fuese una mala noticia sobre Anna. Por fortuna, al llegar a recepción se encontró con la doctora que llevaba el caso, evitando así la espera. Ella lo guio hacia una clínica dispuesta a la derecha del pasillo y al entrar, le pidió tomar asiento.

—Señor Fox, me temo que los exámenes no muestran mejoría alguna, y es mi deber sugerirle que tome una decisión.

—Pero podemos esperar.

—Me temo que no es posible. Existen estudios que han demostrado que si después de noventa días en que un paciente de trauma no recupera la conciencia por completo, sus probabilidades se reducen a un uno por ciento.

—Me hablaron de otros casos.

—Sí, sin embargo, el caso de la señorita Petrova es especial. Sus órganos están fallando con celeridad, incluso su respuesta ocular está disminuyendo. Por lo tanto, debemos realizar una cesárea cuando cumpla unas semanas más para proteger la vida del bebé. A mayor edad gestacional, mayores posibilidades.

—¿Y ella?, ¿qué pasará con Anna?

—Debo ser honesta. Si sigue igual, el resto de su cuerpo no tendría las defensas, ni la fuerza para continuar. Comprendo que está pasando por un momento muy difícil, pero debemos tomar decisiones y tener las autorizaciones pertinentes. —Extendió una carpeta con documentos y Kilian no se atrevió a tomarla. La doctora no hizo movimiento alguno haciéndole ver que no tenía escapatoria.

No quería asumir ese papel, no podía tomar una decisión como esa. Cómo haría al explicárselo a su madre a pesar de su desapego. Sabía lo práctica que era Anna sobre esos temas, en algún momento hablaron al respecto y ella fue tajante al opinar que si se encontraba en una situación como esa, jamás perdonaría que la ataran a una vida dependiendo de una máquina y aun así, no lo consideraba sencillo. Era una carga muy pesada para llevar sin remordimiento.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. —Le indicó la salida y le dio la mano para despedirse.

Su enfermera estaba con ella cuando entró. Le sonrió con tristeza y salió de la habitación dejándolos solos.

Él extrajo el teléfono de su bolsillo y revisó entre sus archivos hasta que dio con lo que buscaba. Presionó el botón de reproducir y el *soul* en la voz de *Noora Noor* con la canción preferida de Anna: *Forget what I said*, se escuchó con suavidad en el lugar.

—Anna, necesito que seas fuerte y te cases conmigo. Ese niño necesita que le enseñes a ser arrogante y sabes que eso es imposible para mí. He abandonado al amor de mi vida, pero una vez te prometí que estaría para ti si me necesitabas y aquí estoy. Recuerdas que mientras bailábamos esa canción, ¿prometiste lo mismo? Tienes que cumplir tu parte. Haz que valga la pena todo este dolor.

Durante un par de horas se sentó a recordarle todos los momentos que habían compartido juntos y todas las locuras que tuvo que soportarle. Le confesó que su intrepidez y su persistencia había hecho mella en él y por eso regresaba con ella una y otra vez. Todo era sencillo a su lado, más claro.

De un momento a otro se encontró relatándole su pasado y le contó acerca de los sentimientos que solía ocultarle, de los que nunca quiso hablar con ella, sobre su Kassy, su dulce luna, la que perdió años atrás.

Kilian se encontraba tan envuelto en su pasado que no advirtió el par de lágrimas que Anna derramó de sus ojos abiertos.

Capítulo 39

Había sido la reunión más corta en toda su carrera profesional y en lugar de disfrutar de otro de sus logros, lo único que saboreó fue la hiel de sentirse desplazada por su elección.

Las burbujas danzaron en la copa, llevándola por esos recovecos mentales que tenemos todos al sufrir por amor, en los que evocamos el pasado. Viajó a la primera vez que se vieron cuando él tartamudeó al saludarla frente a sus amigos siendo adolescentes, logrando la burla de todo el grupo. Era como si estuviese allí de nuevo, sintiendo el rubor en sus mejillas ante el intento fallido de mostrar seguridad al devolver el saludo. Hasta que alcanzó con esfuerzo un murmullo que la obligó a decir tres veces su nombre y poder escuchar a Kilian repetirlo, mientras él sostenía su mano por más tiempo del adecuado.

Eran unos niños entonces, pero lo supo. Ese fue el instante en que se dio cuenta de que estaba perdida. Era él, y aunque luchó contra ella misma por muchos años para que no lo fuera, falló estrepitosamente. Siempre fue él, y ahora, después de tanto tiempo distanciados, por fin pudo rozar con la yema de sus dedos el placer, la felicidad plena a su lado y también perderlas en un santiamén. Sin esperanza de volverlo a recuperar.

Desvió su vista de la copa volviendo al presente. Frente a ella, a unos metros de distancia estaban Carlos y Josh conversando animados con otras personas.

Josh la había sacado de la sala de reuniones casi a cuestas, porque era incapaz de dar un paso debido al temblor de sus piernas. Le preguntó una y otra vez cómo se sentía y ante su incapacidad para articular una frase u ordenarle a su garganta que emitiera un sonido en respuesta, recibió un azote en el trasero.

Al mirarlo espantada se rio nervioso, explicándole que estuvo a punto de abofetearla, pero no quería que se la devolviera. Aparte de que ninguno de los dos podía darse el lujo de llevar marcados los dedos del otro en el rostro como callejeras. Esa la hizo volver en sí y nuevamente le agradeció a su gran amigo por hacerla volver al mundo de los vivos.

Se encontraban celebrando haber terminado la primera etapa del proyecto y todos se mostraron entre eufóricos y apesadados porque era hora de regresar a casa. Seguía asustada, debía enfrentarlo y no sabía si podría. Después de captar su preocupación por esa llamada, lo odió. Le dolió tanto hacerlo, que quiso correr fuera de allí y tampoco fue capaz.

Sonrió al darse cuenta que era su tercera copa acabándose en su mano. Se convertiría en una alcohólica patética si seguía bebiendo en su nombre.

—Era él —aseguró el señor Montes sin un ápice de duda en su voz mientras se sentaba a su lado—. Lo vi en tus ojos y en los suyos.

Kassidy solo pudo asentir, no tenía la fuerza para hablar e impedirse llorar a la vez.

—¿Quieres verlo? —Ella negó con vehemencia—. Entonces no lo harás. Tengo una propuesta para ti, señorita Evans. Me has enseñado que no solo un hombre es capaz de darme soluciones y antes, te hablé de mis proyectos personales al retirarme. Así que quiero tu consejo, niña. Te has ganado mi respeto y si necesitas una salida que evite ese encuentro, te aconsejo que tomes mi oferta. Te aseguro que pago bien.

—Se lo agradezco, señor... Juan —corrigió ante su gesto de reprobación—. Antes debo hablar a la sede. No soy independiente y tengo informes que presentar.

—No te preocupes, niña. Hablé con tu jefe esta mañana. ¡No me culpes! Temía que te fueras antes de poder conversar contigo. Me dijo que podías enviar los documentos con tu asistente. En unas horas te haré llegar la información y si estás dispuesta, sales hoy mismo a medianoche.

—¿Está seguro?

—Yo nací seguro, niña. La pregunta correcta es: ¿tú estás segura de no querer verlo?

—Lo estoy, señor Montes. —Tomó un trago largo de su copa y le sonrió—. Discúlpeme, es difícil para mí llamarlo por su nombre, pero lo lograré. Le agradezco la oportunidad y será un placer seguir haciendo negocios con usted. En cuanto a él, ya todo está perdido.

—No, niña, recuerda lo que te dije la noche del bar. Nada está perdido. Solo debe ocurrir en el momento oportuno y para ustedes no ha llegado... todavía.

Cruzaron un par de palabras para luego despedirse. Afuera llovía, por primera vez desde que llegaron y por mucho que deseaba disfrutar del agradable cambio en el clima y de su posible escape al encuentro con Kilian, le era imposible.

Vio uno de los autos dispuesto para su grupo estacionándose en la entrada, le hizo señas al conductor y evitar que se mojara por ir en su busca y salió corriendo, entrando deprisa en el interior fresco. Estaba por cerrar la puerta después de acomodarse en el asiento, cuando una mano la detuvo con fuerza impidiéndoselo. El abogado Carlos Fuentes se sentó a su lado, retirando suavemente las gotas que se deslizaban por su rostro con su pulgar.

Hicieron todo el camino a la casa en silencio absoluto. Aunque la mano del abogado sostenía una de las suyas y en ningún momento dejó de hacer círculos en ella con uno de sus dedos tibios. Al llegar, se soltó del agarre y subió a su habitación a darse un baño, él le permitió alejarse.

Media hora después, Cassidy bajó y entonces, él habló:

—Montes me dijo que viajabas a Centroamérica. —La frustración que mostró fue evidente, pero también lo era el control que ejercía por evitar que se notase más de lo necesario—. ¿Es por él?

—Algo así.

—¡No huyas!

—No comprendes. Estoy impidiendo que logre descubrir el efecto que causa en mí. Sabe que lo amo y lo último que deseo es verlo feliz.

La expresión de sorpresa mal disimulada combinada con una media sonrisa del abogado, lo dijo todo. Ella se acomodó en el sofá de enfrente mientras él seguía de pie tratando de analizar cada palabra. Se notaba en sus ojos cómo maquinaba, lo conocía lo suficiente para saberlo. Una propuesta estaba por salir de sus carnosos labios. Se movió despacio aflojando la corbata y desabrochando los primeros botones de su camisa azul. Tomó asiento a su lado observándola, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Has pensado en nuestra promesa? —Sus ojos la traspasaban y a pesar de sentirse nerviosa a su lado por la cercanía, ante todo, era su amigo.

—Sí. Lo he hecho, pero no puedo. Lo lamento. —Ella se acercó tomándole las manos y él jadeó con fuerza, visiblemente nervioso—. No voy a acercarme a nadie ahora y menos en sentido romántico. Lo del otro día fue...

—No sigas, te lo ruego —pidió en un susurro e inclinando el rostro. Se soltó de su agarre con suavidad—. Hoy en la reunión vi lo que sientes por él y quise matarlo por humillarte de esa forma. Sabes que no estoy buscando una pareja, pero quiero hacerte compañía. Te extraño.

—No, gracias. Si quieres ayudarme, agiliza todo para salir de este proyecto lo más pronto

posible. Quiero curarme, ya lo hice una vez y pienso lograrlo de nuevo.

—Si te refieres a cuando estudiábamos juntos también te estabas engañando, muñequita. Nunca me vas a convencer de que con Roger fue amor. Fue costumbre, nada más.

—No lo voy a negar, todo era más fácil.

—Lo fácil no quiere decir que es mejor. Nunca has sido una mujer conformista y eso te mataba. Era cuestión de verte a su lado para notarlo. Le otorgaste la victoria a tu estúpido orgullo, no una, sino ahora, por segunda vez.

—¡Qué sabes tú del tema! —Le lanzó una mirada llena de reproche y burla, para después cerrar sus ojos y bufar vencida recostándose en el sofá. —Nunca has tenido una pareja estable. No tienes idea de lo que se siente que te traicionen. Que te hagan a un lado, porque hay alguien más importante que tú esperando.

—No necesito vivir años al lado de una mujer para sentir eso. Por lo visto, has olvidado lo que me hiciste. Te quería.

—Carlos...

—Yo... ¡Olvídalo! Ya no tiene importancia. —Tragó con dificultad evitando su mirada—. ¿Quieres que viaje contigo? Al menos para saber que estás bien instalada.

—No empieces, Carlos. No sé qué habría hecho esa noche de saber lo que sentías, pero nunca te mentí. Agradezco cada momento que compartí contigo y tengo que aclararte que no hay más que una amistad entre nosotros y eso no cambiará.

—Lo sé. Dejemos el tema. —Se obligó a sonreír con perversión, logrando ponerla nerviosa por el cambio radical. Era mejor así. Guardar distancia—. Entonces, ¿tengo permiso para salir con tu amigo?

Los dos sonrieron ante la naturalidad del abogado de cambiar de un tema serio a uno inmoral. Después de tantos años y nada había cambiado.

—Tiene pareja.

—¡Y qué! No soy celoso y me gusta compartir. De hecho, me dijo que, Simon lo había terminado por teléfono. Así que los vulnerables me vienen bien en este momento.

—No tienes remedio. Cuídalo, Josh es dulce, pero puede ser un poco intenso.

—No, pero así te gusto. Como te vas mañana, hoy habrá fiesta. No me niegues la última noche y no te preocupes por él, comprende muy bien lo que busco.

—Me voy esta noche, así que solo te prometo unas horas.

—Con minutos me basta y lo sabes. —La mirada que le dio lo hizo reír a carcajadas y ella se le unió al momento.

Se abrazaron por un largo rato y luego Cassidy acomodó su cabeza sobre su pierna mientras él acariciaba su cabello. Aprovecharon para hablar del pasado, la lluvia que no amainaba les servía como música de fondo. Pero ella no pudo mirar cuando Carlos cerró sus ojos, tratando de reprimir el dolor que le causaba tenerla tan cerca y no poder decirle la verdad.

La escuchaba reír y recordar muchos momentos que compartieron en esa época. Su voz, así como era un bálsamo curando aquellas heridas que a lo largo de los años no habían sanado, igualmente abría nuevas que durarían más que las anteriores. Trataba de concentrarse para sonar despreocupado, divertido. Aunque deseaba con todo su ser que lo viera y supiese que la había amado desde que notó su inocencia, su vitalidad y su fuerza, desde aquella noche de micrófono abierto. Cuando lo atrapó con su sonrisa y, ya no pudo despegarse de ella jamás. Estuvo a punto de cambiar su estilo de vida libertino al que ella tanto le temía, pero descubrió que lo disfrutó con la misma intensidad que él. Eso hizo que se prendara más de ella.

Con Cassidy Evans conoció la plenitud, solo que muy a su pesar, de una forma tan breve que lo

dejó con ganas de más, mucho más. Cuando le mencionó a Josh, pudo apreciar un destello de celos y se regocijó en esos breves segundos. Tan pronto llegó, se esfumó de su mirada. Era verdad, nunca sintió lo mismo por él.

Su mano derecha se deslizó lenta y con firmeza sobre sus muslos, subiendo lentamente, cubriendo su seno y provocándole un gemido por el contraste de temperatura entre sus cuerpos. El de Kassidy estaba frío y el suyo que reptaba por él, ardiente como cada vez que la tocaba. Era su aroma, su respiración en su piel, lo que acababa con su poca cordura, y su voz, no solo la provocaba, sino que la llevaba más allá.

—Eres mía ahora —susurró cerca de su oreja, luego mordió su cuello y deslizó sus labios y su lengua a lo largo de este. Su objetivo más cercano, apropiarse de uno de sus pezones.

—Soy..., soy tuya, Kilian —respondió con el poco aliento que le quedaba. Algo en su mente le decía que lo que experimentaba no era posible, pero se sentía tan bien que nada la detendría. Deseaba avanzar y liberarse. Estaba cerca de lograrlo.

—¿Kilian?

La voz que escuchó más allá de su anhelo por continuar con el viaje placentero por sus curvas, hizo que abriera los ojos desmesuradamente. Pero la luz que se coló por la ventana y el dolor de cabeza que acompañó sus movimientos, produjo que, en lugar de incorporarse en la cama, se hundiese con fuerza en ella para protegerse.

—¿Tú? —preguntó con incredulidad, después de procesar la imagen en su cabeza. De un movimiento demasiado brusco para su evidente resaca, alejó el edredón con el que se cubría y se vio vestida con una prenda que no le pertenecía—. ¡Ay, no! ¡Dime que no!

—¡Eh! Es suficiente humillación el que en tus sueños húmedos no sea yo el protagonista, como para que le agregues que me he aprovechado de una alcohólica novata, ¿no crees?

—Carlos, no soy alcohólica. Eres un pesado. No recuerdo nada. —Se puso de pie de una forma tan lenta que provocó una carcajada en su acompañante—. ¿Qué haces en mi habitación?

—Lo que me pediste ayer por la noche. —Alzó ambas manos en símbolo de paz al avistar la mirada poco amable de Kassidy antes de que entrara al baño—. Te vine a despertar. Don Diego logró que reprogramaran tu vuelo cuando le llamé para decirle que no te sentías bien. Aunque bebiste demasiado y te quedaste dormida, aún tienes tiempo de partir. Ya sabes, si quieres evitar...

Secaba su rostro frente al espejo mientras escuchaba a su amigo. Recordó algunas imágenes de la fiesta de la noche anterior. Todos se divirtieron más de lo previsto; entre risas y baile, escuchó discursos emotivos de ambos equipos de trabajo. Si no aprovechaba el tiempo, no podría salir ese mismo día y eso implicaba que el encuentro fuese inminente.

Salió del baño y sus ojos viajaron a una de las mesas de noche. Sobre ella se encontraba todo su itinerario junto a los boletos necesarios para el viaje, al igual que una carpeta. Vio a su amigo sentado que observaba curioso cada uno de sus movimientos.

—Lo vas a enfrentar —dijo convencido.

—¿Crees que es una mala idea?

—No lo sé, muñequita. Para él será estupendo verte, es a lo que viene. Sin embargo, si mal no recuerdo, dijiste que no deseabas estar frente a él. Pero..., por lo que vi hace unos minutos, sí que quieres —acotó sonriendo, mientras hacía un gesto lascivo en dirección a la cama.

Kassidy lo ignoró y llegó a la conclusión de que no quería, deseaba verlo. A fin de cuentas, la firma era una excusa para viajar, él la amaba. Por eso hacía esto. Podía posponer su viaje, no tenía prisa. Sobre todo, sabía que la situación entre ambos no cambiaría de manera radical. Pero quizá, solo quizá, si estaban juntos, si hablaban, podían planear algo distinto. Una opción. Eso era.

Lo único que no debía, era perder toda esperanza.

—Esa mirada que pones cuando piensas, sigue asustándome, de veras.

—Me quedo —dijo resuelta. Se puso de pie y se encaminó al baño nuevamente. Ese reencuentro ameritaba pulir su armamento—. No puedo seguir huyendo de esto.

Capítulo 40

La periodista, Susan Cohen, tenía fama de conseguir el artículo de más impacto a cualquier precio. Aunque en esta ocasión, si se consideraba que había recibido una mano del hijo del magnate, Roger Cole, lo justo sería decir que le estaba saliendo demasiado caro. Las conexiones de Roger le habían sido invaluableles en muchas ocasiones, pero lo que pedía a cambio en esta en especial, la asustaba.

—Ya te dije que aceptó, pero no está demasiado emocionado con mi compañía —susurró con nerviosismo la pelirroja, volteando a cada instante para no ser tomada por sorpresa.

—Susan, no me importa si lo conviertes en tu amante de turno. Las puertas que he abierto para ti no han sido un acto de caridad. Te advertí que me deberías favores y, encontrar a la maldita arpía es uno de ellos. Mi padre ha impedido que sepa su paradero, así que el único rastro que me queda es el estúpido de Fox. ¡Hazlo!, tienes que dar con ella o tu precioso trasero será propiedad del burdel más sucio que te puedas imaginar, en un país del que no sabrás ni pronunciar su nombre.

El sonido de la llamada finalizada también le aseguró que Roger no bromeaba. Había sido testigo de cada una de sus fechorías y este sujeto, a pesar de mostrarse débil y todo un pusilánime ante su padre, era conocido en otros ambientes como un sujeto de sangre fría que les hacía cosas terroríficas a sus enemigos. Lo peor de todo, es que sabía que ninguna denuncia en su contra prosperaba. Sus vínculos con gente poderosa y peligrosa le protegían y, si él se enteraba de una traición, con seguridad, esa persona no vería la luz del sol de nuevo. En definitiva, no envidiaba el destino que él le tenía preparado a Cassidy Evans.

—¿Señorita Cohen? Recuerde que este no es un viaje de placer. Sería mejor que aguardara a mi regreso para retomar la entrevista.

—Eso es imposible, Kilian. —Al notar su incomodidad se corrigió—: Lo lamento, señor Fox. Me están presionando con una fecha de entrega y sé que es poco profesional hablarle de estos detalles, pero le sería muy valioso a la revista y yo, lo tomaría como un favor personal el que me permita mostrar lo que todos desconocen de su mundo. Verlo en acción con esta adquisición puede ser ventajoso, considerando su situación actual. Me refiero a su imagen, podría ser positivo ser visto como el hombre de negocios que es y no un seductor que se compromete con modelos y sale con mujeres de negocios a la vez.

—Señorita, le advierto...

—Lo sé, discúlpeme. Mi sinceridad suele tomarse como una ofensa. Pero, sabe que tengo razón. El que mezcle ambos mundos da mucho material pata que revistas de cotilleos lo mantengan en la mira por mucho tiempo.

—No, no se preocupe. Admito que la tiene. Mi situación no es sencilla, pero en este viaje tengo un tema personal que manejar y no quisiera que fuese ventilado a los medios.

—Oh, no, no. Prometo cubrirlo. Usted me ayuda con el artículo y yo le ayudaré con su pequeño secreto. —Extendió su mano para estrecharla y cuando Kilian correspondió su saludo, aprovechó abrazándolo y deslizando su escultural cuerpo con demasiada confianza para sentir el suyo—. Lo lamento, tiendo a ser demasiado efusiva con los que considero mis amigos.

—No más disculpas, por favor. Andando o llegaremos tarde —dijo Kilian, que no sabía qué gesto o mensaje enviar para que entendiera que él no estaba en condiciones para iniciar nada con ella.

No era la mejor decisión llevar a una mujer como esa para enfrentar a Cassidy, pero era una realidad que su vida personal contaba con una atención que no quería ni necesitaba en ese momento y la periodista le ofrecía un buen trato. Además, ya consideraba a Josh un aliado y pensaba convencerlo para que se la llevara lejos y la llenara de tequila, mientras él trataba de arreglar las cosas entre ambos.

Los nervios se apropiaron de su cuerpo y de su mente. Cientos de escenarios se presentaron ante él y en cada uno había un final menos halagador que el otro. Después de casi una hora de vuelo, se convenció de haber cometido la peor de las idioteces al permitir que esa mujer lo acompañase a tal travesía. En todo el camino aprovechó cada ínfima oportunidad por asombroso que pareciese, para insinuarse y, dicho sea de paso, la sutileza no era su fuerte.

Hasta ese momento se consideraba sino un experto, al menos un hombre que sabía mucho de mujeres y sus argucias para ligar. Pero esta superaba a toda una legión. Podía lograr con un par de movimientos que la misma Afrodita se sonrojase y no en el buen sentido. Fue tanta su insistencia, que llegó a pensar en que padecía de un fuerte trastorno en el que necesitaba ese tipo de atención y tuvo el impulso de recomendarle a un psicólogo amigo suyo.

Su evidente atractivo físico se opacó ante sus acciones en las que con poca o ninguna vergüenza, se le ofreció en todo el trayecto con una actitud que rayó en la vulgaridad. Jamás le gustó que una mujer perdiera la clase para llamar la atención de parte del sujeto que le atraía. Él prefería ocupar el lugar del cazador, no de la presa.

La situación se había convertido en un verdadero problema. De no lograr alejar a una de la otra al llegar, ese viaje en lugar de ayudarlo, lo hundiría más ante sus propósitos.

Al aterrizar y salir al estacionamiento, se sintió aliviado al encontrarse a Josh Cage esperando, su salvavidas. Aunque al notar su expresión al verlo acompañado, tuvo que tragar con fuerza convencido de su estupidez.

—Bienvenido, señor Fox. Veo que antes de venir fue de cacería al Amazonas y trajo de recuerdo una anaconda. Hola, Susan, permíteme decirte que te equivocaste con tu víctima esta vez.

—Siempre es un placer toparme contigo, Josh.

—No puedo decir lo mismo, cariño. Para mí es terrible recordar tu existencia. —Estrechó la mano de Kilian y a ella la miró de arriba abajo con desdén.

»¿Sabe, señor Fox? Esta no es venenosa, su verdadera arma es su cuerpo. Su agarre tiene la fuerza de aplastar cajas torácicas y cada vez que la presa suelta aire, aprisiona hasta que la víctima deja de respirar. Hay una lista interminable de hombres que lo respaldan y muchos matrimonios que han engrosado la cartera de clientes de los abogados en sus divorcios. En fin..., Susan, por la noche habrá mucha diversión y te aseguro que te tengo la compañía apropiada. Es un hombre poderoso en la ciudad y solo porque nos conocemos, te ayudaré diciendo que es un incauto. —Le guiñó un ojo en complicidad y ambos rieron divertidos, dejando a Kilian perdido con sus cambios de humor. Luego agregó simulando angustia—: Lo siento, querida, pero tendrás que ir en el otro auto. Debo compartir datos confidenciales con él. Espero comprendas.

—Josh... —dijo Kilian en un intento por disculparse.

—Es muy fácil embaucar a las de su especie, pero permita que le diga que usted ha actuado como un estúpido —murmuró, al sujetar a Kilian por el brazo y llevarlo hacia el segundo vehículo.

—Lo sé, solo son negocios, Josh. No me atrevería...

—Eso espero, porque me uniría a la causa de castración de mi amiga si no fuese verdad.

—¿Cómo está ella? —Escondió su sonrisa al escuchar sobre su lealtad.

—No está bien y aun así se quedó. —Ante su expresión de sorpresa, notó a Josh con las mejillas sonrosadas—: Oh, bueno, de igual manera se iba a enterar. Ella se iba hoy mismo para no verlo. Aproveche su oportunidad.

—Lo haré, pero necesitaré de tu ayuda.

—Tengo cosas más divertidas que hacer esta noche, señor. Pero siempre que me sea posible, lo haré..., por ella.

—¿Dónde vamos ahora?

—Estamos a diez minutos de la empresa. Cassidy ha hecho un gran trabajo a pesar de sus emociones. Es toda una inspiración.

Kilian, solo pudo asentir al escucharlo. Sabía el daño que le había causado con su decisión y no se atrevió a agregar nada más.

—¿Está nervioso?

—¿Se me nota demasiado? —dijo después de no poder evitar tomar una de sus píldoras frente a él. La ansiedad lo estaba matando.

—Tranquilo, cuando la vea sabrá qué decir. —Lo miró para darle fortaleza, pero ni él mismo estaba seguro de lo que ocurriría y menos, con la pelirroja acompañándolo.

Una vez más, se convenció que como hombre, a veces era incapaz de pensar con coherencia, asumiendo cabizbajo lo que alguna vez le dijo Cassidy en una discusión.

—¿Y él? Es decir, ¿está con él? ¿Salen juntos como pareja o algo así?

Las preguntas se atropellaron una detrás de otra y por la desesperación de su mirada, Josh consideró justo jugar con él un poco. Bendito tráfico vespertino.

—Pues veré, ese hombre es todo un partido y está perdido por nuestra Cassidy. Permítame revelarles que tiene ciertos detalles con mi amiga, simplemente, maravillosos. Espero que no se moleste por lo que diré a continuación... —Josh deseó poder sacar el móvil y grabar cada expresión que el castaño se esforzaba por ocultar, era tan tierno—. Escuché que planea viajar con ella por unos meses. No sabe cuánto la envidio.

—No me cabe duda —dijo oprimiendo la mandíbula—. El tráfico es terrible en esta ciudad. Podremos llegar antes si caminamos, ¿no?

—No, tranquilo. Con esta temperatura, caería desmayado en un santiamén. Además, no creo que quiera llegar impresentable ante Cassidy —respondió forzándose para no reírse del pobre que miraba con desesperación hacia la fila de automóviles frente a ellos.

—Para nada. ¿Seguro que tomamos la ruta correcta?

—¿Ve ese edificio? Es allí. Hemos llegado. —Josh disimulaba como podía su diversión. El penoso viaje para Kilian había culminado. Solo esperaba que ambos se manejaran con cordura, algo que sabía que entre esos dos no sobraba jamás.

El nerviosismo de Cassidy era tan evidente, que tuvo que aceptar con bochorno ante el señor Montes que no estaba nada preparada para ese encuentro. Todo su grupo se encontraba a la expectativa y, por si fuera poco, también veían con curiosidad su extraño comportamiento. Incluso aceptó rauda la propuesta de Carlos, de que era mejor verlo minutos después de su llegada.

No, no soportaría su mirada sobre ella, escuchar esa voz y mucho menos, sentir siquiera un pequeño roce de su piel. Sí, se comportaba como la mujer más patética en ese momento, pero era simple; no podía controlarse.

Aceptó entrar a una oficina contigua de vidrios tintados donde preparaban parte de las bebidas como recibimiento al pequeño grupo del nuevo propietario. Se había enterado por Josh que él no

viajaba solo, sino con una periodista. Esperaba que quien lo acompañara fuese uno de sus conocidos en la prensa. Ver una cara conocida a su lado palearía un poco su cobardía y le daría espacio para sentirse dueña de sí misma.

Se encontraba sonriendo junto a una de las chicas que estaban en el recinto cuando observó su figura de perfil. Su corazón se aceleró de tal forma que tuvo que sostenerse de la mesa más cercana.

Lo vio sonreír con la suficiencia que lo caracterizaba mostrando ese encanto tan propio de él. Sin embargo, ella se tomó el tiempo para estudiarlo mejor y, a pesar de su agradable estampa, lo notó nervioso observando todo el perímetro con curiosidad y eso la emocionó y le infló un poco el ego. Parecía buscarla entre el grupo y con insistencia, si se le permitía acotar.

La sensación duró poco, porque segundo después, la embargó de manera arrolladora un deseo ferviente por incinerar la delicada mano de la fulana que se deslizaba por uno de los brazos de su hombre. Sí, qué más daba. Era suyo, ¡solo suyo! No soportaría otra maldita pelirroja cerca de él. Después de unos segundos de controlar el impulso de ir y arrancarle los largos rizos rojos, la reconoció como una de las amigas de Roger que solían frecuentar su apartamento y una sonrisa maligna se posó en sus labios rosas. Kilian se iba a arrepentir de haber llevado a esa mujer frente a ella.

—¡Al diablo con la prudencia! —susurró decidida, al tiempo en que abría la puerta y la mirada de advertencia de su amigo, el abogado, se cruzaba en su campo de visión. Le guiñó un ojo y Carlos le devolvió un gesto de rendición que la hizo sonreír más de lo que ya lo hacía.

—¡Kilian, bienvenido! —dijo sin esperar que él voltease, tomó su mano derecha y lo haló para abrazarlo con posesión ante la mirada divertida de algunos y la sorprendida de otros.

—Mi Kassy —susurró Kilian cerca de su oído. Su voz temblorosa era un bálsamo para ella, porque eso le hacía saber que sufrían igual.

Para la sorpresa de Kilian y la de la pelirroja, quien había quedado boquiabierta por el hurto descarado de su acompañante, Kassidy se recompuso como pudo ante el arrebató correspondido y le sonrió con sinceridad. Pero todavía con la convicción de hacerlo pasar un mal rato por su atrevimiento.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó sin soltar su mano imponiendo su posesividad sobre él.

—Un tanto... abrumador —respondió indeciso, no sabía qué pensar. Esa no era su Kassy, esperaba un insulto o que la tratara de esa forma gélida con la que solía hacerlo en el pasado.

Un segundo adicional bastó para darse cuenta del escenario en el que se encontraba y sonrió como un bellaco, observando sus reacciones al marcar territorio. Dos podían jugar ese juego sin quemarse demasiado. Kilian acarició con su uña el centro de la mano de Kassidy, haciéndola saltar en su lugar sin ser tan evidente y eso le encantó. Con seguridad habría batalla a partir de ese momento y no existía situación más halagadora para un hombre, que descubrir los celos de la mujer que amaba. Porque por el infierno y su ardor, la amaba con cada partícula de su ser.

—Bienvenidos —saludó a sus acompañantes dejando su mano libre para estrechar la del resto —. Susan, es bueno verte de nuevo —dijo mirándola con calma como si en realidad se conociesen.

Era cautivadora cuando se lo proponía y una arpía mal intencionada al sentirse agraviada; combinadas, era un arma letal contra adversarios y un imán irresistible para hombres interesados. Kilian notó el embeleso con que la miraba no solo el abogado, sino varios más. Era imposible no notarlo. Actuaba tan natural que para él era imposible no seguir cada gesto con adoración.

«No, eso no pasaría en sus narices», se juró al notar la avidez con la que la miraban.

Reclamar sus posesiones, ese era el objetivo de ese viaje y no se iría con las manos vacías.

La tomó por la cintura con delicadeza. Nadie podría tomarlo como una insinuación. La guio con cortesía en dirección a Manuel Montes para hablar de negocios y sonrió con suficiencia por un segundo, hasta que recordó que el abogado formaría parte de la conversación, lo desease o no.

Susan no podía disimular la animadversión que le provocaba la pequeña mujer. Qué le veían hombres como Kilian o Roger, que aparte de su antipática prepotencia, no tenía mayor atractivo. Era tan corriente como cualquier otra. Pero allí estaba él, fascinado sobre ella como si fuese única. Por un momento pensó en todas las posibilidades que se abrirían en su horizonte sin Cassidy Evans en la ecuación. Eso la empujó a decidirse y envió el mensaje que tanto esperaba Roger a cientos de kilómetros:

Roger, tenías razón. Tu rata está aquí en México. Te informaré sobre su agenda.

S.Cohen

Roger recibió el mensaje con una carcajada y brindó con sus acompañantes por el éxito de obtener su futuro galardón: el cadáver de Cassidy sobre su mesa. Esa mujer había intentado arruinarlo, pero nadie movía un dedo en su contra sin pagar por ello. Bebió de un trago su copa y se sirvió otra. Se puso de pie, trastabillando, teniendo claro que debía despejarse y llevar a cabo su plan.

Las fotografías de ambos líderes en negocios tomaron cerca de dos horas. Las preguntas de la periodista no cesaban y por mucho que le molestara a Cassidy estaba siendo muy profesional, no lo podía negar. Fueron invitados al brindis después de la firma de los contratos y no podía seguir con la actitud posesiva del inicio. Sería demasiado evidente y mostrar sus necesidades o debilidades no era uno de sus grandes placeres.

—Tenemos que hablar, dulce luna. —Kilian susurró cerca de su oreja y para su satisfacción la hizo estremecer. Antes de responder a la petición estaba siendo abordada con descaro por Fuentes, el maldito abogado.

Ni siquiera intentó disimular su frustración y menos su molestia. Recordaba con furia su sonrisa arrogante al ser presentados y la impotencia al no poder partirle la cara allí mismo por haberla tocado. Era como ácido en su boca tener que ser cortés con ese imbécil y él lo sabía.

—Muñequita, siento alejarte de tu Tarzán, pero esto es importante.

—Eres un idiota, Carlos. No le digas así. —Ninguno de los dos pudo contener la risa sobre el comentario y ambos disfrutaban con la mirada asesina con la que los miraba del otro lado, queriendo adivinar el motivo de la conversación.

—¿No lo ves? Poco le falta por subirse a la mesa y gritar a todo pulmón que eres suya. Es un niño —dijo divertido al notar los celos de Kilian.

—Suelta. Deja de provocarlo acariciando mi mano, Carlos. ¿Qué sucede?

—Esto se llama interludio, mi vida. No tienes idea de todo lo que te va a hacer hoy para marcarte y que se te borre mi roce de la piel. —Se carcajeó, pero no pudo evitar un deje de amargura en sus últimas palabras.

—No digas esas cosas, no estaremos juntos. Solo hablaremos.

—No te comportes como una niña, sabes de lo que hablo. Cerrarán el trato y eso es un hecho, por eso vengo a darte mis llaves, para que tengan privacidad. Ve a mi casa.

—¿Por qué haces esto?

—Porque soy tu amigo. A pesar de lo que..., de todo. Depende de ti. Hay un conductor esperando afuera, tiene órdenes de quedarse con ustedes. —Depositó el manajo de llaves en su mano. La miró con intensidad y no pudo evitar tomar sus labios con celeridad e ímpetu, para luego desaparecer entre la multitud.

—¿Qué demonios fue eso? —reclamó Kilian, casi fuera de sí sujetando su antebrazo con fuerza desde atrás. Con esa voz ronca que no permitía discusión, agregó—: Es hora de irnos Cassidy, tenemos asuntos que solucionar.

—Kilian, necesito que me acompañe y no puede negarse —dijo Sonia rodeándole el brazo con descaro y acercándose con facilidad a su rostro debido a su altura.

—Lo siento, Sonia, pero Kilian y yo tenemos cosas que hacer —respondió Cassidy con una sonrisa cargada de advertencia hacia la pelirroja que no pudo evitar dar un paso atrás por la determinación con la que casi le arranca el brazo a él.

Kilian sonrió por lo bajo, dejándose guiar por su torbellino personal a la salida.

Capítulo 41

El aire tibio chocó con ambos rostros cuando salieron a la calle tomados de la mano. La sonrisa de Kilian desapareció, pues fue en ese instante que se dio cuenta de la importancia de ese momento. De esa noche dependía su futuro, si es que había esperanza alguna en soñar en algo como eso.

No solo se trataba de usar las palabras adecuadas, era el lugar, la intensidad. ¿Querría pasar la noche con él?, ¿se iría en mitad de la noche, dejándole el ego herido como siempre? Dada su situación con Anna, ¿habría elegido al abogado en su lugar? ¡Claro!, era por eso que la había besado, infundiéndole valor para partirle el corazón mediante una despedida.

Estaba decidido. Cualquiera cosa que ella dijera para huir, él la rebatiría para hacer lo contrario. Era un hecho, estaba dispuesto a todo por ella; a esperar, a verla a la distancia mientras todo se solucionaba, incluso a compartirla... No, eso no. ¡Eso jamás! Si recordaba todo lo que Candace le dijo sobre ese hombre parecía no tener otra opción, pero eso lo partiría en dos.

Sintió el deseo de raptarla allí mismo y perderse de una vez en algún lugar, donde nada ni nadie fuese un obstáculo para estar juntos.

—¿Dónde vamos? —dijo deteniendo su avance, con temor de que la respuesta no fuese lo que esperaba.

—Bueno, vamos a la casa de un amigo. Para poder conversar.

Estaba nerviosa y mucho. ¿Un amigo? Se dio cuenta del amigo al que se refería.

—No, Kassidy. Te vienes conmigo al hotel. ¡No me voy a quedar en la cama de ningún amigo contigo! —dijo saboreando la hiel de sus palabras, eso sin contar la expresión de ella que le gritaba al rostro que entre ellos no sucedería nada.

Eso estaba por verse.

—Kilian, cualquier lugar es bueno para hablar. Necesitamos privacidad —respondió sin avanzar, ante la mirada incómoda del conductor que había abierto la puerta trasera para ellos.

—No, hablamos de nuestro futuro. ¿Comprendes eso? Además, tenemos mucho qué aclarar. Volviste a dejarme solo en la cama —susurró acercándose peligrosamente a su oreja y mordiéndola suavemente en un segundo, para después voltear indolente hacia la calle como si no hubiese hecho nada.

—Bien, vamos al hotel —le dijo Kassidy al conductor, mientras él la seguía.

La sonrisa de triunfo de Kilian era impagable. Subió después de ella y antes de sentarse totalmente, se inclinó y le dio un beso fugaz que solo rozó sus labios. Se soltó el botón del saco y se acomodó en el asiento, alargando la mano para apoderarse de la suya, entrelazando los dedos para llevársela a la boca y darle una mordida suave en el dorso. Ante el salto que dio Kassidy en su asiento, no pudo evitar reír y dejó sus manos juntas sobre su pierna, acariciándola suavemente con la que tenía libre.

No se dijeron nada en todo el trayecto. Al llegar al hotel, el conductor les extendió una tarjeta mientras bajaban del auto. Kilian le agradeció y entró a registrarse sin soltar ni un segundo la mano de su amada.

Subieron por el ascensor con la tarjeta de acceso en mano, ella se soltó de su agarre y se detuvo al otro extremo del pequeño espacio. Él sin perder detalle, colocó sus manos dentro de los bolsillos delanteros de su pantalón. Ella sonrió y él no respondió igual, se disponía a dar un paso decidido hacia ella cuando lo detuvo con la mano al frente, él obedeció y retrocedió ese paso. Volvió a sonreír y le dijo:

—Kilian Fox, sé lo que pretendes.

—No, no tienes idea de todo lo que pretendo —dijo recorriéndola con su mirada desde sus pies hasta sus ojos.

—Sí, porque yo deseo lo mismo. Esto es importante y necesito que me escuches. Han sucedido muchas cosas desde que... desde que... Bueno, nos separamos.

—Kassy, solo han pasado un par de semanas desde entonces, y... —El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas interrumpiendo.

No le gustaba nada el cambio en el tono. Sus palabras eran contradictorias. Esa mujer tenía la intención de volverlo loco y para culminar con sus diabólicos planes, seguro estaba en su lista enviarlo de regreso a Canadá con las bolas azules.

Los nervios en Kassidy eran inmensos. Luchaba por dominar los estragos que había provocado la cercanía de Kilian en su cuerpo. Debía hablarle sobre lo ocurrido con Fuentes, sus planes, enterarse de los suyos y no lograba vislumbrar ninguna luz al final del camino.

Se imaginaba revelando cada detalle y a Kilian volviéndose loco al saber lo que hizo. No es que sintiera culpa por ello, pero sabía que iba a ser juzgada por él. Era un tema complejo, porque quizá únicamente buscaba tener sexo. La propuesta fue directa desde que subieron al auto.

Para entonces, no importaban las razones, solo los hechos. Él se casaría con otra y eso era un hecho y ahora, estaba a punto de entrar a una habitación con un hombre comprometido. Uno al que amaba, pero que estaba a punto de dejar de pertenecerle una vez que se casara.

Lo siguió por el pasillo hasta llegar a la puerta indicada. La hizo pasar y cerró la puerta a sus espaldas, se dio cuenta de que sus pies no le ayudaban a avanzar y que Kilian la veía desde la puerta sin pestañear.

—¿Qué sucede? —Se obligó a preguntar, pero apenas salió su voz.

—Dímelo tú, te veo nerviosa. Hace un rato te besaste con el mexicano, me haces una escena de celos y me pides ir a su casa para hablar. Dime qué rayos sucede contigo, con él y con este idiota que no deja de arrastrarse por ti —dijo señalándose con desdén. Estaba molesto y lo entendía.

—Voy a corregirte...

—Kassy, no lo hagas. No te atrevas a minimizar esta situación, porque voy a estallar. ¿Vas a terminar todo entre nosotros? Si es así, habla de una vez y no divagues. Sabes que odio cuando lo haces. —Aflojó su corbata y avanzó evitándola. Tomó asiento frente a ella, esperando sus respuestas.

—Deberíamos tomar algo, ¿no crees? —dijo acercándose al mini bar dándole la espalda.

—Kassy... —le advirtió mientras la observaba tomar de un trago una buena parte de cerveza.

—Kilian, espero que esta conversación que nos debemos sea la mejor decisión. Tienes compromisos que me rehusó a asimilar. Es decir... comprendo tus razones, pero no sé si quiera aceptarlas —respondió luego de tomar asiento.

—Lo sé. Pero quiero ordenar nuestras prioridades en este momento. Dime qué sucede con el abogado.

—Somos amigos. Fuimos juntos a la universidad, es todo. Bueno, tuve sexo con él hace unas semanas. Una vez. —Se rehusaba a verlo a la cara, pero debía hacerlo. Se sorprendió verlo asintiendo. Aunque sus ojos estaban oscuros, señal que estaba a punto de saltarle a la yugular.

—¿Cuándo? —preguntó aparentando indiferencia, pero ella captó su mandíbula apretada.

—¿Importa?

—Mira, Cassidy. Si me cuentas que estuviste con otro hombre a pocos días de huir de mi cama, creo que merezco un par de putos detalles, ¿no crees? Y por lo que vi el otro día, él sigue interesado en volver a hacerlo contigo.

—Si pretendes que me disculpe por ello, no lo haré. ¿O se te olvida que la noche que regresaste al apartamento ya habíamos dejado todo claro? Era libre. Te estoy diciendo esto, porque no quiero secretos entre nosotros, no porque te deba explicaciones. —Elevó sus ojos para encontrarse con los suyos casi negros, jamás los había visto de ese tono. Sus manos se convirtieron en puños sobre los brazos de la silla y ella ya no sabía a dónde mirar.

—Mientras yo siga respirando, tú no serás libre nunca. Espero que lo hayas disfrutado, porque no volverá a ocurrir con nadie más. —La sonrisa que le dio fue como si encajara el peor puñetazo en el estómago de su vida. Así que prefirió tomar oxígeno en sus pulmones y calmarse, porque si seguían bajo esa tesitura terminarían desgarrándose el uno al otro. Él sabía que odiaba cuando adoptaba ese papel de hombre posesivo de las cavernas.

—Kilian...

—¿Y por qué te besó hoy?

—No lo sé. No estamos juntos, nunca lo hemos estado. —Su recién adoptada tranquilidad era asombrosa, pensó al observarlo y se preguntó si era ella la única que no lo estaba—. ¿Qué hace la periodista aquí?

—No estamos juntos y no, no me acosté con ella... ni una vez. Sigo esperando que Anna evolucione —respondió con calma. Se quitó el saco y la corbata y desabrochó un par de botones más de la camisa. Dobló sus mangas hasta su antebrazo y se acomodó en el sillón, sin verla. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Cuándo te casas? —preguntó molesta sin saber si era por su actitud, por su respuesta anterior o por los temas que debían tratar en adelante. El que decidiera hablar de ella y no retomar lo de Carlos era indicativo que había terminado de hablar de él.

—Debe estar consciente para firmar y aunque ha abierto los ojos, no mejora. De hecho, ha recaído. No tengo una fecha, pero en unas semanas intervendrán para ayudar a que nazca mi hijo.

—El bebé —rebató enfadada.

—¡Mi hijo, Cassidy! —Respiró con fuerza—. Sé que es difícil de comprender, pero no podría vivir sabiendo que ese niño no tiene un hogar, que pude haber hecho algo por él y no lo hice por...

—Por mi culpa —completó ella casi sin aliento.

—¡No! No digas eso de nuevo, no estoy eligiendo. Esto no es sencillo para mí, pero es lo correcto.

—Quizá no soy tan buena persona como tú. —Cassidy se sentía agotada.

—Lo eres. Sé que no es fácil, pero él o ella, no tienen la culpa.

—Lo sé. Discúlpame. He pensado esto desde esa noche y créeme, te entiendo. Pero eso no es suficiente para evitar que sienta que en esto, solo pierdo yo.

—No digas eso. —Intentó acercarse para tomar su mano, pero Cassidy se alejó de su toque. Así que volvió a su lugar asiendo la cerveza que había dejado ella a medio beber y tomó un trago—. Te pierdo a ti y eso me está matando. Te pido, no, te ruego que esperes por mí, Kassy. Puede parecerme frío y cruel, pero la realidad es que no hay demasiadas esperanzas de que Anna supere esto. Te amo y no quiero perderte.

—También te amo, Kilian. Pero no voy a ponerme en esa situación. No deseo sentarme a esperar que esa mujer fallezca para poder estar a tu lado. No soy tan cruel.

—No sería así. Te doy mi palabra.

—No puedes dármele. Nadie sabe qué sucederá con ella. Puede ocurrir uno de esos milagros, despertará y no podrás separarte. No seré tu amante.

—¡No me atrevería a pedirte tal cosa! —exclamó indignado. Observándola incrédulo por semejante comentario.

—Eso es lo único que sí podrías asegurar —dijo dolida—. Te propongo algo... —soltó cuando vio que él retomaba ese semblante neutral que le crispaba los nervios.

—Te escucho. Veo que esto no está yendo como esperaba —dijo derrotado.

—Terminemos con esto. —Al verlo tenso otra vez, hizo una señal de calma para que la dejara terminar—. Te doy tres meses después de que nazca el bebé... tu hijo. Me mantendré en contacto, porque he decidido aceptar un proyecto en el extranjero. A mi regreso, compraré una casa y si se presenta la oportunidad de que estemos juntos..., retomaremos el tema.

—No, Kassidy. No me gusta la idea de que nos separemos, que vivas en otro lugar o manejar lo nuestro por medio de llamadas. Sabes que no me gustan las relaciones a distancia.

—Es lo que hay. De lo contrario, separémonos definitivamente. —Se le hizo un nudo en la garganta.

Toda la seguridad que luchaba por aparentar, la perdía lentamente al notar los ojos vidriosos del hombre de su vida. No quería ver su dolor. Sufría sin medida al hablar de ellos como si fuese un negocio más, pero era vital para su alma protegerse de esa forma.

—¡No! —exclamó desesperado. Se puso de rodillas frente a ella y la besó con suavidad, derramando una lágrima que alejó con celeridad. Haciendo que Kassidy llorara también—. No quiero que nos separemos, no así. Haré lo que quieras, mi dulce luna. Incluso soportar a ese sujeto a tu lado, pero no me dejes de nuevo.

—No te estoy dejando, tonto. Voy a ignorar lo otro que has dicho, porque sé que serías incapaz de manejarlo. —Sonrió con el rostro congestionado y húmedo por el llanto, sin poder hablar más. No le salían las palabras—. No ves que te amo y no quiero que...

Con un beso profundo, Kilian interrumpió sus palabras. La necesidad dominaría esa noche. Kilian debía dejar tal marca, que en todo ese tiempo separados, no existiese la posibilidad de que sintiese su ausencia. Desde allí, de rodillas, besó cada centímetro de la piel nívea de Kassidy, alejando sus prendas con violencia y ferocidad. Se juró a sí mismo que no quedaría ni un milímetro de ese sujeto en ella. Ninguno. Que ese obsequio que le daba el cielo al concederle otra oportunidad, lo aprovecharía por completo.

Capítulo 42

Las primeras luces de la mañana anunciaban no solo el inicio del día. Para desgracia de ambos, la claridad traía consigo su separación y un futuro cercano demasiado denso para considerarlo una fortuna del todo.

La respiración pausada de ella sobre su brazo le provocó paz, plenitud. Cómo deseaba que cada uno de sus amaneceres fuesen así, con su luna resplandeciendo suavemente a su lado, su Kassy.

—Deja de mirarme —dijo aún con los ojos cerrados—, me pones nerviosa.

—No estabas nada nerviosa hace unas horas, mientras te saboreaba aquí —susurró tocando su centro y provocando un pequeño sobresalto en ella.

—Eres un perverso. —Sonrió sin abrir los ojos.

—Amas a este perverso —aseguró dándole un lametón en el hombro que terminó en mordida cerca de su oreja. Ella se estremeció y su piel se erizó por completo como respuesta a tenerla para él.

—Cierto. ¿Qué tanto ves? —preguntó despejando su vista en su dirección.

—Eso es fácil. Veo tus diminutas pecas, tus pestañas... ¡Ouch! —Se lamentó fingiendo dolor al recibir el débil golpe propinado—. Solo bromeo, eres una abusiva. —Exhaló profundamente antes de continuar—. No quiero perder esto que tenemos, Kassy.

»Te veo para grabarme tu aroma, el aspecto que tienes después de haberte entregado a mí. No quiero olvidar la sensación de tus labios sobre mi piel. Debo recordar cada uno de los lunares en tu cuerpo que me guían por caminos llenos de placer. Tener presente todo el tiempo, que en este mundo, hay una mujer perfecta para mí y que me ama tanto como yo le amo.

—Quién diría que eras tan romántico. Cuando te veía con tus amigos hace años, pensaba que eras lindo, pero un idiota. Y es verdad, te amo.

—También eres muy romántica, cielo. ¿No te lo había dicho? —dijo sonriendo, evadiendo el siguiente golpe que no tardó en llegar—. Sé que fui lento y estúpido, pero tenía un papel que representar. Ya mis abuelos sospechaban lo que sentía por ti y no me dejaban en paz cuando sabían que llegarías. Notaban cada una de mis expresiones y se burlaban de mí todo el día, así que prefería comportarme de esa forma y evitarlo. Tengo una pregunta para ti.

—Te escucho.

—¿Cuáles son tus planes de vida, Kassy? Sé que con Candace manejaban una lista de lo que harían cuando fuesen adultas y sé que has cumplido con todas ellas, porque una vez la robé. —Detuvo el siguiente movimiento violento con un beso en su mano.

—Entonces, no veo por qué me preguntas si sabes lo que sigue.

—Porque quiero saber si soy yo el que puede tener ese privilegio.

—¿Pero justo en este momento? No, no me parece que sea buena idea.

—¿Quién lo dice? Somos mayores, mi luna. Hemos viajado, vivido y sufrido lo suficiente para saber que nuestro próximo paso juntos es ese. Voy a hacerte el amor en este momento. Sé que no es una decisión sencilla, pero sabes que estoy a tu lado y conmigo es posible. Sabes que ambos lo

deseamos desde hace mucho, así que tú decides.

Tomó el pequeño envoltorio dorado que tenía en la mesa de noche de su lado y lo colocó sobre su pecho, cerca de su corazón. Cerró sus ojos y esperó. Era su decisión y si ella aceptaba y lo lograban, sería el hombre más dichoso del planeta.

El primer beso no tardó en llegar; fuerte, posesivo, como a él le gustaba. Todo lo que podría desear se encontraba allí, entre esas paredes de hotel, con ella. La vida en ese momento era indulgente con su pobre alma.

Entre gemidos y caricias profundas se unieron nuevamente, ahora con un propósito especial y sin barreras. Esto los uniría para siempre. No era una decisión apresurada, ambos estaban seguros de desearlo, sin importar el desenlace de su historia.

Algo era seguro; eran el uno para el otro y eso no lo cambiaría ni el tiempo, la distancia o las circunstancias. Habían pasado demasiados años intentándolo y nunca lo lograron, cada movimiento por alejarse solo los hacía notarse más, desearse más. Por fin había llegado el día de decirle al destino que se fastidiara. Ese momento y esa opción era de ellos.

La perfección no es eterna, y su tiempo juntos había acabado. Salieron a regañadientes del lugar para ir por las maletas de Cassidy, él también regresaba ese día. A pesar de haber solucionado una de sus más grandes preocupaciones, no se sentía tranquilo. Josh ya los esperaba con todo preparado y su equipo saldría en dos días de vuelta a Ottawa.

Por más que Cassidy quiso comunicarse con su amigo, Carlos, le fue imposible. Esperaba encontrarlo en la casa, pero no había rastro de él. La notaba preocupada, pero él no fingiría que estaba feliz de saber que ellos trabajarían juntos, así que agradecía el espacio que les había dado. Sonia, desapareció con un miembro del grupo mexicano, aunque acordaron que viajaría con el equipo de Cassidy, después. Lo que le pareció fabuloso a la pareja.

Kilian se sorprendió al bajar del auto y percatarse que Cassidy no viajaría en un vuelo comercial y más aún, cuando Montes y Fuentes la esperaban en la pista. Debió habérselo imaginado, pero en todas esas horas no se había preocupado por él, a pesar de sus ganas de reclamarle el día anterior, ella tenía razón y ahora debía confiar.

Por un momento quiso ser libre e irse con ella a ese lugar en Centroamérica para disfrutar de la playa que le mostró en fotos con tanta emoción, pero también deseó borrarle la sonrisa al abogado.

Luego de los saludos necesarios era momento de despedirse y sin pensarlo demasiado, se apoyó en una de sus rodillas frente a su mujer y besó su vientre.

—Kilian, ¿qué haces? ¡Estás loco! —dijo con la voz baja y roja de la vergüenza por aquel despliegue.

—No hay nada de malo en que me despida de mi familia —respondió de manera natural y eso la hizo reír.

—Esto no sucede de esa forma, no seas estúpido.

—Oh, mi dulce luna. Ese ya es el hogar de nuestro pequeño Arthur o...

—Violet —completó entre risas mientras él descomponía el gesto.

—¡Niña, no! Será igual que tú y eso me volvería loco. Necesito un compañero de juegos, le enseñaré a embellecer autos como su padre y su abuelo. Me ayudará a cuidarte.

—Deja de soñar. Estás loco. Te repito que esto no sucede a...

El beso la hizo callar, pero en lugar de tranquilizarse, ella rompió en llanto. Cassidy deseaba que ese viaje fuese por otro motivo, con su compañía. Tenía esperanza de que todo mejorara, pero era realista. Debía enfocarse en su trabajo y disfrutar de esa isla paradisiaca a la que iba.

Temió que con ese beso acabara su fe. Sentir las lágrimas de él acompañadas de las suyas la

hicieron recapacitar. No, no estaba sola en esto. Solucionarían lo que se les presentara a su paso, eran fuertes, sabían cómo hacerlo y sobre todo, estaban juntos.

—Te amo, mi dulce luna —dijo Kilian con la voz temblorosa y susurró en su oreja—: No me olvides, aunque el mexicano intente alejarme de ti. ¿Me lo prometes?

—Eres un idiota, Kilian.

—Siempre tan romántica. ¿Te das cuenta? Por eso me enamoré de ti —dijo sonriendo y sorbiendo su nariz sin soltar su rostro.

—Te amo, vete ya o de lo contrario no dejaré de llorar. Ya hemos hecho suficiente espectáculo en este lugar. Dile a Mary que prepare mi comida favorita a mi regreso.

—Yo lo haré para ti, si regresas a mi casa. Aprenderé a cocinar decentemente, lo prometo.

—No, quiero tener mi casa y si todo sale bien, te mudarás conmigo y ese lugar se lo dejás a Mary.

—Ya hablaremos al respecto. ¿Sigues teniendo la misma lista de tu casa soñada?

—Sabes que no era una lista —dijo observando su enorme sonrisa—. ¿También viste la foto? ¡Diablos!, debiste dedicarte a la investigación y no a los autos. ¡Eres un acosador!

—Llevo una vida enamorado. Era información valiosa y no me apena admitirlo. Me voy —dijo besándola de nuevo para dejarla libre un momento después. Se despidió del grupo y subió al auto sin mirar atrás. Ella lo vio alejarse y por primera vez sintió tranquilidad.

La mano de Carlos Fuentes sobre su hombro alejó su atención del camino que había tomado el auto.

—¿Solucionado? —preguntó con calma, observándola como queriendo desenmarañar lo que había detrás de su mirada llorosa y su sonrisa.

—Eso espero —dijo palmeando su mano—. Te llamé y no respondías. ¿Por qué no me dijiste que viajábamos juntos desde ya? Estaba preocupada.

—En realidad no lo sabía. Montes me llamó cuando estaba por... por hacer algo. No contesté porque no deseaba hablar contigo en ese momento.

—¡Vaya!, gracias —respondió ofendida. Subieron a la aeronave sin decir más.

Diego Montes ya estaba sentado junto a su esposa, quien los saludó amable y luego agregó:

—Bien, muchachos. Vamos a trabajar, espero que se comporten y que hagan feliz a mi adorada mujer. Si ella es feliz, todos los seremos. Créanme, es el infierno verla enojada. —Todos rieron ante la expresión de la mujer amenazando a su esposo sin emitir sonido.

—Kassidy, disculpa si sueno entrometida, pero ¿estás embarazada? Ese hombre se ve como un sueño, casi tan guapo como Rodrigo Alberto, el actor de mi novela favorita y lo que hizo al despedirse, fue tan romántico...

Ella veía que los labios de la señora seguían moviéndose sin entender del todo lo que dijo después. Lo que la dejó en ese estado casi catatónico fue la expresión de Carlos frente a ella. Tenía los ojos desorbitados y se dio cuenta de lo que pasaba por su cabeza.

No podía estarlo, solo fue una broma de ambos por lo que sucedió en el hotel hacía unas horas. A pesar de todo, ella había tomado su píldora como cada día, igual que hace semanas cuando ocurrió con Carlos. Él no podía estar creyendo que... No, era imposible, imposible.

Capítulo 43

Tres semanas habían transcurrido desde su despedida con Cassidy. Si era sincero, no le agradaba ni un poco saber que trabajaba con su amigo, el abogado conquistador, «odio las etiquetas», pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Hablaban casi a diario y eso mantenía un ambiente de cierta normalidad.

Todo iba viento en popa con su más reciente adquisición; el personal antiguo se había mantenido en sus posiciones y se mostraba de acuerdo con los cambios, apoyándolos de manera responsable. Lo que se traduciría en cifras favorables dentro de poco si seguían a ese ritmo.

A media tarde del siguiente viernes, recibió la llamada que aceleró su corazón. En el hospital le esperaba justo lo que había deseado por tanto tiempo. Candace y Mary aguardaban eufóricas su llegada en la sala de espera; Anna por fin estaba consciente y él no podía creerlo.

Cuando las vio no pudo evitar abrazarlas. La preocupación cedía poco a poco. La doctora sonrió al llegar hasta ellos y observar sus reacciones. Pocas personas sin vínculos directos habrían estado tan pendientes de un paciente en esas condiciones. Muchos casos se presentaban donde ni siquiera la familia cercana permanecía interesada por más de un par de días o semanas cuando mucho.

El temor que Kilian tenía en un principio fue disuelto por la doctora. Si bien era cierto no le ofrecía mayores noticias, su despertar fue mejor de lo previsto. Mostraba incomodidad al articular, pero estaba consciente de su entorno y la realidad. Esta vez sí había preguntado por él directamente.

Con paciencia esperó cada uno de los informes, pero no podía disimular su nerviosismo y el deseo por verla de una vez. Después de varios minutos de firmas de documentos y otro sin fin de formalidades, logró obtener la autorización para entrar a su habitación.

Se encontró sorprendido consigo mismo por la emoción que sintió al mirarla sentada en su cama, observando unas revistas en su regazo.

—Se supone que no deberías estar haciendo eso en este momento —dijo con una sonrisa sincera.

Al escuchar su voz, Anna no pudo contener las lágrimas, alzó sus brazos esperando su llegada. En un par de pasos estaba a su lado, rodeándola y besando su frente emocionado.

—Estoy horrible —sollozó ella en su pecho, sin soltarlo.

—Ni siquiera estar en coma hace que te veas mal, cariño. Pensé que unos días desconectada te volverían menos vanidosa —susurró en su oído haciéndola reír.

—Perdóname.

—¿De qué hablas? Estoy feliz de poder conversar contigo de nuevo. Esperaba mostrarte las portadas de las revistas para escuchar que criticaras a las chicas que eligieron en ellas. ¿Cómo te sientes?

—Como si un camión hubiese pasado sobre mí. Pero, Kilian sabes de lo que hablo. No tienes que...

—¿Qué sucede? ¿Allá en el otro lado te cambiaron el corazón? —bromeó de nuevo. Realmente

sin saber cómo tocarla y qué decirle para cambiar esa mirada acongojada en ella. Pero en lugar de sonreír, la modelo lloró más.

—Te escuché —susurró.

Kilian tomó asiento a su lado y se acomodó en la cama sin entender. Acarició su cabeza y su cabello suavemente hasta que el llanto cesó. No tenía valor de mirarla a la cara, su honestidad podía ser devastadora y lo que menos deseaba en ese momento era saber que con sus palabras la había lastimado. Cuando hablaba a su lado, los consideraba sus momentos de desahogo y olvidó por completo esa posibilidad de ser escuchado y menos, comprendido.

—Lo lamento, Anna. No fue mi in...

—No, detente y escúchame —suplicó en un hilo de voz, señaló su garganta—. Aún me molesta para tragar y hablar. No soy tu problema y mi hijo tampoco. Me apena admitir frente a ti que lamento haber sobrevivido. Subí a ese coche con la intención de morir, pero el chico estaba enamorado de mí y al enterarse de mi discusión con Kovac por el bebé, me siguió.

—Eso ya no importa ahora, cariño.

—Shhh —Colocó un dedo sobre sus labios, tomó un sorbo del vaso con agua que tenía cerca y continuó—: Lo amenacé con hacerlo público y se burló de mí. Yo no quería este embarazo y fui muy estúpida al seguir adelante. No lo quiero y tampoco quiero que arruines tu vida con ella por él, ¿entiendes?

—Pero, Anna. ¡Qué demonios dices! No has cambiado... —concluyó decepcionado—. Esto no se trata de ti, sino de él. Ya no puedes hacer nada al respecto, ¿piensas darlo en adopción? Sabes que tu madre no puede hacerse cargo.

—Lo sé y haré lo que sea necesario por olvidar que cometí este error. No estoy preparada para ser madre, Kilian. Si somos sinceros, no tengo idea si seré capaz de salir viva de aquí —terminó con dificultad, mostrando una mueca de dolor y tuvo que recostarse y cerrar los ojos debido al mareo.

—Entonces, firma, ¡maldita sea! Ese niño no quedará en la calle y sin protección por tu culpa. Me haré cargo. Cásate conmigo. Hoy mismo.

—No quiero tenerlo —susurró mientras contenía las náuseas—. Estás demente

—Oh, Anna. No tienes una jodida idea de cómo estás tú. No entiendo tu contradicción al sentirte mal por nosotros y no sentir nada por tu propio hijo. Ya no puedes hacer nada para evitar que nazca, ha pasado mucho tiempo para que sea legal que te hagas un aborto.

—Qué sabes tú de la vida, Kilian. Has vivido rodeado de gente que te ama. Yo he tenido que aceptar cosas espantosas para lograr salir adelante, soportado a infelices que solo buscan mi cuerpo a cambio de comida o un techo para mi madre. Cuando te conocí, ya había mejorado. Al menos ya me daba el lujo de elegir al cerdo de turno, pero tenías que llegar tú a mostrarme la basura en la que me había convertido con tus buenas maneras. Te juro que, por un momento, soñé que contigo limpiaría mi camino. Hasta esa noche... —Ella se quedó en silencio por un par de minutos, tratando de regular su respiración y poder verlo a los ojos.

»Noté cómo la veías en esa fiesta y aun así te fuiste conmigo. Me llevaste a tu cama, pero dijiste su nombre mientras acababas y luego lo repetías dormido una y otra vez estando a mi lado. Por eso lo busqué a él. Era el único que podía darme el poder que necesitaba. Si el amor no era para mí, el dinero debía serlo, pero ya ves, me equivoqué.

Kilian no sabía qué responder al respecto. Jamás la engañó y en ningún momento le ofreció nada. Se suponía que entre ambos todo era claro, ella misma lo propuso; nada de compromisos, solo sexo. No lo haría sentir culpable por algo que ya pactado.

Porqué había pensado que ese accidente podía cambiar su personalidad. Soñó con encontrarla

feliz por haber sobrevivido, pero la verdad es que las personas nunca cambian su esencia.

No contaba con la posibilidad de que ella lo sacara de la ecuación y prefiriese arrojar al bebé a Servicios Sociales, a manos de cualquier posible enfermo, en lugar de dejarlo en la seguridad de un hogar.

Anna se giró dándole la espalda. Se había esforzado demasiado y algo en él se contrajo por un momento. No quería obligarla, pero si ella era testaruda, él lo era más. El ser extranjera le daba demasiadas desventajas ante él y no dudaría en aprovecharse de ellas por una buena causa.

—Llama a Max —dijo Anna con la voz apenas audible.

—Max se fue, Anna. Solo te quedo yo. Así que prepárate para firmar los jodidos papeles que traiga hasta aquí o no habrá un maldito lugar que te contrate en todo el continente. Te recomiendo que seas discreta con tu amiga Monique o serás tú la que más pierda en este proceso.

—No solo quieres acabar con mi carrera, sino conmigo —respondió con amargura—, todo por un niño que ni siquiera es tuyo.

No seguiría discutiendo, así que salió de la habitación sin aliento. Al cerrar la puerta escuchó su llanto al otro lado y por primera vez no le importó escuchar el sufrimiento de una mujer.

Como un autómatas, caminó hasta Mary y Candace que lo esperaban ansiosas. Ninguna hizo preguntas al verlo y lo agradeció. No sería fácil hablar con ellas y que entendieran que todo lo que él había decidido en esos días era producto del sueño de un ingenuo, un tonto que pretendía jugar al héroe en beneficio de una arpía.

Caminaron en dirección a la salida en busca del auto. Candace le informó que ellas habían llegado en el suyo, así que se separaron y acordaron reunirse en su casa. Tomó su móvil y marcó para llevar a cabo su siguiente movimiento:

—Clara, comunícate con el abogado. Dile que Anna despertó. Luego llama a la joyería y reclama el pedido a mi nombre y, por último, contacta con la agencia de Kovac para que se pongan de acuerdo con alguna revista y firmen la exclusiva del romántico enlace entre Anna Petrova y Kilian Fox. Manténme al tanto. Estaré en casa.

Subió a su auto y se quedó sentado viendo a la nada por un largo tiempo, el móvil seguía en sus manos. Solo había una persona capaz de entender las dimensiones a las que se enfrentaría. Después de un par de tonos su voz respondió al otro lado:

—¿Kilian, salió todo bien?

—No, Kassy. En realidad, creo que todo se irá a la mierda. No lo sé.

En pocos días, todo se había convertido en una situación llena de preocupantes aristas. Anna debía estar en constante supervisión, pues su actitud empeoró cuando se le comunicó la fecha de intervención. Se negaba a que quedara una cicatriz en su cuerpo y a Kilian le era imposible concentrarse en su trabajo, temiendo que en cualquier momento el teléfono sonara y le dieran una terrible noticia.

Después de horas en su despacho tratando de avanzar en algunos contratos, aunado al poco tiempo que le dedicaba a descansar por su ir y venir entre la oficina y el hospital, el cansancio al fin le cobró factura. El sueño se apoderó de él y decidió recostarse por un momento. Una exhalación en el intento de relajarse en el sofá se quedó a mitad de ser expulsada por el sonido estridente del teléfono fijo. Eran las tres de la mañana.

Sus latidos se aceleraron y por un segundo, su mano tembló antes de tomar el aparato. Le avisaban del hospital que Anna Fox, su actual esposa, estaba por ser intervenida por el nacimiento del bebé.

No se lo podía creer, aún faltaban dos semanas para ese día. Temió lo peor y no supo en qué momento salió de la casa, hasta que el viento frío lo hizo regresar sobre sus pasos al darse cuenta

que solo llevaba un pantalón de pijama e iba descalzo.

El estrépito causado, sacó a Mary y a Candace de la cama. Su amiga se ofreció a conducir al captar el nerviosismo del hombre y convencieron a la anciana de quedarse e ir más tarde, con la promesa de mantenerla al tanto si ocurría algo.

Candace no quería preguntar, los últimos días habían sido estresantes para todos. Era una época de mucho trabajo para ella y la convivencia se había tornado un poco hosca después del enlace de Kilian. Él solo colocó el anillo en el dedo de la mujer para una tonta fotografía en una revista, firmó los documentos y sin despedirse de nadie, se fue con el abogado. No regresó hasta tres días más tarde al hospital, solo para hablar con la doctora. Permanecía más tiempo en la oficina y evitaba a todo el mundo, incluso se rehusaba a recibir las llamadas de Cassidy, quien las llamaba casi a hurtadillas para enterarse de lo que sucedía con él.

Por fortuna, el hospital estaba cerca, pero antes de estacionar, Kilian colocó la mano sobre la suya que sujetaba aún el volante y le dijo:

—Candace, sé que me he comportado como un cretino estos días. Solo quiero agradecer lo que has hecho por nosotros todo este tiempo y que sepas...

—No, no voy a escuchar tus cursilerías en momentos como este. Baja de una vez y vamos a enterarnos qué sucedió para que mi sobrina adelantara su llegada al mundo.

—No es una niña, no sigas con ese tema. Tendrás que devolver toda esa ropa rosa que compraste y esos atuendos estrafalarios que no quiero saber para qué son. Prefiero pensar que un bebé solo podría usarlos en Halloween.

—Es una niña y esos trajes no son estrafalarios, ignorante. Tengo unos iguales. Mi sobrina y yo iremos por la vida vistiendo igual.

—No sé los detalles, pero Anna hizo algo malo. En realidad, tengo miedo —dijo cortando las sonrisas y las bromas de ambos.

Ella se lo imaginó, él era el peor para fingir que todo estaba bien cuando no era así, sus ojos lo delataban.

Candace suspiró de mala gana. Anna no paraba de absorberle la vida a todos con sus acciones y no es que la juzgara del todo. De hecho, comprendía que no deseara ser madre y que no se le podía obligar, pero a esas alturas de su embarazo y tomando en consideración su precario estado de salud, sería lo menos egoísta que podría hacer por esa criatura que no había pedido venir al mundo. El objetivo de chantajear a un hombre adinerado, obligándolo con dejar a su esposa de años por un ser tan superficial y mal intencionado como ella, era repulsivo.

Si de ella dependía que esa criatura tuviese una figura materna, se encargaría. A Cassidy no se le notaba nada emocionada con la situación y la entendía, pero su amor por ese bebé se había transformado en algo inimaginable. Ella se encargó de todo lo relacionado con las necesidades de ese nuevo ser y aunque hacía rabiar a Kilian con sus compras, también consideraba la posibilidad de que fuese un niño y eso la llevó a usar tonos pasteles en todas las decoraciones y objetos que necesitaban. Tenía una semana de llevar la maleta con todo un guardarropa en su auto. A veces, se sentía ridícula al hablarles a sus padres, ilusionada por la llegada de esa personita, pero al final se dio cuenta que no podía, ni quería evitarlo. La ilusionaba.

Esperaron cerca de una hora por información. Lo único que sabían es que Anna se había encerrado en el baño de su habitación e intentó acabar con su vida. Ni siquiera la enfermera que estaba a su cuidado quería darles detalles de lo ocurrido después mostrándose muy afectada y, eso les tenía sumamente nerviosos.

Un par de médicos salían de ese pasillo, pero todos tomaban rumbos distintos hacia el resto de personas que esperaban saber algo de sus familiares.

Kilian se sentía ajeno a toda la situación. Su interior era un torbellino de sentimientos inestables que iban de la ira a la compasión y del miedo al alivio en un constante vaivén. No sabía si odiar a Anna o intentar comprender sus razones, lo único que permanecía con fuerza y que lo mantenía allí, era saber sobre la o el pequeño, quien hasta ahora no se había dejado apreciar por completo en las ecografías. Solo deseaba con todo su ser que sobreviviera a cualquier daño que ella podía haberle causado.

—Los familiares de Anna Petrova —dijo un médico bastante joven, se acercó junto a otro mayor, que reconocieron como el obstetra asignado a la modelo.

—¿Cómo se encuentran? ¿Qué sucedió? Ellos... —dijo atropelladamente Kilian sin poderse creer los nervios que se desataron en él cuando vio su expresión.

—Señor Fox, sígame —cortó educadamente el médico, lo llevaba hacia un espacio alterno a la sala de espera.

Sin pensarlo hizo lo que le decía. El médico se quitó el gorro que llevaba sobre su cabeza y se acomodó la bata como si fuese trascendental su aspecto en ese momento. Sus pausas desesperaron a Kilian, pero tampoco se atrevía a apresurarlo, algo más fuerte que él se lo impedía.

—¿Y bien? —dijo suavemente, un tanto irritado por el tiempo que se tomó.

—Su esposa se lastimó el vientre mientras enfermeros y agentes de seguridad intentaban entrar al baño donde se encerró. No sabemos cómo, pero logró obtener un bisturí y laceró diferentes partes de su cuerpo, cortando venas significativas. Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance...

—¡No! —sollozó sin querer o poder escuchar el resto. Solo podía ver los labios del médico moverse—. No es posible.

—Su estado era delicado, pero trabajamos arduamente por ambos y logramos...

—Oh, Anna. —Su pecho se estrujó y el corazón le palpitaba acelerado—. ¿El bebé...?

—Le repito que su hijo está fuera de peligro. Es un varón y con los cuidados necesarios alcanzará los percentiles adecuados, mientras tanto, debe quedarse en el hospital para que se fortalezca. Lamento su pérdida.

—¿Puedo verlos?

—Por supuesto. Tendrá que hacer algunos trámites para ir por su esposa, pero puede visitar al bebé ahora. El doctor lo guiará —dijo señalando al otro médico que se encontraba con la doctora—. Es fuerte, todo un guerrero. Lo felicito.

—Lo siento, Kilian —dijo la doctora Prats llegando hasta él y estrechando su mano.

—Lo sé y lo agradezco, doctora —respondió sin saber cómo actuar. Nunca se habría imaginado a Anna atreviéndose a tanto—. Necesito su ayuda... con los medios. Que nos brinden privacidad, por favor.

—La tendrá. Nuestro personal es profesional. No se filtrará información alguna de su estado. No se preocupe.

Salieron del lugar donde se encontraban y no pudo evitar derramar lágrimas al encontrarse con Candace. La abrazó con fuerza, no supo definir todo lo que sentía en ese momento, pero la culpa supuraba más que nada por haberla tratado con dureza.

El peso de la realidad le cayó encima al darse cuenta de que había una vida que ahora dependía de él.

—Es un varón —susurró sobre la cabeza de la rubia—. Solo nos tiene a nosotros.

—No, Kilian. «Solo, no», nos tiene a nosotros y eso es mucho. Tendrá todo el amor que necesite. Sabes que hemos estado esperando por ese pequeño y aunque no le pueda poner minifaldas a juego, algo haré con los colores. —Sonrió con lágrimas en el rostro igual que su amigo—. Vamos a conocer al pequeño Fox.

—Candace, ella...

—Shhh, lo sé. —Lo abrazó más fuerte de la cintura, mientras caminaban tras el médico—. Me lo dijo la enfermera. Estaré aquí para ti y lo que se necesite. Veamos a tu hijo y luego arreglamos lo de Anna, ¿de acuerdo?

Kilian asintió, agradecido por tener a su amiga brindándole apoyo sin reparos. Se limpió el rostro con un pañuelo, aunque las lágrimas no dejaban de salir de sus ojos.

Le dolía saber que Anna no estaría más, pero, sobre todo, saber que ella no cambió y que con su partida, por muy cruel que sonara, también le evitaba un enorme sufrimiento a ese bebé que ahora mismo luchaba por sobrevivir.

Capítulo 44

Numerosas personas asistieron a la ceremonia en honor de Anna, en contraste con quienes estuvieron con ella en el hospital. Era irónico el poder de convocatoria que ejercían en la sociedad un par de cámaras, sobre todo, el histrionismo de muchas otras que lloraron inconsolables frente a su fotografía en la iglesia. Sus restos fueron enviados hasta las manos de su madre, quien no se molestó en llamar ni una sola vez para preguntar por el estado de su nieto.

El bebé continuaba en el hospital, creciendo y ganando peso con el paso de los días. Al principio fue difícil y atemorizante observar a un ser tan indefenso, lleno de cables sin poder tocarlo, generando esa sensación de impotencia, donde solo podían esperar que la lucha no fuese en vano. Pero les estaba dando una impresionante lección a todos. Los médicos se asombraban de sus progresos y por fin pudieron acariciarlo por escasos periodos de tiempo, a través de pequeños orificios en la incubadora.

Kilian mantenía un temor constante de hacerle daño con su enorme mano callosa debido a su trabajo.

Era tan pequeño y parecía tan frágil, que era inevitable no despertar ternura al verlo junto al hombre que se había convertido en un padre abnegado. Está de más decir que era el favorito del piso de neonatología del hospital. Dueño de todos los suspiros femeninos provenientes de enfermeras, madres y cualquier visitante de ese género. La conmoción general era peor, cuando lo cargaba bajo el método Madre Canguro.

Kilian llegaba hasta el punto de preferir llevarse un libro y leerle al niño en susurros, en lugar de voltear hacia las mujeres que no lo quitaban la mirada de encima. Fue el objeto de muchas burlas de parte de Candace y Mary en ese tiempo. Aunque no le confesaría a ninguna de los beneficios que obtenía por ello al recibir obsequios para el bebé, consejos bastante útiles y, sobre todo, postres y muchos bocadillos deliciosos que hacía que las horas que pasaba allí, apenas las sintiera.

Las semanas transcurrieron con calma. Las visitas diarias al hospital ya formaban parte de una rutina a la que todos se acostumbraron. Eran los tres, siempre pendientes del infante que les había robado el corazón: Dylan Fox. Discutieron mucho, antes de llegar a un acuerdo por su nombre, pero al final coincidieron que el elegido por su padre ante la ley le venía bien.

De acuerdo con el médico, si la evolución de Dylan seguía al mismo ritmo y era capaz de llenar ciertos requisitos, podría ser dado de alta muy pronto. Otro tema que le crispaba los nervios a Kilian y tuvo que devorar todos los libros existentes y pasar mucho tiempo en los sitios de la red era su cuidado. Le aterraba pensar que no sería capaz de llevar a cabo todas las funciones necesarias para que el bebé se desarrollara adecuadamente.

Un jueves por la mañana, Kilian recibió la llamada de Mary donde le avisaba que Dylan saldría al siguiente día. Fue así como el nuevo hogar del más reciente miembro de la familia, convertía años de paz y tranquilidad en un campo de batalla. Él lideraba todos los regimientos con un par de gritos a todo pulmón y llanto indescriptible, contra tres asustados adultos que corrían con premura para satisfacer cada uno de sus deseos.

Las madrugadas eran caóticas y ninguno respetaba el horario del otro. Al final, terminaban dormitando juntos en cualquier estancia de la casa con él en brazos y bajo el efecto de cualquier canción de *rock alternativo* que sonara, pues era lo único que lo tranquilizaba.

Al siguiente día, Dylan tenía toda la energía del mundo. En cambio, ellos estaban hechos polvo, intentando ejercer sus funciones normales en sus trabajos y la casa.

Cualquiera que les preguntase sobre esa etapa escuchar de todos ellos, que no había mejores momentos para compartir. Incluso cambiarle el pañal se convertía en risas o generaba anécdotas inimaginables en cada uno.

A pesar de los buenos momentos, a Kilian se le notaba en ocasiones un tanto taciturno y evitaba a toda costa el tema de Cassidy. Se había convertido en un experto para evadir cualquier intento por las mujeres de querer saber algo adicional de lo que ambos filtraban a través de conversaciones o llamadas. Ella se escudaba en su trabajo y él en Dylan.

Todo era demasiado extraño y ellas no eran conocidas por ser las mujeres más prudentes del planeta o por dejar pasar las cosas. Así que organizaron una cena de emboscada el siguiente fin de semana.

Sin embargo, la visita de su padre, George, para conocer a su nieto fue la excusa perfecta de Kilian y eludirlas de nuevo. Sorprendiendo a todos, el mayor llegó solo y con una actitud de abuelo bonachón que ninguno de los presentes podía asimilar. Dylan se le quedaba viendo embobado y sonreía como si lo conociera.

Dos días después, los motivos reales de su llegada fueron revelados.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, George, impaciente por una respuesta de su hijo, mientras cargaba a Dylan en brazos.

—Ella no quiere hablar del tema, eso nos ha distanciado. Una denuncia difícilmente hará la diferencia, pero ya la he presentado. Hasta ahora, ellas no se han percatado de la seguridad, pese a ello, no puedo asegurar que siga siendo así por mucho tiempo.

—Tenemos que atraparlo. El pequeño cretino es escurridizo, pero si me das la orden, puedo llegar a él con mis métodos. Si no quieres involucrarte, lo entenderé. Aunque debes decidir pronto y te recomiendo que te muevas antes que él. Ella está por regresar y déjame decirte que me llama la atención que no haya intentado acercársele. Tomando en cuenta su ubicación, sería muy simple atentar...

—No lo digas, por favor. He invertido mucho en su seguridad para que algo le suceda y esa fue una de las razones de su enfado. Me insultó al enterarse y me envió al infierno por no habérselo dicho.

—Esa chica tiene mucho carácter. Me agrada. —Sonrió un poco, sin expresar demasiado la diversión que le causaba lo frustrado que parecía su hijo.

Kassidy le recordaba a Mary, la mujer que seguramente se encontraba en la cocina preparando una de sus delicias y de la que seguía perdidamente enamorado desde que la vio con su hijo de cinco años en brazos, prodigándole el cariño que nunca vio que su propia esposa le brindaba a su pequeño heredero, Kilian.

Todo había cambiado a su favor desde hacía un tiempo. Al menos, ya podían conversar sin perder la paciencia y si el tema era Cassidy, se difuminaban en absoluto sus diferencias. La llegada del bebé también hizo una gran labor en ese sentido y aunque no sabía mucho de niños, los pocos conocimientos que adquirió con él de pequeño le fueron útiles para acercarse un poco más.

—Iré por ella —dijo Kilian con seguridad.

—¿Estás seguro? —preguntó George, con diversión al verlo asimilando sus propias palabras. Parecía que se estaba convenciendo a sí mismo de hacerle frente a esa diminuta mujer.

—Falta poco para que termine su trabajo allá, puedo tomar unas pequeñas vacaciones e ir por ella. No, tengo algo mejor... ¡Iré a pedirle matrimonio! —exclamó eufórico como si se le hubiese ocurrido la mejor idea del mundo.

—¡Ya era hora! —soltó emocionado el mayor, intentando abrazarlo de manera efusiva sin asustar al pequeño.

—¿Qué están celebrando? —preguntó con interés Mary, en el momento que entraba con bebidas y bocadillos al despacho. George le sonrió y ella se sonrojó. Ella lo ignoró para centrarse en Kilian.

—Mary, me caso. En realidad, creo que me casaré. Voy por Kassy a ofrecerle que acepte —dijo sonriendo como un niño.

—¡Hijo mío, al fin! —respondió Mary emocionada, llorando como nunca. Su muchacho había sufrido lo indecible y sabía que ella también. Comprendía sus elecciones, la vida que Kassidy tuvo desde jovencita, llena de sinsabores. Solo esperaba que este sí fuera el final de sus desdichas.

Candace se unió a la celebración del pequeño grupo e informó a sus padres de los planes de su amigo. Le enviaron felicitaciones y el ofrecimiento del pago de su viaje para la luna de miel como obsequio.

Kilian sonrió al mirar el atardecer a través de su ventana. Nada podía salir mal a partir de ese momento. Por fin la luz iluminaba el camino que por tanto tiempo había parecido oculto antes sus ojos.

La amenaza que se cernía sobre ellos no llegaría a tocarlos. Él mismo se encargaría de ese cretino que no cesaba en su búsqueda de venganza. Le pondría un alto de una vez al pequeño Roger Cole y emprendería sus planes de ser feliz con su luna.

Esa misma tarde, se hicieron todos los preparativos para el viaje. Jamás pensó que planear uno involucrando un bebé fuese tan engorroso.

Candace se ofreció a acompañarlo y se lo agradeció con el alma. No se creía capaz de mantener la cordura y manejar todo lo relacionado con Kassidy mientras tenía que cuidar y alimentar a Dylan. No, era imposible tal destreza en él y aceptaría cualquier ayuda ofrecida, incluida la de su padre, George Fox que le brindó parte de su personal de seguridad y su avión privado.

Capítulo 45

El día llegó y no se sentía nada temerario con una cangurera de bebé como escudo, pero era lo que había. Dylan estuvo quisquilloso en todo el viaje, solo quería estar en sus brazos. Así que entre la gallardía y la tranquilidad de sus nervios se inclinó por la segunda.

Candace se burló de él todo el tiempo asegurando que era a propósito lo de llevar al niño, para así llamar la atención de las mujeres y en parte, tenía razón. Al menos no en la de buscar la atención de las féminas, sino en la reacción de estas al verlo cargándolo. Era increíble, funcionaba como un potente afrodisiaco, incluso mejor que la sonrisa rompecorazones que usaba, su guiño especial o el discurso seductor de sus mejores momentos como galán. Quién lo diría.

El negocio del señor Montes mostraba grandes progresos en comparación a las fotografías que Cassidy le envió al inicio de su intervención. Un complejo turístico basado en cabañas, más un pequeño hotel era el sueño de su esposa y con la ayuda de su luna lo habían logrado.

La diversión de Candace no cesaba, se burló de su indecisión al tocar la puerta de la cabaña donde Kassy se hospedaba. Sin embargo, cualquiera que estuviera en su posición estaría de acuerdo con él.

Ir en busca de la mujer de su vida y no poder soltarse un solo momento de un bebé de un par de meses y una odiosa amiga, no eran los mejores amuletos de buena suerte que un hombre deseara llevar a ningún lado para tales fines. Pero la respuesta que escuchó distaba mucho de la voz que idealizó en su propia historia romántica.

—Un momento —respondió quien menos deseaba escuchar. Allí, justo en sus narices, Carlos Fuentes se sacudía el cabello mojado sin ninguna otra prenda que una toalla mal atada en la cintura.

La zozobra la aniquilaba y el segundero estruendoso del reloj de la sala no ayudaba en lo absoluto. Ya tenían varias horas de retraso y tampoco podía posponer esa reunión. Así que no tuvo opción, estaba atrapada y no podría encontrarse con ellos hasta mucho después.

El sonido de la puerta y una chica entregándole una nota de parte del vestíbulo del hotel, le informó que acababan de recibir a las personas que esperaba. No supo en qué momento derramó el contenido de su vaso sobre los documentos que tenía frente a ella.

El señor Montes la observó entretenido, aunque la retrasó diez minutos más con preguntas absurdas antes de dar por terminada la reunión y retomarla el lunes. Cassidy ni siquiera se despidió ante la sorpresa del pequeño grupo.

Caminó muy rápido a través de las edificaciones, aunque lo más atinado sería decir que corrió desesperada hacia su cabaña. Para su sorpresa, estaba vacía. Había dado órdenes precisas de que se les acompañara y se les tratara de forma especial.

El llanto de un bebé en la puerta de enfrente captó su atención. No tuvo más remedio que tocar. Carlos abrió y antes de que entrara, él le cerró el paso sacándola al camino empedrado del lugar.

—Muñequita, la próxima vez que traigas a tus amigos, al menos ten la decencia de darles una referencia actual de donde te encuentras. Estuve a punto de morir en manos del celópata de tu...

lo que sea —dijo contrariado, pero en un segundo su semblante cambió y preguntó—: ¿Esa rubia es tu amiga de infancia? Está preciosa la condenada.

—No tienes remedio, Carlos. Sí, es Candace. No te advertiré sobre ella, porque sabe cuidarse sola. En su lugar, te aconsejaré a ti. Si la fastidias, saldrás lastimado.

La sonrisa que le dedicó no llegó a sus ojos. Habían tenido muchas discusiones al llegar y tardaron un poco en volver a relacionarse como antes. Carlos, le aseguraba que si estaba embarazada él era el padre. Hasta que una noche, harta de su insistencia, ella le lanzó a la cabeza la prueba de embarazo, mostrándole que no lo estaba. Se emborracharon sin miramientos y curarle la resaca al otro, fue la señal para retomar su amistad.

Acordaron no hablar más sobre la última vez que estuvieron juntos y las repercusiones en sus sentimientos y eso bastó para ser los mismos amigos de hace años. Al menos lo estaban intentando.

Se dieron cuenta en ese momento que la recepcionista era disléxica, ya que era la cuarta vez que entregaba números de habitaciones o estancias erróneas a los huéspedes. Lo que les causó gracia, porque al inicio pensaban que era por mala fe, porque era sobrina de Montes y estaba enamorada de Carlos desde hacía años.

Este para quitársela de encima mintió y dijo que salía con Cassidy, lo que provocó comentarios fuera de lugar en varias ocasiones de su parte. Aunque a Cassidy no le importó. Ahora con esto, debían tomar medidas y evitarse inconvenientes futuros con los clientes.

Kassidy respiró con fuerza antes de dar los pasos faltantes para encontrarse con Kilian, deseaba verlo con toda el alma. No obstante, las cosas habían dado ciertos giros que provocarían un nuevo enfrentamiento y tampoco quería reaccionar mal frente al niño y que él lo presenciara.

No pretendía decepcionarlo, aunque la verdad era que estaba muy lejos de sentir alegría por ese bebé. Él solo era un recuerdo constante de alguien más, que si bien era cierto había fallecido, eso ahora la hacía intocable. Compararse, lo convertiría en algo retorcido y mal visto ante los ojos de los demás.

La relación con Candace había retomado su curso en todo, menos en eso. Cada vez que la llamaba, la rubia insistía en mostrárselo y le hablaba incansablemente de él y lo que hacía con Kilian. Lo único que lograba es que se sintiera celosa y frustrada por estar lejos. Sabía que no era su intención, pero tampoco ella podía evitar sus emociones.

Una vez más, no tuvo que hacer nada, pues la puerta se abrió y Kilian la atravesó como un vendaval en su dirección. Su sonrisa era enorme. Dio un par de zancadas y la hizo girar en el aire aferrándola a su cuerpo, la colocó de pie suavemente y sin dejar de sonreír tomó su boca con ansias.

No supieron en qué momento el abogado había desaparecido del lugar, pero no les pudo importar menos. La intensidad de los besos incrementó sin dilación y el gemido emitido por ella les dio la señal para cambiar de escenario.

—Dime que no tienes lejos tu cabaña. No. Sabes. Cómo. Te. He. Extrañado. Todo este tiempo. Mi vida —decía Kilian entre besos y mordidas sobre sus labios.

—Pero, ¿Candace? —preguntó sin demasiada convicción, dejándose hacer, fascinada de tenerlo allí frente a ella, por fin—. El niño.

—Déjalos. Candace en este momento la vi con deseos de muchos hijos con herencia para cantar rancheras. Era incómodo estar entre ellos —respondió, tomando oxígeno y ocultando con el pequeño cuerpo de ella los estragos que causaron los besos bajo su pantalón.

—Estoy aquí —dijo señalando la puerta de enfrente. El gesto de molestia de su hombre no le fue indiferente al mirar la de Carlos. Así que acarició su torso hasta llegar a su entrepierna y su

reacción de falsa sorpresa la hizo sonreír—. Confía en mí, Fox. Te he sido fiel y puedo asegurarte que tus llamadas llenas de proposiciones indecorosas, me las voy a cobrar en este momento.

—Oh, mi dulce luna, vamos a compensar esas cuentas. Me encanta cuando me hablas así. Pero necesito un baño antes y luego, te aseguro que saldaré mis deudas y te dejaré utilidades —dijo divertido.

—¿Después? No, tomaremos ese baño ahora. Sígueme.

Apenas la puerta se abrió, él la alzó en sus brazos haciéndola reír. Lo extrañó demasiado. No tenía idea de porqué había decidido ir a visitarla si le faltaba tan poco por regresar, pero le encantó el detalle.

La ropa de ambos salió volando en menos tiempo del propuesto, sonrieron sin vergüenza al darse cuenta de la prisa que llevaban. Esa era su realidad; se deseaban, se amaban y por fin estaban juntos. Demostrar la necesidad por el otro de esa forma era inevitable.

Entraron al baño llenándose de caricias y besos; suspiros y jadeos hacían eco mientras el sonido del mar hacía de fondo a metros de distancia. Kilian extendió el jabón en gel con lentitud por cada espacio del cuerpo de su amada, su mirada estaba fija sobre ella, no quería perderse reacción alguna de su parte ante su toque, de la expresión de su rostro y de los sonidos que emitía. Nada podía compararse con ese momento. Tomó la ducha de mano y aumentó la presión de salida del líquido justo en su centro, provocándole un pequeño sobresalto ayudado con su otra mano para estimularla más. No tardó mucho en apreciar las palpitaciones de su interior en torno a sus dedos, anunciándole la impresionante y sensual llegada al clímax de su luna.

Kassidy reaccionó unos instantes después empujándolo hacia la pared para repetir sus acciones, mientras aclaraba el jabón de su cuerpo, cerró las salidas de agua y lo besó entero.

Antes de llegar a inclinarse, Kilian la sujetó con suavidad, pero con firmeza, impidiéndole el avance. La alzó en sus brazos y separó sus piernas para que lo rodeara y allí, bajo el vaho del vapor de sus propios cuerpos, se introdujo en ella con salvajismo.

Llevaba demasiado tiempo deseando ese momento. El sudor los acompañaba en el movimiento cadencioso de sus cuerpos, no había más que ardor entre ellos, pasión desbordada y amor. De esa forma indómita que solo el ser idóneo puede manejar y complacer.

Kilian murmuró algo que ella no entendió y segundos después lo sintió verterse con satisfacción dentro de ella. Ambos jadeaban con el corazón desbocado por el esfuerzo y el calor asfixiante que había en el ambiente.

—Dios, creo que voy a sufrir un infarto —dijo Kilian, con la piel roja y su respiración fatigada.

—No me dejaste encender el aire acondicionado —respondió ella entre risas mientras abría la llave para terminar de bañarse—. El clima aquí es así, pero es un lugar hermoso.

—Oh, mi luna —dijo dejándola en el piso—, el lugar más inhóspito del planeta me parecerá el paraíso si tú estás en él.

—Ya te mostraré el lugar y te enamorarás tanto como yo.

—Está bien, pero después —respondió con la voz ronca y mordiéndole la espalda bajo el agua fría que ahora caía sobre sus cuerpos.

Separó sus piernas y la empujó suavemente para que se apoyara en la pared, inclinándose un poco y la penetró con fuerza otra vez. La embestía con vigor, mientras acariciaba su clítoris y luego retorció con pericia uno de sus pezones. El grito que emitió Kassidy sin pudor, logró que él la siguiera segundos después. La giró para terminar de bañarla, pero cada vez que sus ojos conectaban, volvían al juego perverso de darse placer.

Kilian no supo cuánto tiempo había pasado, pero las nubes que se veían al otro lado de la ventana indicaban que la tarde había caído en el complejo turístico. Ahora estaban con las toallas

en el piso y ellos sentados sobre el inodoro tras el tercer intento de salir del baño.

Kassidy se dio cuenta de hacia dónde miraba y soltó una carcajada al escuchar su estómago rugir de manera escandalosa. Tuvieron que tomar otro baño debido al sudor.

Mientras la temperatura de la cabaña se normalizaba, prepararon unos emparedados. No querían ser interrumpidos por el servicio y les pareció mejor cocinar juntos. Ella fue por la maleta de Kilian para que tuviera algo que ponerse y tuvieron que reírse al encontrarla del otro lado de la puerta.

Se pusieron al día, hasta que la conversación llegó al tema que los tenía en extremos opuestos del cuadrilátero. Ella tenía sus pies sobre las piernas de Kilian, que le daba masajes hasta hace unos minutos, relajantes.

—Kassy, por última vez —dijo agotado—. No es paranoia, este tipo es peligroso. Mi padre ha intentado...

—Kilian, tu padre te va a meter a problemas. Me encanta que hayan hecho las paces, porque ambos se necesitan. Solo ten cuidado de hasta donde te involucras con él. En cuanto a Roger, él no hará nada, solo sigue enfadado, ya se le pasará.

—No, es más que eso. Preston, el detective que contraté hace meses, tiene informes donde mencionan tu nombre en círculos peligrosos. Lo único que quiero es protegerte. ¿Es tan difícil de entender?

—No se puede razonar contigo. Cuando te empecinas con un tema, es imposible —bufó vencida—. Espero que no lo tomes a mal, pero quiero preguntar si esta ha sido la única razón de tu viaje.

—¿Te parece poco viajar hasta ti para proteger tu vida? ¡Mujeres! —exclamó con dramatismo, haciéndola reír.

—No, me parece admirable. Un poco exagerado dado el caso, pero dulce —bromeó provocando una mirada de indignación.

—En realidad quería tomarme unos días de vacaciones, pensé que era el lugar ideal para hacerlo. Han sido meses agotadores y disfrutarlos a tu lado es lo que necesito. En vista que te falta poco por terminar aquí, decidí esperarte y regresar contigo, ¿qué opinas?

—¡Qué es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo! —gritó emocionada, saltando sobre él y colocándose a horcajadas para besarle, mientras le sacaba la camiseta nuevamente.

Capítulo 46

Fueron semanas maravillosas, desde el alba hasta el anochecer. Cada día acompañado de una sorpresa nueva. No fue tan complicado para Cassidy el relacionarse con Dylan.

El pequeñín la había conquistado con su sonrisa inocente y la emoción que mostraba cuando se le acercaba. Candace parecía muy molesta, pues él emitía fuertes gorjeos y se agitaba más que con ella y eso los hacía reír a todos, aunque en el fondo estaba fascinada con esa conexión y lo que implicaba para la familia.

Regresarían al siguiente día y esa noche estaba invitada a la despedida que organizó Lucía Montes en su nombre. En el poco tiempo que permaneció allí, conoció personas que le abrieron un espacio especial en sus vidas y la pareja que la contrató, ahora se autodenominaban sus padres con orgullo y mucho cariño. Gesto que la emocionó hasta las lágrimas cuando se lo dijeron.

Estaba nerviosa y no dejaba de estrujar su vestido color marfil bajo sus manos, un obsequio inesperado de Candace.

Hacía más de una hora que aguardaba la llegada de Kilian y este no aparecía por ningún lado. Dejaron a Dylan bajo el cuidado de una de las niñeras del servicio que brindaba el hotel. Solo esperaba que su amado, no estuviera dándole a la pobre mujer su monólogo de cuidado infantil, porque terminaría ahogándolo en el mar. Se ponía tan intenso con respecto al niño que crispaba los nervios de todos en un santiamén.

Vio entre recelosa y risueña la escena que montaban Carlos y Candace en la pista. Todos los veían de reojo ante la metida de manos que se daban ambos, sin importarles lo más mínimo ser el centro de atención de la fiesta. Solo deseaba no estar cerca cuando eso que tenían terminara, porque odiaría ser el paño de lágrimas de cualquiera de los dos. La intensidad con la que se miraban era demasiada como para no avistar problemas si algo no salía bien.

Se anunció la cena y todos fueron guiados al salón principal. Mientras se acomodaban en los asientos, un visiblemente nervioso Kilian llegaba a su lado. En lugar de darle un beso en los labios cuando ella se inclinó para alcanzarlo, la evadió de manera extraña e intentó acercarse a su frente, pero al final besó su mano y no paraba de sudar, evitando su mirada.

La cena avanzó sin contratiempos, entre risas y anécdotas del grupo que no llegaban a las cuarenta personas.

Kassidy intentó entablar una conversación con Kilian, pero sus respuestas usando monosílabos la hizo desistir y la incomodó a tal grado, que decidió hablar con la señora que tenía al lado opuesto.

Luchó por ignorar el temblor incesante de su pierna derecha y su molesto repiqueteo con uno de sus dedos sobre la mesa, jamás lo había visto tan nervioso. Se preocupó más cuando con disimulo, lo miró tomarse una de sus pastillas para los nervios, pues tenía entendido que hacía un par de meses se las habían suspendido.

El postre llegó e iniciaron los discursos. El turno de Diego Montes estuvo lleno de emoción y les hizo saltar una que otra lágrima. Expresó su agradecimiento por haberla conocido, el permitirle aconsejarla al creerlo necesario y, por último, extendió la invitación a sus

acompañantes de visitarlos cuando desearan. Les dijo que las puertas de su refugio paradisiaco, como él llamaba a su hotel, estarían abiertas para todos ellos como un segundo hogar.

—Ahora, mi amigo, Kilian —dijo el señor Montes al grupo, tomando por sorpresa a Cassidy —, tiene algo muy importante que decir esta noche. *Mija*, venga para acá.

Hizo que Cassidy llegara a su lado a la cabeza de la mesa, mientras los presentes los observaban sin decir nada.

Kilian tomó aire como si de pronto el oxígeno del planeta escaseara y él tuviese la mínima reserva. Se acercó a ella y le brindó una sonrisa nerviosa antes de limpiarse las manos sobre el pantalón de una forma tan torpe que provocó la risa en todo el grupo. Sujetó su mano con la suya temblorosa, viéndola a los ojos y se aclaró la garganta.

—Un día como hoy, hace trece años llegaste a mi vida. Con tu sencillez, provocaste en mí la necesidad de conocerte más y desde entonces, escucharte ha sido mi mejor pasatiempo. Me llenas de emociones que aún no puedo expresar en palabras. Nuestro primer beso, me marcó, a tal punto que cuando quise ponerle nombre a lo que sentía solo pude repetir; único. Eso eres para mí, Cassidy Evans. La única mujer, mi único amor.

Por un momento quiso continuar, sin embargo, las lágrimas querían impedirlo a toda costa. Una mano generosa le alcanzó un vaso con agua fría y tomó cerca de la mitad sin tregua, provocando más risas entre todos y sollozos en el público femenino.

»Es por eso, que esta noche, frente a todas estas personas que has llegado a conquistar casi tanto como a mí, te haré una pregunta. Tu respuesta puede convertir a este pobre hombre que tienes ante ti, en el ser más feliz y completo del planeta o en el más desdichado.

Ella reconoció la caja negra que él sacaba de su bolsillo y de inmediato sus ojos se empañaron por las lágrimas. Kilian posó su rodilla sobre el suelo, mientras todos parecían contener la respiración y continuó:

—Este es el anillo de Claddagh, un símbolo significativo en mi familia por generaciones. Es la expresión del amor verdadero o de la amistad eterna. Y para nuestra fortuna tenemos ambos. Su corazón simboliza el amor, las manos la amistad y la corona, la lealtad y fidelidad. Te ofrezco una vida llena de esos elementos hasta el fin de mis días. Mi luna, ¿aceptas ser mi esposa?

Kassidy no podía hablar, sentía la garganta cerrada y solo pudo asentir. Se lanzó sobre sus labios y se besaron entre aplausos y gritos de felicidad de los que los acompañaban. Las lágrimas de ambos se mezclaban sin cesar. Se pusieron de pie y uno limpió el rostro del otro, sonriendo como bobos.

»Gracias por aceptar, te amo —dijo Kilian volviendo a su boca y deslizando su lengua dentro.

—No lo esperaba, me tenías sumamente nerviosa. Pensé que sucedía algo malo. Me siento la mujer más feliz, te amo —respondió sujetando su rostro y tomando sus labios nuevamente.

Ese fue el inicio de la verdadera fiesta, todos brindaron con la pareja. Hubo baile, risas y diversión hasta el amanecer.

Después de varios intentos, por fin Kilian pudo sacar a Cassidy de la reunión, ansiaba estar a solas con su prometida, su futura esposa. Caminaron por la orilla de la playa tomados de la mano, descalzos, hablando de los planes que realizarían al llegar a casa.

Kilian tenía muchas sorpresas preparadas para ella, quien lo veía fingiendo molestia por no obtener suficiente información. Los primeros destellos del amanecer les dieron la bienvenida, iluminando sus besos sobre la arena. Era hora de volver e iniciar por fin, una vida juntos.

Varias horas después y un par de retrasos característicos de esos viajes, anunciaban por los altavoces del avión su aterrizaje al área privada del aeropuerto internacional *McDonald—Cartier de Ottawa*, su hogar.

El cansancio en el grupo era notorio, habían recibido noticias de Josh de que estarían esperándolos para llevarlos a casa. Era medianoche cuando llegaron a la ciudad, el clima frío contrastaba con el tropical del que venían, pero lo ansiaban más que nada después de sudar tanto.

Se cansaron de esperar por el mensaje de Josh y decidieron esperarlo en el estacionamiento ya que el bebé estaba impacientándose cada vez más. Lo cubrieron bien y salieron del edificio con calma, mientras bromeaban por el beso de despedida que le había dado Carlos a Candace en el aeropuerto, que hizo sonrojar a todo el que pudo observarlo.

Candace los ignoró tomando a Dylan en sus brazos y hablándole del recibimiento que tendría Mary para él. La pareja se abrazó, dejándola en paz y adelantándose un poco al caminar.

—¿Sabes que te amo? —susurró Kilian en su oreja.

—¿Sabes que te quiero en mi cama esta noche? —dijo ella riendo al sentir su tensión y su sonrisa torcida que prometía mucha acción.

—No tienes que decirlo. A partir de hoy no me separaré de ti, jamás, mi dulce luna —ronroneó abrazándola y dándole un beso en los labios y luego en la frente.

—Ni yo me separaré de ti, mis ojos de mar. —Lo miró sonriendo, plena de felicidad.

Las luces altas que se encendieron desde un auto frente a ellos, los hizo detenerse, intentando descubrir si era a quien esperaban. No obstante, el grito que salió de uno de sus ocupantes mientras bajaba de él les heló la sangre.

—¡Por fin regresaste, maldita! —gritó Roger, empuñando un arma y posicionándose frente a ellos.

Las pocas personas en el lugar gritaron y corrieron despavoridas alejándose de allí.

—¡No! —gritó Kilian al advertir que se acercaba sin ningún indicio de vacilación. Giró a todos lados tratando de llamar la atención de algún oficial o encargado del estacionamiento, pero todo parecía desolado.

El sonido del arma junto a un pequeño destello resonó en el lugar y Cassidy no supo cómo reaccionar cuando vio el cuerpo de Kilian ceder sobre el pavimento. Se escuchó una segunda detonación, seguida de una pequeña ráfaga más que iluminaron el interior del vehículo del que bajó momentos antes y Roger se desplomó. Un disparo certero a la cabeza había acabado con su vida.

No procesaba lo ocurrido, Cassidy vio a Roger tendido sobre el pavimento y cayó de rodillas, gritando sin control sobre el cuerpo de Kilian, intentando encontrar el lugar del impacto. No escuchaba nada más, le era difícil poder verlo a través de sus ojos empañados. Palpó líquido viscoso con sus dedos y ante la tenue luz del estacionamiento, logró notar su mano posada en su abdomen, ensangrentada casi por completo.

Varios hombres rodearon el lugar y George Fox se acercó apresurado hacia ellos. Ella lo veía mover los labios, pero le era imposible comprender lo que decía. Su atención volvió a centrarse en Kilian, en nadie más que él.

—Kassy..., mi luna —susurró él con dificultad.

—No hables, vendrá ayuda. Por favor, no... no me dejes —le rogó al oído, no quería pensar. El amor de su vida le estaba siendo arrancado de las manos de nuevo.

—Kassy. Escucha... —dijo respirando con fuerza—, recuérdame. Siempre.

—No, no digas eso —susurró negando con intensidad, no quería escucharlo. Intentó cubrir sus labios para impedirselo, pero al percatarse de que las suyas también estaban llenas de sangre no se atrevió a tocarlo.

—Pro...mete. —La observó derramando una lágrima, esperando—. Siempre.

Se negaba a decirlo, era como asumir su partida y no estaba preparada para semejante

desgracia. Nunca lo estaría. Era su momento, se suponía que todo iría bien, tenían planes, sueños, un futuro. Lo vio con todo el amor que sentía por él y a pesar de la agonía que se cernía sobre ella, cedió con dificultad ante su petición.

—Prometo —siguió ella con el sabor amargo de cada palabra en su boca y con las lágrimas bañando su hermoso y varonil rostro—, prometo...

Kilian tosió y Cassidy miró con horror el hilo de sangre que se deslizaba de la comisura de sus labios. En su garganta se anidó un enorme obstáculo que le impidió gritar con la intensidad que quería, cuando lo vio cerrar sus ojos. Con todo el esfuerzo del mundo tomó aire y le susurró al oído:

—Prometo tenerte siempre presente, Kilian. Siempre en mi vida.

Epílogo

La brisa sacudió su largo cabello castaño y su fuerza cubrió su rostro mientras trataba de concentrarse en la lectura, lo que no la interrumpía tanto como las intervenciones de Mary o Candace. Creyó que ambas se turnaban para hacerla perder el sentido del párrafo, aunque tampoco ayudaban las risas contagiosas o los gritos que provenían de unos metros más allá.

—¡Mamá!, ¡Tío Carlos destruyó el castillo!

—Calma, Dylan, pídele que no lo haga, por favor y dejará de hacerlo. ¿No es cierto, tío? —dijo por enésima vez.

Su amigo se comportaba como un chiquillo más, aunque de nada le servía llamarle la atención, porque minutos después sabía que lo haría de nuevo. Escuchó su risa, acompañada de la burla de los niños y tuvo que cubrirse con el libro para que no la viesen riendo también.

—¡Mamá!, ¡Dylan haló mi cabello!

—¡No es cierto! ¡No fui yo, fue tío Carlos!

—Violet, sabes que no está bien decir mentiras. Discúlpate con tu hermano. —Esas discusiones eran tan frecuentes, que en algunos momentos más que en otros, la agotaban.

—¡No somos hermanos! —gritaron a la vez, causando risas entre todos.

A veces se arrepentía de haber cedido ante la presión de su padre biológico por conocerlo. Eso solo había servido para que en la menor oportunidad, ambos lo sacaran a relucir. Aunque, Dylan estaba feliz por haber conocido a sus otros dos hermanos.

Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo. Kassidy observó con detenimiento y un gramo de nostalgia a cada una de las personas que la acompañaban ese día.

Mary recibió una bebida de su eterno enamorado, George, que se estaba cansando de rogarle que se casara con él y ella seguía negándose. El pobre hombre tuvo que mudarse al país para establecer una relación formal al fin. Solo así, aceptó darle una oportunidad, aunque no engañaban a nadie. Todo parecía indicar que esos negocios problemáticos que llevaba, los había dejado de lado, por ella.

Se veían con un amor desbordante y las atenciones que tenían uno con el otro causaban suspiros por donde pasaran. Le encantaba verla sonriente y observarlos con los niños, era un deleite. Los amaban y para ellos, eran sus abuelos, incluido su jefe, Roger Cole que en ese momento dormitaba a su lado en una tumbona.

Después de la muerte de su hijo estuvo más cerca que nunca desde que supo de su embarazo en su cuarto mes. Al principio, avergonzado por las enormes repercusiones de sus actos. Sufrió mucho al enterarse de todos los problemas en los que se encontraba y se culpó por ello. Con paciencia, le hizo entender que ya era un adulto y lo acontecido fue producto de sus propias decisiones y él no tenía por qué llevar esa carga. Estuvo fuera del país por la persecución de los medios y a su regreso, fue a Kassidy a la primera persona que visitó. A partir de ese momento, se unió a su familia como el padre que había sido para ella en todos esos años.

Mientras tanto, Candace seguía jugando a la conquista al igual que Carlos. Ninguno definía sus sentimientos, pero se hacían unas escenas de celos apoteósicas, dignas de la mejor película

romántica. Era divertido observarlos en ese juego que solo ellos podían llevar a extremos inimaginables. Tenían un concepto de libertad muy especial, incomprensible para todos, excepto para ellos dos. Misteriosamente, lograban coincidir con demasiada frecuencia en los mismos lugares, justo como en ese momento, que disfrutaban de las playas adyacentes al hotel, propiedad de Diego Montes. Otra pareja que estaba perdidamente enamorada y que, según sus propias palabras, vivían su segunda luna de miel eterna.

Los niños crecían a pasos agigantados, Dylan contaba ya con siete años y se iba convirtiendo en una réplica de su madre. Heredó su porte, su nariz perfilada y sus hermosos ojos verdes. A su vez se parecía mucho a Kilian en su carácter. Sentía algo extraño en su pecho al descubrir sus gestos en él cuando estaba feliz o se molestaba, por fortuna, también poseía su bondad y ternura. Todos lo habían notado y lo aducían a la cercanía del abuelo Fox. Era su consentido y dedicaba varias horas los fines de semana para hablarle orgulloso sobre su hijo y de cada uno de sus logros obtenidos sin su apoyo. El niño solía visitar con frecuencia los autos que Kilian modificó y mantenía como colección, prometiéndole a todos que al convertirse en un hombre, seguiría los pasos de su padre. La conmovía hasta las lágrimas verlo con el mono azul de la empresa de Kilian, como una réplica en miniatura de él mismo.

Violet nació nueve meses después de aquella fatídica noche que todos se dispusieron a olvidar, excepto ella. Esa niña se parecía tanto a su padre, físicamente, que era sorprendente. Aunque para su vergüenza, había heredado su mal genio y lastimosamente, su víctima frecuente para desahogarse era su fiel compañero, Dylan. Quien la cuidaba a pesar de que ella se negaba a recibir su ayuda y discutían por ello, quizá demasiado.

Candace se volvió loca con la noticia de su embarazo, feliz de poder usar los atuendos a juego que poseía y poco después, tanto Dylan, como ellas, salían vestidos igual. Eso inspiró a su talentosa amiga para crear su nueva línea infantil y rogarle que les permitiera a los niños modelar sus prendas y ser los rostros de la misma.

Recordar ese sombrío momento, le afectaría el resto de su vida. Esa maldita noche la hizo darse cuenta en segundos de la importancia que tiene el tiempo y las decisiones que tomamos cada uno sobre él.

Sintió en carne propia el peso de perder parte de su existencia en discusiones sin sentido, no disfrutar a quien amas cuando debes y, usar el orgullo como el pretexto absurdo de mantenerte alejado de los tuyos. Había sido la peor lección, la más dolorosa, la que la marcó a fuego para siempre.

Ahora vivía decidida a disfrutar cada instante como si fuera el último, porque sabía exactamente lo que implicaba no contar con uno más a su disposición. Lloró tanto, que hubo un momento en que se sintió drenada, parecía que ya no hubiese una lágrima más en ella. Sus sueños habían sido arrebatados por un hombre lleno de odio y avaricia y lo peor, es que pagó alguien que acostumbraba luchar por otros, darlo todo sin esperar nada a cambio.

Josh se acercó mostrándole el teléfono que llevaba en su mano y ella negó con la cabeza, sabiendo de lo que se trataba. No quería trabajar. Se le había complicado demasiado poder coordinar esas vacaciones y tuvieron que posponerlas varias veces, para que todos pudiesen ir juntos. Deseaba disfrutar de esos momentos especiales con los suyos, sin interrupciones de ningún tipo.

Él asintió ante su petición y después de un par de palabras terminó la llamada. A ambos les ofrecieron buenos ascensos, pero decidieron fundar su propia empresa y todo marchaba mejor de lo esperado. Ya no trabajaban como jefa—asistente, sino como socios y él no dejaba que olvidara su gratitud por haberle dado una segunda oportunidad, cuando nadie más lo habría hecho.

Se convirtieron en amigos muy cercanos y este le confesó la depresión amorosa que sufrió cuando Carlos le habló sobre lo que sentía por Candace. Al parecer, ellos salieron un par de veces, pero no pasó a más. Mientras cubría sus vacaciones por maternidad, tuvo que viajar a España y allí conoció a Lucas, su actual novio a distancia.

Parecía que la relación marchaba bien y si todo seguía así, tenía planes de mudarse con él pronto y manejar una sucursal de la compañía desde allá. No volvieron a saber de Simon en mucho tiempo luego de su ruptura telefónica. Josh dijo que él valía demasiado para haber sido dejado de esa forma y que no buscaría una respuesta, no la necesitaba. Se dieron cuenta por un amigo en común, que se casó con una chica y aunque le deseaban la mejor de las suertes, sabían que no sería feliz.

Ella sentía que todo parecía haberse alineado de forma correcta para las personas que amaba y eso la llenaba de satisfacción. Una lágrima se derramó por su mejilla al observar el panorama que la rodeaba.

Por muchos años se imaginó con una familia, pero jamás pensó que tendría una tan numerosa, llena de gente que se amaba con honestidad, que no temía llorar a su lado al verla triste e intentaban hacerla sonreír a toda costa. Ahora más que nunca, ya que se acercaba el quinto aniversario de la fecha que la ponía mal.

En los últimos días se había mostrado tan susceptible, que incluso los niños cuidaban sus palabras al estar cerca de ella. Los adoraba por ello, esos detalles causaban que los valorase más de lo que ya lo hacía.

Observó su anillo con añoranza y un par de lágrimas más se deslizaron rebeldes por sus mejillas y el dolor que sentía en el pecho la envolvió de nuevo. Recordó cada una de las palabras del hombre que amaba y que jamás olvidaría. Era tan especial.

Cerró sus ojos viajando al pasado, cuando aún eran unos chiquillos y sonrió al verlo en su mente de nuevo, con esa sonrisa que le robaba el aliento mientras la observaba, siempre de lejos. La emoción que experimentó al recibir su ofrecimiento de ser su acompañante en su baile de graduación; fue la envidia del lugar y ni siquiera su querida Candace creía al principio que la hubiese invitado justamente él. Volvieron a recorrerla las sensaciones de su primer beso y por un instante sintió otra vez el hormigueo en sus labios y el nerviosismo en su estómago, su primera vez a su lado, impregnada de su aroma y sintiendo la calidez de su piel. Su dulzura y cuidado o su fogosidad y arrebató, sus manos callosas y fuertes y esa mirada que la hacía subir al límite más sublime al percibir la adoración con la que la miraba.

Incluso volvió esa terrible sensación de los celos arrolladores que le provocó muchas veces. Esos sucesos seguían tan vívidos en su memoria a pesar del tiempo, que serían imposibles de borrar. Cómo no iba a recordarlo, cómo no iba a cumplir aquella promesa, si él también había sido el único para ella.

Más de una vez deseó tener el poder de regresar el tiempo y evitarse cada sufrimiento que vivió desde que lo conoció. Sin embargo, llegó a comprender que nadie puede modificar el pasado, pero sí mejorar el presente con sus acciones. Que cada una de sus decisiones eran las que la tenían en el ahora que estaba aprendiendo a disfrutar.

Dejar de temer era la clave, aventurarse a sentir era imprescindible. Deseaba que todos los que conocía, vivieran el amor tan intensamente como ella lo había sentido a su lado. No existía nada mejor que eso. Amar y ser amado en la misma medida es vivir, respirar, existir.

Más lágrimas acompañaron su reflexión, su añoranza, su felicidad y su tristeza y tuvo que mantener sus ojos cerrados para no llamar la atención de sus queridas amigas.

Una sombra cubrió el reflejo del sol sobre su rostro y a pesar de tener aún sus ojos cerrados, el

aroma que emanaba ese cuerpo, la hizo sonreír en reconocimiento.

—¿Otra vez llorando? ¿Pero qué tengo que hacer contigo? —preguntó en tono suave acariciando su rostro y limpiando los vestigios de su llanto.

—Nada, amarme como soy. Es todo lo que puedes hacer por mí —respondió sonriente sin querer quitarse los lentes.

—Pero quién no va a amarte. Es imposible no hacerlo, si cautivas a todo el que te conoce —dijo sonriendo, intentando quitarle las gafas, pero ella se alejó un poco para impedirlo. Se avergonzaba de que la vieran vulnerable, especialmente él.

—Solo recordaba..., gracioso —dijo con falsa indignación.

—Soy gracioso y así me amas.

—Así es. Así te amo. —Sintió su suave caricia que recorrió su rostro y siguió por su cuello, su brazo y se adentró por su cintura, hasta que presionó la cadera insinuante.

—¡Papá! —gritaron los niños al verlo sentado junto a Kassidy. Él extendió sus brazos y ellos corrieron a su encuentro, felices.

Se quejó al ser arrollado por ese par de huracanes y los chiquillos rieron a su lado, mojándolos a ambos con sus cabellos empapados de agua de mar.

Verlo allí, frente a ella... vivo, la hacía sentir agradecida con el cielo. No podría olvidar jamás la imagen de sus manos ensangrentadas y tampoco el temblor general que la envolvió desde que la alejaron de su cuerpo para trasladarlo en ambulancia.

En el momento en que los médicos le informaron que la salida de la herida de bala que recibió, estuvo a un centímetro de destrozar su columna y dejarlo incapacitado, se desmayó y al despertar, fue cuando le comunicaron sobre su estado.

Cuidarlo mientras se recuperaba fue una odisea, puesto que, aunado a su propio proceso, el pobre Kilian sufría de todos sus síntomas del embarazo. Eso le provocaba náuseas todo el tiempo, antojos, repulsión por olores y comidas y unos cambios de humor insoportables, igual o más agudos que los suyos. Así que lidiar con ambos era peor para Candace y Mary y al no aguantarlos, decidieron irse a vivir al apartamento de la primera.

Kassidy no permitió que se llevaran a Dylan y eso fue otro tormento al principio y una lucha de poderes con su amiga, ya que jamás había lidiado con un bebé antes y a regañadientes, tuvo que aprender en un curso intensivo de un par de días sobre su cuidado, por parte de las dos expertas.

—No recuerdes cosas tristes, mi dulce luna. —Al fin logró quitarle los lentes y se acercó con suavidad hasta su boca haciéndose dueño de sus labios. Los sonidos de repulsión de sus hijos los hicieron sonreír y se dedicaron a hacerles cosquillas sacándolos de la tumbona y provocando que salieran corriendo, huyendo de su ataque.

—Son hermosos —dijo Kilian sonriendo y viendo que eran cargados por Carlos y por Josh y luego zambullidos en el agua entre sus gritos de alegría. La miró de nuevo y acarició su rostro con ternura antes de agregar—: Aquí estamos. Juntos, dichosos y para siempre. Nos tienes —susurró, acercándose otra vez a sus labios.

—Sí, Kilian. Los tendré siempre en mi vida —dijo acomodándose entre sus brazos y suspirando por ser tan afortunada y tener lo que siempre soñó, a su lado.

¡Gracias por acompañarme con esta historia!

Puedes leer más libros de mi autoría en:

[Booknet \(Litnet\):Mileth Pineda](#)

Sígueme en Facebook para conocer más novedades:

[Mileth Pineda](#)

Me encuentras en Instagram como:

[@milethpineda](#)

Acerca de la Autora

Mileth Pineda es el seudónimo bajo el que escribe esta autora hondureña nacida en 1979. Licenciada en Relaciones Industriales, casada, madre de dos hijos y dos gatos, con los cuales compagina el tiempo con su pasión por escribir.

Cautivada desde su infancia por la lectura, y por el género romántico en particular, se aventuró a publicar por primera vez en una plataforma conocida siendo ya una adulta, descubriendo así que podía crear sus propias historias, con personajes que con frecuencia rondaban en su cabeza.